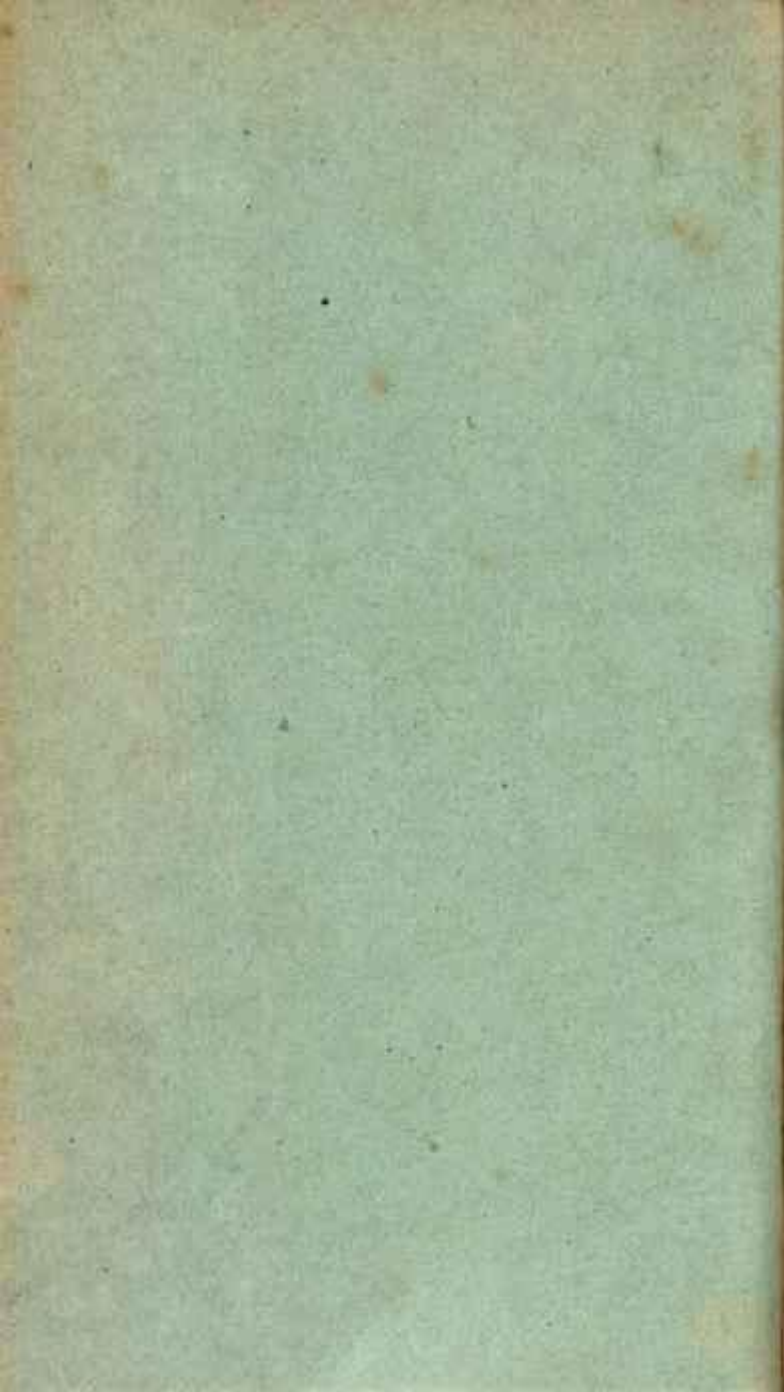
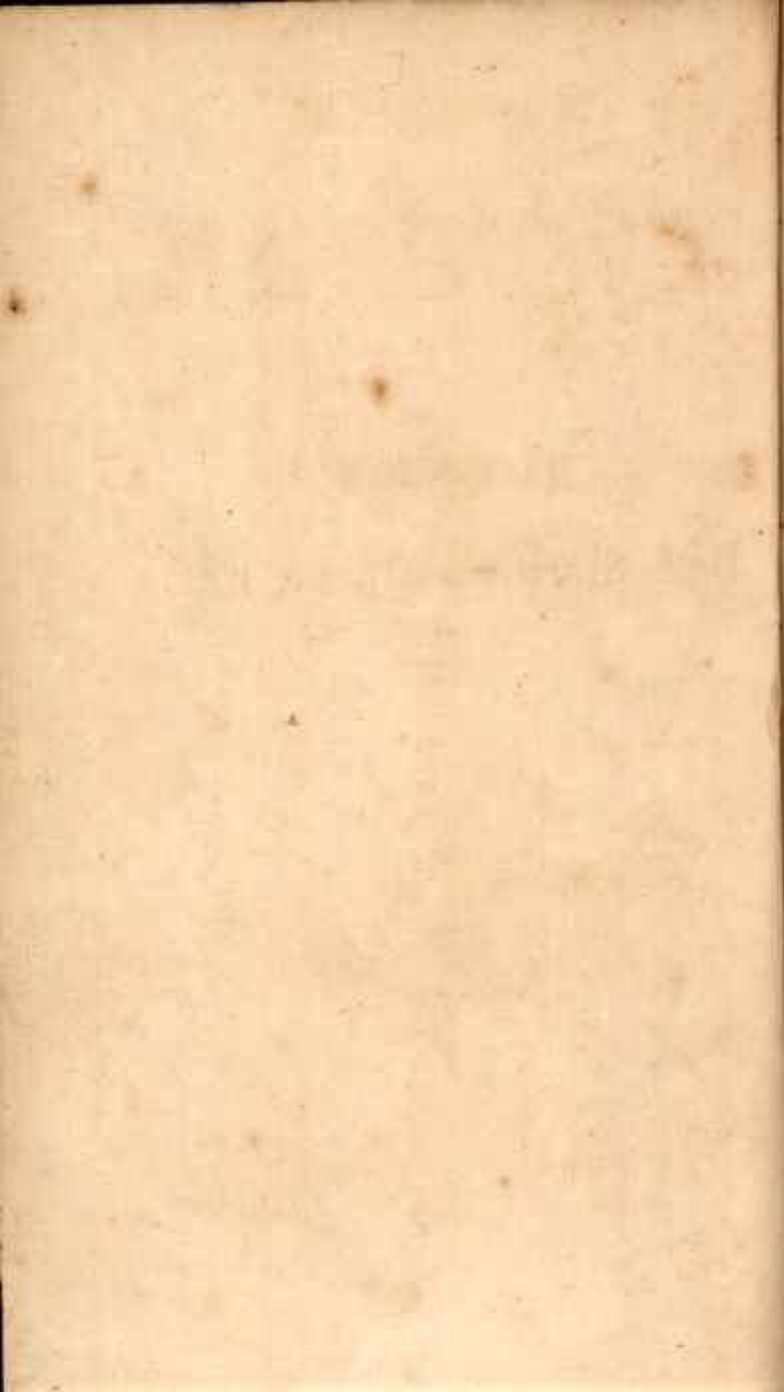




DE LA INTRODUCCION

DEL SÍMBOLO DE LA FE.



R-91.861
BIBLIOTECA
DE ANDALUCÍA

DE LA INTRODUCCION

DEL SÍMBOLO DE LA FE,

POR

EL V. P. M. Fr. LUIS DE GRANADA.

TOMO TERCERO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.



TERCERA PARTE.

DE LA INTRODUCCION

DEL SÍMBOLO DE LA FE,

QUE TRATA DEL MISTERIO DE NUESTRA REDENCION: EN LA CUAL, PROCEDIENDO POR LUZ DE RAZON, SE DECLARA CUÁN CONVENIENTE MEDIO HAYA SIDO ESTE QUE LA DIVINA BONDAD Y SABIDURÍA ESCOGIÓ PARA SALUD DEL LINAJE HUMANO.

Va esta parte tercera dividida en tres tratados principales. En el primero se trata de los frutos del árbol de la santa Cruz. En el segundo de las figuras del misterio de Cristo. En el tercero por vía de diálogo, se responde á las preguntas que acerca de este misterio se puede hacer.

PRÓLOGO

en el cual se declaran los grandes frutos y provechos que alcanzan los que devotamente consideran el misterio de nuestra redencion.

Dixi: ascendam in palmam, et apprehendam fructos ejus (1). Esto es: Yo dije: subiré á la palma, y cogeré los frutos de ella. Estas palabras son de aquella santa Esposa en el libro de sus *Cantares*: las cuales he tomado por fundamento de esta tercera parte, en la cual

(1) Cantic., vii, 8.

determino tratar, con el favor divino, del beneficio y misterio de nuestra redencion, y particularmente de los frutos de esta gloriosa palma, que es el árbol de la santa Cruz. La dignidad y utilidad de esta materia sobrepuja todo lo que se puede encarecer. Porque cierto es que entre las obras admirables de Dios, ésta es la más admirable, y entre las altas, la más alta, y entre las útiles y provechosas, la más provechosa, y entre las dulces y suaves, esta es grandemente suave. Además de esto, cónstanos que entre las obras de gracia ésta es la mayor; entre los beneficios divinos el más soberano, y entre los sagrados misterios el más profundo, y por esta causa lo llama el Apóstol sacramento escondido en todos los siglos. Y así dice él (1): A mí, que soy el menor de los santos, fué dada esta gracia de declarar á las gentes las incomprensibles riquezas de Cristo, y alumbrar á todos para que entiendan la dispensacion del sacramento escondido en Dios vivo, criador de todas las cosas. Y por ser este misterio tan escondido, no lo alcanzó el mundo: ántes lo tuvo por locura y desvarío. Los demonios tampoco lo alcanzaron, porque si lo alcanzaran, no fueran autores de la muerte de Cristo. Y no solamente los demonios, pero aún los santos ángeles, si no fueron aquellos á quien Dios tomó por instrumentos y ministros de este misterio, no lo conocieron hasta que les fué revelado, como dice santo Tomas (2). De este mis-

(1) Colos., I, 25. Ephes., III, 8 y 9.

(2) I part. quæst. LVII, art. 5, ad. I et supra Epist. ad Ephes., cap. II, ect. 3 in fin.

terio trata el Apóstol cuando dice (1): Hablamos sabiduría entre los perfectos; y no sabiduría de este mundo, ni de los príncipes de este siglo, que al fin, por mucho que sepan, se acaban; sino hablamos de la profunda sabiduría de Dios, escondida en este misterio de la reparacion de los hombres, la cual tenía ya Dios pensada para nuestra gloria ántes de los siglos. La cual ninguno de los príncipes de este mundo, que fueron los sabios y poderosos de él, conoció; porque si la conocieran, no crucificaran al Señor de la gloria. Y esta fué la causa por que Cristo habla tantas veces en el santo Evangelio de la venida del Espíritu Santo, diciendo ser necesaria despues de la suya, para que por boca de los apóstoles declarase al mundo, como sumo maestro, este sacrosanto misterio, que por doctrina puramente humana no podía entenderse. Porque ¿quién de todas las criaturas pudiera entender, que para reparar al hombre, pudiéndolo hacer Dios de tantas otras maneras, había de dar su unigénito Hijo al mundo, vestido de nuestra flaqueza? ¿quién pudiera entender que debajo de aquella humanidad santísima, flaca y enferma, estaba escondido y disfrazado aquel soberano gigante, que saliendo, como dice David (2), del sumo cielo, se esforzó á correr su camino para pelear en el campo de este mundo con el fuerte armado, y príncipe del mismo mundo, que era el diablo, triunfando y despojando los principados y poderíos de él, por sí mismo y por su propia muerte? ¿qué entendi-

(1) I Cor., II, 6 y 8.

(2) Psalm., XVIII, 7.

miento, por soberano que fuese, pudiera alcanzar que debajo de aquel cebo de su sacratísima carne había de estar el duro y terrible anzuelo de la divinidad, para pescar y echar fuera del mar de este mundo á Leviatan, serpiente antiguo y dragon enroscado que se había tragado el género humano? ¿quién pudo pensar jamas que la muerte fuese principio de vida, la ignominia de gloria, las prisiones de libertad y la cruz del reino celestial? Por lo cual muy bien dice el Apóstol (1), que lo que el mundo piensa ser ignorancia, es más alta sabiduría que la de todos los hombres. Y lo que el mundo tiene por flaqueza en Dios, es cosa más fuerte y más poderosa que toda la fortaleza y potencia de los hombres.

Mas volviendo al propósito, esta palma, que es señal de triunfo, convenientemente nos representa el árbol de la santa Cruz, mediante la cual triunfó el Salvador de todo el poder del demonio y del mundo, como él mismo lo profetizó cuando dijo (2): *Si yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mi servicio*. Pues á esta triunfadora y gloriosa palma se determinó la santa Esposa, que es el alma devota y enamorada del Esposo celestial, de subir por devota consideracion del misterio de la santa Cruz, para gozar de los frutos inestimables de ella, y encenderse por esta vía más en amor de aquel soberano Señor, que tantos bienes le hizo con tanta costa suya.

(1) Cor., I, 25.

(2) Joan., XII, 32.

§ I.

De otras comparaciones y figuras del sacrosanto árbol de la Cruz.

Mas por ser tantos los frutos de este sagrado árbol, no sólo lo compararemos con esta comun palma, que nace en nuestras tierras, por razon de su triunfo, mas tambien con otro género de palma, que nace en la India Oriental: la cual es de tan maravillosa fecundidad que de los frutos y licores de ella se carga un grande navío. Y lo que más es, el mismo navío con todas sus cuerdas y jarcia se hace de ella, sin que intervenga algun otro material. Pues nó será fuera de propósito comparar el árbol de la santa Cruz con este género de palma tan fértil, por la riqueza y abundancia de los frutos innumerables que nacen de ella.

La maravillosa fertilidad de este árbol vió en espíritu san Juan en el Apocalipsis (1): donde cuenta que vió salir de la silla de Dios y del Cordero un río de aguas tan claro como un cristal; y en medio de la plaza de aquella ciudad celestial, y de la una y de la otra ribera del río, estaba plantado un árbol, el cual daba doce frutos, segun los meses del año, y las hojas de este árbol eran para salud de las gentes. Pues ¿qué árbol es este tan fructuoso, que está plantado en medio de la plaza para comun beneficio de todos, cuyas hojas son para salud de las gentes, sino Cristo, verdadero árbol de vida plantado en medio de la plaza

(1) Apoc., xxii, 1 y 2.

de la Iglesia, y regado con el purísimo y abundantísimo río de todas las gracias que en él se juntaron, cuyas hojas, esto es, cuyas palabras y doctrina, fueron salud y luz para remedio del mundo? Este árbol lleva doce frutos, según los doce meses del año: por el cual número de doce, que contiene dos números de seis, que son números perfectísimos entre todos los números, como los matemáticos prueban, se entiende la excelencia y muchedumbre de los frutos que de este sacratísimo árbol, que es Cristo crucificado, proceden.

Esta maravillosa virtud y abundancia de bienes quiso el Señor, entre otras muchas figuras, que fuese representada en la vara de Moises. Porque determinando él librar su pueblo del cautiverio de Egipto, mandó á este profeta (1) que tomase un palo, que es una vara en las manos, y que con ella obraría todas las maravillas y todos los azotes y plagas que fuesen necesarias para forzar á los egipcios á que dejasen salir libre á su pueblo de la tierra de Egipto, y para introducirlo en la tierra de promision. Y así con aquella vara tocó las aguas de los ríos de Egipto, y convirtiolas en sangre (2); con aquélla tocó el polvo de la tierra, y levantáronse de ella infinitos mosquitos que malamente picaban y herían los hombres (3); con aquélla, levantada hacia el cielo, se levantaron grandes truenos y relámpagos, con los cuales cayó granizo y fuego sobre la tierra, el cual destruyó todo lo que

(1) Exod., iv, 17.

(2) Cap. vii, 20.

(3) Cap. viii, 6.

halló verde en los campos, y todos los hombres y bestias que había con ellos (1); con esta misma vara, tocando la tierra, levantó Dios un viento abrasador, el cual produjo tanta abundancia de langostas, que acabaron de destruir y abrasar todo lo que había quedado del granizo y de la tempestad pasada (2); con esta misma vara abrió los mares, para que el pueblo que estaba á su cargo pasase por él á pié enjuto; y con ésta los volvió á cerrar, para que ahogase al ejército de Faraon que los iba siguiendo (3). ¿Qué más diré? Con esta misma vara tocó una peña, é hizo brotar de ella un arroyo de agua para dar de beber al pueblo sediento (4); y con ésta misma subió al monte, cuando el mismo pueblo peleaba con el ejército de Amelech, teniendo esta vara en su mano, y haciendo oracion por la victoria contra los enemigos (5). Pues ¿á qué propósito quiso la sabiduría divina usar de este instrumento, para cosas tan grandes y tan admirables? ¿Quién será tan ignorante, que crea haberse ordenado esto sin propósito, y sin el consejo divino? Porque ¿qué proporcion había entre aquel pedazo de palo, y aquellas tan grandes maravillas que se hicieron con él, pues podía el Criador de todas las cosas, con solo querer y mandar, hacer todos estos milagros? Por donde así como este Señor ninguna cosa hizo en todas las obras de naturaleza que fuese ociosa, así

(1) Cap. ix, 23.

(2) Cap. x, 13 et 14.

(3) Cap. xiv, 11.

(4) Núm., xx, 11.

(5) Exod., xvii, 9.

mucho ménos en las obras de gracia hizo cosa sin propósito y sin misterio.

Y cuanto los medios é instrumentos son más desproporcionados para lo que pretende hacer, tanto más despierta nuestros sentidos para que entendamos que en el espíritu y en la significacion de las cosas está la razon y conveniencia de lo que en las cosas no se halla. Pues conforme á esto decimos, que así como aquella liberacion del cautiverio de Egipto fué figura de la liberacion del cautiverio en que estaba el mundo por el pecado: así esta vara, con que Moises obró todo lo que era necesario para aquella liberacion, es figura del madero de la santa Cruz, mediante la cual el Salvador del mundo obró y obrará para siempre todo lo que es necesario para nuestra liberacion y salvacion. Porque en ella está la salud, la paz, la verdadera libertad, la vida, la gracia, la sabiduría, la justicia, la santificacion del género humano, y finalmente, el remedio universal de los males de todos los siglos presentes, pasados y venideros. En ella hallará el corazon devoto medicina para sus llagas, consuelo para sus dolores, esfuerzo para sus trabajos, escudo para sus tentaciones, armas para contra sus enemigos, ejemplo para todas las virtudes, y comun remedio para todos los males. Las piedras preciosas y las perlas tienen particulares virtudes y defensivos para males particulares; mas esta piedra preciosísima, que es Cristo, siendo una, para todas las cosas aprovecha: á lo ménos con su firmeza hace firmes á todos los que se fundan sobre ella; porque ésta es aquella piedra en

cuyos agujeros mora la Esposa, como se escribe en el libro de los *Cantares* (1); sobre las cuales palabras dice san Bernardo (2): ¿Qué otra cosa son los agujeros de la piedra, sino las llagas de Cristo? Porque ¿qué bienes hay, que no estén en esta piedra?

En esta piedra estoy levantado, en ésta seguro, en ésta firme y esforzado. Ca ¿dónde está el firme y seguro reposo de los flacos, sino en las llagas del Salvador? Porque tanto más seguramente moro en él, cuanto él es más poderoso para salvarme. Brama el mundo, apriétame la carne, persígueme el demonio; mas no por eso caeré, porque estoy fundado sobre esta firme piedra. Pequé grandes pecados, túrbase la conciencia, mas no se perturba; porque tomaré por remedio acordarme de las llagas de nuestro Señor. Lo dicho es de san Bernardo.

Pues la suavidad del fruto de este árbol sagrado ¿quién lo podrá explicar? Esta experimentan cada día los devotos contempladores de la sagrada pasion, donde en aquella hiel que el Señor bebió por ellos hallan dulcísima miel, y en aquellos sus dolores grandísimas consolaciones, y en los agujeros de sus preciosas llagas morada suavísima para sus almas; porque ven que todas ellas son puertas para ver las entrañas de su caridad, argumentos de su bondad, testimonio de su amor, tesoros y riqueza de las almas, y prendas de su bienaventuranza; con cuya consideracion las tales almas maravillosamente se regalan, apacientan y de-

(1) Cap. II, 14.

(2) Serm. LXI. sup. Cant. ante medium.

leitan. De todos estos frutos y manjares gozará quien hubiere recibido ojos para saber mirar aquel Cordero inocentísimo en la Cruz. Teníalos el bienaventurado san Agustín (1), de quien se escribe que al principio de su conversión no se hartaba de considerar con una maravillosa suavidad la alteza de la sabiduría y consejo divino, de que usó para obrar la salud del género humano, por medio de la encarnación y pasión de su unigénito Hijo.

§ II.

*Sabiduría y gloria que está encerrada
en esta humilde figura.*

Estos mismos ojos y aún más claros muestra el Apóstol que tenía, cuando dijo (2): *Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino espíritu de Dios*, con cuya luz sabemos apreciar y estimar los beneficios recibidos. Pues con estos ojos tan penetradores verá el santo Apóstol el resplandor y hermosura que estaba encerrada en la humildad y bajeza de la Cruz. Por lo cual decía: *Nosotros predicamos á Cristo crucificado, que para los judíos es materia de escándalo, y para los gentiles de locura* (3): mas para aquellos que de estas dos naciones son llamados á la fe, Cristo es argumento y muestra de la omnipotencia y sabiduría de Dios; y así lo que los infieles llaman locura, es su-

(1) Confess. lib. IX, cap. 6.

(2) I Cor., II, 12.

(3) Ib., I, 23.

ma sabiduría, y lo que tienen por flaqueza, es poder admirable de Dios. Pues quien tuviere estos ojos de san Pablo, y supiere mirar con ellos á Cristo crucificado, por defuera tan abatido, tan afeado, y al parecer tan flaco y tan desamparado, verá que debajo de aquella fealdad está toda la hermosura; de aquel abatimiento toda la gloria; debajo de aquella tan gran desnudez y pobreza están todas las riquezas de gracia y gloria; debajo de aquella muerte está la vida y la victoria de la misma muerte; debajo de aquello que á los ojos del mundo parece locura, está encerrada la más alta filosofía de cuantas Dios tiene enseñadas en el mundo, y debajo de aquella tan gran flaqueza que á la vista de los ojos de carne parece, está el gran poder y fortaleza de Dios. Porque aunque fué grande el poder que mostró en la creacion del mundo, mayor fué el que mostró en la conversion de él, mediante el testimonio y constancia de los santos mártires, entre los cuales las flacas mujeres y tiernas doncellas vencieron todos los príncipes y monarcas del mundo, y todas las fuerzas y poderes del infierno. Los cuales todos cobraron esta tan grande fortaleza de la flaqueza de la Cruz.

Mas para esto es menester pedir al Señor los ojos que estos santos tenían para penetrar las maravillas que debajo de la humilde figura de la Cruz están encubiertas; porque ya nos consta que entre todas las obras que nuestro Señor hasta hoy ha hecho en el mundo y hará, la mayor fué la obra de nuestra redencion. Pues como Dios sea incomprensible, no sólo en

su sér, sino tambien en sus obras , mucho más lo ha de ser en ésta , que es la más alta , más admirable y mayor de todas. Porque si , como dicen los filósofos, las cosas de Dios son altas , y nuestro entendimiento tan flaco , que no es más parte para entenderlas que los ojos de la lechuza para mirar al sol en su resplandor, ¿qué parte será nuestro entendimiento desamparado de la luz divina , para saber mirar, como conviene, esta grande obra? Esto nos enseñan los discípulos del Señor, los cuales, despues de haber cursado tanto tiempo en su escuela, oído su doctrina, visto los maravillosos ejemplos de su humildad , de su paciencia, de su pobreza y de su vida tan ajena del fausto y aparato del mundo, no entendían la filosofía de la Cruz, pues denunciándosela el Señor con palabras muy claras, no entendieron lo que decía (1), porque no les parecía cosa digna de tal persona la humildad de la Cruz. Y así cuando vieron muerto al Señor, perdieron la esperanza que tenían de que él había de ser redentor de Israel (2); porque de hombre crucificado y muerto no les parecía poderse esperar cosas grandes. Por donde el que quisiere fructuosamente contemplar este misterio, conviene que se desnude de sí mismo, esto es, de todos los resabios de carne y de sangre, y con espíritu de fe, de humildad, de caridad, y de santa simplicidad , éntre en este santuario. Cuando Moises andaba guardando su ganado en el desierto, y vió aquella zarza que ardía y no se quemaba, dijo entre

(1) Luc., XVIII, 32 et 33.

(2) Luc., XXIV, 21.

sí (1): Quiero ir á ver esta vision tan grande, como es arder una zarza sin quemarse. Mas aparecióle luégo Dios, diciendo : *Descálzate los zapatos, porque el lugar en que estás es tierra santa.* Pues quien desea ver esta vision tan grande, como es contemplar al Hijo de Dios cuando viene á libertar su pueblo del cautiverio del enemigo, vestido de la humilde zarza de nuestra carne, y puesto entre las espinas y llamas de sus trabajos, descalce los zapatos, que son pieles de animales muertos, esto es, despójese de toda cosa perecedera y mortal, y vístase del espíritu de Dios, para pensar y tantear esta tan grande obra, no con la medida de la prudencia y pequeñez humana, sino con la medida de la incomprendible bondad divina, que sobrepuja todo entendimiento criado. Y de esta manera en su grado, y conforme á su fe y devocion, podrá ver lo que el Apóstol veía.

Y dado caso que de este misterio y beneficio de nuestra redencion hayamos tratado algo á pedazos en otros libros, pero él es tan grande, y comprende en sí tantas maravillas, que mil libros no bastarían para agotarlo; pues el apóstol san Pablo, armario de los tesoros de la sabiduría divina, aprendida en el tercer cielo por el magisterio y enseñanza del mismo Cristo, confiesa de sí que ninguna otra cosa sabía sino á Cristo crucificado, en el cual sabía todas las cosas (2). Asimismo dice santo Tomas que miéntras una persona virtuosa más contemplare este misterio, más conveniencias y maravillas hallará en él, con las cua-

(1) Exod., III, 3.

(2) I Cor., II, 2.

les se confirmará más en la fe, y encenderá en la caridad, y crecerá más en toda virtud y devocion; porque para todo esto sirve este misterio, el cual engrandece el mismo Apóstol por estas palabras (1): *Verdaderamente es grande el sacramento de la piedad que se descubrió en carne, y fué aprobado por el Espíritu Santo; apareció á los ángeles, fué predicado á las gentes, fué creído y recibido en el mundo, y finalmente, fué sublimado y llevado á la gloria.*

Pues ¿qué se sigue de todo lo dicho, sino que el alma religiosa asiente en medio de su corazon la memoria de este divino misterio, de tal manera que en todos los pasos que diere y en todas las cosas que hiciere siempre traiga ante sus ojos la memoria de la Cruz? Si comieres, dice un doctor, moja todos los bocados en el corazon de Cristo; si bebieres, piensa en el beber que él te dió con su preciosa sangre; si durmieres, pon tu cabeza sobre la corona de sus espinas y el cuerpo sobre el madero de la santa Cruz. Y para concluirlo todo en una palabra, recoge en tu memoria la suma de todos los dolores y amarguras que este Señor padeció en vida y en muerte por tí, diciendo con la Esposa en los *Cantares* (2): *Manojico de mirra es mi amado para mí; entre mis pechos, que es en lo íntimo de mi corazon, morará.* Esto baste para introduccion y preámbulo de este libro; para que el piadoso lector entienda el gran fruto que sacará de esta materia, y la manera en que lo ha de sacar.

(1) I Timot., III, 16.

(2) Cant., I, 12,

TRATADO PRIMERO.

EN EL CUAL, PROCEDIENDO POR LUZ NATURAL, SE DECLARAN LAS CONVENIENCIAS DEL MISTERIO DE NUESTRA REDENCION Y SE SEÑALAN VEINTE SINGULARES FRUTOS DEL ÁRBOL DE LA SANTA CRUZ.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE LA MANERA DE PROCEDER EN ESTA TERCERA PARTE.

Dos luces dijimos en el principio del libro pasado que hay en el hombre cristiano; una de fe, que le pertenece en cuanto cristiano, y otra de razon, que le compete en cuanto hombre. Esta luz de razon es un rayo de luz que se derivó en nuestras almas de la fuente de aquella luz infinita, por cuya causa confesamos ser el hombre hecho á imágen de Dios: la cual luz tanto es más perfecta, cuanto es más para la vida y la conciencia. Y entre las diferencias que allí pusimos entre la una luz y la otra, una de ellas era, que la verdad que se alcanza por medio de la fe, es firme, cierta é infalible, porque se funda en la autoridad de Dios, que no puede faltar; aunque este conocimiento no carece de oscuridad, porque fe es creer lo que no vemos. Mas la verdad que se alcanza por la luz

de razon, ni es tan cierta, ni infalible; mas trae consigo mas claridad, cuanto por este conocimiento se entiende que la fe cree, es muy proporcionado y conforme á toda buena razon como cuando la fe nos manda creer que las almas son inmortales, y que Dios tiene providencia de las cosas humanas, y que hay pena y gloria para buenos y malos. Estas cosas predica y enseña nuestra fe; mas ellas tambien son tan claras en luz de razon, que muchos filósofos, y señaladamente Sócrates, y Platon, y Plutarco, con sola esta luz las conocieron. Pues quando de esta manera la luz de la razon se casa con la fe, que es quando lo que la fe nos enseña testifica tambien la razon, recibe el alma con esto una grande alegría y consolacion, con la cual se confirma mucho más en la fe; porque mas alumbran dos luces juntas, que sola una.

Pues conforme á esto pretendemos tratar en esta tercera parte del misterio de nuestra redencion, declarando cómo lo que predica nuestra fe de este divino misterio, no sólo no es contra razon, mas ántes es en gran manera conforme á ella. Para lo cual declararemos tres cosas principales. La primera, cuán conforme á razon sea lo que la fe testifica del pecado original en que somos concebidos; lo segundo, cuán conveniente cosa era que aquella infinita bondad y misericordia de Dios proveyese de remedio al hombre caído, mayormente, pues todo el resto del género humano padecía sin actual culpa suya por la ajena; lo tercero, cómo no se podía hallar otra manera de remedio más conveniente, así para la gloria de Dios, como para remedio del hombre, que el misterio de la encarnacion y pasion de nuestro Salvador, y en este tercer punto se gastará la mayor parte de este libro. Y al fin de él se responde á las principales preguntas que acerca de este misterio se pueden hacer.

Pues para comenzar á tratar del misterio de nuestra redencion por la vía que hemos dicho, conviene presuponer lo que al principio del libro siguiente suponemos: esto es, cómo Dios por su infinita bondad crió al hombre para hacerlo participante de su gloria, y cómo le dió todos aquellos dones y habilidades sobrenaturales, que eran justicia original y gracia, para que con ellos se dispusiese y habilitase para este tan alto fin: y cómo él por su desobediencia perdió estos dones que había recibido para sí y para sus descendientes, y en él los perdimos todos; porque cual él quedó, tales nos engendró; pecador á pecadores, mortal á inmortales, desnudo á desnudos, y flaco y mal inclinado á flacos y mal inclinados. De todas estas miserias y males es la raíz el pecado original en que todos somos concebidos, que es uno de los principales dogmas de nuestra fe. Presupuesta, pues, la caída y la dolencia, trataremos ahora del remedio de ella.

CAPÍTULO II.

CUÁN CONFORME SEA Á LA LUZ DE LA RAZON LO QUE LA RELIGION CRISTIANA ENSEÑA DEL PECADO ORIGINAL.

Ahora será justo que comencemos á tratar del pecado original. Y porque el piadoso lector saque más fruto de esta materia, y la lea con más atencion, declararemos primero las cosas para que sirve la inteligencia de ella. Sirve, pues, principalmente para entender el misterio de nuestra redencion, y la necesidad que teníamos de redentor y médico para la cura de esta dolencia. Lo segundo aprovecha grandemente para que por aquí entendamos aquella tan celebrada filosofia de los antiguos, que consiste en el conocimiento de sí mismo, que es principio y

fundamento, no sólo de la humildad, sino tambien de todas las virtudes. Porque conociendo el enfermo el peligro de su dolencia, procure el remedio; mas el que no lo conoce, no lo busca, y así peligra en él. Pues el remedio de este mal es el que usaron los santos, los cuales, conociendo la ponzoña que traían dentro de sí, tomaron de ella ocasion para procurar la medicina de ella, que son ayunos, oraciones, sagradas liciones, limosnas y uso de sacramentos, que son medicinas ordenadas por aquel médico que vino del cielo, contra esta dolencia, y junto con éste huir todas las ocasiones de los pecados, por no añadir fuerzas y bríos de fuera á las inclinaciones que padecemos de dentro. Por lo cual no se debe tener por mal empleado el tiempo que gastaremos en la declaracion y resolucion de esta materia, de que tanto fruto resulta.

§ I.

Creacion del hombre en toda su natural perfeccion, de donde se prueba el vicio y corrupcion de su naturaleza.

Para entendimiento de la doctrina del pecado original se ha de presuponer, como cosa de fe, que no crió Dios al hombre con las imperfecciones y siniestros que ahora padece, así en el cuerpo como en el alma. Lo cual, demas de ser cosa de fe, mostraremos aquí palpablemente y casi á vista de ojos. Y para esto presuponemos dos cosas: la una, que este soberano Señor, aunque pudiera criar al hombre, como dicen *in puris naturalibus*, y así estuviera sujeto á las penalidades á que ahora está, pero no convenía á la magnificencia de su bondad criarlo de esta manera. Y por esto no quiso que en la naturaleza humana hubiese pena donde no había culpa. La otra, es que

todas las obras que él hace, cada cual en su género, son tan acabadas y perfectas, que ningun desórden ni imperfeccion hay en ellas, ninguna cosa que les falte ni que les sobre. Lo cual testifica Salomon por estas palabras (1): *No hay cosa que se pueda añadir y quitar á las obras que con tanta sabiduría y providencia hizo Dios, para ser por ellas conocido y reverenciado.* Conforme á lo cual se escribe en el libro de la Sabiduría (2), *Que todas las cosas hizo Dios con número, peso y medida:* significando en estas tres palabras la perfeccion de todas las obras de aquel sapientísimo artífice que lo formó todo. Porque entre las cosas corporales, unas se reglan por números, otras por peso; y otras por medida. Pues para dar á entender el Sabio la extremada perfeccion de las obras divinas, juntó estas tres cosas en una, que son número, peso y medida. Pero no es ménos claro testimonio el que leemos en el libro del Génesis (3), donde acabada la creacion del mundo, se escribe que vió Dios todas las cosas que había hecho en aquellos seis días, y que eran en gran manera buenas. Donde no se contentó con decir que eran buenas, sino añadió tambien aquella palabra, *en gran manera* buenas: esto es, perfectísimas cada cual en su especie. Esto mismo testifica la filosofia seglar á cada paso, diciendo que el autor de la naturaleza siempre hace lo mejor y más perfecto (4). Y lo mismo confirma la razon; porque la imperfeccion en la obra arguye imperfeccion en el artífice, lo cual sería blasfemia atribuir á aquel sapientísimo Hacedor.

Supuestos estos dos fundamentos, que son tan claros,

(1) Eccles., III, 14.

(2) Sapient., XI, 21.

(3) Genes., I, 31.

(4) D. Thom., II, contra Gent. cap. XV.

probaremos ahora que no era cosa digna de Dios criar al hombre con tantos defectos y manqueras, y con tantos siniestros é imperfecciones con que nace del vientre de su madre. Para lo cual veamos ahora los más principales y más comunes desórdenes de la vida humana, y despues recontaremos cómo éstos nacen de la mala raíz y simiente del pecado, en que fué el hombre concebido.

Pues primeramente cóstanos ser el hombre criatura racional, que es su propia naturaleza, con la cual se diferencia de todas las otras criaturas inferiores; y segun esto la cosa más natural y más propia del hombre había de ser vivir conforme á razon, lo cual es vivir virtuosamente, porque la virtud está tan conjunta con la razon, y es tanto su hermana, que la misma razon es la regla de ella, como Aristóteles define. Mas nosotros vemos por experiencia cuán lejos está el comun de los hombres de vivir conforme á razon y virtud, porque generalmente se rigen por sus apetitos y deseos: luego necesariamente hemos de confesar que alguna dolencia hay en la naturaleza humana, pues no hace aquello que es tan propio de su naturaleza. Cuando vemos que el caballo no puede correr, ni el pez nadar, ni el ave volar, entendemos haber en estos animales alguna enfermedad que impide esta obra tan propia y tan natural á este género de animales. Pues muy más natural es á la criatura racional vivir conforme á razon y virtud, que cualquier de estos movimientos á estos animales: luego hemos de concluir que hay alguna general dolencia en la naturaleza humana, la cual impide una obra tan propia y tan natural como esta.

Es tambien comun sentencia de filósofos que todas las obras naturales son deleitables; porque con este cebo nos despierta y convida la naturaleza á ellas. Así los ojos

huelgan de ver, los oídos de oír, el paladar de gustar, y así las demas. Pues siendo tan natural obra de la criatura racional vivir á ley de razon y virtud, segun está dicho, había de serle la obra de la virtud muy deleitable, y la del vicio muy penosa. Mas lo contrario vemos por experiencia, que las virtudes son al comun de los hombres dificultosas, y los vicios, por el contrario, muy sabrosos: luego doliente está la naturaleza donde hay este desórden.

Esto mismo se prueba por el desórden de nuestros apetitos, de esta manera. Es el hombre compuesto de dos partes, que son cuerpo y alma, tan desiguales entre sí, que la una es mortal y la otra inmortal, la una terrena y la otra celestial, la una semejante á las bestias y la otra á los ángeles. Estas dos partes tienen cada cual sus propios bienes: los del cuerpo son salud, fuerzas, ligereza, riquezas y hermosura; los del alma son estos mismos espiritualmente tomados, esto es, salud y buena disposicion del alma, fuerzas para resistir al vicio, ligereza para correr por el camino de la virtud, y riquezas de todos los bienes espirituales. Pues siendo tanta la ventaja que hacen los bienes del alma á los del cuerpo, quanto ella es más excelente que él, el órden de nuestra voluntad y apetito por natural derecho pedía que lo más precioso fuese más estimado, más amado, y con más diligencia procurado. Lo contrario de lo cual vemos en el comun de los hombres: los cuales precian y aman tanto los bienes del cuerpo, y búscanlos con tan grande ardor y diligencia, que de día y de noche ninguna otra cosa piensan, ni buscan, ni tratan, ni sueñan; ni hay peligros de mar, ni de tierra, ni de fuego, ni de agua, ni de lanzas y espadas á que no se arriesguen por estos bienes. Mas por los otros espirituales y divinos, que sin comparacion son más ex-

celentes, ¿quién así se desvela, quién así trabaja, quién así se pone á peligros de la vida por ellos? Pues ¿quién no entenderá por aquí el estrago y corrupcion del paladar de nuestro apetito, que tan mal arrostra á la dignidad de estos bienes espirituales, y tanto se desperece y fatiga por aquellos vilísimos y corporales? Lo cual se prueba aún más claro por este ejemplo. De la manera que se ha el gusto de nuestro paladar para lo dulce y amargo, y para lo más dulce y ménos dulce, así se ha el apetito de nuestra voluntad para el bien y para el mal, que es el objeto de nuestra voluntad, así como lo dulce y amargo lo es del paladar. Pues vemos que cuando el paladar no juzga rectamente de los sabores, teniendo lo dulce por amargo y lo amargo por dulce, lo sabroso por desabrido, lo desabrido por sabroso, como lo hace la mujer que come tierra, ó pedazos de jarros de barro mal cocido, entendemos que day dolencia en el cuerpo, y que el paladar está corrupto: pues segun esto, viendo el desórden de nuestra voluntad en el amor de los bienes, no tomando gusto en los bienes espirituales y divinos, y tomándolo tan grande en los bienes vilísimos de la carne, ¿quién no juzgará que la tal voluntad está pervertida y estragada, y que no era posible que aquel Artífice soberano la criase con tal desórden?

§ II.

Persuade lo mismo la rebeldia del cuerpo con el ejército de sus pasiones.

Pasemos adelante, y tomemos por fundamento lo que acabamos de decir de la excelencia de nuestra alma y bajeza de nuestro cuerpo. Notoria cosa es, segun toda filosofía divina y humana, que naturalmente el alma se

hizo como señora para mandar, y el cuerpo para servir y obedecer: como se hace en las repúblicas bien ordenadas, donde los nobles rigen y mandan, y el pueblo bajo obedece. Pues siendo este orden tan natural, había de obedecer y servir este cuerpo al alma con suavidad y facilidad, como vemos que los miembros del mismo cuerpo, sin haber entre ellos esta superioridad, sirven unos á otros cuando es menester. Mas todos experimentamos cada hora la rebeldía y contumacia de la carne contra el espíritu. La cual explicó el Apóstol cuando dijo (1): *Siento una ley en mis miembros que repugna á la ley de mi alma, con tanta fuerza que me cautiva y sujeta á la mala inclinacion del pecado que está en mi carne.* Pues siendo éste un tan grande desorden y repugnancia, y un como cisma entre las partes del mismo hombre, ¿cómo lo había de criar aquel sapientísimo Artífice con esta manera de division y contrariedad, que es el principal impedimento de toda virtud y honestidad?

§ III.

Estrago de las potencias, y olvido del último fin que vence esta verdad.

A todo lo dicho añadido el extraño olvido que los hombres tienen en buscar el último fin para que fueron criados. Porque vemos que todos los brutos animales en ninguna otra cosa se ocupan, sino en buscar todo lo que es necesario para su vida y conservacion de sus cuerpos, que es el fin que les fué puesto por su Hacedor, como á criaturas irracionales, que no eran capaces de otro mayor bien. Mas el fin del hombre que dentro de sí tiene aquel rayo de la divina luz, que es la razon, por cuya virtud

(1) Rom., vii, 23.

se dice haber sido criado á imágen de Dios, y por ella puede pasar de vuelo sobre todos los cielos, y llegar hasta el Criador de ellos, otro fin tiene más alto, proporcionado á la nobleza de su estado: que es la contemplacion y amor del sumo bien, que es Dios, como los más excelentes filósofos Aristóteles y Platon determinaron. Mas el medio y camino para alcanzar este género de contemplacion es la posesion de las virtudes morales, con las cuales se quieta el bullicio de nuestras pasiones, que nos abaten á la tierra, y apartan del cielo, y se purifican y avivan los ojos del alma para contemplar aquella infinita luz y hermosura. Para estos dos oficios nos fué dado el entendimiento, el cual tiene dos habilidades, una para procurar las virtudes y ordenar prudentemente la vida, y otra para levantarse al estudio y consideracion de las cosas espirituales y divinas. Las cuales dos habilidades llaman los filósofos y teólogos entendimiento práctico y especulativo: no porque estos dos entendimientos sean distintos entresí, porque no son sino uno sólo, que tiene estas dos facultades que llamamos por estos nombres. Pues siendo esto así, el orden natural pedía, que así como los brutos animales en ninguna cosa se emplean, sino en procurar y buscar todo lo que se requiere para la perfeccion y conservacion de su sér, que es su fin, así tambien en su grado lo hiciese el hombre. Lo cual vemos en el comun de los hombres tan al reves, que en ninguna cosa ménos se ocupan que en ésta, la cual sola había de ser su perpetua ocupacion. Mas ántes de tal manera han torcido y bastardeado de la generosidad de su naturaleza, que así como las bestias en ninguna otra cosa entienden sino en buscar bienes para su cuerpo, así ellos, generalmente hablando, en ninguna otra cosa noche y día se ocupan, sino en lo mismo que ellas. Pues ¿qué mayor bajaiza? ¿qué mayor

plaga? ¿qué mayor dolencia puede ser que una tan noble criatura, capaz de la felicidad y gloria de Dios, venga á hacerse semejante á las bestias, y no pretender otro fin ni tener otra ocupacion que ellas? Pues ¿para qué recibiste, hombre, aquel rayo de la luz divina, que es la luz de la razon, que te constituye en sér de hombre, y te diferencia de las bestias, y te hace capaz de Dios? Pero hay aquí otra cosa más para sentir, y ponernos mayor admiracion; y es que no solamente no se emplea la mayor parte de los hombres en aquellos dos oficios que dijimos, que son procurar las virtudes y contemplar las cosas divinas; mas ántes el entendimiento, que había de ser oficial y ejecutor de toda la virtud, de tal manera, si decirse puede, ha apostatado, que se ha hecho oficial é inventor de todos los vicios. Porque, ¿quién ha sido el inventor de tantas diferencias de potajes, de golosinas, de lujurias, de nuevos trajes, de edificios tan costosos y tan curiosos, de tantas maneras de juegos de cartas, de tablas, de dados, etc., y lo que peor es, de tantos pertrechos de guerras, de tantas diferencias de armas, de tanta artillería, con que llegaron á imitar lo que sólo á Dios pertenecía, que es tronar, y relampaguear, y despedir rayos de las nubes; y todo esto para destruccion del género humano; para que ni el mar, ni la tierra, ni otro algun lugar deje de estar regado con sangre humana? En lo cual parece que no solamente se ha hecho el hombre semejante á las bestias, más quedó aún mucho peor, porque la malicia armada con las fuerzas de la razon á muchos mayores males se extiende. Por lo cual dice un filósofo que no hay fiera más pestilencial para el género humano que la mala voluntad ayudada con el ingenio y agudeza de la razon. Pues ¿quién no lamentará esta tan gran miseria? ¿quién no se espantará de esta perversidad y apostasía de esta

parte divina que Dios puso en el hombre? ¿quién no verá claro por este argumento la miserable dolencia de la naturaleza humana, y que no era posible que de las manos de aquel sumo Artífice manase una obra tan desordenada como ésta?

§ IV.

Pasmo de los que no supieron la causa de estos desórdenes, y conclusion de este discurso.

Este desórden es tan grande y tan contrario á la rectitud y órden de la naturaleza, y espantó tanto á los profesores de la filosofía, que vinieron á tomar de aquí motivo para decir grandísimos desatinos. Porque unos, considerando el órden que guardaban los animales en la conservacion de sus vidas, y el desórden y confusion de las cosas humanas, vinieron á decir que Dios tenía providencia de los animales, mas no de los hombres. Pues ¿qué cosa se pudiera decir más fuera de toda razon? Y otros hubo aún más desatinados: los cuales, persuadidos por las razones que hemos alegado y por otras semejantes, dijeron que no era posible criar Dios al hombre con estas tan perversas inclinaciones y siniestros: y no sabiendo el secreto del pecado original, causador de todos estos males, vinieron á decir que el demonio, y no Dios, había criado al hombre con todas estas cosas de acá abajo. Y así pusieron dos principios y autores de las cosas criadas: uno de las invisibles, que era Dios, y otro de las visibles que era el demonio. En el cual error, que fué el de los maniqueos, estuvo enlazado san Agustin, hasta los treinta años de su edad (1): en el cual tiempo, como él tampoco sabía el secreto del pecado original, no acababa

(1) August., lib. III, Confess. cap. VI.

de espantarse de estos desórdenes que veía en el hombre, presuponiendo que esto no podría venir de Dios, autor santísimo y sapientísimo. Lo cual entenderá quien leyere el libro de sus Confesiones, donde muestra las angustias y congojas que sobre este caso padecía, buscando la causa de estos males. Y así en el séptimo libro de sus Confesiones, cap. V, dice así: Bueno es Dios, y buenas hizo todas las cosas. Pues ¿de dónde procedió el mal, y por qué puerta entró acá? ¿cuál fué su raíz? ¿cuál su simiente? ¿ó por ventura no hay tal cosa? Pues ¿por qué tememos lo que no es? Y si vanamente tememos, ya ese temor es malo. Pues ¿de dónde nació, pues Dios bueno todas las cosas hizo buenas? Pues ¿de dónde tuvo origen este mal? ¿había por ventura alguna materia mala, y formólo de ella, y dejó alguna cosa que no convirtiese en bien? ¿Por qué la dejó, ó por qué no le quitó aquel mal, ó no destruyó aquella materia, ó no la convirtió en bien, pues era todopoderoso? Tales cosas revolvía en mi pecho miserable, fatigado con cuidados congojosísimos del temor de la muerte, sin haber hallado la verdad. Y un poco más abajo (1): ¿Cuáles eran, dice él, Dios mío, los tormentos de mi alma? ¿cuáles los dolores de parto de mi corazón? Tú sólo sabías lo que padecía, y no hombre alguno. Porque ningún tiempo ni palabras bastaban para declarar á mis amigos los tormentos que padecía. Hasta aquí son palabras de san Agustín: en las cuales declara lo que su alma padecía por no haber alcanzado el secreto del pecado original.

Mas la luz de la religion cristiana, maestra de la verdad, nos saca de estas perplejidades y errores. Porque ella confiesa que ninguna de estas deformidades procedió de las manos de Dios, como claramente se prueba por lo

(1) Cap., vi.

que al principio alegamos; sino que el pecado fué el origen y fuente de todas estas dolencias.

Pues concluyendo, y resumiendo este tan largo discurso, digo que el origen y principio de todos estos males es el pecado original en que todos somos concebidos. Dirá alguno: ¿Cómo probáis esto? Porque vemos en la edad tierna de los muchachos, ántes que puedan pecar, las semillas de estos males, porque entónces comienza á descubrirse la ira, la envidia, el odio, la rabia, el deseo de venganza, y otras semejantes pasiones, las cuales no vienen por pecados propios, porque aún no los tienen, por lo cual, hemos de confesar que pues todos los hombres nacen con estas malas inclinaciones, y no por pecados propios actuales, que algun pecado hubo en algun hombre, que fué principio de toda la generacion humana, el cual por su culpa quedó sentenciado á esta pena; y cual él quedó, tales nos engendró á todos. De la muerte no trato aquí, á que tambien el hombre quedó condenado por el pecado, ni de otras infinitas enfermedades y miserias del cuerpo humano; porque mi intento principal ha sido tratar de los males espirituales de nuestra alma, para cuyo remedio sirve el misterio de nuestra redencion, de que aquí tratamos. Todo esto se ha dicho tan por extenso, para que claramente conociésemos la comun dolencia de la naturaleza humana, y viésemos la necesidad que tenía de remedio. Y para que cuanto más claro conociésemos la grandeza de la dolencia, tanto mejor entendiésemos lo que debíamos á aquel excelentísimo Remediador, que de tantos males con tanta costa suya nos libró. Tambien lo dicho servirá, aunque esto no sea propio de este lugar, para que el cristiano que desea salvarse, conozca la ponzoña de las malas inclinaciones que trae dentro de sí; para que así entienda cuán recatado y temeroso debe

vivir, y cuánto le convenga usar de todos aquellos remedios y medicinas que arriba tocamos, y particularmente de huir todas las ocasiones de los pecados, porque no se favorezca la mala inclinacion de nuestra carne con las ocasiones que vienen de fuera. Declarada, pues, la comun dolencia del género humano, comencemos á tratar de su remedio.

CAPÍTULO III.

DE COMO PLUGO Á LA INMENSA BONDAD DE DIOS ENVIAR REMEDIO AL HOMBRE, DEJANDO AL DEMONIO EN SU OBSTINACION.

Vimos ya en el capítulo pasado cual quedó el hombre despues del pecado; el cual, como dice el santo concilio Tridentino (1), fué dentro y fuera de sí mudado: el cuerpo sujeto á muerte, y á infinitas maneras de enfermedades y miserias; y el alma con todas sus potencias desordenada en todos sus apetitos y pasiones, segun hasta aquí hemos referido. De esta manera quedó mudado aquel hombre despues que pecó, así lo quedamos todos en él; porque, como dice san Agustin (2), todo el género humano se perdió quando se perdió aquel en quien todo él estaba.

Quedando, pues, el hombre en este estado tan lamentable, pudiera el Criador usar de su justicia, y dejarlo así desamparado, como dejó al demonio. Porque ni él tenía á quien dar cuenta de esto, ni quien le tomase residencia, como dice el Sabio (3): *¿Quién te hará, Señor, cargo, ó te acusará, si todas las naciones del mundo perecieren?* Ni tampoco le pudiera compeler á esto necesidad del ser-

(1) Sess., V. Decr. de pecac. original.

(2) August. de verb. Apóstol. serm. XIV, cap. XV, tom. 10.

(3) Sap., XII, 12.

vicio del hombre, porque así como *ab æterno* estuvo sin él hasta que lo crió, así pudiera permanecer para siempre tan glorioso y bienaventurado como ahora lo es. Porque así como cuanto al sér no depende de nadie, así tampoco cuánto al bienaventurado sér. De manera que como tiene sér por sí mismo, así es bienaventurado por sí mismo: pues en él no se distingue sér, y bienaventurado sér. Ni tampoco había de parte del hombre merecimientos que á esto le obligasen, pues quedando él en desgracia de Dios, no podía por sí hacer cosa que le fuese agradable; y así el Criador, ni por su necesidad, ni por nuestro merecimiento quedó obligado á darnos remedio, sino por solas las entrañas de su bondad y misericordia. Por donde dijo san Agustin (1), que no le trajeron del cielo á la tierra nuestros merecimientos, sino nuestros pecados. Y el mismo Señor declara esto por Isaías, diciendo (2): *No me llamaste, Jacob, ni trabajaste en mi servicio, Israel. No me ofreciste tus carneros en holocausto, ni me glorificaste con tus sacrificios. Mas con todo eso me hiciste servir en tus pecados, y me diste bien en que entender en el remedio de tus maldades. Yo soy, yo soy el que perdono todos tus pecados por amor de mí, y de ellos no me acordaré. Estemos á cuenta y razon y dime si tienes algo con que puedas por tí, sin mí, ser justificado.* Hasta aquí son palabras del Señor por Isaías. Esto mismo es lo que claramente dice el Apóstol por estas palabras (3): *Aparecido ha en nuestros días la benignidad y humanidad de Dios nuestro Salvador: no por las obras de justicia que nosotros hicimos, sino por su misericordia, por la cual nos quiso salvar.*

(1) August. de verb. Apóstol, serm. VIII, cap. VII.

(2) Isai., XLIII, 22-26.

(3) Tit., III, 4 et 5.

§ ÚNICO.

Conveniencias admirables de la redencion del género humano.

Podrá alguno preguntar. Pues pecó el ángel, y pecó el hombre, ¿por qué no proveyó Dios de remedio al ángel, y proveyó al hombre? Bastaba para satisfacer á la religion y humildad cristiana la determinacion y voluntad divina; porque, segun dice Salviano, así como pesa más Dios que toda razon, así basta para satisfacernos la determinacion de su voluntad, mas que toda otra razon. Pero con todo esto no faltan en esta parte grandes conveniencias; porque, como dice santo Tomas (1), la divina Providencia provee de remedio á todas las criaturas, conservando la naturaleza de ellas, sin mudar lo que él crió. Pues es de saber que la naturaleza del ángel, segun la opinion del mismo santo Doctor (2), es sér invariable en lo que una vez se determina. Porque así como luégo de primera instancia entiende todo lo que puede entender, así tambien está fijo y constante en la primera voluntad en que se determinó. Mas el hombre no es así, sino de naturaleza mudable y vertible, porque así como entiende hoy una cosa y mañana otra contraria, así hoy tiene una determinacion y mañana otra: hoy propone una cosa y mañana se arrepiente de ella, y propone otra. Y así el hombre, segun su naturaleza, es capaz de arrepentimiento y penitencia, lo que no es en el ángel. Y por eso la enfermedad del hombre fué capaz de remedio y medicina, y no la del ángel. Con esto tambien se junta, que si el ángel cayó, fué por su propia y sola voluntad, sin que na-

(1) S. Thom. 4, contr. Gent. cap. 56.

(2) 1. p. q. 64. art. 2.

die le tentase ni solicitase al mal; pero el hombre, cuando pecó, fué provocado y solicitado por su adversario, por donde parece cosa conveniente que sea ayudado para el bien quien fué solicitado para el mal, y que tenga padrinos que le aconsejen lo bueno quien tuvo tentadores que le aconsejasen lo malo. Y pues hubo quien le atravesase el pié para que cayese, haya quien le de la mano para que se levante; pues no es razon que sea la criatura de Dios más capaz del mal que del bien; sino que como puede ser ayudada en lo uno, lo puede tambien ser en lo otro. Item, hay aquí otra cosa mucho para considerar, y es, que si el ángel cayó, cayó por su propio pecado, que él por sí mismo cometió, sin que el pecado ajeno le perjudicase. Però en los hijos de Adan no es así, los cuales nacen en pecado original é hijos de ira por el ajeno pecado, que tambien les es propio. Y siendo esto así, convenientísima cosa era que pues la culpa ajena nos dañó, la santidad ajena nos ayudase; porque de otra manera parecería haber Dios criado al hombre más capaz de mal que de bien, pues le podía dañar la ajena malicia, y no le podía aprovechar la virtud ajena. Siguiérase tambien de aquí que fuese mayor el reino de la justicia de Dios que el de su misericordia; pues la justicia se extendía á castigar los hombres por pecados ajenos, y la misericordia no llegaba á galardonarlos por merecimientos ajenos. Por lo cual era cosa convenientísima que, hasta adonde llegaba la justicia en su reino, llegase la misericordia en el suyo. Con lo cual cesa la querella del hombre, que pudiera decir: ¿Qué hice yo, Señor, en el vientre de mi madre, porque naciese en pecado? Porque á esto le pueden responder: ¿Qué hiciste tú cuando fuiste bautizado, para que fueses justificado de ese pecado? De manera, que si dices que sin hacer tú por qué te entregaron al

enemigo, no te agravies de eso, porque sin hacer tú por qué te libraron de él. Y así se cumple en tí lo que Dios dijo por Isaías (1): De balde fuisteis vendidos, y de balde seréis comprados. Hay tambien aquí otra cosa de mucha consideracion, y es, que si el demonio tentó al hombre, no fué por sólo querer dañar al hombre, sino tambien por hacer guerra á Dios en su criatura, para que no consiguiese el fin para que la había criado, y así no saliese Dios con lo que pretendía. Y en ninguna manera convenía para la gloria de Dios que el demonio se pudiese gloriar de haber prevalecido contra él é impedido sus consejos y decretos. Por esto convenía que Dios volviese por su honra, y rodease el negocio de tal manera, que no sólo no se impidiese su propósito, que era ayuntar consigo al hombre, ántes se adelantase y perfeccionase como ello se hizo. Porque donde ántes se había determinado hacer al hombre una cosa consigo por gracia, ahora determinó ayuntarlo á sí en una misma persona, que es la más estrecha union que se puede imaginar. De esta manera suele Dios triunfar de sus enemigos, tomando ocasion para hacer las cosas más excelentes, de los medios que ellos intentan para impedir las.

CAPÍTULO IV.

CÓMO NI EL HOMBRE, NI EL ÁNGEL, NI OTRA PURA CRIATURA
PODÍAN EN RIGOR DE JUSTICIA SATISFACER POR LA COMUN
DEUDA DEL GÉNERO HUMANO.

Presupuesto ya que era cosa conveniente á la divina bondad preveer de remedio al hombre caído, síguese que tratemos del remedio que para esto escogió. Para lo cual conviene primero presuponer que Dios nuestro Señor no

(1) Cap., lII, 3.

usa comunmente de su poder absoluto en las cosas que determina hacer. Porque como él sea sumamente perfecto, así lo son todas sus obras, y así guarda en ellas todo el orden y rectitud que conviene á su sabiduría y justicia. Y esto es lo que significó el Sabio, cuando dijo, que disponía de todas las cosas suavemente, procediendo por medios convenientes á sus fines. Y pues este orden guarda comunmente en todas sus obras, mucho más quiso que se guardase en la obra de nuestra redencion, que es la más excelente de todas, y la que por excelencia se llama *obra de Dios* (1), como el Salvador la llamó, y así quiso que se encaminase por el más excelente medio que se podía hallar. Esto mismo guardó este Señor en las obras de la naturaleza, que son muy bajas en comparacion de ésta. De donde procedió aquella comun sentencia de los filósofos, los cuales dijeron que la naturaleza, esto es, el Autor de la naturaleza, siempre tiraba á hacer lo mejor y más perfecto; y que si algunas veces hacía monstruos, era para perfeccion del universo, para que por lo avieso y desordenado se conociese mejor el orden y hermosura de lo perfecto. Y en consecuencia de esto dicen que en la generacion del hombre siempre la naturaleza pretende hacer varon, como cosa más perfecta, más por algun accidente, que en la materia ó en la virtud formativa se halla, viene á engendrarse hembra. Pues si este orden guarda aquel soberano Artífice en las obras de la naturaleza, que no tienen por fin más que un sér natural y corruptible, ¿cuánto más lo guardará en las obras de gracia, cuyo fin es sobrenatural y divino? Los hombres, cuando quieren hacer alguna obra, suelen tener respeto al trabajo y á la costa que les ha de hacer; y si esto sobrepuja sus fuerzas y su caudal, hacen las obras segun les

(1) Joan., iv, 34.

es posible, aunque sean ménos perfectas de lo que ellos deseaban; porque, como suelen acá decir, va el Rey donde puede, y no donde quiere. Mas en Dios, que es infinitamente rico y poderoso, en ningun modo cabe lo dicho; y por eso hace las obras tan perfectas cuando conviene á su infinita bondad y sabiduría, como se ve en esta obra de nuestra redencion, la cual él trazó y ordenó con tanta perfeccion, que no se puede imaginar otra mayor, así para gloria suya, como para el remedio de nuestra miseria, que son las dos cosas que él pretende en todas sus obras, como adelante se dirá. De manera que si todos los entendimientos de hombres y ángeles se juntaran en uno, no pudieran inventar ni desear otro modo más conveniente para lo dicho que éste.

Y con este fundamento, que es firmísimo, queda respondido á todas las preguntas que hacen los hombres ignorantes, diciendo: ¿No pudiera Dios por otros modos remediar el linaje humano, sin tanta costa y trabajo suyo? A los cuales fácilmente respondemos, que pudiera él hacer esto por otros mil medios si quisiera. Mas, como ya dijimos, nunca mira él á lo que puede hacer de su poder absoluto, porque de esta manera bien podría él en un punto llevar al cielo todos los que están en el infierno, sino lo que conviene á la dignidad y á las leyes de su sabiduría, de su bondad, y de su justicia, y de su misericordia. Y teniendo respeto á esto, imposible era hallarse medio más conveniente que éste. Lo cual declara muy bien Eusebio Emiseno por estas palabras (1): Había pecado el primer hombre por su culpa y desobediencia, movido por su propia voluntad, inducido por el demonio, mas no forzado. Por lo cual podía, por vía de misericordia, ser redimido, mas no convenía que como inocente fuese

(1) Euseb. homil. VII, de Symbol.

por el poder divino librado. Y no usando Dios en esta obra de su poder, sino de su justicia, era menester para la satisfaccion de su culpa un hombre puro, y santo, y limpio de todo pecado. Porque no podía alcanzar remedio para los pecados el que estuviese sujeto á ellos; ni podía entrevenir por los siervos el que estaba obligado á las leyes de la servidumbre. Mas hombre tan puro y libre como éste, no lo tenía nuestra region. Por lo cual de otra parte había de venir, para que pudiese ofrecer debida satisfaccion el libre por los deudores, el justo por los injustos, el inocente por los pecadores, el cordero por los cabritos; el cual fuese en lo exterior del mismo linaje que el pecador, mas no de la misma condicion: semejante á él en calidad de la sustancia, mas desemejante en la pureza de la vida, para que de nosotros tomase de donde por nosotros pagase, y de sí tuviese que ninguna cosa debiese. De manera que de nosotros ofreció el sacrificio, mas de sí nos dió la gracia del perdon.

Y más abajo en la homilía siguiente, prosiguiendo la materia del mismo misterio, dice así: No tuvo el Salvador pecado original, porque no tuvo lugar en él la vileza de nuestra generacion; y por tanto pudo destruir la muerte que á todos se debía. Y así por su indignísima pasion satisfizo por los pecados ajenos, porque él no tenía pecados propios. Y de esta manera por vía de justicia fué vencido el enemigo del linaje humano. Porque habiéndosele entregado el hombre y héchose suyo por el pecado, el demonio, engañándose por la costumbre que tenía de matar los otros hombres pecadores, acometió al inocente, y matando al libre, perdió al cautivo; y así perdió el derecho suyo, acometiendo al hombre que no era suyo. Todo lo susodicho es de este doctor, el cual en pocas palabras resumió la sustancia de este misterio.

§ ÚNICO.

Declárase más esta imposibilidad de satisfacer por los pecadores el hombre.

Mas para mayor luz de esta doctrina trataremos ahora más distintamente de ella. Para lo cual conviene declarar, que segun este Santo dice, ninguna criatura, no sólo humana, sino tambien angélica, era poderosa para satisfacer por vía de justicia por esta comun culpa de la naturaleza humana. Porque notoria cosa es que cuanto una persona es de mayor dignidad, tanto es mayor la ofensa hecha contra ella; y así cuantos son los grados de la dignidad de la persona ofendida, tantos son los de la indignidad de la ofensa hecha contra ella. Pues constándonos que la majestad de Dios es infinita, claro está que la ofensa cometida contra ella tambien lo es, y por consiguiente, en ley y rigor de justicia, ninguna pura criatura era poderosa para satisfacer por ella; pues todo el caudal de las criaturas es limitado y finito. Con lo cual se junta otra manera de infinidad, que es el número de los hombres comprendidos en este pecado en que todos nacemos; el cual, dado que no sea infinito, no repugna serlo cuanto es de parte de la especie humana, que se puede multiplicar sin término alguno. Y pues todos estos hombres nacen en pecado, ¿cuál de ellos había de ser poderoso para satisfacer por tanto número de pecadores y de pecados como son los de los nacidos y por nacer, no sólo los originales, sino tambien los actuales, que son muchos más, siendo esta deuda universal, y el hombre persona particular?

Allende de esto todas las criaturas, así ángeles como hombres, han recibido todo lo que tienen de Dios, segun

aquello del Apóstol (1): *¿Qué tienes que no hayas recibido?* Y por consiguiente todo lo que tienen es debido por derecho de justicia al que todo lo dió. Por donde no puede la criatura descargar nueva deuda con servicio ya por otro título debido: así como no puede un esclavo que hurtó cien ducados á su señor, satisfacerle con todos los servicios que le hace, porque todos esos le son ya debidos por título de la servidumbre.

Allende de esto el hombre por el pecado estaba en desgracia y enemistad de Dios, en el cual estado no podía hacer obra que fuese agradable á Dios, porque no acepta Dios servicios de enemigos, sino de amigos, ni obras hechas con solas fuerzas de naturaleza, sino de su gracia. Por lo cual no se puede decir, que pues el hombre fué poderoso para hacer obra con que desagradase á Dios, tambien podría hacer obra con que le agradase; pues para lo uno basta la naturaleza, y para lo otro es necesario la gracia. Mayormente que el hombre es más poderoso para dañarse que para remediar el daño que él mismo se hace; porque puede por sí matarse, mas no puede por sí resucitarse; puede por sí solo caer en pecado, más no puede por sí solo salir del lazo del pecado, si no fuere ayudado por Dios.

Hay tambien otra muy grande inhabilidad en el hombre, y es que cuanto es de más vil y baja condicion, si lo comparamos con los ángeles, tanto es mayor la injuria que pecando hace, y menor la satisfaccion que con su arrepentimiento ofrece. Porque la bajeza de la persona hace que la ofensa sea mayor, y la satisfaccion menor. Así vemos que la bofetada dada á un hombre honrado por una persona vil, se tiene por mayor injuria que la dada por otra noble; y asimismo la satisfaccion de la tal persona

(1) I Cor., iv, 7.

es tenuta por tanto de menor valor, cuanto la persona es más desvalida.

Mas ¿qué digo yo de la satisfaccion del hombre culpado, pues todo lo que despues de la sagrada humanidad de Cristo está criado, no basta en rigor de justicia para satisfacer por ofensa hecha contra majestad infinita? La razon de esto da agudamente san Anselmo, diciendo que pecar es desacatar á Dios, cuanto es de parte de la desobediencia del pecado; lo cual el hombre no debía hacer, aunque se perdiese todo lo que hay fuera de Dios, pues vale él infinitamente más que todo ello. Por lo cual el derecho de la razon y justicia pide que el hombre pecador ofrezca en satisfaccion alguna cosa mayor que aquella por la cual no lo había de ofender, que es todo lo criado, lo cual el hombre no podía ofrecer, pues es una pequeña parte de todo ello; y así no tenía caudal para recompensar tan grande deuda como ésta.

Y descendiendo más en particular á tratar de los ángeles, no era razon que Dios cometiese el cargo de esta satisfaccion á alguno de ellos por alto que fuese. Porque demas de las razones susodichas; era cosa impropia que siendo la culpa de la naturaleza humana, la satisfaccion fuese de extraña naturaleza, cual es la angélica. Y demas de esto como dice Eusebio Emiseno (1), fuera gran desorden que la criatura reparase lo que el Criador había formado. Y llevando el negocio por términos de justicia, como era razon, no valia tanto la persona del ángel, cuanto la salud de todo el mundo; é imposible cosa era que el criado de Dios hiciese el oficio de Dios; porque aprovechar á todos los siglos presentes, pasados y venideros, á sólo el universal Señor de todos los siglos pertenecía. Y allende de esto no convenia ni para la gloria de

(1) Euseb. Emis. homil. xi, de Paschate.

Dios, ni para la dignidad del hombre, ser por ángel redimido. Porque ¿qué cosa fuera deber el hombre á Dios el beneficio de la creacion, y al ángel el de la redencion, siendo tanto mayor este beneficio que el otro, cuanto es más el sér divino que el humano? Porque si el cumplimiento de toda la felicidad humana consiste en gozar de aquella bienaventurada inmortalidad, ¿cuánto mayor beneficio hace al hombre el que lo introduce en aquella vida, que quien lo crió en este valle de tantas miserias? Por donde si Dios por sí nos criara en esta vida, y un ángel nos mereciera la otra, al ángel deberíamos lo que es más precioso, y á Dios lo que no es tanto. Y cuán grande inconveniente sea éste, decláralo san Agustin, hablando con Dios, por estas palabras: Señor, si vos me disteis que fuese, ¿quién me pudo dar que fuese bueno sino vos? Porque si vos me disteis el sér, y otro el buen sér, mejor sería el que me dió el buen sér, que el que me dió el sér. Mas aunque haya distancia de lo uno á lo otro; ambas cosas nos dió este Señor. Porque cuando él crió al hombre, él por sí solo lo quiso criar, y así dijo (1): *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*. Pues el que no se desdeñó de criarlo por sí ¿había de tener asco de repararlo por sí? No por cierto: mas ántes si fué gran gloria suya criar al hombre, mucho mayor lo fué redimirlo. Pues no era razon que el comun Señor quitase esta gloria de sí, y la diese á su criatura; pues él dice por su Profeta (2) *que él sólo es Dios, y que á nadie ha de dar su honra*. Por tanto el que fué nuestro criador, quiso tambien ser nuestro redentor, para que toda esta gloria fuese suya, y así lo fuese todo nuestro amor. Y esto es lo que divinamente dijo san Anselmo en pocas palabras. Porque

(1) Genes., I, 26.

(2) Isai., XLII, 6. XLVIII, 11.

no repartieses el amor entre el criador y redentor, el mismo Señor quiso ser tu criador y redentor.

CAPÍTULO V.

CÓMO SOLO EL HIJO DE DIOS EN RIGOR DE JUSTICIA PODÍA DESCARGAR LA COMUN DEUDA DEL LINAJE HUMANO , Y CUÁN CONVENIENTE HAYA SIDO ESTE MEDIO PARA ESTE DESCARGO.

De lo que acabamos de decir en este capítulo resulta claro, por las razones alegadas, que ni el hombre ni el ángel, ni otra pura criatura tenían caudal de virtud y gracia para redimir el linaje humano: sino que á solo aquel Señor que tuvo por bien criarlo, pertenecía redimirlo. Mas descendiendo ahora á tratar este misterio más en particular, será necesario declarar el orden y consejo admirable que la divina sabiduría escogió para obrar este tan gran negocio.

Quiso, pues, primeramente que el camino y medio de nuestra salvacion fuese contrario al de nuestra perdicion; y que así como un hombre pecador había destruido el mundo, así otro hombre justo lo restituyese; y que así como el pecado y la muerte entraron por uno, así la vida y la justicia entrasen por otro; y que así como el pecado de un hombre se derivó en todos los hombres, así la santidad de un solo hombre se derivase, cuanto es de su parte, en todos ellos. Esto pedía la ley y orden de justicia; y tambien lo pedía el orden de naturaleza que Dios generalmente guarda en todas las cosas, el cual, habiendo repartido todas las criaturas del mundo en linajes y familias, puso en cada linaje una cabeza, que es una criatura la más noble de aquel linaje: la cual fuese causa de la no-

bleza que hay en todas las que se comprenden debajo de ella. Pongamos ejemplos. En el linaje de los cuerpos que se mueven, el principal es el primer cielo que llaman el primer móvil; y éste es causa general de todos cuantos movimientos corporales hay en la tierra. Asimismo en el linaje de los cuerpos resplandecientes, como son las estrellas, crió Dios una mucho más resplandeciente, que es el sol, el cual es causa de la luz y resplandor de todas ellas, porque todas lo reciben de él. Pues de esta manera, queriendo Dios poblar y adornar el cielo y la tierra con las almas de los varones justos y santos, ordenó que hubiese un santo extremado y aventajado en toda santidad, del cual se derivase el resplandor de la santidad en todos ellos, y así se llamase *Sanctus Sanctorum*, que es el santo de los santos, no sólo porque es el mayor de todos, sino porque es santificado de todos; y por esto tambien se llama este Señor sol de justicia, porque de él reciben justicia y gracia todos los justos; y así dice san Juan (1), *que de la plenitud y abundancia de su gracia recibimos todos gracia*. Por donde entenderán los que por algunas piadosas conjeturas piensan tener alguna centella de gracia, ó de devocion, ó de santidad, de quién la tienen y á quién la han de agradecer. Porque lo que deben los miembros á la cabeza, y las ramas del árbol á su raíz, y las estrellas al sol, y generalmente todos los efectos á sus causas, eso deben todos los justos á este justificador.

Esto mismo era un medio convenientísimo para la cura de nuestras necesidades y males. Porque la primera y mayor necesidad que teníamos era ser restituidos á la antigua amistad y gracia de nuestro Criador, la cual habíamos perdido por aquel comun pecado, por el cual estaba este Señor enemistado con los hombres, *los cuales*, como el

(1) Joan., 1, 16.

Apóstol dice (1), *nacían hijos de ira*. Y como la amistad y gracia de Dios para con sus criaturas sea la primera causa de todos los bienes de ellas, faltando ésta, faltaban también los beneficios que de esta amistad procedían. Lo cual declara el Señor por Isaías, diciendo (2): *Vuestros pecados fueron la causa de la division entre mí y vosotros, y ellos me apretaron las manos para no haceros bien*.

Estando, pues, los hombres en esta desgracia con su Rey y Señor, era necesario, lo que se suele comunmente hacer cuando las partes están desavenidas, un buen tercero y medianero que las redujese á amor y concordia. Este no podía ser más conveniente que el mismo Hijo de Dios humanado. Porque el tal medianero convenía que fuese poderoso con ambas las partes, y sin sospecha de ellas para que fuese fidelísimo en el negocio que trataba. Pues para esto, ¿qué cosa se pudiera ordenar más á propósito que hacerse Dios hombre para ser medianero entre Dios y los hombres? ¿qué cosa más fiel para con Dios que el que era Dios? Y ¿qué cosa más fiel para el hombre que el que era hombre? Y ¿quién más amigo de ambas naturalezas que el que las tenía en sí entrambas? De manera que ambos los negocios tenía por suyos: el de Dios porque era Dios verdadero, y el del hombre porque era verdadero hombre. Pues para este fin ninguna cosa se podía, no digo ordenar, más ni imaginar, ni desear más á propósito.

Asimismo este medianero, demas de lo dicho, convenía que fuese amicísimo y gratisimo en los ojos de Dios; porque quien había de hacer tan grandes y tan generales amistades, quien había de apagar la llama de este odio, quien había de hacer amigos de tantos enemigos como eran todos los siglos presentes, pasados y venideros, ne-

(1) Ephes., II, 2.

(2) Isai., LIX, 2.

cesariamente había de ser amicísimo y gratisimo en los ojos de Dios; para que con la abundancia de sus gracias se deshiciesen tantas desgracias, y con la grandeza de su amistad se echasen en olvido tantas enemistades. La sal que ha de dar sabor y salar todos los manjares, ha de ser en sí saladísima; y el sol que ha de dar claridad á todas las estrellas, ha de ser en sí clarísimo; y así el que ha de hacer gratos y amigos á todos los hombres en los ojos de Dios, siéndole ántes enemigos, ha de ser á él gratisimo y amicísimo. Pues ¿quién podía ser para esto más conveniente que el unigénito Hijo de Dios, infinitamente amado de su Eterno Padre? A éste, pues, nos dió la inmensa bondad de Dios por medianero y reconciliador, como lo testifica el Apóstol por estas palabras, que en sentencia dicen así (1): *Dios estaba en Cristo reconciliando por él consigo al mundo; y puso en nuestra boca la palabra y embajada de esta reconciliacion.* Por lo cual, como fieles embajadores, os rogamos queráis reconciliaros con Dios; mayormente pues él siendo ofendido, no sólo os convida primero con la paz, mas tambien os ofrece la satisfaccion de la ofensa pasada, por medio del sacrificio de su Hijo. Pues por este medio el Eterno Padre, como dice el mismo Apóstol (2), *nos trasladó al reino de su amantísimo Hijo y nos dió licencia y osadía para llegar á él por este medianero y pedirle mercedes.* Y así lo confirmó el mismo Hijo cuando á sus discípulos dijo (3): *No digo yo solamente que rogaré al Padre por vosotros, sino que vosotros tambien le rogaréis y seréis admitidos y recibidos de él como yo: ca el Padre tambien os ama, porque vosotros me amasteis y creisteis que fui enviado por él.* Como si

(1) II. Cor., v, 19.

(2) Colos., i, 13 et 14.

(3) Joan., xvi, 26 et 27.

más claramente dijera : De tal manera negociaré estas paces entre mi Padre y vosotros que, no sólo el Padre os haga mercedes por mi intercesion, sino tambien por la vuestra. De esta manera dice el Apóstol (1) que *el Padre nos hizo gratos en sus ojos por medio del gratisimo y amantisimo Hijo suyo, por quien alcanzamos la redencion y perdon de nuestros pecados.*

§ ÚNICO.

De cómo se hermanaron en esta obra de la divina bondad misericordia y justicia.

Mas acerca de esta reconciliacion es mucho de notar que, como en todas las obras de Dios se hallen juntas misericordia y justicia, así era razon que se hallasen en ésta, que es la mayor de todas, perdonando Dios de tal manera la culpa, que tambien la ofensa quedase satisfecha. Lo cual divinamente declaró el Apóstol, que despues de aquellas palabras que alegamos, Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, perdonándole sus pecados, añadió luégo (2): *Aquel que no sabía qué cosa era pecado, hizo por nosotros pecado, porque nosotros fuésemos justificados por él.* Como si dijera : Aquel inocentísimo Cordeiro que no sabía qué cosa era pecado, hizo pecado, esto es, sacrificio por los pecados, para que mediante el mérito de este sumo sacrificio fuese Dios aplacado, y la ofensa contra su divina majestad cometida quedase satisfecha; y así se hallasen en esta obra las dos hermanas susodichas, misericordia y justicia. Porque misericordia fué perdonar Dios los pecados al hombre, y justicia fué perdonarlos por la satisfaccion de su Hijo. El cual, como no era

(1) Ephes., i, 4 et 5.

(2) II Cor., v, 21.

deudor de muerte, porque no tenía pecado, ofreció la muerte que no debía, por la que el mundo debía. Y de esta manera quedó el hombre perdonado, y el pecado castigado. Y así se cumplió lo que el Salmista había dicho (1): *que la misericordia y la verdad se encontraron, y la justicia y la paz se besaron*, esto es, se hermanaron entre sí. Las cuales hasta entónces estaban diferentes. Esta fué una de las maravillas que Dios obró en este misterio, porque la misericordia y la justicia pedían cosas contrarias. La misericordia pedía que perdonase Dios al hombre, y la justicia que lo castigase. Entre las cuales dos demandas halló tal medio la divina sabiduría, que se cumpliese perfectísimamente lo que ambas partes pedían; porque no pudo ser mayor misericordia, que ofrecer su vida el Hijo de Dios por el hombre, ni mayor justicia, que pagarse la culpa del hombre con el sacrificio de Dios hecho hombre. Y aún pasa el negocio adelante; porque de tal manera se hallaron aquí estas dos virtudes juntas, siendo al parecer contrarias, que cuanto hay más de la una, se halla más de la otra; porque cuanto es mayor la justicia que Dios usó con su Hijo inocente, tanto fué mayor la misericordia de que usó con el hombre culpado; porque ni pudo ser mayor justicia que aquélla, ni mayor misericordia que ésta.

Y así como en esta obra se hallan estas dos compañeras de todas las obras divinas, así tambien se hallan otras dos, que semejantemente las acompañan: que son gloria de Dios, y provecho del hombre. Porque en esta obra fué Dios sumamente glorificado con aquel preciosísimo sacrificio de su Hijo, y el hombre copiosísimamente redimido y honrado, como adelante se declara.

Mas dirá por ventura alguno: ¿Qué orden de justicia

(1) Psal., LXXXIV, 2.

consiente que pague el inocente por el culpado, pues no ménos desagrada á aquel justo y soberano Juez padecer el que no tiene pecado, que dejar el culpado sin castigo? A esto se responde que no agrada á Dios el castigo del inocente, mas agrádale sumamente la caridad y misericordia del inocente, cuando de su propia voluntad se ofrece á satisfacer por el culpado, como lo podría hacer un hombre virtuoso, el cual viendo llevar á la cárcel un hombre por deudas que debe, movido de compasion tomase á su cargo las deudas del preso; en el cual caso justo sería librar al deudor por la satisfaccion del piadoso fiador. Pues si esto se usa y platica entre los hombres, con mayor razon tendrá lugar en las obras de aquel magnificéntísimo Señor, que siempre busca ocasiones para usar de su natural bondad y clemencia; y así vemos cuántas mercedes hizo á muchos, no por sus merecimientos, sino por los ajenos. Así las hizo á Ismael por amor de su padre Abraham (1), y á Esau por amor de Jacob (2), y á los hijos de Loth, puesto que servidores de ídolos, por amor de su padre; no consintiendo que á éstos y á los descendientes de Esaú se tomase un palmo de la tierra que él les había dado. Pues ¿cuántas veces perdonó á muchos de los reyes de Judá (3) por amor de David su padre? Y lo que más es, el mismo Señor confiesa que, mereciendo su pueblo ser por gravísimos pecados castigado, *buscaba algun varon* santo, para que con sus merecimientos y oraciones aplacase su ira, y *detuviese el castigo* que estaba merecido (4). Porque de esta manera aplacó Moises á Dios, ayunando cuarenta días, y haciendo oracion por el pecado de

(1) Gen., xvii, 20.

(2) Deut., ii, 5.

(3) III Reg., xi, 34. xv, 4. IV Reg., viii, 19. xix, 34. xx, 6.

(4) Ezech., xxi, 90.

su pueblo (1). Pues siendo esta la naturaleza y condicion de aquella suma bondad, ¿qué cosa pudiera ser más conforme á ella, que perdonar al mundo por el sacrificio voluntario de su único Hijo, ofrecido por los pecados con entrañas de ardentísima caridad y compasion de nuestros males? Y áun esta manera de remedio convenía para la culpa del género humano, el cual, así como había sido condenado por ajena culpa, así fuese absuelto por ajena justicia, como arriba se declaró.

CAPÍTULO VI.

CUÁN PROPORCIONADA HAYA SIDO LA MANERA DE LA SATISFACCION DE NUESTRO SALVADOR, Y CUÁN CONFORME Á LAS LEYES DE JUSTICIA.

Mas no se contentó la divina justicia con que tuviese virtud y gracia de merecimiento infinito el que hubiese de satisfacer por culpa infinita; sino quiso tambien que hubiese proporcion y correspondencia entre la satisfaccion y la culpa. Para cuyo entendimiento se han de presuponer dos cosas: la una, que así como en la medicina se cura un contrario con otro, que es lo frio con lo caliente, y lo caliente con lo frío, así la satisfaccion de las culpas se hace con virtudes á ellas contrarias, esto es, la soberbia con humildad, la avaricia con largueza, el regalo de la gula con el rigor de la abstinencia, etc. Es pues ahora de saber qué dos deformidades grandes entrevinieron en aquel primer pecado. Porque primeramente hubo en él soberbia, y tan gran soberbia, que el que era puro hombre, quiso usurpar la semejanza de Dios. A lo ménos la mujer engañada por la serpiente esto deseó. Pues para la cura de

(1) Exod., xxxiii, 17. xxxiv, 28.

tan gran soberbia, ¿qué otro medio había más proporcionado que una humildad tan grande cuanto lo fué aquella soberbia en su malicia? Pues si la soberbia fué levantarse un puro hombre á usurpar la semejanza de Dios, la humildad había de ser, que el que era verdadero Dios se abajase á tomar semejanza y forma de hombre. Lo cual sólo podía hacer é hizo aquel Señor, de quien dice el Apóstol (1), *que estando en forma de Dios, y siéndole natural y propia esta dignidad, se abajó á tomar verdadero sér y forma de hombre.*

Y asimismo en aquella soberbia del primer hombre llamamos tambien que el que era por ley de naturaleza y de justicia totalmente siervo y sujeto á su Criador, se eximió de esta jurisdiccion, y se hizo libre y señor absoluto de sí mismo, cumpliendo su propia voluntad contra la de su legítimo y verdadero Señor. Pues segun esto, la enmienda de esta culpa había de ser, que el que era plenariamente señor bajase á tomar forma de siervo, y á hacer oficio de siervo; porque sólo esta humildad se contrapone á aquella soberbia, pues descende tanto cuanto aquella se levantó. Lo cual sólo pudo hacer *aquel que siendo universalmente Señor de todo, se abajó á tomar forma de siervo*, como su Apóstol dice (2), y como el mismo Señor testifica, diciendolo (3): *No vino el Hijo del hombre á ser servido, sino á servir.* Y en otro lugar, hablando con sus discípulos (4): *Yo, dice él, estoy en medio de vosotros, no como señor que está sentado á la mesa, sino como ministro que sirve.*

Lo segundo, en aquel primer pecado se halló manifiesta desobediencia de aquel hombre, que en todo y por todo

(1) Philip., II, 6.

(2) Ubi supr.

(3) Matth., XX, 28.

(4) Luc., XXII, 27.

estaba obligado á obedecer á su Criador y Señor. La cual desobediencia no tenía otro más propio contrario que la obediencia de aquel Señor, que siendo exento de toda sujecion, quiso por sola su voluntad hacerse obediente hasta la muerte. Y así como la desobediencia de aquél llegó á poner las manos en el árbol vedado, así la obediencia de éste llegó á extender las suyas en el árbol de la Cruz, como el Eterno Padre lo había ordenado: para que lo que por un árbol se había perdido, por otro fuese restaurado, y el demonio que por un árbol venciera, por otro fuese vencido. Pues de la satisfaccion de esta obediencia se siguió lo que el Apóstol dice (1), *que así como la desobediencia de un hombre fué causa de haber muchos pecadores, así la obediencia de Cristo lo fué de haber en el mundo muchos justos.*

Demas estas conveniencias da san Agustin otra en el libro que tituló *Cur Deus homo* (2), la cual prosigue con un maravilloso discurso, que es razon ingerir en este lugar para consolacion de los fieles. Pregunta, pues, este Santo, por qué quiso Dios que fuese tan áspera la satisfaccion de Cristo mediante su muerte, con todo lo demas que en ella padeció. A lo cual responde, diciendo, que así como el primer hombre pecó por la suavidad de aquella fruta que comió, así la satisfaccion de este pecado había de ser con disgusto y aspereza; y el hombre, que vencido del demonio tan fácilmente desacató á Dios cuando pecó, tan ásperramente fuese reparado por Cristo cuando por la gloria y obediencia de su padre padeció. Y ninguna cosa más áspera puede el hombre padecer por la honra de Dios, que muerte voluntaria y no debida, ni otra mayor le puede ofrecer que este linaje de muerte. Mas cuánto sea lo que

(1) Rom., v, 19.

(2) Cap., ix.

el Hijo de Dios ofreció á su Padre cuando dió á sí mismo, todos lo entendemos; pues como sea verdad que tan grande ofrenda como ésta no deba carecer de galardón, necesario es que el Padre Eterno la gratifique á su Hijo. Ca, de otra manera sería injusto sino le quisiese gratificar, ó impotente y flaco si no pudiese, y ni lo uno ni lo otro cabe en Dios. Mas á quien se gratifica algun servicio, forzadamente ó le han de dar lo que no tiene, ó perdonarle lo que debe. Mas nada de esto cabe en la persona de Cristo; porque quitada aparte la gloria de su cuerpo y de su santo nombre, no le fué dado más de lo que él tenía, ni tampoco había cosa que se pudiese perdonar á quien no tenía pecado. Pues luego ¿qué galardón se podrá dar al que está tan rico, y al que ninguna culpa tiene que se le pueda perdonar? De manera que por una parte hay obligacion de galardonear, y por otra imposibilidad. Pues si un galardón tan debido no se da al Hijo, ni á otro alguno por él; parece que en vano el Hijo ofreció tan grande ofrenda á su Padre. Por lo cual es necesario que pues al Hijo no se puede dar debido galardón se dé á otro por él. Pues si el Hijo quisiere hacer donación á otro de lo que á él se debe, ¿podrá por ventura el Padre negar esto que el Hijo requiere? Síguese luego que el Padre estará obligado á dar el premio de esta obra á quien el Hijo quisiere aplicar. Pues ¿á quién podrá él aplicar más convenientemente el fruto y galardón de su muerte, que á aquellos por quien se hizo hombre, y á quien por su muerte dió ejemplo de morir por la justicia? Por donde en vano serán imitadores de su ejemplo, sino fueren participantes de su merecimiento. Y ¿á qué otros más justamente hará él herederos de la deuda que á él se debe, que á sus padres y hermanos, á los cuales ve obligados con tantas deudas, y sumidos en el profundo de las miserias, para que les sea per-

donado lo que por el pecado deben? Ciertamente ninguna cosa se pudo denunciar al mundo más conforme á razon, ninguna más dulce, ninguna más digna de ser deseada. Por lo cual puede el hombre por esta vía concebir una grande fe, confiando que á nadie desechará el Padre Eterno de sí, llegándose á él debajo de la confianza de este glorioso nombre, si con todo eso se llegare con la disposicion y aparejo que pide la participacion de esta gracia. Demos, pues, todos gracias á Dios; porque si caimos gravemente, somos relevados maravillosamente, pues por la muerte del medianero alcanzamos una tan grande misericordia que sobrepuja toda deuda. Porque ¿qué mayor misericordia que decir Dios á un pecador condenado á tormentos eternos: Toma á mi hijo, y ofrécelo por tí; y decir el mismo hijo: Tómame á mí, y dame por tí? Hasta aquí son palabras de san Agustín; las cuales ya se ve cuán grandes motivos nos dan para esperar en la misericordia del Señor. Mas porque la esperanza ha de ir acompañada con temor, notemos las palabras que este Santo al cabo dice, avisándonos del aparejo que de nuestra parte se requiere, que es la penitencia y la enmienda de la vida, para hacernos participantes de esta gracia.

Pues con este sacrificio quedó tan satisfecha la ofensa y deuda del género humano, que mucho más agradó al Eterno Padre esta obediencia de su Hijo, que le desagradó la desobediencia de aquel primer hombre, y de todos los hombres; y mucho más glorificado fué con la obediencia de la Cruz, que ofendido con todos los pecados del mundo; y más suave le fué el olor de este sumo sacrificio, ofrecido en el altar de la Cruz con fuego de ardentísima caridad, que le desagradó el mal olor de todos los pecados del género humano. Este sumo sacrificio figuraban todos los sacrificios de la ley antigua, de los cuales se es-

cribe que *daban de sí un olor suavísimo en el acatamiento de Dios* (1). Pues claro está que no bastaba el humo de los becerros y carneros muertos para dar de sí este tan suave olor, mas este olor daba el sacrificio de Cristo, el cual así como fué acompañado de todas las virtudes, así fué suavísimo ante el Señor de las virtudes.

§ I.

Virtudes que resplandecieron en esta superabundante satisfaccion.

De lo dicho parece claro cuán proporcionado haya sido este medio del sacrificio y pasion de nuestro Redentor para plenario descargo de aquella primera culpa, causadora de todos nuestros males: pues mucho más fué lo que nuestro elementísimo Salvador ofreció á su eterno Padre, que lo que aquel primer hombre con su soberbia y desobediencia le quitó. De donde resultó quedar él suficientísimamente satisfecho y aplacado por aquella culpa. Y así por esto le da gracias el profeta Isaías, en nombre del mundo redimido, por estas palabras (2): *Alabarte he Señor, y confesarme he á ti; porque estando contra mi airado, volviste á tu furor en mansedumbre, y tuviste por bien consolarme. Véis aquí á Dios mi Salvador, ya viviré en él muy confiado y no tendré por qué temer. Porque mi fortaleza y alabanza es el Señor, y él se ha hecho mi salud.* Y al mismo tono da gracias y canta el Salmista diciendo (3): *Bendijiste, Señor, tu tierra, y soltaste la cautividad de Jacob. Perdonaste la maldad de su pueblo, y cubriste todos sus pecados. Amansaste la ira que tenías contra nos, y desististe*

(1) Gen., VIII, 21. Exod., XXIX, 18. Levit., I, 13.

(2) Isai., XII, 1 et 2.

(3) Psal., LXXXIV, 1-4.

de la ira de tu indignacion. Esto era justo que así fuese: porque la ira merecida por los pecados era razon que se mudase en misericordia, habiéndose ofrecido tal sacrificio por ellos.

Mas cuán agradable haya sido este sacrificio al eterno Padre, ¿qué palabras bastarán para lo declarar? Para cuyo entendimiento es necesario presuponer que ninguna cosa hay en el cielo ni en la tierra, igualmente hermosa y preciosa en los ojos de Dios, sino sola la virtud y santidad; así como ninguna hay fea ni abominable ante él, sino el malo y su maldad. Pues segun esto, ¿cuán precioso y hermoso sería el sacrificio de la muerte de su unigénito Hijo, en el cual tantas virtudes concurrieron en sumo grado de perfeccion? Porque primeramente aquí intervino aquella perfectísima obediencia del Hijo de Dios, que fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, de que ya tratamos. Aquí intervino un encendidísimo celo de la gloria del eterno Padre, deseando el Hijo satisfacer con su sangre á la ofensa y desacato cometido contra su majestad. Pues ¿qué diré de aquella profundísima humildad, mediante la cual quiso este Señor ser ajusticiado como malhechor, y tenido en ménos que Barrabas? ¿Qué diré de aquella perfectísima paciencia y sufrimiento de los mayores dolores que en el mundo se padecieron? Por lo cual *es Cristo figurado por aquella piedra dura que dió agua en el desierto* (1), como dice el Apóstol (2). Pues ¿qué palabras bastan para alabar aquella mansedumbre del Corredero sin mancha, que *ninguna palabra habló* contra los que tan cruelmente le trasquilaban y maltrataban (3): ántes estando ellos blasfemando y meneando sus cabezas, y

(1) Exod., xvii, 6.

(2) I Cor., x, 4.

(3) Matth., xxvii, 74. Luc., xxiii, 9.

escarneciéndole, sentía más la culpa de su pecado, que su propio tormento? Pues ¿qué diré de aquella admirable fortaleza con que tan animosamente se ofreció á *recibir á sus enemigos* (1)? La cual quiso Dios que fuese figurada en el sacrificio del cordero pascual, mandando que de tal manera lo sacrificasen y comiesen, que *ningun hueso le quebrasen* (2). Pues ¿qué fué esto sino representarnos la fortaleza inexpugnable de este Señor, que entre tantas maneras de tormentos nunca se enflaqueció ni desmayó? Pues ¿qué diré de la pobreza evangélica que tanto allí resplandeció, muriendo este Señor en la Cruz desnudo (3), y siendo despues sepultado de limosna en sepulcro ajeno?

Con estas virtudes tan admirables se juntó la perseverancia, con la cual este Señor se esforzó como gigante á llevar este negocio desde su primer principio hasta su último fin, que fué desde el pesebre hasta la Cruz, de la cual no quiso descender, aunque sus contrarios daban voces y clamaban: *Si es rey de Israel, descienda de la cruz y creeremos en él* (4). Mas no sólo llegó esta perseverancia hasta la Cruz, sino de ahí bajó á las profundidades de la tierra, que es al limbo, de donde sacó á sus escogidos, y los trajo consigo, y no paró hasta abrirles las puertas del cielo, y presentarlos á su eterno Padre, y asentarlos en aquellas sillas que *ab æterno* les estaban aparejadas. Donde cumplió lo que había prometido á sus fieles siervos: es á saber, *que los haría sentar á su mesa*, y pasando por entre ellos les administraría el pasto de la felicidad eterna (5). Y así cumplió lo que el profeta Zacarías

(1) Joan., xviii, 5.

(2) Exod., xii, 46.

(3) Luc., xxiii, 34.

(4) Marc., xv, 32.

(5) Luc., xxii, 30.

había mucho ántes profetizado, diciendo (1): Tú, Señor, con la sangre de tu testamento sacaste libres á tus escogidos de aquel lago donde no había agua. Por la cual palabra entiende el lugar del limbo donde los antiguos padres esperaban su libertad. Y llama *sangre de su testamento*, como el mismo Señor la llama (2), porque por su sangre y por su muerte quedaron firmes é irrevocables las mandas y promesas que él nos tenía prometidas. Mas de todas estas virtudes que en la sagrada pasion resplandecen, trataremos más copiosamente en su lugar.

Pero entre todas ellas señaladamente resplandeció aquí la caridad, que fué el amor de la salud del mundo, y de la gloria del Padre, el cual había de ser sumamente honrado y glorificado por aquel nobilísimo sacrificio. Porque de él había de manar tanta muchedumbre de santos, de confesores, de monjes, de vírgenes, y sobre todo de infinitos mártires; los cuales por ejemplo y esfuerzo de la santa Cruz habían de glorificar á Dios con sus muertes. Y todo esto veía y pretendía este Señor en su sagrada pasion. Y esto es lo que el Apóstol significó cuando dijo que el *Salvador, poniendo ante sus ojos la alegría de todos estos frutos, abrazó la Cruz, sin hacer caso de su deshonra y confusion* (3).

§ II.

Satisfizo Cristo á su eterno Padre con dos gustosísimos convites proporcionados á su grandeza.

Pues segun lo dicho, ¿qué otra cosa fué este sacrificio sino un banquete y un convite real, que el Salvador del

(1) Zachar., ix, 11.

(2) Matth., xxvi, 28.

(3) Hebr., xii, 2.

mundo presentó ante el acatamiento de la santísima Trinidad, donde ofreció tantas diferencias de manjares preciosísimos cuantas virtudes aquí resplandecieron? Mas la mayor gracia de este convite era la dignidad del maestresala que lo ofrecía que era el mismo Hijo de Dios, igual á su eterno Padre. Porque dado caso que la persona divina, en cuanto divina no pudiese padecer, mas por estar tan estrechamente unida con la sacra humanidad, todo lo que la humanidad padecía, se atribuye á ella. Este espiritual convite fué figurado en otro que el patriarca Abraham ofreció á aquellos tres varones en quien se representaba la santísima Trinidad (1), á los cuales, despues que adoró postrado en tierra, rogó que aceptasen de él un convite, el cual ellos aceptaron de buena voluntad. Y él entónces á gran prisa acudió á Sara, mandándole que amasase tres panes de la flor de la harina y los cociese en el rescoldo de las brasas: y él fué á gran prisa á su ganado, y trajo un becerro muy tierno, y muy bueno, y dióle á un su criado para que muy de prisa lo cociese. Y tomó tambien manteca, y leche, y el becerro que había cocido, y todo esto junto puso delante de ellos. Los cuales, despues de haber comido, prometieron al santo patriarca el hijo Isaac, que despues le nació. Pues ¿qué es esto? ¿Comen manjares corporales las tres personas divinas ó los ángeles que las representaban? Claro está que no. Pues ¿por qué aceptaron este convite y comieron todo lo que se les puso delante, sino para significar el agradecimiento que la beatísima Trinidad recibió con el convite de aquel ternísimo becerro asado en la Cruz con fuego de amor, que es con la muerte que el Hijo de Dios en ella padeció por la obediencia y gloria de su Padre?

Mas aquí son mucho para considerar las circunstancias

(1) Gen., xviii, 2.

con que el Salvador acompañó esta muerte. Suelen los que ofrecen á los reyes algun manjar de grande precio, adornarlo con rosas y flores olorosas, para acrecentar con esto la gracia del presente. Pues de esta manera, el Hijo de Dios, ofreciendo al Padre eterno el sacrificio y muerte de este becerro, no se contentó con padecer la muerte que le era mandada, mas quiso tambien adornarla con maravillosos olores de rosas y flores, que fueron las bofetadas, y pescozones, y azotes, y espinas, y escarnios, y vituperios, y otras muchas maneras de injurias que padeció, con las cuales declaró la devocion y alegría con que aceptó la muerte de Cruz; pues con tantas otras injurias la hermoseó, para que fuese más agradable á los ojos de su eterno Padre. Pues por aquel convite de Abraham le fué prometido el hijo Isaac, de quien tantos otros hijos habían de nacer, y por este sacrificio se prometió al Salvador otro más espiritual hijo, que fué el pueblo cristiano, que por todo el mundo se había de dilatar.

Mas allende los manjares suavísimos de estas virtudes susodichas, que se representaron en este convite, había aún otro manjar de mayor precio y suavidad, que fué la prontitud y voluntad encendidísima con que el Hijo de Dios se ofreció á la ignominia de la Cruz, por la gloria de su eterno Padre, y de la salud del mundo: la cual fué tan grande, que ningun entendimiento de hombres ni de ángeles basta para comprenderla. Por lo cual es cierto que, no sólo aquella muerte que sufrió, pero mil muertes y martirios, si para esto fueran necesarios, padeciera con la misma voluntad y prontitud que uno solo: pues en él había gracia y caridad para esto y para mucho más.

Por donde entenderemos otro más excelente convite que el pasado en la voluntad de Cristo. Porque mucho más amó que padeció, y mucho más estaba aparejado á pade-

cer, si nos fuera necesario. Per donde ante los ojos de aquel soberano Señor que señaladamente mira las voluntades y corazones, mucho más agradable le fué el sacrificio interior de la voluntad de Cristo, que el de la sagrada pasion, si hiciéramos solamente comparacion de lo que padeció en su sagrado cuerpo, á lo que en su alma santísima deseó que, como dijimos, fué sin comparacion mucho más. Y así tenemos en este sumo sacrificio dos aceptísimos sacrificios, uno visible y otro invisible: quiero decir uno que en parte se vió, y otro que del todo no se vió, que fué esta prontitud y voluntad de padecer más, si nos fuera necesario, y por ambos debemos á este Cordero sumo amor.

CAPÍTULO VII.

Del grande beneficio que el mundo recibió por esta satisfaccion de Cristo nuestro Redentor.

Pues quitados por el mérito de este sacrificio los pecados, que eran el muro de la division y la causa de la enemistad entre Dios y los hombres, como arriba dijimos, y hecho ya Dios amigo de ellos, ¿qué se podría de aquí seguir, sino abrir él luégo las arcas de sus tesoros y repartirlos con los hombres, y tratarlos como á hijos y amigos el que en los tiempos pasados los tenía por enemigos? Y así la primera cosa que hizo fué abrir las puertas del cielo, que desde el principio del mundo habían estado cerradas, y admitir en ellas hasta los ladrones. Y luégo envió su mismo Santo Espíritu al mundo en forma de fuego y de lenguas, para que con el fuego de la caridad purificase, y abrasase, y esforczase los corazones de los discípulos, y con el don de las lenguas les diese facultad para predicar en todas las naciones del mundo la gracia del Evangelio. Y

esto les mandó el Salvador por san Márcos, diciendo (1): Id á todo el universo mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura. De suerte que el Señor, que en solo el rincón de Judea era conocido, quiso ser en todo el mundo predicado, y que no hubiese criatura alguna que quedase excluída y privada de esta gracia. Mas por san Mateo manda esto mismo con más palabras: porque ántes de dar á los discípulos este mandamiento, dijo que le era dado, en cuanto hombre, todo poder en el cielo y en la tierra (2): asegurándolos con esto, que no temiesen los encuentros del mundo, ni la dificultad y novedad del negocio, pues tenían de su parte el favor de quien tenía todo el poder de cielos y tierra en su mano. Y porque no pensasen que este favor era por poco tiempo, añadió aquellas palabras de grandísima consolacion y confianza. Mirad que yo estaré con vosotros todos los días hasta que se acabe el mundo. Habiendo, pues, apercibido y esforzado los discípulos al negocio con esta promesa, mándales que vayan por el mundo, y prediquen á todas las gentes, y las bauticen en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, que es una de las mayores gracias y misericordias de nuestro Señor, porque con solas estas palabras, habiendo disciplicencia de los pecados pasados, sin dar más penitencia, son perdonados al bautizado á culpa y á pena los pecados que en toda la vida hubiere cometido, por gravísimos y enormes que sean; y allí le recibe Dios por hijo, y le comunica el espíritu de su hijo, y lo hace heredero de su reino. Pues esta tan subida y tan grande gracia se ofrece á todas las gentes por el mérito de la satisfaccion de Cristo *que pagó*, como el Profeta dice (3).

(1) Cap., xvi, 13.

(2) Cap., xxviii, 18.

(3) Psal., lxxviii, 3.

por lo que no había robado. Y no contento con esto, sin aguardar más tiempo, ese mismo día que resucitó, apareció en la tarde á sus discípulos, y les dió autoridad y poder general, y á todos los sacerdotes en ellos, para perdonar pecados, diciendo: *Recibid el Espiritu Santo; cuyos pecados perdonareis, serán perdonados, y los que retuvieris, serán retenidos* (1). Y sobre todo esto, al príncipe de los apóstoles, *san Pedro, encomendó tres veces su Iglesia; donde le entregó las llaves que ántes de su pasion le había prometido, diciendo* (2): *Pondré en tus manos las llaves del reino de los cielos, con tanta autoridad y poder, que lo que tú atares en la tierra será atado en el cielo, y lo que soltases en la tierra, será suelto en el cielo. Pues ¿qué mayor poder y autoridad se pudiera dar á una criatura? ¿qué es esto, sino en su manera hacer á un hombre dios y señor del reino de los cielos? Y es aquí mucho para considerar, que enviando el Señor ántes de su pasion á predicar á sus discípulos, les mandó que no fuesen á las ciudades de los gentiles, sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel* (3). Mas ofrecido ya este sacrificio, mandales que vayan á todo el mundo y á todas las gentes sin hacer diferencia de judíos á gentiles, y de bárbaros á scitas, y que á todos ofrezcan esta gracia, y prediquen esta buena nueva del Evangelio. La razon de lo cual alega el Apóstol diciendo (4): *¿Por ventura Dios es Señor de solos los judios? ¿No lo es tambien de todas las gentes? Ciertamente así lo es, y él es el que justifica los circuncidados por la fe, y los no circuncidados por esa misma fe. Y con estar los gentiles envueltos en vicios y crueldades horribles, y*

(1) Joan., xx, 22 et 23.

(2) Ibid., xxi, 15-17. Matth., xvi.

(3) Matth., x, 5 et 6.

(4) Rom., iii, 29 et 30.

atollados hasta los ojos en el cieno de torpísimas carnalidades, no tuvo asco aquel Santo Espíritu divino de morar en los corazones de tales monstruos; porque la gracia alcanzada por el sacrificio de Cristo era poderosa para hacer de estos monstruos ángeles, y, como dice san Crisóstomo (1), por ella las mujeres públicas vienen á hacerse más puras que las estrellas del cielo. Y esto es lo que por una maravillosa figura representó Dios al apóstol san Pedro (2); porque determinando enviarle á predicar á una casa de gentiles, y entendiendo que su Apóstol rehusaría tratar con gente tan abominable, *mostróle en vision un lienzo que bajaba del cielo lleno de culebras, y víboras, y otros animales fieros, mandándole que los matase y comiese de ellos*. Mas rehusando el Apóstol la tal comida, como cosa sucia y defendida en la ley, fuéle respondido: *Lo que Dios santificó no llares tú cosa sucia*; dándole á entender que la divina gracia era poderosa para convertir los lobes en corderos, y las serpientes en palomas: esto es, los grandes pecadores en grandes santos. Y dichas estas palabras, el lienzo se volvió al cielo, de donde ántes había venido. Y esto dice la Escritura que le acaeció tres veces en aquella vision, teniendo él á la sazón gana de comer. Por lo cual entendió el Apóstol la grande gracia y magnificencia de Dios, la cual se extendía por los méritos de Cristo á todas las naciones del mundo, por bárbaras, y fieras, y abominables que fuesen, porque el licor preciosísimo de la sangre del Cordero era poderoso para hacer de bestias fieras corderos. Estos favores y gracias nunca vistas en el mundo, ¿por qué causa se dieron, sino por aquel divinísimo y sumo sacrificio de Cristo? El cual por razon de la dignidad de la persona que lo ofrecía, y de todas las otras circuns-

(1) Ex cap. xxi. Matth. Hom. 68, infr. Med.

(2) Act., x. 11.

tancias que en él concurrieron, fué de infinita aceptacion en los ojos del eterno Padre, y bastante para redimir, no uno solo, sino mil mundos. Este, pues, fué el primero y más esencial fruto del árbol de la santa Cruz, que fué satisfacer por los pecados del mundo, del cual se siguieron todos los otros.

CAPÍTULO VIII.

SEGUNDO FRUTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES LA DIGNIDAD Y GLORIA QUE NOS VINO POR ELLA.

Este es, pues, el primer fruto del árbol de la santa Cruz con que se redimió la primera y la mayor de nuestras necesidades, que era ser reconciliados con el eterno Padre mediante la satisfaccion de su unigénito Hijo. De este primer fruto se sigue otros que es ser restituído el hombre en aquella primera dignidad y honra en que Dios lo había criado. La cual dignidad y honra nos vino por haber querido el santísimo Hijo de Dios vestirse de nuestra naturaleza: *en la cual gloria sobrepujamos aún á los ángeles, á quien esta gracia*, como encarece el mismo Apóstol, (1), *no fué concedida*. Vemos que cuando un grande rey casa con una doncella, todos los deudos de ella quedan honrados y ennoblecidos con este casamiento. Pues habiéndose el Rey de los reyes y Señor de los señores, desposado con la naturaleza humana con tan estrecho vínculo de casamiento, que ni en vida ni en muerte se pudo desatar, pues en ambas naturalezas no hay más que una sola persona, claro está que toda la naturaleza humana fué grandemente honrada y sublimada con esta nueva dignidad y parentesco del Hijo de Dios. Por donde puede ya el hombre con Da-

(1) Hebr., II, 16.

vid decir á Dios (1): *Tú eres, Señor, mi gloria y el que me hiciste levantar cabeza*; ca por el pecado quedé sumido en el profundo de los abismos, mas por este misterio incorporáste me contigo é hicíste me amigo tuyo, hermano tuyo, heredero tuyo, y como dijo Mifiboset á David (2), *sentásteme entre los convidados de tu mesa*, que son los ángeles, haciéndome en esto igual á ellos. De aquí procedió que, naciendo este Señor en el mundo, y dando los ángeles gloria á Dios por este nacimiento, luégo saludaron á los hombres, como á participantes de esta gloria, diciendo (3): *Paz sea á los hombres de buena voluntad*; reconociéndolos por hermanos, por compañeros de su gloria, por ciudadanos de un mismo reino, por hijos de un mismo padre, partes principales de una misma república.

Y no solamente la naturaleza humana de que se vistió Cristo honró al hombre, mas tambien el valor del precio con que fué rescatado y librado de su vana conversion, que como dice el apóstol san Pedro (4), *no fué oro ni plata, sino la sangre preciosa de aquel Cordero inocentísimo y purísimo, conocido de Dios ántes de la creacion del mundo y manifestado en el fin del mundo*. Por donde dice san Bernardo (5): Maravillosa fué la dignacion de Dios, que así quiso buscar al hombre, y maravillosa la dignidad del hombre así buscado de Dios; en la cual, si quisiere, podrá justamente gloriarse, no por lo que es de sí mismo, sino por lo mucho en que lo estimó su Redentor comprándolo por su sangre, la cual dignidad explicó el apóstol san Pedro cuando dijo (6) que los fieles éramos *llamados á la*

(1) Psal., III, 4.

(2) II Reg., XIX, 28.

(3) Luc., II, 14.

(4) I Petr., I, 18-20.

(5) In Vig. Nat. Domin. ser., III.

(6) I, Pet., I.

participacion del rocío de la sangre de Cristo, que es á la comunión de la dignidad y de los frutos admirables que por esta preciosa sangre nos vinieron.

Pues ¿qué se sigue de aquí sino que viendo el hombre esta nueva nobleza y dignidad, no se abata á cosas viles y rastreras, é indignas de su generosidad, viéndose redimido por tal precio y hermanado é incorporado con Cristo? Por lo cual dice san Agustin (1): Conoce, hombre cuánto vales y cuánto debes; y considerando el precio por que fuiste comprado, no te tengas en poco ni te abatas á las bajezas del mundo. Porque de otra manera vendrás á ser deudor y reo, no de pequeño precio, sino de la sangre de Cristo, si afeas y mancillas el alma purificada con su sangre, abatiéndola á la vileza de los vicios carnales y cambiándola por el gusto de los apetitos sensuales. Por tanto, si no conoces tu dignidad, aprende á estimarla por este precio, y no hagas de ella tan gran barato. Porque si aquel tan sabio mercader que vino del cielo, el cual tan perfectamente conocia el valor de nuestras almas, las estimó en tanto que no dudó comprarlas con su sangre, ¿cómo tiene el hombre atrevimiento para venderlas y ponerlas otra vez en poder del enemigo por un poco de interes corporal ó por la golosina de un deleite bestial? Pues esta consideracion hizo que todos los santos no se acevilasen y abatiesen á la baja del pecado, por no poner mácula en la dignidad y gloria que por este misterio les vino; teniendo por cosa indignísima, viéndose levantados á la dignidad de hijos de Dios y miembros de Cristo, volverse á hacer esclavos del demonio y miembros de Satanás, y perder por la sombra de un vano deleite lo que por tan caro precio fué comprado.

(1) De Tempor. Ser. 120. Dom. Palmar.

CAPÍTULO IX.

TERCER FRUTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE FUÉ ALCANZAR POR MEDIO DE ELLA UN SUMO SACERDOTE QUE INTERCEDA POR TODAS NUESTRAS NECESIDADES ANTE EL ACATAMIENTO DEL ETERNO PADRE.

Además de lo dicho teníamos tambien necesidad de un fiel abogado y sumo sacerdote que ante el eterno Padre abogase por nosotros y procurase el remedio de infinitas necesidades de que estamos cercados en esta vida, así del cuerpo como del alma. Porque las enfermedades del cuerpo, sus necesidades, sus desastres y pobreza son innumerables; de las cuales nadie en este valle de lágrimas está exento, y mucho ménos los que viven en el estado de matrimonio; los cuales, como dice el Apóstol (1), están sujetos á mayores trabajos, ca no solamente sienten los de sus personas propias, sino tambien los de los hijos, mujeres y maridos, que se sienten á veces más que los propios.

Estas miserias son de los cuerpos; mas ¿cuánto mayores son las de las almas, esto es, de la fuerza de nuestras pasiones y apetitos desvariados? Los cuales despedazan nuestros corazones, inquietan nuestras vidas, abátennos á la tierra, cautivan nuestras voluntades, enlázannos en mil cuidados, perturban la paz de nuestro corazon, privannos de la verdadera libertad, hácennos esclavos de nuestra carne, y sobre todo, apártannos muchas veces de nuestro legítimo y verdadero Señor. Pues con estas cosas el miserable hombre recibe aquí la pena de su pecado. Porque, como dice san Agustin hablando con Dios (2), mandástelo,

(1) I Cor., vii, 33.

(2) In Psal., xxxvi, cont. 2.

Señor, y verdaderamente es así, que el ánimo desordenado sea tormento de sí mismo. Pues ¿qué diré de los lazos y tentaciones de nuestro comun adversario, que son sin cuento, el cual como leon rabioso busca siempre á quien tragar?

Pues volviendo á nuestro propósito, siendo tantas y tan continuas las miserias de esta vida, teníamos necesidad de un perpetuo abogado y Sacerdote ante la majestad del eterno Padre, para que interviniese en el remedio de tantas necesidades; el cual le fuese tan acepto que aunque perpetuamente abogase por nosotros nunca jamas lo enfadase. Pues este tal abogado no podía ser otro sino el mismo Hijo del eterno Padre infinitamente amado. Este es, pues, el que asiste siempre en su acatamiento, representándole aquellas preciosas llagas y aquella sagrada humanidad que tomó por nuestra causa; porque esta continua representacion es la continua intercesion con que aboga por nosotros.

Y no contento el Padre eterno con habernos proveído de tal intercesor, para esforzar nuestra confianza prométenos esto con un muy solemne juramento, como lo testifica David por estas divinas palabras (1): *Juró Dios, y no se arrepentirá de lo que juró: Tú serás sacerdote eterno segun el orden de Melquisedec.* ¿Qué negocio es éste tan grande que se hace con tanta solemnidad? Callo aquí el misterio que está encerrado en este nuevo sacerdocio de Melquisedec, de que el Apóstol hace tanto caso y declara tan por extenso (2). Solamente pregunto, ¿á qué propósito dice el Profeta que juró Dios, pues bastaba decir que lo dijo, sin que lo jurase, pues él es la misma verdad? Y sobrando tambien decir que lo juró, ¿para qué añade que

(1) Psal., cix, 4.

(2) Hebr., vii.

no se arrepentirá de lo que juró, pues en Dios no cabe arrepentimiento de lo que dice, ni de lo que hace? Todo esto era necesario para declarar la infinita acepcion del sumo Sacerdote, para esforzar la flaqueza de nuestra confianza; porque quien tantas mil veces en la vida pide perdon por Cristo de unas culpas sobre otras, y quien tantas veces pide por el remedio de necesidades sobre necesidades, y de miserias sobre miserias, pudiera desmayar diciendo: Tengo ya tantas veces alegado este nombre, tengo tan cansada la paciencia divina, provocado su ira, importunado su misericordia, que no puede haber merecimientos tan grandes, que no estén agotados con tantas expensas como cada día se hacen de estos merecimientos, y con tan repetidas oraciones como continuamente se hacen por este nombre. Porque quien estuviere atento á las voces de todos los altares y de todos los oficios divinos, verá que todas las peticiones y oraciones de la Iglesia se acaban con estas palabras: *Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum, etc.*: que es pedir al Padre eterno mercedes y remedio por los méritos de su unigénito Hijo. Pues siendo esto así, pudiera algun flaco, midiendo las cosas de Dios con el estilo del mundo, imaginar que estaría Dios ya hastiado con el sonido perpetuo de estas voces y de este nombre tantos mil cuentos de veces alegado y repetido. Mas la bondad y sabiduría divina, compadeciéndose de nuestra rudeza, añadió aquella palabra: *Y no se arrepentirá*; la cual no solamente no es superflua, mas ántes es grandemente significativa, porque tácitamente nos declara que por más importunidades y peticiones que haya por este nombre, aunque sean más que las arenas del mar, nunca el eterno Padre se empalagará de oír estas voces; porque al cabo todas ellas son finitas, mas los méritos de este sumo Sacerdote son infinitos. Y demas de esto, los

hombres suelen arrepentirse de lo que prometen, cuando por concurso de tiempo experimentan haberse obligado á más de lo que podían. Mas en aquella suma sabiduría no cabe tal ignorancia; y por esto no se arrepentirá de lo que prometió, porque supo muy bien lo que prometía, y por quien lo prometía. Sea, pues, bendito tal dador, y bendito tal sacerdote, y bendita tal providencia que así proveyó á nuestras miserias; y maldita sea nuestra desconfianza, y no ménos nuestra negligencia, que teniendo tal valedor, tal intercesor y tal abogado, dejamos perder tantos bienes, cuantos por él podríamos alcanzar; pues nos tiene Dios abiertas las arcas de sus tesoros, y entregó las llaves de ellos á un Señor, que siendo hijo suyo es hermano nuestro, nuestra carne y nuestra sangre, y tiene poder general para repartir con sus hermanos estos tesoros, si se quisieren disponer para recibirlos.

CAPÍTULO X.

CUARTO FRUTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES EL CONOCIMIENTO DE DIOS; Y DE TODO LO DEMAS QUE PERTENECE Á NUESTRA SALVACION.

Procediendo más adelante por las necesidades y remedios del hombre, demas de lo susodicho tenía grande necesidad de conocimiento de Dios; porque este es el primer principio de todos los pasos que se dan en la vida cristiana. Esta es la primera rueda de este reloj, el fundamento de este espiritual edificio de las virtudes, y es como el primer cielo, que es causa del movimiento de todos los otros cielos. Pues la perfeccion de este conocimiento perdió el hombre por el pecado; de donde nacieron tantas maneras de errores, de idolatrías, de sectas y herejías,

como ha habido en el mundo. Porque así como la primera cosa que hicieron los filisteos que prendieron á Sanson (1), *fué quebrarle los ojos*, despues de lo cual hicieron de él todo cuanto quisieron: así la primera cosa que hace el demonio en cautivando un alma, es oscurecerle esta vista espiritual; despues de lo cual hace de ella todo cuanto quiere, puesto caso que no le quita por eso la fe, sino hace obras contrarias á ella. Para remedio de esta ignorancia sirve toda la fábrica de este mundo, que da testimonio de la grandeza de Dios, como dice el Salmo (2). *Los cielos predicán la gloria de Dios, etc.*

En este libro leyeron muchos hombres, y conocieron que había Dios, hacedor de esta obra tan grande, aunque no supieron cuál era; y en éste señaladamente estudiaron los filósofos que toda la vida emplearon en el conocimiento de las obras de naturaleza, para venir por ellas en conocimiento de la primera causa de donde procedían. Mas con todo este estudio alcanzaron muy poco de este conocimiento, porque aunque conocieron algo de la omnipotencia, sabiduría y hermosura de Dios, por el artificio admirable de las cosas criadas, pero alcanzaron muy poco de las otras perfecciones suyas. Porque muchos de ellos negaron su providencia (3), pareciéndoles que era cosa indigna de aquella altísima y purísima sustancia, bajarse á entender en las poquedades de los hombres. Pues teniendo ellos ignorancia de la Providencia divina, forzadamente habían de tenerla de la justicia y de la misericordia, de la benignidad y caridad de Dios para con los hombres. Y este conocimiento es el que hacía más al caso para hacer al hombre religioso y honrador de Dios; porque el conoci-

(1) Jud., xvi, 21.

(2) Psal., xviii, 1.

(3) Cont. quos August. lib. 83. qq. q. 82, et in Ps. 72.

miento de la bondad y caridad de Dios nos hace amarle, el de la justicia temerle, el de la misericordia esperar en él, y el de la providencia obedecer y servir á un Señor tan universal, que tiene cargo de todo lo criado. Por do parece que este conocimiento es fuente de toda religion y justicia, de que los filósofos supieron tan poco, y por eso tuvieron tan poca cuenta con Dios. Por lo cual dice el Apóstol (1), que porque el mundo no había conocido á Dios por esta obra de tanta sabiduría, determinó hacer otra que á los ojos del mundo pareciese locura, que fué la obra de la encarnacion, por la cual se nos dió un tan grande conocimiento de todas las perfecciones divinas, especialmente de éstas que hacían más á nuestro caso, que por ninguna otra vía se pudiera dar mayor. Porque realmente si todos los hombres se juntaran en un concilio, y trataran por qué vía, ó por qué género de obra pudiera Dios mostrar más claramente la grandeza de estas cuatro perfecciones súyas, no pudieran inventar, ni desear otra obra más eficaz que esta de su sagrada encarnacion y passion. Porque si á la bondad de Dios pertenece comunicarse á sus criaturas, ¿qué mayor comunicacion que comunicar Dios su mismo sér personal al hombre, de tal manera que con verdad se diga, que el hombre es Dios, y que Dios es hombre (2); y junto con esto comunicarle todos los trabajos y merecimientos de su passion, y con ellos tambien la gloria y vida eterna que por ellos se alcanza?

Pues ¿qué mayor comunicacion de bienes se pudiera desear más que esta? Y si á la misericordia pertenece compadecerse de las miserias ajenas, ¿qué mayor misericordia que tomar el Hijo de Dios sobre sí todas las deudas del género humano, y hacerse fiador y principal pa-

(1) 1 Cor., 1, 8.

(2) b. Thom., III, p. q. 16. art. 2.

gador de ellas? Así lo profetizó Isaías cuando, hablando de este Señor, dijo (1): *Todos nosotros anduvimos descarriados como ovejas perdidas; mas el Señor puso sobre sus hombros todas nuestras maldades.* Y no ménos resplandece en este misterio la divina justicia que su misericordia, aunque parece la una contraria á la otra. Porque si á la entereza de la justicia pertenece tomar satisfaccion de las culpas, ¿qué mayor satisfaccion que lo que el Salvador voluntariamente ofreció por ellas en el altar de la Cruz? Porque mucho más es morir Dios, que morir eternamente todos los hombres; y mucho más fué ofrecerse en satisfaccion la vida de Dios, que las vidas de todos los hombres. Y si á la Providencia conviene tener cuidado de encaminar los hombres por debidos medios á su último fin, ¿qué mayor providencia que despues de haber Dios entendido en este negocio por medio de patriarcas y profetas, y de los mismos ángeles, no contento con esto, bajar él mismo del cielo á la tierra, vestido de carne humana, y andar treinta y tres años por este mundo buscando la oveja perdida, y no parar hasta traerla sobre sus hombros á la manada, y hacer medicina de su misma sangre para curarla?

Y no sólo por aquí se alcanza este tan alto conocimiento de las perfecciones de Dios, sino tambien de todas las otras cosas que pertenecen á nuestra salud. ¿Quieres conocer que tan grande sea la gloria que está aparejada para los buenos? Mira este Señor en toda su vida, y señaladamente en la Cruz derramando cuanta sangre tenía; y esto te dirá que tan grande sea aquel bien que se compró por tan caro precio como fué aquella sangre, de la cual una gota valía mas que mil mundos. Por lo cual nunca la puerta del cielo se abrió á ninguno de todos los

(1) Cap., LIII, 6.

justos, hasta que este precio se pagó; el cual, despues de pagado, las puertas que ántes estaban cerradas á los justos, se abrieron hasta á los ladrones.

¿Quieres tambien saber que tan grande sea la pena de los condenados? Baste para esto poner los ojos en la Cruz, y mirar que aquel Señor, que tambien lo sabía, tuvo tanta compasion de vernos condenados á esta pena, que siendo nosotros tan grandes enemigos suyos, y tan indignos de misericordia, quiso él ántes beber el cáliz de la pasion, y satisfacer con ella á las leyes de la justicia divina, que vernos padecer esta tan grande pena. Pues ¿cuál debe ser aquella pena, para cuya absolucion convino que el Hijo de Dios padeciese las mayores penas en cuerpo y alma, que se han padecido y padecerán jamas?

Pues de esta manera podemos filosofar y entender el precio y valor de todas las cosas espirituales, que es aquella ciencia que Séneca estimaba en mucho, cuando decía: ¿Qué cosa hay más necesaria que poner precio á las cosas, y conocer el valor de ellas, porque no demos lo precioso por lo despreciado? Pues en esta balanza de la Cruz puede el hombre pesar el valor de su alma, la excelencia de la gracia, la hermosura de la virtud, y la fealdad del pecado, y otras cosas semejantes. De las cuales cosas tratamos más copiosamente en otro lugar (1). Demos, pues, todos gracias al Señor, que así supo en una obra, y en una palabra tan abreviada enseñar á los simples tantos y tan profundos misterios. Por donde no de balde dijo el Apóstol (2) que *Cristo era nuestra sabiduría*, pues en él y por él se sabía todo. Y por esta misma causa, este glorioso Apóstol (3), siendo luz del mundo, doctor de las gen-

(1) Concione II Thom. Apostol.

(2) I Cor., I, 30.

(3) Act., IX, 15 et 16. II, Cor., XII, 4.

tes, vaso de eleccion, secretario de la divinidad y de las maravillas del tercer cielo, adonde había estudiado el Evangelio, con todo esto osa decir que ninguna cosa sabía sino á Cristo, y éste crucificado, porque en solo él lo sabía todo (1). Y por razon de este tan excelente medio que nos fué dado para conocer á Dios, dijo el profeta Isaiás (2), que cuando esto Señor viniese al mundo, *la tierra estaría tan llena de sabiduría como las aguas del mar cuando crecen y se explayan sobre la tierra.*

De este modo, pues, este Señor, por una manera maravillosa, se encubrió para descubrirse, porque encubriendo la gloria de su divinidad con la capa de nuestra humanidad, dió al mundo esta tan clara noticia de su bondad y de las perfecciones suyas. Porque los que no podíamos contemplar la luz inaccesible de su divinidad, pudimos verle cubierto con el velo de nuestra humanidad. La figura de lo cual nos representó Moises en su persona (3): el cual, despues de haber conversado con Dios cuarenta días en el monte, bajó de allí con tan grande resplandor que no podían mirarle á la cara los hijos de Israel. Por lo cual el santo varon la cubrió con un velo; y de esta manera le podía el pueblo mirar y conversar. Pues de semejante consejo usó el altísimo Hijo de Dios con nosotros, para que los ojos turbios que no alcanzan á verle en su propia forma, le viesen cubierto con este velo en la ajena.

(1) I Cor., II, 2.

(2) I Isai., XI, 9.

(3) Exod., XXXIV, 29.

CAPÍTULO XI.

QUINTO FRUTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES LA DIVINA GRACIA QUE POR ELLA SE NOS DA.

No bastaba para alcanzar la virtud el conocimiento de ella y de todas las otras cosas que á ella pertenecen, si no se aficiona y conforma la voluntad con los pareceres y determinaciones del entendimiento, mayormente siendo verdad que más pecan los hombres por la depravacion de la voluntad que por la ignorancia del entendimiento. Por lo cual era necesario para la perfecta sanidad del hombre, que demas de la luz del entendimiento, se curase y reformase la voluntad, para que fácilmente obedeciese á los pareceres del entendimiento, pues este es propio oficio de la gracia por medio de las virtudes que de ella proceden, la cual nos mereció el Salvador mediante el sacrificio de su pasion. Y así dijo san Juan (1) que la ley fué dada por Moises; mas la gracia y la verdad fué hecha por Cristo. Por la cual causa la nueva ley se llama ley de gracia, porque lo principal que hay en ella es la gracia que por Cristo se nos da. Ca, segun dice santo Tomas (2), la denominacion y título de las cosas se toma de lo más principal que hay en ellas. De manera que Moises nos enseñó lo que habíamos de hacer, mas Cristo nos dió virtud y fuerzas para poderlo hacer. Porque, como dice san Agustin (3), la ley fué dada para que se buscasse la gracia, y la gracia fué dada para que se cumpliese la ley. Y en otro lugar dice él (4): La ley manda, la fe impetra; mas la gracia cum-

(1) Joan., I, 17.

(2) IV dis., 18, q. 1, art. 1, q. 1, ad. 3.

(3) De Spiritu et litera, cap. XIX, tom. 3.

(4) Et ad Bonifac., contr. Pelag., lib. 3, cap. II, tom. 7.

ple lo que manda la ley. Pues aquí está la llave de todo nuestro remedio; porque, como dijimos, no pecan tanto los hombres por la ignorancia del entendimiento, cuanto por la corrupcion de nuestro apetito, pues como dijo el poeta: Veo lo mejor, y apruébolo, y con todo esto sigo lo peor. Esta dolencia dice san Agustin (1) que declaró la ley, y curó la gracia.

Los frutos y efectos de esta gracia ¿quién los contará? Mas los más principales y como fuentes de todos los otros son tres. El primero es perdon de pecados; porque así como amaneciendo la luz desaparecen las tinieblas de la noche, así entrando la luz de la gracia en el alma, huyen las tinieblas de todos los pecados de ella. El segundo y más propio efecto suyo es hacer al alma graciosa y hermosa en los ojos de Dios; porque quitadas las manchas de los pecados que la afeaban y oscurecían, queda ella limpia y hermosa en los ojos divinos. Por lo cual el Espíritu Santo la toma por morada, y el Padre eterno por hija, y por título de hija la hace heredera de su gloria.

El tercer efecto de la gracia, entendiendo por la gracia, no sólo las virtudes infusas que de ella proceden sino tambien todos los auxilios y favores que por Cristo se nos dan, es santificar las almas, y darles fuerzas nuevas para vencer todas las dificultades que se atraviesan en el camino de la virtud; y particularmente para domar y enfrenar la rebeldía de las pasiones y malas inclinaciones, que perturban la paz y sosiego de la conciencia, y nos son grande impedimento para esa misma virtud.

Pues que tan grande beneficio sea éste, no se puede entender, sino conocidos los estragos que en el mundo han hecho y hacen estas pasiones, cuando se desmandan y salen de madre. Mas éstos, ¿quién los contará? ¿de qué

(1) In Ps., cxviii. Cont. xvi.

otro principio han procedido todas las guerras y derramamientos de sangre que ha habido en el mundo; ¿de dónde todos los desafíos y muertes violentas de personas particulares? ¿de dónde todos los adulterios, incestos, sacrilegios, robos y maleficios? ¿de dónde la ambicion, la soberbia, y la avaricia, y la envidia, y los grandes excesos y gastos en comer y beber, con todos los otros pecados? Y finalmente, ¿de dónde toda la dificultad que nos aparta de la virtud, sino de este pestilencial seminario de males, que son nuestras pasiones, cuando desechan el yugo del temor de Dios, y freno de la razon? Pues las congojas que los hombres dentro de sí padecen con deseos de infinitas cosas que no pueden alcanzar, la guerra interior de las mismas pasiones, cuando pelean unas con otras deseando cosas contrarias, los cuidados, y congojas, y temores, y tristezas desordenadas que las mismas pasiones, cuando andan sin freno, traen consigo, ¿quién las contará?

Por lo cual no es de maravillar que el Apóstol, declarada la rebeldía y furia de estas pasiones, tomando en sí la persona del hombre pecador, exclamase diciendo (1): *¡Desventurado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo causador de la muerte de mi alma?* A esto responde luégo el mismo, diciendo que de este tan grande mal nos libra *la gracia que se nos da por Cristo*. El cual, mediante el sacrificio de su pasion, no sólo nos alcanza perdon de los pecados, sino tambien fortaleza y gracia para evitarlos, y mortificar y vencer estas bestias fieras que nos inquietan y derriban en ellos.

La figura de esto precedió en aquel sacrificio de Gedeon (2): al cual, apareciendo un ángel, y prometiéndole victoria de los madianitas, y creyendo Gedeon ser aquel

(1) Rom., VII, 24 et 25.

(2) Jud., VI, 19.

ángel algun hombre santo, le ofreció un cabrito cocido; mas el ángel no lo quiso comer, sino mandóle que le pudiese sobre una piedra y derramase el caldo encima de él. Y esto hecho, el ángel tocó la piedra con una vara que traía en la mano y á la hora salió fuego de la piedra, y consumió así el cabrito como el caldo que sobre él se había derramado. Pues ¿qué piedra es esta de que salió este fuego, que consumió aquel sacrificio, sino Cristo nuestro Salvador (1), que es la piedra angular y fundamental de la Iglesia, el cual, con el sacrificio de su pasión, consumió, no solamente todos los pecados significados por el cabrito, sino tambien las raíces de ellos, que son los apetitos de nuestra carne, figurados, como dice san Ambrosio (2), en aquel caldo que se derramó sobre él? Y esto es lo que san Pablo (3) significó, cuando dijo que *nuestro viejo hombre*, que es el apetito de nuestra carne, *había sido juntamente crucificado con Cristo*; porque por el mérito de la Cruz se da gracias á los fieles, no sólo para evitar los pecados, sino tambien para mortificar las raíces de ellos, que son nuestro hombre viejo. Porque como aquel caldo tenía parte de la sustancia del cabrito, así estas pasiones tienen alianza y parentesco con los pecados, pues nacieron del pecado, y son causa de él.

Mas el fuego, que consume todos estos males, procedió de aquella piedra, siendo primero tocada con la vara del ángel. Pues ¿qué significa el tocamiento de la vara para sacar fuego de la piedra, sino el tocamiento de la vara de la justicia divina, la cual, siendo ejecutada en la piedra mística, que es Cristo, consumió todas nuestras culpas y pecados? Este fué aquel tocamiento de que el Padre eterno, hablan-

(1) Psal. cxvii, 22. Matth. xxi, 42.

(2) In præmio libri 1 de Spiritu Sancto.

(3) Rom., vi, 6.

do de su unigénito Hijo por Isaías, dice (1) *que por los pecados de su pueblo lo había él herido*, esto es, entregado á la muerte.

Esta figura, aunque tenga otras cosas sobre que filosofar, no he traído para más que para declarar cómo por los méritos del sacrificio de Cristo se nos da, como dijimos, no sólo perdon de los pecados, sino también gracia para vencer las raíces y causas de ellos. Las cuales, mortificadas y desterradas de nuestra alma, resulta en ella una maravillosa quietud y tranquilidad, y *aquella paz interior*, que, según el Apóstol (2), *sobrepuja todo lo que naturalmente se puede entender*, y según Isaías (3), *es como un río clarísimo que baña y refresca todas las potencias de nuestra alma con tan grande sosiego y alegría, que nadie la puede conocer sino aquel que la ha experimentado* (4).

El que aquí ha llegado, el que esta paz siente en su alma, el que se ve libre de estas fieras despedazadoras de los corazones humanos, quiero decir, el que no padece en sí deseos ansiosos de deleites, de honras, de riquezas, de dignidades, de privanzas y medranzas y cosas semejantes, ántes todas estas cosas ha puesto debajo los piés, teniendo la codicia de ellas por materia de innumerables cuidados y congojas, y por red y lazos de las almas, y finalmente por impedimento de la verdadera paz y felicidad; éste entenderá mejor el beneficio de la redención de Cristo; éste conocerá verdaderamente que Cristo es redentor del género humano, si él se viere redimido y librado del yugo y servidumbre de estos tan crueles tiranos.

(1) Isai., LIII, 5.

(2) Philip., IV, 17.

(3) Isai., XLVIII, 18.

(4) Apoc., II, 17.

Y puesto caso que la virtud de esta redencion se conocerá perfectamente en la otra vida, cuando por ella se viere á los escogidos libres de las penas del infierno y hechos ciudadanos y moradores del cielo; pero en su manera tambien se conoce algo de ella, cuando el hombre se siente libre de estos tiranos. Y este tal sabrá dar gracias á su Redentor por este beneficio, como las daba san Agustin, hallándose libre de sus pasiones antiguas, de que hasta entonces era esclavo y cautivo; y así comienza el libro noveno de sus Confesiones, diciendo: Rompiste, Señor, mis aladuras; á tí sacrificaré sacrificio de alabanza é invocaré tu santo nombre.

Pues este tan grande beneficio, con otros muchos, se dió al mundo por virtud de la gracia merecida por aquel divinísimo sacrificio de la pasion de nuestro Redentor, la cual gracia nos comunica él por muchas maneras. Porque primeramente él nos mereció la primera gracia, que es la gracia de la conversion y justificacion, por la cual somos justificados, esto es, de pecadores hechos justos; y así somos recibidos por hijos de Dios y herederos de su reino. Porque estando el hombre en pecado y en desgracia de Dios, no puede hacer obra que le sea agradable, y por la cual merezca que Dios le saque de aquel mal estado. Mas lo que el pecador no podía por sí merecer, nos lo mereció el Hijo de Dios por la obediencia de la Cruz; por la cual el Padre eterno previene con la gracia de su llamamiento á los que él es servido de sacar de pecado. Y despues de esta primera gracia él nos mereció todas las otras gracias que se requieren para nuestra salvacion; de tal manera, que nunca hasta hoy dió, ni dará jamas el Padre eterno, un sólo grado de gracia, que no sea por el mérito de la pasion de su unigénito Hijo.

Mas allende de estos comunes medios se comunican di-

versas maneras de gracia por los siete sacramentos de la nueva ley; los cuales, aunque tengan diversos efectos para remedio de diversas necesidades de nuestras almas, pero todos ellos concuerdan en un comun efecto, que es dar gracia á quien no pone impedimento para recibirla. Mas de esta materia diremos algo en el capítulo siguiente.

Y no contento con habernos merecido la gracia por el sacrificio de su pasion, ahora en el cielo nos la está procurando por medio de su intercesion. Por todas estas vías se nos comunica la gracia en tanta abundancia, que por esta razon llama Isaías (1) á la Iglesia *lugar de ríos abundantísimos y abiertos* para todos. Pues siendo tantas las riquezas de esta gracia, nadie se puede con razon quejar que le falte el socorro de la gracia; ántes, como dice san Bernardo (2), con más razon se podría quejar la gracia que faltamos nosotros á ella, que no ella á nosotros.

CAPÍTULO XII.

SEXTO FRUTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE SON LOS SACRAMENTOS DE LA LEY DE GRACIA.

Siguese otro admirable fruto del árbol de la santa Cruz, que son, como acabamos de decir, los siete Sacramentos de la ley de gracia, los cuales son como canales por donde se deriva el fruto de la sacratísima pasion en nuestras almas. Para lo cual conviene presuponer que las causas universales no producen sus efectos, sino mediante el ministerio de otras particulares; porque, poniendo ejemplo, el sol, que es criador de todas estas cosas infe-

(1) Isai., XXXIII, 21.

(2) In Annunt., B. M., serm. 3.

riores, no producirá por sí solo trigo, si el labrador no lo sembrare. Y lo mismo digo de todas las otras plantas y semillas. Pues como la pasión de nuestro Redentor sea causa universal de todos los bienes espirituales, era necesario haber sacramentos, que son como causas particulares, mediante las cuales la causa universal obrase diversos efectos en las almas que dignamente los reciben. De estos sacramentos hablaremos en otra parte más por extenso, más cuanto toca al lugar presente, bástanos saber que estos siete sacramentos son *aquellas fuentes de agua viva* (1), *que saltan hasta la vida eterna*, de que decía el profeta Isaías (2): *Cogeréis aguas con alegría de las fuentes del Salvador*. Donde no dice fuente, sino fuentes: que son los siete sacramentos, de donde manan siete diferencias de aguas de gracia apropiadas al remedio de todas las maneras de flaquezas y dolencias espirituales de las almas. Estos son como los siete planetas que gobiernan este nuevo mundo de la Iglesia con la virtud de sus influencias, y los caños por donde se deriva el agua de la gracia que sale de la fuente del costado de nuestro Salvador.

Entre estos sacramentos el mayor es el del cuerpo y sangre de nuestro Redentor, donde él está todo entero, cuerpo, alma, y divinidad; mas el primero en la orden, que es como puerta para todos los otros, es el santo bautismo. Y en el ministerio de estos dos sacramentos se nos representa que la gracia que se da en ellos procede de la pasión de Cristo. Porque en el sacramento del altar se ofrece la misma carne y sangre de Cristo, porque por aquí entendamos que la gracia que por él se nos da, es por virtud del sacrificio de esta preciosa carne y sangre. Asi-

(1) Joan., 4, 13.

(2) Cap. xii, 3.

mismo en el sacramento del bautismo tambien se representa la sagrada pasion. Porque cuando toman la criatura y la meten debajo del agua, se representa, como dice el Apóstol (1), la muerte y sepultura de Cristo; y por el mérito de esta muerte mueren allí enteramente todos los pecados de la vida pasada, sin quedar de ellos culpa ni pena.

Lo mismo tambien nos representan los egipcios (2) que perseguían á los hijos de Israel á la salida de Egipto, que fueron ahogados en el mar Bermejo: lo cual nos significa que los crueles enemigos del alma, que son los pecados, se ahogan y mueren en el agua del santo bautismo. De donde sucedió que los hijos de Israel, que ántes temblaban y huían de estos enemigos, despues que los vieron muertos á la orilla del agua, ya no les eran materia de temor, sino de alegría y hacimiento de gracias, viéndose libres de ellos. Y así comenzaron á alabar á Dios, diciendo: *Cantemus Domino: gloriose enim honorificatus est, etc.* Pues esta virtud tiene el santo bautismo, el cual, ahogando los pecados, que ántes de ser perdonados nos eran causa de temor, despues de ahogados en este mar nos son materia de alegría y alabanza. Esto es propio de la virtud de este sacramento; aunque ni por esto puede tener nadie certidumbre de fe que está en estado de gracia; mas puede tener grandes conjeturas de ello.

Lo mismo tambien nos representa el agua (3) que salió del costado de nuestro Redentor, herido con la lanza: para darnos á entender que de aquella preciosa herida, con las demas que recibió, salió la virtud del agua del santo bautismo, con que nuestras almas son lavadas y purificadas; y salieron tambien las aguas de las gracias que se dan en

(1) Colos., II, 12.

(2) Exod., XIV, 27.

(3) Joan., XIX, 24.

los otros sacramentos para remedio de ellas. Y esto nos representó el Señor en la formacion de la primera mujer, la cual hizo de una costilla que tomó de Adan cuando dormía (1). En lo cual nos figuró, que de el lado del segundo Adan, cuando dormía el sueño de la muerte en la Cruz, sacó Dios su esposa, que es la Iglesia; porque de allí, como de una caudalosa fuente, manó la gracia de los sacramentos, por quien la Iglesia recibe el sér espiritual que tiene de Esposa de Cristo. Y por esta razon se dice haberle sacado la Esposa de su lado; porque de él manó la gracia de los sacramentos que le dieron este nuevo sér y dignidad. Pues este sacramento con los demas es uno de los principales frutos del árbol de la Cruz, con el cual las almas se curan, y lavan, y recrean, y esfuerzan, y sustentan en la vida espiritual; del cual fruto dice la Esposa en los Cantares (2): *A la sombra del que mi alma deseaba me senté, y su fruto es dulce á mi garganta.*

CAPÍTULO XIII.

SÉPTIMO FRUTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES ABORRECIMIENTO DEL PECADO, Y AMOR DE LA VIRTUD.

Descendamos ahora en particular á tratar de los oficios y partes de la justicia. Esta justicia se divide en dos partes principales, que son apartarse del mal, y abrazar el bien: que es aborrecer el pecado, y amar la virtud. Pues para la primera de estas dos cosas, que es aborrecimiento del pecado, ayuda tanto el misterio de la Cruz, que si todos los entendimientos humanos se pusiesen á pensar qué obra

(1) Genes., II, 21.

(2) Cant., II, 3.

podría Dios hacer para declarar la malicia y fealdad del pecado, y el odio que tiene contra él, no era posible hacerse otra obra más eficaz que ésta. Porque ¿con qué podía más este Señor mostrar este odio, que con la muerte de su unigénito Hijo, de la cual fueron ocasion nuestros pecados, pues es cierto que nadie fuera poderoso para hacerle padecer tantos tormentos, si los pecados no lo hicieran?. De manera que mirado bien este negocio, nuestros pecados fueron los autores de tantos males. Y, lo que es digno de mucha consideracion, una sola vez fué este Señor maltratado de sus enemigos; más de nosotros ha sido todas las horas, y por más livianas causas. De manera que nosotros lo vendimos, y muchas veces por menor precio que Júdas. Nosotros tambien le desamparamos y negamos, no por temor de la muerte, como los apóstoles y san Pedro, sino por un poco de interes, por un deleite bestial; por excusar el trabajo de un ayuno, y á las veces sin ocasion ninguna, por sola la costumbre de mal vivir. Nosotros lo escarnecimos, cuando no hicimos caso de sus mandamientos y doctrina. Nosotros lo pusimos en Cruz, cuando no tuvimos empacho de contradecir á los mandamientos que él con su sangre y con su muerte confirmó. Nosotros lo injuriamos, cuando con palabras honestas coloramos nuestras maldades, y cuando escarnecimos y despreciamos á los que en su nombre procuran apartarnos del pecado. Y finalmente, nosotros dentro de nos mismos le dimos la muerte y lo sepultamos, cuando desterramos de nuestro corazon el temor y respeto que le debíamos. Estos, pues, fueron los verdugos que maltrataron y crucificaron este Señor; ca por destruir á ellos, el Padre eterno entregó su unigénito Hijo á los tormentos de la Cruz. En lo cual abiertamente mostró la grandeza del odio que tenía contra el pecado; pues por matar al pecado,

ofreció á la muerte su amantísimo Hijo. Porque sabiendo él que no había otro medio más conveniente que éste para tomar venganza del pecado y desterrarlo del mundo, consintió en la muerte del Hijo por matar á este adversario. Aquí os ruego me digáis, ¿qué hará este Señor del hombre que hallare envuelto y abrazado con el pecado, pues esto hizo con su propio Hijo, cuando tomó sobre sí la carga de los pecados?

Y el mismo Hijo de Dios aborreció tanto este monstruo, que por alcanzarnos fuerzas de gracia para vencerlo, se puso á padecer todas las tempestades y encuentros de los hombres y de los demonios, y todos los azotes de la indignacion divina, merecidos por el pecado. Y no sólo lo que sufrió en su sagrada pasion, mas todo cuanto en este mundo hizo y dijo, á este fin entre otros se ordenó; y así dijo Isaias (1), que el fruto de todos los trabajos de Cristo *era desterrar y quitar de por medio el pecado*. De modo que aunque sean innumerables los frutos de la venida y pasion del Hijo de Dios, es tan propio y tan esencial este de la destruccion y remision de los pecados, que de él más principalmente hacen mencion todas las santas Escrituras, como de raíz y fuente de todos los otros males. Y así el mismo Señor en la postrera cena consagrando su preciosa sangre, dijo (2): *Este es el cáliz de mi sangre, la cual será derramada por vosotros, y por otros muchos en remision de los pecados*. Y el mismo Señor por san Lucas, despues que abrió el entendimiento á los discípulos para entender las Escrituras que de él hablaban, les dijo (3): *Así está escrito, y así convenia que Cristo padeciese y resucitase, y luégo se predicase penitencia y perdon de peca-*

(1) Isai., xxvii, 9.

(2) Matth., xxvi, 28.

(3) Luc., xxiv, 46 et 47.

dos en todas las gentes, comenzando desde Jerusalem. Y el apóstol san Pedro en las Actas de los Apóstoles, predicando el Evangelio á Cornelio Centurion y á su familia, dijo (1), que todos los profetas testificaban que los pecados se perdonaban á los hombres por los méritos y pasion de este Señor. Y así el profeta Miqueas hablando de él dijo (2) que nos libraría de todas nuestras maldades, y arrojaría en el profundo de la mar todos nuestros pecados. Y finalmente el santo Precursor de Cristo, viéndole una vez pasar delante de sí, dijo (3): Véis aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. De lo dicho parece claro, que la principal causa del sacrificio de la Cruz fué la victoria del pecado, pagando lo que por él debíamos con tantos dolores, y mereciéndonos por ellos gracia y fortaleza para vencerlos. En lo cual se ve cuán grande sea la malicia de este monstruo, pues tanto fué menester para desterrarlo del mundo.

Muchos y muy espantosos castigos ha habido desde el principio del mundo, con los cuales aquel soberano Juez ha mostrado el extraño odio que tiene contra el pecado, de que las Escrituras santas están llenas; y bastaba para esto la pena eterna del infierno, que es propio castigo de él. Mas todos estos castigos, con ser tan grandes, no declaran tanto la grandeza de este odio, como la venganza que de él tomó el Padre eterno en la muerte de su unigénito Hijo, por haber tomado sobre sí las deudas de los pecados. Por lo cual con mucha razon se queja este Señor del pecador, que despues de tal satisfaccion se atreve á pecar, diciendo por san Bernardo: ¿Por ventura no fui asaz afligido por tus pecados? ¿por qué añades afflic-

(1) Actor., x, 42.

(2) Mich., vii, 19.

(3) Joan., i, 29.

cion al afligido? Ca mucho más me atormentan las heridas de tus pecados, que las llagas de mi cuerpo.

Pues siendo esto así, ¿quién tiene atrevimiento para cometer un solo pecado? ¿quién no tiembla de solo el nombre de él? ¿y quién no tiembla de vivir en un mundo tan malo y en un cuerpo tan flaco, donde tiene tantos motivos y ocasiones para pecar? Y sobre todo esto, ¿quién de los que esto entienden y creen no queda muchas veces fuera de sí, viendo la facilidad con que los hombres cometen tantos pecados, habiendo Dios anegado el mundo y hecho de ángeles demonios, y, lo que es más, entregado su Hijo á la muerte por los pecados? ¿Véis, pues, cuánta luz nos da este misterio para entender la malicia del pecado, y para causarnos un cruelísimo odio contra él?

§ ÚNICO.

Estimacion que se debe tener de la virtud y justicia, viendo lo que Dios hizo por ella.

Pues no nos da menor motivo para enamorarnos de la virtud y justicia, de la cual pende nuestra salvacion. Y así el profeta Daniel á estas dos cosas tan principales dice que se ordenó la venida del Salvador (1): que son *dar fin al pecado, é introducir la justicia y santidad en el mundo*. Pues en cuanto se deba apreciar esta justicia, vese por lo que este Señor hizo sobre esta demanda; pues él mismo en persona quiso venir por embajador y procurador de ella. Con lo cual declaró bastantemente cuán grande era la causa que tuvo tal embajador, tal orador y tal procurador. Y siendo este Señor el que para criar el mundo no

(1) Dan., ix, 24.

tuvo necesidad más que de sólo querer, cuando quiso tratar de la salud del hombre, ¿cuántas palabras habló? ¿cuántas obras hizo, y cuántas cosas padeció? Pues ¿quién no estimará en mucho un negocio en que Dios puso tanto caudal? Si á los hombres parecía que era pequeño negocio ser virtuosos, y anteponían todos los otros negocios á éste, vean por aquí cuanto se deba anteponer éste á todos los otros; pues la causa de tan gran misterio y de todo lo que el Hijo de Dios en este mundo obró, fué hacer al hombre amador de la virtud. Así lo confiesa san Agustin por estas palabras: Descendiste á este mundo, vida mía, y destruiste mi muerte con tu vida; y sonó tu voz en el mundo como un trueno, clamando con palabras y obras, con muerte y vida, con bajar y subir al cielo, que nos volvamos á tí; y esta vuelta no puede ser por otro camino que el de la virtud. Pues ¿qué cosa más encarecida que la que por tantos medios se encomendó? Cuando un hombre sabio, sobre un pleito que trae, va y viene muchas veces á Roma, entendemos que debe ser el negocio de grande importancia, que le hace andar tantos y tan largos caminos. Y pues aquel tan sabio Hijo de Dios tantos caminos anduvo sobre este negocio, como fué bajar hasta la tierra, hasta el pesebre, hasta la Cruz, hasta el sepulcro, hasta una parte del infierno, argumento es que debe ser grandísimo el negocio que trata, pues tantas expensas y caminos le cuesta. Y por tanto si este Señor, no siendo suyo el negocio, sino tuyo, tanto lo estimó por su sola bondad, tú, cuyo es el negocio, cuya es la causa y cuyo es todo el provecho de ella, ¿en cuánto será razon que lo estimes? ¿Ves luégo cuán abiertamente se conoce por este misterio el valor y precio de la virtud, y cuánto queda el hombre por esta razon obligado á estimarla y aficionarse á ella?

CAPÍTULO XIV.

OCTAVO FRUTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES LA CARIDAD.

Despues de haber tratado en comun del amor de la virtud y aborrecimiento del pecado, síguese que tratemos luégo de algunas particulares virtudes, para las cuales hallaremos grandes ejemplos y motivos en el misterio de la Cruz. Porque, como se suele decir, la doctrina moral es de poco provecho tratada generalmente, si no se desciende á lo particular. Por tanto, habiendo de escribir aquí de estas virtudes, comenzaremos por la mayor de ellas, que es la caridad: de cuyas excelencias tratamos algo en dos libros del amor de Dios, á los cuales remitimos al cristiano lector. Solamente diremos aquí que la caridad es reina y señora de todas las virtudes: ella la vida, la forma y el alma y la hermosura de ellas, sin la cual, como dice el Apóstol (1) ni la fe, ni la esperanza, ni la profecía, ni el martirio, ni el hablar en lenguas de hombres, ni de ángeles, ni otra alguna virtud tiene precio ni mérito ante Dios. Y sobre todo esto ella es la que nos da fuerzas y aliento para todas las obras virtuosas. Porque esta es la condicion general del amor, esforzar al hombre para cualquier trabajo que se deba de hacer por la cosa que ama. El amor del dinero hace al hombre ir hasta el cabo del mundo y no recelar peligros de mar ni de tierra. El amor hace con los padres sufrir todas las molestias y cargas de sus hijos, y desposeerse de cuanto tienen por remediarlos. De suerte que, cuando es menester caminar, sirve de piés; cuando dar, sirve de manos; cuando llevar cargas, sirve de hombros, y cuando acometer peli-

(1) I Cor., XIII.

gros, sirve de ánimo y corazon. Pues para alcanzar esta virtud había un grande impedimento, así por parte de la bajeza de nuestra naturaleza, como por parte de la alteza de la divina. Porque como el espíritu del hombre esté ahí atado y como sumido en este cuerpo material, y no pueda entender nada sino por las imágenes de las cosas sensibles no se aplica tan fácilmente á amar sino las cosas sensibles porque en las espirituales no halla tomo, aunque sean mucho más nobles. Pues como Dios sea un espíritu altísimo y purísimo, y esté infinitamente encumbrado sobre todo lo criado, y tenga él otra manera de sér tan diferente de todo otro sér criado, parecerle há al hombre ignorante que ningun linaje de proporcion hay entre el hombre y él, para que lo haya de amar con sumo amor, como él merece, no pudiéndolo ver ni imaginar como á las cosas que en la tierra ama. Y así se escribe de un simple ermitaño (1), que teniendo el error de aquellos herejes que ponian en Dios miembros humanos, como fuese desengañado de este error no acertaba á contemplar en Dios como solía, y quejábase diciendo: ¡Ay! ¡que me han quitado á mi Dios!

Pues ¿qué remedio para esta rudeza humana? Hallólo la sabiduría divina muy conveniente con el misterio de la encarnacion: por el cual el mismo Hijo de Dios se vistió de carne, y conversó en este mundo con los hombres; y de esta manera ya el hombre de carne, que no sabía amar sino cosas envueltas en carne, tiene á su Dios vestido de esta ropa tan acomodada á su propia naturaleza. De esta manera, pues, aquel purísimo espíritu, envuelto en carne, se hizo amable á los hombres que no sabían amar sino cosas de carne. Lo cual, como adelante veremos, nos representa aquel calor que recibió la carne del niño muerto,

(1) Somniavit. Tertulianus Aput Augus. epist., 157. Optato.

hijo de la huéspeda de Heliseo, cuando el Profeta *se encogió y se tendió sobre él* (1).

§ I.

*Descubriónos Dios sus amabilísimas condiciones, para ena-
morarnos de sí en este soberano misterio.*

Mas hay aún aquí otra cosa mucho para considerar, y es que la principal dificultad que el hombre hallaba en levantarse á amar aquel Espíritu altísimo, era no saber las propiedades y condicion que tiene para con los hombres, por ser aquella soberana sustancia infinitamente aventajada sobre la nuestra, y así imaginaria que no tiene las propiedades acomodadas á nuestro amor. Pues para sacarnos de este engaño, y quitar este impedimento, descendió el Hijo de Dios del seno de su Padre á este mundo, y conversó con los hombres, con tanta caridad, con tanta mansedumbre y humildad, con tanta piedad y blandura, con entrañas de tanta misericordia y compasion de las miserias humanas, con tanto celo de la salvacion de las almas que todos los pasos de su vida santísima empleó en remediar las enfermedades de los cuerpos, y en procurar la salvacion de las almas. Pues ¿qué diré de las entrañas de misericordia que mostró cuando vió la ciudad de Jerusalem, llorando y lamentando su caída (2)? Por donde las primeras palabras que habló en la Cruz fueron rogar al Padre por los que en aquel tiempo, no contentos con ver lo que padecía, estaban escarneciendo *dél* (3). ¿Qué diré de aquella tan profunda humildad que mostró el mismo día que resucitó, enviando á la santa Magdalena con este

(1) Reg., iv, 34.

(2) Luc., xix, 44.

(3) Luc., xxiii, 34.

recado (1): *Vé á mis hermanos, y diles que subo á mi Padre, y á vuestro Padre; á mi Dios, y á vuestro Dios?* Pues ¿qué mayor humildad y blandura, que el Señor de todo lo criado llamase á unos rústicos pescadores hermanos suyos, y más habiéndole sido dos días ántes tan desleales, que al tiempo de la pasion echaron á huir, y le dejaron en medio de sus enemigos? Finalmente, tanta fué la blandura de su piedad y misericordia para con los flacos, mayormente en su primera venida, que por eso en las escrituras, así del Viejo como del Nuevo Testamento, es llamado Cordero. Porque así lo llama Isaías (2), así el santo Bautista (3), y san Juan Evangelista, en su Apocalipsis (4).

Estambien una señalada condicion de aquella infinita bondad tener grande amor á los buenos, y grande aborrecimiento á los malos, en cuanto malos. La primera de estas dos cosas nos mostró, cuando diciéndole un hombre que su madre y sus hermanos le buscaban, respondió (5): *¿Quién es mi madre, y quién mis hermanos?* Y estendiendo la mano hacia sus discípulos, dijo: *Estos son mi madre y mis hermanos. Porque quien quiera que hiciere la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.* Pues ¿con qué palabras se pudiera encarecer más la dignidad de los buenos, y la grandeza del amor que Dios les tiene? Pues el aborrecimiento de los malos mostrólo en las reprensiones tan libres de la hipocresia, avaricia, ambicion, y supersticion de sacerdotes y fariseos: por las cuales por tantas artes y maneras le persiguieron, y no descansaron hasta ponerle en la Cruz; y

(1) Joan., xx, 17.

(2) Isai., liii, 7.

(3) Joan., i, 29.

(4) Apoc., v, 12.

(5) Matth., xxii, 50.

áun allí no cesaban de crucificarle con sus lenguas. Este mismo odio mostró entrando en el templo. Porque vistas las mesas, y el dinero, y el ganado que dentro de él estaba para venderse (1), hizo un azote de los cordeles que allí había, y con una extraña severidad, á fuerza de azotes echó los mercaderes del templo, y derribó las mesas y las sillas de ellos, y derramó el dinero que estaba sobre las mesas. Pues ¿quién no ve por este tan grave castigo el aborrecimiento que este Señor tiene á los malos? Mas por otra parte, cuánta haya sido su caridad y benignidad para con buenos y malos, muy bien lo declaró en aquellas suavisimas palabras, con que convida y llama á los unos y á los otros, diciendo (2): *Venid á mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os daré refrigerio*. No acabáramos á este paso de contar las virtudes y noblezas que este clementísimo Señor nos mostró en su vida santísima. Pues segun esto, quien quisiere saber las propiedades y condiciones que tiene aquel altísimo y soberano Señor para con los hombres, ponga los ojos en este retrato é imágen del Padre, y en él como en un perfectísimo espejo verá las entrañas y la condicion de aquel Señor que quiere amar. Porque realmente tal es el Padre, cual el Hijo que salió del seno del Padre. Y así dijo él á san Felipe (3): Felipe, quien ve á mí, ve á mi Padre. Y pues tan amable se nos representa aquí el Hijo vestido de carne, sepa que tal es el Padre, aunque esté libre y exento de toda carne. En lo cual se ve con cuánta razon dijo el Apóstol (4): *que era grande el sacramento que se había mostrado en la carne*. En lugar de las cuales palabras otros trasladaron: Dios se

(1) Matth., xxi, 12.

(2) Matth., xii, 28.

(3) Joan., xiv, 9.

(4) Timot., iii, 16.

manifestó en la carne. Porque verdaderamente con ninguna de cuantas obras tiene Dios hechas, manifestó y descubrió tanto al mundo quien él era, y las propiedades que tenía, como enviando el Hijo que salió de su seno al mundo, vestido de nuestra carne; para que conociendo á Dios en esta forma visible, se levanten nuestros corazones al amor de las cosas invisibles.

Este tan grande motivo de amor de Dios sacamos del misterio de la Encarnacion. Mas con este sacamos otros mayores del misterio de la pasion. Porque tres cosas señaladamente mueven nuestra voluntad á amar una persona. La primera es la bondad, la segunda los beneficios, la tercera el amor: que es ser amado de la tal persona. Porque primeramente la bondad es objeto tan propio de la voluntad, como el color de la vista; y así no puede nuestra voluntad amar sino lo que es bien, ó tiene apariencia de él. Los beneficios otrosí son tan poderosos para causar amor, que hasta las fieras reconocen y aman á sus bienhechores; de cuyos ejemplos están llenas las historias. Tambien el ser amado mueve mucho más al retorno del amor. La razon es, porque el amor es el primero, y el mayor, y como raíz de todos los otros beneficios: ca por éste se da el hombre á sí y á todas sus cosas, pues todas ellas, como dicen, son comunes á los amigos. Estas tres causas de amor se hallan de tal manera en el misterio de la Cruz, que parece que ni la muestra de la bondad y caridad de Dios pudiera ser mayor, ni el beneficio más crecido. De estas tres cosas trataremos al presente, aunque de la bondad se tratará adelante en su propio lugar. Ahora comencemos por el beneficio recibido.

§ II.

Soberanos beneficios y riquezas inestimables que se nos comunican por este misterio.

La grandeza de este beneficio se conoce por lo que en él se nos dió, y más por la manera en que se dió y mucho más por la causa que se dió. Lo que se nos dió, como dice el Apóstol, son bienes incomprensibles. Y así dice él (1): *A mí, el menor de los santos, fué dada gracia para predicar á las gentes las riquezas incomprensibles que se dieron al mundo por Cristo, y para alumbrar á todos y declararles la dispensacion y misterio de este sacramento escondido en todos los siglos en el pecho de Dios vivo, que crió todas las cosas.* Y especificando más el mismo Apóstol la grandeza de estas riquezas, dice un poco ántes (2): *Dios, que es rico en misericordias, por la grandeza de la caridad con que nos amó, estando muertos nos dió vida por Cristo, por cuya gracia somos salvos, y nos resucitó juntamente con él, y nos asentó en las sillas celestiales para mostrar en los siglos venideros la magnificencia y riquezas de su gracia y bondad, de que usó con nosotros por Cristo su Hijo.* Hasta aquí son palabras del Apóstol: en las cuales levanta tanto al hombre caído, que de esclavo de Satanás lo hermana con Cristo y hace semejante á él; pues con él recibe vida, y con él juntamente resucita, y con él sube á los cielos y recibe silla en ellos, porque de todos estos bienes gozarán los escogidos por el misterio de la Cruz. Y para reasumirlo todo en una palabra, por este misterio se nos dan bienes de gracia y gloria, que son las dos mayores cosas que la omnipotencia de Dios puede dar

(1) Ephes., III, 8 et 9.

(2) Cap., II, 4-7.

á una pura criatura. Y esta gracia, que es, como dicen los santos, gloria comenzada, se nos da por Cristo en tanta abundancia, que dice el mismo Señor, que nos la mereció, en el Evangelio estas palabras (1): *Si alguno entrare por mí, que soy la puerta para ir al Padre, entrando y saliendo por esta puerta, hallará pastos para su alma abundosos.* El ladron no viene sino para hurtar, y matar, y destruir el ganado; mas yo vine para que mis ovejas tengan vida, y no como quiera, sino en grande abundancia. Pues esta abundancia es la muchedumbre y riqueza de las gracias y dones del Espíritu Santo que nos fueron dadas por Cristo; la cual fué figurada en las grandes riquezas que hubo en tiempo de Salomon, donde era tanta la abundancia de la plata como de las piedras, y de los cedros como de las higueras locas que nacen en los campos (2). Y por esta abundancia temporal quiso el Espíritu Santo representar la abundancia de las riquezas espirituales de la gracia que se nos había de dar en el tiempo que reinase el verdadero Salomon, que es Cristo. Lo cual en parte se ve en la virtud de los sacramentos que dan gracia al que dignamente los recibe, y señaladamente en el mayor de ellos, que es el divinísimo sacramento del Altar.

§ III.

Trabajos que costó al Hijo de Dios la riqueza que se nos da tan de balde.

Mas miremos ahora por qué medio, esto es, por cuántos trabajos nos ganó el Hijo de Dios esta abundancia de bienes, que es una de las consideraciones que más enternece los corazones de los santos. Y así dice san Buenaven-

(1) Joan., x, 9.

(2) III Reg., x, 27.

tura: Mira ahora, hombre, y diligentemente piensa las maravillas que el Señor obró sobre la tierra. Dios es escarnecido, para que tú seas honrado; el inocente es azotado, para que tú seas consolado; el justo es crucificado, para que tú seas absuelto; el Cordero sin mancha es muerto, para darte de comer; y su costado es abierto, para darte de beber. Y conforme á esto dice san Bernardo (1): Aquella Majestad singular quiso morir para que viviésemos; y servir, para que reinásemos; y ser desterrado, para restituirnos nuestra patria; y abatirse á cosas muy bajas, para hacernos señores de todas sus cosas. Y san Agustin, hablando en figura de Cristo, repite casi la misma sentencia por estas palabras: Siendo tú enemigo de mi Padre, te reconcilié con él; y estando apartado, te reduje á él; y andando descarriado entre montes y breñas, te busqué, y sobre mis hombros te traje, y te presenté á mi Padre. Por tí trabajé, sudé, ofrecí mi cabeza á las espigas, mis manos á los clavos, mis espaldas á los azotes, mi costado á la lanza, y finalmente, toda mi sangre derramé por tí; mas ¡ay! que pecando te apartas de mí: Pues ¿qué daré yo al Señor por tal remedio y por tal manera de remediar? Con razon dice san Bernardo (2), que toda la vida debemos á quien por nosotros puso la suya, y á quien tan grandes tormentos padeció porque tú no padecieses eternos tormentos. Pues ¿qué cosa podrá ya ser dura al hombre, viendo que aquel más hermoso que todos los hijos de los hombres quiso ser crucificado por él? ¡Oh misericordia no debida! ¡oh gracioso beneficio! ¡oh amor nunca pensado! ¡oh espantosa dulcedumbre! ¡Que el rey de la gloria haya querido morir y ser crucificado por un gusanillo despreciado! ¡Oh cuán dulce amigo! ¡oh cuán

(1) Sup. Cant. serm., xxii.

(2) Serm. de Quadruplici debito, in med.



poderoso ayudador! ¡oh cuán prudente consiliario! ¡oh cuán grande amador, que mostrándose tan grande cuando te crió, tanto se humilló cuando te reparó! ¡Allí tan alto y aquí tan bajo! Pero no ménos amable aquí que allí. Allí poderosamente te dió cosas grandes, aquí misericordiosamente sufrió por tí cosas duras; y por levantarte al lugar donde habías caído, tuvo él por bien bajar donde tú estabas postrado; y para que se te diese lo que justamente habías perdido, quiso él piadosamente sufrir lo que tú habías merecido, que fué la muerte á que estabas condenado. Mas para que sepamos apreciar este beneficio, pongamos los ojos en la dignidad de aquella sacratísima humanidad de Cristo, que en este beneficio entrevino; la cual era de él amada y estimada sobre todas las cosas criadas. Y esto podrá fácilmente cada uno entender por el grande amor que el alma tiene á su cuerpo; pues se escribe en el libro de Job (1) que *piel por piel, esto es, pieza por pieza, dará el hombre, y todo cuanto tiene por su vida*. La razon de este tan grande amor es porque el alma da el sér que ella tiene á su cuerpo, y así lo ama como á cosa suya y parte de sí misma. De donde nace que en apartándose el alma del cuerpo, luégo el cuerpo pierde el sér y vida que tenía. Pues es ahora de notar que así como el alma da al cuerpo el sér que tiene, así el Verbo divino, privando aquella sacratísima humanidad del sér humano que hubiera de tener, le da su propio sér divino; puesto caso que no sea forma de ella, como lo es el alma del cuerpo, y por esta causa la ama sobre todo lo criado con incomprensible amor. Pues siendo esta sacra humanidad amada con tal amor, ¿quién podrá explicar cuán grande beneficio haya sido poner el Hijo de Dios la vida de cosa tan amada por el reparo de la nuestra? Esto puede así brevemente de-

(1) Cap., II, 4.

cirse, mas no hay entendimiento humano que lo pueda comprender. Por lo cual quiero fingir un ejemplo más palpable, para que siquiera por él entienda algo nuestra rudeza de la grandeza de este beneficio y de la muestra de este amor.

Escribese en la vida de santa Catalina de Sena, que despues de fallecido su padre, rogó á nuestro Señor le eximiese de las penas del purgatorio; mas porque el difunto no estaba tan libre de culpas, que no fuese necesario, segun las leyes de la divina justicia, ser primero purgadas, fuéle respondido que aquello no se podía hacer, sino tomando ella á cargo la satisfaccion de aquellas penas, padeciendo toda la vida un dolor de hijada. Lo cual la vírgen aceptó de buena voluntad; y así padeciendo ella esta enfermedad, libró al padre de aquella obligacion. Pues finjamos ahora que estuviese un hombre noble y virtuoso en una cama con terribles accidentes de piedra, de gota, de jaqueca, de estómago y de otros males semejantes dando voces con la fuerza de los dolores, aplicándole los médicos muchas maneras de remedios en vano. Pues si estando él así tan congojado, y toda su familia turbada y revuelta con la congoja de su señor, entrara esta vírgen, y viendo lo que pasaba se enterneciera tanto con aquellas sus entrañas de caridad, que se pusiera en oracion y pidiera á nuestro Señor con grande instancia que librase aquel doliente de tan grandes dolores, y que ella se ofrecia á padecerlos todos por él; y aceptándole Dios esta peticion, y quedando por ella el enfermo libre de tan grandes dolores á costa de la vírgen: pregunto ¿qué haría este hombre noble y agradecido cuando por este medio súbitamente se viese sano? ¿qué gracias le daría? ¿qué servicios le prometería? ¿con qué palabras le agradecería esta tan grande caridad? ¿á qué trabajos y caminos, á qué gastos

y expensas no se obligaría en servicio de esta vírgen? ¿qué bienes tendría en su casa, que no los pusiese en manos de ella? ¿qué devocion le tendría toda su vida? ¿qué lágrimas tan dulces derramaría cuando se acordase de este beneficio y de esta tan extremada caridad? Y sobre todo esto, ¿qué compasion tendría de la vírgen cuando la viese estar penando con todos aquellos dolores que él padecía? Pues, ¡oh desagradecimiento humano, que no sabes si quiera por semejantes ejemplos estimar lo que debes á tu Redentor! Porque ¿qué es este beneficio, si se compara con el de nuestra redencion, sino una pequeña sombra de bien? Porque lo más que en aquel se dió fué salud del cuerpo, más aquí se da del alma, que sin comparacion es mayor; allí se dió salud temporal, aquí se da eterna; allí fué librado aquel doliente de dolores que se acaban con la vida, más aquí fué librado el hombre de tormentos que nunca se acabarán; allí una pobre mujer, hija de un tintorero, se quiso obligar á padecer lo que aquel hombre noble padecía, lo cual es cosa que muchas veces ha acaecido en el mundo, ofreciéndose un fiel vasallo á la muerte por librar á su rey, mas aquí, por el contrario, el Altísimo Hijo de Dios, y el Rey de los reyes, y Señor de todo lo criado, se quiso poner á recibir todas las penas que su vil y desconocido esclavo merecía, para librarlo de ellas.

§ IV.

Sube de punto la consideracion de este inestimable beneficio.

Hay aquí otra circunstancia bastante para hacer atónitos todos los corazones, que es la tercera cosa que, como arriba notamos, engrandece este beneficio: conviene saber, la causa por qué este clementísimo Señor se quiso

ofrecer á tan grandes encuentros. La cual no fué necesidad, ni obligacion, ni merecimientos humanos, ni interes alguno, ni gloria que ya no tuviese merecida, sino sola bondad, sola caridad, sola piedad, sola misericordia, sola benignidad, sola compasion de nuestras miserias y deseo de nuestro remedio, y finalmente, como dice Zacarías (1), *por solas las entrañas de su misericordia nos vino á visitar desde lo alto, para alumbrar á los que estaban sentados en tinieblas y sombra de muerte, y guiar nuestros pasos por el camino de la paz.* Y llama aquí *entrañas de misericordia*, porque en este hecho se desentrañó Dios é hizo á manera de aquel que no teniendo ya que dar á quien bien quisiese, le diese, como suele decir, las entrañas. Y esto es lo que tantas veces cantamos en el Credo, cuando decimos que este Señor por nosotros los hombres, y por nuestra salud, esto es, no por su salud, ni por cosa que interesase, descendió del cielo, y encarnó, y padeció, y fué sepultado. Pues ¿qué piedad, qué bondad, qué largueza, qué nobleza se puede imaginar mayor?

Y lo que más es, pudiendo remediarnos este Señor por otras mil maneras siquiera, quiso escoger esta que á él era más costosa, por ser á nosotros sin comparacion más provechosa. Y no debe pensar el hombre que debe menos por este beneficio que él recibe por ser otros muchos los que gocen de él; porque como dice san Crisóstomo (2); este ha de ser el afecto y presupuesto del fiel siervo de Dios, que los beneficios hechos á todos ha de agradecer tanto como si á sí solo fuesen hechos, y de todos ellos se ha de tener por deudor; pues no recibe de ellos menor fruto, gozándolos muchos, que si él solo los gozara. Porque no

(1) Luc., I, 78 et 79.

(2) Hom. in Psalm. 41, de Jejuio. Hom. 72. ad Pop. Ex cap. VIII Matth. hom. 26.

menor beneficio recibe del sol el que mediante su luz ve como todos ven, que si él solo viera. Esto es de Crisóstomo.

Pues siendo esto así, ¿cómo no nos deshacemos en servicio de tal Señor? ¿cómo no nos derretimos como la cera en el fuego con la fuerza de este amor? ¿cómo no deseamos padecer mil martirios por quien tantos por nuestra causa padeció? ¿cómo puede nuestro corazon olvidar este beneficio y cesar nuestra boca de las alabanzas de este Señor? ¿cómo nos podemos contener de dar aquellas voces que dió Moises (1) cuando vió la figura de este misterio en el monte, proclamando á grandes voces la grandeza de la misericordia que allí le fué descubierta? ¿cómo, finalmente, no nos compadecemos de este Señor, cuando le vemos oprimido y cercado de tantas angustias y dolores por nuestro amor, viendo que él tomó sobre sí nuestra causa, para que á costa de lo que padecía el Señor, quedase libre su esclavo? Digamos, pues, todos con san Agustín: Maravillémonos, alegrémonos, amemos, alabemos y adoremos á este Señor, pues por su muerte somos reducidos de muerte á vida, de las tinieblas á la luz, del destierro á la patria, de la corrupcion á la incorrupcion, de las lágrimas á la alegría, y de la eterna miseria á la gloria perdurable. Pues ¿qué corazon habrá tan de piedra, que no se enternezca con la grandeza de este beneficio, y no se regale con el fuego de este amor? Pues, oh Señor mio Jesucristo, que no quisiste perdonar á tí por amor de mí, suplicote quieras de tal manera herir mi corazon con tus heridas, y embriagar mi alma con tu sangre, que do quiera que pusiera los ojos te vea crucificado, y cualquiera cosa que mirare me parezca estar teñida con tu sangre: para que transformado todo en tí, ninguna cosa halle fuera de tí y ninguna pueda ver sino tus llagas.

(1) Exod., xxxiv, 6 et 7.

Esta sea, Señor, mi consolacion, ser crucificado contigo; y esta me sea íntima afliccion, pensar algo fuera de tí. Esto baste para entender en alguna manera la grandeza de este beneficio, y amar al dador por él.

§ V.

Conjeturas por donde se rastrea algo la grandeza del amor que resplandece en este soberano misterio.

Ahora veamos la otra causa de amar, que es el amor inestimable que este Señor nos tuvo. Pues como haya muchos medios por donde este amor se descubre, uno de los más principales es padecer trabajos, y señaladamente muerte por la cosa amada : por lo cual dijo el Señor (1): *Nadie tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos.* Y para más declaracion de esto es de saber, que los filósofos proceden de dos maneras en el conocimiento de las cosas; porque unas veces proceden por el conocimiento de los efectos al de las causas, y otras por el de la causa á los efectos, que es más noble manera de proceder. Pues de ambas maneras procederemos aquí, para venir en conocimiento de la grandeza de este amor; el cual es tan grande, que, como dice el Apóstol (2), sobrepaja todo conocimiento, no solamente de los hombres, mas tambien de los ángeles: los cuales, aunque tengan grandísimo entendimiento, no llegan á comprender la grandeza de esta caridad. Pues si el entendimiento angélico no basta para alcanzar este conocimiento, ¿cómo bastará el humano, que tan rastrero y tan corto es para penetrar las cosas divinas?

Mas porque del todo no carezcamos de este conocimien-

(1) Joan., xv, 13.

(2) Ephes., iii.

to, en que tanto nos va, pondré aquí tres grandes conjeturas, por las cuales se verá claro la grandeza de esta caridad, y la prontitud de ánimo con que este Señor se ofreció á tantos trabajos por nuestro remedio. La primera es la grandeza de la gracia y caridad que le fué dada: la cual sobrepuja tanto á la caridad y gracia de los santos, quanto la luz del sol á la de las estrellas; pues si muchos de los santos mártires, por una pequeña parte que de esta caridad tenían, se ofrecían tan alegre y esforzadamente á los más crueles tormentos del mundo, ¿con qué prontitud y esfuerzo de corazon se ofrecería este Señor al martirio de la Cruz por la gloria de su Padre y remedio del mundo, pues tanto mayor caridad y gracia tenía? Esto en alguna manera se puede conjeturar; mas ni se puede comprender, y mucho menos explicar con palabras. Mas puede el alma devota zambullirse en este abismo tan profundo, para que por aquí vea la prontitud y devocion con que este tan grande amador se ofrecía á todos los encuentros y tempestades de los miembros de Satanás por nuestro remedio.

La segunda conjetura mucho para notar es la grandeza y muchedumbre de beneficios, que esta alma santísima recibió en el primer instante de su concepcion: de los cuales tratamos más copiosamente en otro lugar. Mas aquí brevemente diremos que todos los tesoros, riquezas y grandezas que Dios tenía depositó en esta sagrada humanidad ante todo merecimiento. Porque despues de la mayor de todas las gracias que la omnipotencia de Dios puede dar, que fué la union con el Verbo divino en una misma persona, estaba claro que se habían de dar á aquella alma santísima todos los arreos, y gracias, y riquezas que convenían al alma desposada en unidad de persona con tal Señor. Pues quando esta alma santísima se viese

así engrandecida con tantos privilegios y dones ante todo merecimiento, ¿con qué amor amaría al dador de tan grandes bienes? ¿con qué ardor desearía agradar y glorificar á tal bienhechor? Y entendiendo que la mayor gloria que le podía dar, y el mayor servicio que le podía hacer, era santificar las almas, y reducir las á su servicio y obediencia, y que todo esto se había de obrar mediante el sacrificio de su pasión, ¿con qué voluntad, con qué devoción, con qué ardor se ofrecería á esta pasión, con la cual el Padre eterno había de ser tan gratificado, y el hombre tan copiosamente redimido? Pues ¿qué entendimiento podrá estimar esto como ello merece?

§ VI.

Prosigue la misma materia con la consideracion de la obediencia de Cristo, y superabundantisima satisfaccion.

La tercera conjetura de este amor es la perfectísima obediencia de Cristo en cuanto hombre. Porque una de las virtudes que más resplandeció en las vidas de los santos fué la perfección de su obediencia: como nos representan aquellos misteriosos animales del profeta Ezequiel (1), de quien dice que *do quiera que sentían el ímpetu ó movimiento del espíritu, allí caminaban sin volver atras*. Y esto también nos declara la prontitud de aquella tan grande obediencia de Abraham: el cual en oyendo la voz de Dios que le mandaba sacrificar su muy amado hijo Isaac, no dilató el negocio de día en día, sino luego, levantándose de madrugada, partió con el hijo para el monte donde lo había de sacrificar. Pues si tal era la obediencia de los santos para con Dios, ¿cuál sería la del Santo de los santos, que tanto mayor caridad y gracia tenía? Pues

(1) Ezech., 1, 20.

á este hijo tan obediente mandó su eterno Padre que amase á los hombres; y de tal manera los amase, que tomase sobre sí todas sus deudas y pecados, y se ofreciese al sacrificio de la muerte por ellos.

Y así dice él por san Juan (1): *Poder tengo para poner mi vida, y despues para tomarla; porque este mandamiento me fué dado por mi Padre.* Pues siendo tan grande la obediencia de Cristo para con su Padre, ¿con qué amor nos amaría el Hijo tan obediente, y con qué voluntad se ofrecería á la muerte que le era mandada?

Mas cuanto esta caridad es más incomprensible, tanto nos hace á este Señor más amable. Por la cual razon, no contento con el sacrificio de una simple muerte, quiso él juntar con ellas tantas otras maneras de injurias y dolores, que ni en su sacratísimo cuerpo quedase parte sin tormento, ni en aquella república algun estado de personas que no entreviniese en su afliccion. El rey Heródes lo escarneció, el presidente lo sentenció, el discípulo lo vendió, los Apostóles lo desampararon, los pontífices y fariseos lo acusaron, los gentiles lo azotaron, las voces del pueblo furioso lo condenaron, y los soldados lo crucificaron. Pues ¿qué diré de los tormentos de todo su sacratísimo cuerpo? Aquella cabeza, como dice san Bernardo (2), de que tiemblan los poderes del cielo, es pungida con crueles espinas; aquel rostro, más hermoso que todos los hijos de los hombres, es afeado con las salivas de aquellas infernales bocas; los ojos, más resplandecientes que el sol, están oscurecidos con la presencia de la muerte; los oídos, que oyen cantares de ángeles, oyen escarnios y blasfemias de pecadores; la boca, que enseña los espíritus soberanos, es amargada con hiel y vinagre; las manos, que dieron sa-

(1) Joan., x, 18.

(2) In quod. serm. de Pas. Dom. ad. calc. op.

lud á tantos enfermos, están afijadas en duros clavos; los piés, cuyo escabelo es adorado por ser santo, están atravesados en un madero; el sagrado pecho traspasado con una lanza; el cuerpo concebido de Espíritu Santo, desnudo, al frio, al aire y á la vista del mundo; y todos los miembros y *huesos* de él tan estirados, que, como el Profecta dice (1), *uno á uno se podían contar*. ¡Oh amor que todas las cosas vences! ¿cómo te encrueleces tanto contra la misma fuente de donde naces? ¿hasta cuándo has de perseguir al inocente? ¿hasta cuándo, siendo tan dulce y tan suave para con todos, eres tan cruel para aquel de quien procedes? Pues el dulce Jesus no extraña tan gran fuerza de dolores, ni se mueve con tan gran lluvia de penas y aflicciones, para entibiarse en el propósito comenzado; mas ántes con un incomprensible deseo de nuestra salud, todo lo sufre por ella. Porque ningun hombre amador de esta vida tanto deseó vivir, quanto este Señor deseó morir por dar salud y vida á nuestras almas.

El cual, no contento con todos estos dolores de su sacratísimo cuerpo, no quiso tener el alma libre de passion; la cual tenía traspasada con tres clavos de entrañable compasion. El uno era de su inocentísima Madre que tenía presente, la cual amaba despues del eterno Padre sobre todas las criaturas, y así era amado de ella; y conforme á la grandeza de este amor era el dolor de ambos. Y así dice san Crisóstomo, que en este misterio hemos de contemplar dos altares: en el uno de los cuales se sacrificaba la carne del Hijo, y en el otro el alma de la Madre. El otro clavo era de compasion de todos los que conocía haber de ser ingratos á este beneficio, y no habían de querer aprovecharse de este tan grande y tan copioso remedio. Y el tercero era de compasion de la ceguedad de aquel

(1) Psal., xxi, 20.

pueblo miserable, viendo cómo de ahí á pocos días había de ser totalmente destruído por aquel tan gran pecado; de cuya perdicion tenía tan grande sentimiento, que la primera palabra que habló en la Cruz, fué rogar al Padre por él (1), como por cosa que más le dolía.

Y porque nosotros habíamos ofendido á Dios con todos nuestros sentidos y miembros, haciendo de ellos armas, como dice el Apóstol (2), para servir al pecado, quiso él satisfacer por todas estas ofensas con los tormentos de los suyos; para que así pagasen los tormentos del cuerpo verdadero por los pecados de los miembros del cuerpo místico, que era todo el género humano. De esta manera, con las manos enclavadas, pagó por las malas obras que cometieron las nuestras; con los piés afijados en el madero, por los malos caminos de los nuestros; con la lanzada de su sagrado pecho, por la deshonestidad de nuestros pensamientos; con las espaldas rasgadas con azotes, por los deleites sensuales de nuestra carne; con los ojos llorosos, por la codicia y curiosidad de los nuestros; con la hiel y vinagre de su boca, por las golosinas y apetitos de nuestra gula; con la púrpura de escarnio, por la vanidad de nuestros atavíos; y con las salivas de su divino rostro y corona de espinas, por los aderezos y galas con que el linaje de las mujeres se compone para ser lazo hermoso del enemigo.

§ VII.

Concluye la materia de este capítulo, arguyendo á nuestra ingratitud.

Pues de todos estos trabajos fué la causa, como dijimos, su ardentísima caridad; la cual fué figurada en aquel

(1) Luc., xxiii, 34.

(2) Rom., vi, 8.

viento abrasador que envió Dios por la oracion de Moises (1); el cual arrebató la muchedumbre de langostas que destruían la tierra de Egipto, y las echó y ahogó en el mar Bermejo. Pues ¿qué necesidad tenía Dios de esta invencion para limpiar la tierra de esta plaga, pues pudiera tan fácilmente destruir toda esta langosta como la pudo producir? Mas quiso él que esto fuese así, para representarnos el ardor de la caridad de Cristo, la cual le movió á tomar sobre sí todos los pecados, que mucho más que langostas destruyen la hermosura de las almas. Los cuales ahogó en el mar Bermejo; porque con el sacrificio de su sangre preciosa los destruyó. Esto es lo que por palabras más claras nos enseñó el Apóstol, cuando dijo (2): Si la sangre de los toros y cabrones, y el rocío de la ceniza de la becerra sacrificada purificaba en el tiempo antiguo las inmundicias corporales de aquella ley, ¿cuánto más poderosa será la sangre de Cristo, el cual, abrasado con fuego del Espíritu Santo, ofreció á sí mismo purísimo y sin mácula de pecado en sacrificio, para purificar nuestras conciencias de todos los pecados, y así servir á Dios vivo? Ciertó es que cuanto va de sangre á sangre, tanto va de sacrificio á sacrificio; lo cual sobrepuja á todo entendimiento.

Pues pasando esto así, ¿quién habrá tan inhumano, que no ame tal Amador? ¿quién no amará tal Redentor? ¿quién tendrá corazon tan de piedra que no se ablande con el calor de este fuego, pues las piedras con él se deshacen? ¿quién no procurará de padecer por la gloria de su Señor lo que el Señor padeció por su vil criado? ¿quién no abrazará y besará aquellas sacratísimas llagas, y adorará aquella preciosísima sangre con que fué lavado y

(1) Exod., x, 13.

(2) Hebr., ix, 13.

rescatado? ¿quién no amará puramente y sin esperanza de interes al que de pura gracia así nos amó, así nos remedió, así nos libró, así nos honró, así nos juntó consigo, así nos reconcilió con su Padre, así nos restituyó á nuestra patria? Pues ¿quién será tan ciego que no vea por todo lo dicho cuán grandes estímulos y motivos nos da el misterio de la Cruz para amar á Dios? ¿quién no ve con cuánta razon dijo este Señor (1), que venía á poner fuego de amor en la tierra, y quería que ardiese? Esto es, en conclusion, lo que en otra parte dijo (2): Si yo fuere levantado de la tierra y puesto en Cruz, todas las cosas traeré á mí. ¿Con qué fuerzas? ¿con qué cadenas? con la fuerza de la caridad y del amor, que todo lo vence. Por donde con mucha razon exclama san Bernardo, diciendo (3): ¡Oh buen Jesus, cuán dulcemente conversaste con los hombres! ¡cuán liberalmente tan largas y copiosas mercedes les hiciste! ¡cuán fuertemente tantas maneras de trabajos por ellos sufriste, duras palabras, y más duros azotes, y muy más duro tormento de muerte! ¡Oh endurecidos hijos de Adan, cuyos corazones no enternece tanta benignidad, tanta llama, y tan grande fuego de amor, y tan vehemente amador, que por tan viles alhajas dió mercadurías tan preciosas! ¡oh buen Jesus! ¿qué á tí con la muerte? ¿qué á tí con los azotes? ¡nosotros debemos, y tú pagas! ¡nosotros pecamos, y tú padesces! ¡obra sin ejemplo! ¡gracia sin merecimiento! ¡caridad sin modo! Por tanto, hombre desconocido, si amas á tí, habiéndote tú destruído, ¿por qué no amarás á aquel que te restituyó? Y así aquel Señor tanto amó á nosotros que somos nada, y porque somos malos, áun ménos que nada, ¿por qué no amaremos á aquel que es sumamente

(1) Luc., xii, 49.

(2) Joan., xii, 32.

(3) Serm. de Pas. Dom.

bueno, pues lo que él pretendió con este tan grande beneficio, fué inflamarnos en su amor, y ayuntarnos perpetuamente consigo, y finalmente hacernos participantes de su misma bienaventuranza y gloria!

Todo lo dicho hasta aquí sirve para abrasar nuestros corazones en amor de un Señor que tanto bien nos hizo y tanto nos amó, y para esforzarnos á padecer cualquier trabajo por amor de quien tanto por nuestra causa padeció; pues, como dice san Gregorio (1), el amor de Dios nunca está ocioso, ántes obra grandes cosas, si es amor; y si las deja de obrar, no lo es. Mas ¿qué diré aquí de la malicia y perversidad humana? la cual toma motivo para holgar y descansar, de donde lo había de tomar para más trabajar. Mas porque esta perversidad es uno de los mayores males que hay ahora en el mundo, contra él disputaremos de propósito en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO XV.

NONO FRUTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES LA ESPERANZA.

Demas de la caridad teníamos tambien necesidad de la esperanza su hermana; porque como por el pecado quedamos tan desnudos y pobres, no nos quedaba otro remedio sino levantar los ojos á Dios, y esperar remedio de él para todos estos males, muchos de los cuales no se pueden curar sino por él. De manera que en este valle de lágrimas, donde andamos peregrinando, y en este golfo tempestuoso donde á cada hora se levantan nuevas tormentas, esta es el áncora, como la llama el Apóstol (2), con que nos hemos de asegurar. Así lo testifican todas las

(1) Hom., XXX, in Evang.

(2) Hebr., vi, 19.

santas Escrituras; conforme á lo cual dice el Señor por Isaías (1); hablando con su pueblo, que en la virtud de la esperanza estará su fortaleza. Y David dice (2): En paz juntamente dormiré y descansaré; porque vos, Señor, pusisteis mi remedio en la esperanza de vuestra misericordia. Mas de estas autoridades hallaremos muchas en los Salmos, porque apenas hay alguno que no haga mencion de esta virtud.

Mas aquí es de notar que hay cuatro principales materias de esta esperanza. La primera es de la bienaventuranza advenidera; la segunda del perdon de los pecados, que son los impedimentos del fruto de esta esperanza; la tercera de ser oídas nuestras peticiones; la cuarta de ser socorridos y amparados de Dios en nuestras tentaciones y trabajos. A todas estas cosas y otras semejantes se extiende esta virtud, y para todas tenemos grandes estribos y motivos en el árbol de la santa Cruz.

Mas entre estas esperanzas la principal es la primera, que es la esperanza de la vida eterna, y de la vision beatifica de Dios, á la cual se ordenan todas estas otras esperanzas; y ésta no es grandemente necesaria, porque quitada la esperanza del galardón ¿quién tendrá manos para bien obrar? Este galardón esencialmente consiste en la vision de la esencia divina: para lo cual es necesario que el mismo Dios levante y esfuerce el entendimiento humano con la luz que llaman de gloria, y que la misma esencia divina sin ningun otro medio se junte con nuestro entendimiento; con la cual deificado y hecho como Dios, sea poderoso para ver á Dios de la manera que él es en su misma gloria y hermosura como lo ven los ángeles. Esta union es una de las cosas más admirables, y más inefables

(1) Isai., xxx, 18.

(2) Psal., v, 9.

que hay, y más increíbles al parecer humano, por la infinita distancia que hay entre estas dos naturalezas, divina y humana, para juntarse la una con la otra; y tambien por la condicion y bajeza de nuestro entendimiento, que ni puede penetrar la esencia de las cosas espirituales, ni entender sin las figuras é imágenes de las cosas corporales. Pues porque, como dice santo Tomas, con dificultad se podía acabar con el hombre que creyese y esperase una union tan alta y tan admirable, hizo Dios otra más admirable, que fué la del Verbo divino con la naturaleza humana: para que no desconfie el hombre que podrá hacerse una cosa con Dios por gracia, pues ve á Dios hecho hombre por naturaleza. Porque, como dice san Crisóstomo (1), mucho mayor cosa es hacerse Dios hombre por naturaleza, que hacerse el hombre Dios por gracia. Y pues vemos hecho lo uno, es razon que creamos y esperemos lo otro, mayormente siendo lo uno causa de lo otro; porque por el misterio de esta union de Dios con el hombre, se da al hombre la union de su entendimiento con Dios.

Ni es menor la dificultad de la esperanza en las otras materias que dijimos. Porque así como el hombre ha de hacer fuerza á su entendimiento para creer lo que no ve, así la ha de hacer á la voluntad, para que espere lo que no posee, mayormente cuando nos faltan y desaparecen todos los presidios y socorros humanos, y por ninguna parte se descubre algun rayo de luz ni de remedio. Porque en este tiempo es dificultoso hacer lo que hizo Abraham (2), que es *tener esperanza contra esperanza*: esto es, no descubriéndose algun remedio por la razon y prudencia humana, esperarle de sola la misericordia divina.

(1) In Act. Apost. cap., xv, hom. xxxii.

(2) Rom., iv, 18.

Pues para esto, ¿qué ayudas se nos pudieran dar más poderosas, que las que tenemos en el misterio de la Cruz? Ca todos los motivos de que arriba hicimos mencion, que nos incitan á amar á Dios, esos mismos nos mueven á esperar en él. Porque ¿en quién esperaré yo más confiadamente, que en un Dios tan bueno? ¿en un bienhechor tan largo? ¿en un amador tan grande y en un padre tan rico, tan piadoso y tan poderoso? Porque si en nadie puede tener un hijo mayor esperanza que en su padre, ¿cómo no esperaré yo en quien es tanto más padre, y tanto más me ama, y tanto es más bueno, y tantos mayores beneficios me tiene hechos? Este es el argumento que nos hizo el mismo Hijo de Dios en su Evangelio, cuando dijo (1): *Si vosotros siendo malos sabéis dar dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará su espíritu bueno á quien se lo pidiere?* Pues ¿qué no se podrá esperar de un Padre tan piadoso, que nos dió su propio Hijo? Que es otro argumento que hace san Pablo cuando dice (2): *A su propio Hijo no perdonó Dios, sino entrególo á la muerte por todos nosotros. Pues ¿cómo no nos habrá dado con él todas las cosas?* Como si dijera: Quién dió lo más, y tanto más, ¿cómo no dará lo ménos, y tanto ménos? Porque todo lo demas que se puede dar, por mucho que sea, es poco en comparacion de esta dádiva en que se da el Hijo de Dios. Finalmente, si este Señor nos hizo tan grandes mercedes con tanta costa suya, ¿cómo apretará ahora la mano, y la encogerá despues de hecha la costa? Este es el principal estribo de nuestra esperanza, y el principal caudal de nuestra hacienda. Pues ¿quién se verá tan derribado y tan desmayado en medio de sus tribulaciones y peticiones,

(1) Luc., xi, 13.

(2) Rom., viii, 32.

que no se alegre y esfuerce con estas tan grandes prendas y rehenes de la misericordia y providencia paternal de Dios? Quien con esto no se esfuerza, ¿qué cosa habrá que lo pueda esforzar?

§ I.

Perversidad de los que perseveran en sus pecados, confiados en la grandeza de este beneficio.

Mas en este lugar se nos ofrece una materia muy lastimera, que es el abuso y perversidad del corazon humano, de que en el fin del capítulo pasado hicimos mencion, el cual, confiado en la grandeza de este beneficio, toma ocasion para perseverar seguramente en su pecado. Porque si preguntáreis á cuantos desuellacaras hay en el mundo, por qué causa perseveran toda la vida en sus maldades, y cómo piensan, viviendo mal, salvarse, luégo os acuden con la fe de Cristo, y con la esperanza en su sagrada passion. De manera que siendo ella el mayor estímulo y motivo que tiene la virtud y el temor de Dios, ellos trastornan y pervierten de tal manera el consejo y beneficio de Dios, que hacen de la medicina ponzoña, y motivos para pecar de lo que había de ser para servir y amar.

Este ha sido, y lo es ahora, uno de los grandes embustes de nuestro adversario, el cual pretende competir en la maldad con la grandeza de la divina bondad. Porque así como ésta tiene por oficio sacar de los males bienes, así, por el contrario, la malicia del enemigo tiene por estilo sacar de los bienes males. De esta manera hace que de las santas Escrituras, que nos fueron dadas para luz y gobierno de nuestra vida, hayan sacado los herejes tinieblas de errores y perversion de nuestra vida, falsificando y destrozando las palabras divinas, para fundar en

ellas sus engaños; y con la misma astucia ha hecho que del divinísimo misterio de la Cruz, que tantos motivos nos ha dado para la virtud, saquen los malos razones y argumentos para perseverar en sus vicios. Porque como todos los hombres, por malos que sean, por una parte deseen salvarse, y por otra rehusan el camino de la virtud, por ser contrario á sus apetitos, han buscado este medio para consolarse y asegurarse en sus maldades, diciendo que ya Cristo pagó por ellos: como si para esto viniera el Hijo de Dios al mundo y padeciera, para hacer á los hombres viciosos, y haraganes, y enemigos de todo virtuoso trabajo.

Pues contra este engaño militan todas las santas Escrituras, que tantas veces nos incitan al trabajo de las buenas obras, y juntan el temor de Dios con la esperanza, para que lo uno sea como correctivo de lo otro. Así dice David (1): *Sacrificad sacrificio de justicia, y esperad en el Señor.* Y dice muy bien *sacrificad*, para significar la sangre, y el trabajo que ha de haber en esta manera de sacrificar. Y en otro lugar (2): *Agradan, dice, al Señor los que le temen, y juntamente con el temor esperan en su misericordia.* Y el Señor en el Evangelio mandónos despedir de nuestro corazon toda congoja y desconfianza del remedio temporal; y concluye esta materia diciendo (3): *Buscad primero el reino de Dios y su justicia; y todo lo demas os será dado.* De manera que para que la confianza esté segura, ha de estar acompañada con la justicia. Y en otro lugar, tratando de los que en el día del juicio han de alegar los milagros que hacían por virtud de la fe que tenían, dice que entónces les responderá (4): *No os cono-*

(1) Psal., iv, 6.

(2) Ibid., xi, xxi, 18.

(3) Matth., vi, 23.

(4) Ibid., vii, 23.

co, ni se quien sois; apartáos de mí todos los que obráis maldad. Pues en la sentencia de la condenacion de los malos, y de la salvacion de los buenos, ¿qué otra cosa se ha de referir este día, sino las obras de misericordia hechas ó dejadas de hacer? Y cuando el mismo Señor decía: Quien quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame, ¿exhortábanos por ventura á holgar ó á trabajar? Y porque no pensase nadie que decía esto á solos los discípulos, escribe san Márcos (1) que cuando quiso decir esto *llamó al pueblo, que á la sazón presente estaba*, y dijolo á todos.

Pues en el Testamento Viejo, ni hace caso de los sacrificios de los malos, ni de sus oraciones, ni de sus cantares, ni de las fiestas que hacían en los sábados y en los primeros días de los meses, y otros oficios semejantes. Pues ¿qué pide? ¿qué le agrada? Responde por Isaías (2), *Laváos, y limpiad vuestras conciencias, y quitad la maldad de vuestros pensamientos de mis ojos: cesad de hacer mal, y aprended hacer bien. Haced justicia, socorred al oprimido, juzgad la causa del huérfano, defended la vida, y esto hecho argüidme: esto es, ponedme pleito y emplazadme, si no perdonare vuestros pecados.* Y el profeta Miqueas, enseñando á los hombres cómo habían de agradar á su Criador, despues de haber recontado muchas maneras de sacrificios, viene á resumirse, diciendo (3): *Enseñarte he, hombre, en qué consiste el bien, y qué es lo que Dios te pide. Lo que te pide es hacer juicio, y amar la misericordia, y andar solícito con tu Dios.* Y por aquella primera palabra, *hacer juicio*, quiere decir que no vivamos segun los apetitos de nuestra carne, sino segun el juicio de la

(1) Marc., viii, 34.

(2) Isai., i, 16-18.

(3) Mich., vi, 8.

razon y de la ley divina. Pues estando todas las Escrituras dando voces y declarando que el remedio de nuestra salud está en las buenas obras, y nuestra perdicion en las malas, ¿cómo fué poderoso el demonio para cegar tanto los entendimientos de los hombres, que con sola confianza en la pasion de Cristo, sin echar mano al arado, sino ántes estando mano sobre mano, y perseverando en sus vicios, habían de ser salvos? ¿Quién pudo de tal manera trastornar los entendimientos humanos, que pudiese caer en ellos un engaño tan contrario á todas las Escrituras, á la bondad de Dios, á la luz de la razon, al comun entendimiento de las gentes, á todos los ejemplos de los santos, y finalmente, á todas las leyes divinas y humanas, que nos están exhortando al amor de las virtudes y aborrecimiento de los vicios?

§ II.

Cómo es grande error presumir de la misericordia con olvido de la justicia.

Pues por esta causa san Bernardo, entendiendo por los dos piés de Cristo la misericordia y la justicia, como en otro lugar alegamos, nos aconseja (1) que no adoremos y besemos el uno sin el otro, esto es, que no abracemos solamente el pié del juicio, porque no desconfiemos; ni tampoco el pié sólo de la misericordia, porque no presumamos. Estas virtudes quiere que anden siempre hermanas y juntas, porque de ellas pende todo el gobierno de la vida cristiana. Porque el temor del castigo y la esperanza del galardón son como las dos pesas del reloj, que lo traen concertado, ó como dos espuelas para andar por el camino que va á parar á la vida.

(1) Sup. Cant. Serm. VI, et in parvis, Serm. LVI.

Y así como el misterio de la Cruz tiene muy grandes motivos para esperar, así tambien los tiene para temer. Porque si el rigor de la justicia divina es tanto para temer, ¿qué mayor justicia que la que Dios hizo contra el pecado en las espaldas de su Hijo? ¿qué mayor justicia que estando el Hijo en el huerto con tan grande agonía antes de la hora de su pasión, *sudando gotas de sangre*, presentando al Padre eterno (1) aquella natural inclinación de su carne bendita, que naturalmente rehusaba la muerte, pidiendo que pasase de él aquel cáliz de amargura, que con todo esto conservase tan enteramente el rigor de su justicia, que no quisiese perdonar al hombre sin recibir tan grande satisfacción como fué la muerte del Hijo?

Demas de esto, si por el misterio de la Cruz ve claro cuánta sea la malicia del pecado, y cuán grande el odio que Dios le tiene, como está ya declarado, ¿quién habrá tan insensible que no tiemble de solo el nombre del pecado? Porque si tan ásperamente castigó el Padre eterno á su unigénito Hijo, que nunca supo qué cosa era pecado, porque se había ofrecido por fiador de los pecados ajenos, cómo tratará al siervo malo, hallándole cargado de pecados propios? Porque por esta causa dijo el Señor á las mujeres que lo iban llorando (2): *Hijas de Jerusalem, no queráis llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos; porque días vendrán en que digáis: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron. Y entónces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Cubridnos, porque si esto se hace en el madero verde, en el seco ¿qué se hará?* Item si en Dios todas

(1) Luc., xxii, 44.

(2) Ibid., xxiii, 28-31.

las virtudes son iguales, pues todas en él son una misma esencia, síguese que tan grande será su justicia como su misericordia. Pues si su misericordia fué tan grande y tan admirable, como el misterio de la Cruz nos declara, ¿qué tal será la justicia, pues es tan grande como ella? Porque sin duda así como por la cantidad de un brazo sacamos la del otro, pues ambos son iguales, así por la grandeza de la misericordia podemos sacar la de la justicia, pues ambas son de una medida; sino que el día de la una es ya pasado en la primera venida, y el de la otra no es aún llegado, que será el día de la venganza. Pues si en el día que este Señor quiso declarar la grandeza de su misericordia, hizo cosas tan espantables que bastan para asombrar todos los entendimientos criados, cuando se llegue el día de la segunda venida, donde ha de declarar la grandeza de su justicia á los que desecharon su misericordia, ¿qué cosas hará? Aunque esto no quita ser más inclinado á perdonar que á castigar. Antes lo que hará entonces más rigurosa la justicia, será la grandeza de esa misericordia. Porque habiendo hecho él un tan incomprendible beneficio á los hombres, habiéndolos provocado á su amor con tan grande muestra de amor, habiendo usado con ellos de tan grande benignidad y misericordia, habiéndoles dado un tan grande remedio y aparejo para se salvar, habiéndoles proveído de tanta luz, y de tantos ejemplos, de tantos sacramentos, de tanta gracia y de tanta doctrina; y que con todo esto hayan sido ingratos á tan grandes beneficios y despreciadores de tales ejemplos y remedios, esto ha de hacer su causa más grave y más inexcusable, segun aquello que dijo el Señor (1): *Si yo no viera en persona, y no les predicara, no tuvieran pecado; mas ahora ya ninguna excusa tienen de él.* Pues esto es lo

(1) Joan., xv, 22.

que el Apóstol quiere que diligentemente consideremos, cuando despues de habernos declarado la grandeza de la gracia que nos vino por Cristo, nos amonesta que trabajemos por no caer de ella (1); porque si Dios ordenó que la ley antigua fuese enteramente guardada, y que los quebrantadores de ella fuesen justamente castigados, ¿cuánto más lo seremos nosotros, si menospreciáremos esta tan gran salud? Esta misma sentencia repite más abajo por estas palabras, diciendo: Si el quebrantamiento de la ley de Moises, probado por dos ó tres testigos, es castigado con pena de muerte, ¿cuánto mayor castigo merecerá el que despreciare al Hijo de Dios, y profanare la sangre de su Testamento, é hiciera injuria al espíritu de la gracia? La razon de esto es, porque, como dice nuestro Salvador (2), á quien mucho dieron, de mucho le han de pedir cuenta. Pues siendo esto así, ¿qué cuenta darán los malos cristianos de un tan grande recibo, como fué la muerte y la sangre del hijo de Dios?

Todo esto se ha dicho tan por extenso para deshacer el engaño y la vana confianza que los malos tienen en la fe y pasion de Cristo, perseverando con esto en sus pecados; siendo esta sagrada pasion el mayor motivo que hay para aborrecerlos y temerlos.

CAPÍTULO XVI.

DÉCIMO FRUTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES LA VIRTUD DE LA HUMILDAD.

Teníamos tambien necesidad de otra virtud que, aunque no es del número de las teologales, es altísima y muy necesaria: que es la humildad, fundamento y guarda fiel

(1) Hebr., x, 35.

(2) Luc., xix, 22.

de todas las otras virtudes; porque así como la caída del hombre fué por soberbia, así el reparo y medicina ha de ser por humildad. La cual virtud, con ser necesarísima, es muy dificultosa de alcanzar, no sólo por la corrupcion de nuestra naturaleza, que cayendo por soberbia, le quedaron siempre reliquias de aquella antigua dolencia, sino tambien por una vehementísima pasion que hay en nosotros, que es el amor de la propia excelencia, el cual derechamente contradice á la humildad; y quanto esta pasion es más poderosa, tanto es más dificultosa de alcanzar la humildad. De aquí nace haber tan pocos que sean de verdad humildes; y de aquí tambien nace la mayor parte de las disensiones y desasosiegos del mundo, por no querer los hombres quedarse atras, y ver pasar otros delante. Por cuya causa el Hijo de Dios, viniendo á este mundo enristró tanto la lanza contra la soberbia, y encomendó tanto la humildad, que parece que todo el misterio de su encarnacion y pasion ordenó para este fin, como si para sólo esto viniera. Y así dice san Gregorio (1): Para esto el unigénito Hijo de Dios se vistió del hábito de nuestra mortalidad; para esto el que era invisible, no solamente se hizo visible, sino tambien pasible; y para esto sufrió la confusion de las deshonras, y el vituperio de las injurias, y el oprobio de los azotes, para que Dios humillado enseñase al hombre no ser soberbio. Y así canta la Iglesia en la oracion de Ramos, que envió Dios á su Hijo al mundo á vestirse de carne humana, y morir en Cruz, para dar al género humano ejemplo de humildad; señalando esta sola causa y callando las otras, para dar á entender que de tal manera vino á curar esta llaga, como si para sola ella viniera: porque del instante de su concepcion, hasta que espiró en la Cruz, todo fué darnos ejemplos de profundi-

(1) Lib. IV. Epist. In dict. 13. cap. LXXXII, epist. 38 circ. med

sima humildad. Humildad fué bajar del cielo á la tierra, y estar nueve meses encerrado en las entrañas de una mujer; humildad fué escoger para la ignominia de la muerte la ciudad de Jerusalem, y para la gloria de su nacimiento la aldea de Belen; humildad fué escoger la madre humilde, y el establo humilde, y el pesebre humilde, y los pastores que le vinieron á adorar humildes, y despues los apóstoles que lo habían de acompañar pescadores y humildes; humildad fué ser circuncidado como pecador, huir á Egipto como flaco y ser despues bautizado entre pecadores y publicanos como uno de ellos. De manera que toda su vida fué humilde, y la muerte mucho más. Porque quien discurriere por todos los pasos de la historia lamentable de su sagrada pasion, ¿qué verá en ella, sino escarnios y vituperios nunca vistos, bofetadas, pescozones como á esclavo; escupirle su cara como á blasfemo; vestirlo de blanco como á loco, y de púrpura como á rey fingido; y sobre todo los azotes, que es castigo de ladrones y malhechores, y el tormento de la Cruz en compañía de ladrones, que en aquel tiempo era el más vergonzoso é ignominioso linaje de muerte que había en el mundo, como lo es ahora la horca? Sobre todo esto, ¿que diré de la competencia con Barrabas, donde aquel espejo de inocencia fué juzgado por peor que él, y más indigno de la vida? Y aquí vemos cumplido el deseo que los padres antiguos tenían de esta tan profunda humildad, para cura y paga de aquella antigua soberbia destructora del mundo; el cual deseo representó el profeta Isaías cuando dijo (1): *Vimosle sin la figura que ántes tenía, y deseamos verle despreciado y el más abatido de los hombres.* Pues esta profecía se cumplió cuando este Señor fué tan despreciado, que fué tenido en ménos que Barrabas, que era uno de los

(1) Isaí., LIII, 2 et 3.

peores hombres que en aquel tiempo había; pues era ladrón, revoltoso y derramador de sangre. Pues, oh Rey de gloria, ¿cuánto deseasteis, Señor, abatir nuestra soberbia, y hacernos amadores de la humildad, cuando tales motivos y ejemplos nos dejasteis de esta tan excelente virtud? Pues, oh hombre vano y allivo, si te sientes tentado de vanagloria, ambicion ó soberbia, levanta los ojos á este Señor, y mira de la manera que está en aquella Cruz, no adornado de hermosos vestidos, mas desnudo, y toda su carne arpada con heridas; no resplandeciendo sus manos con anillos y piedras preciosas, mas traspasadas con agudos clavos; no rodeada su cabeza con guirnalda de flores, mas agujereada y coronada de durísimas espinas; no cercado el cuello con collar de oro, mas con verdugos y rasguños de la nudosa soga con que fué atado. Sus delicados miembros no están ungidos con suaves ungüentos, mas con hediondas salivas, y llenos de cardenales é hinchazones. Mira tambien su rostro oscurecido, sus ojos llorosos, su frente ensangrentada, sus mejillas consumidas, su cabeza inclinada, sus brazos extendidos, su pecho abierto, sus piés rasgados. Mira que por todas partes te predica humildad, ¡oh mortal soberbio! Si con este espectáculo no quedas humilde, eres por cierto más duro que las piedras, pues hasta las piedras ese día se despedazaron. Y si con esta vista no resucitas, mas muerto eres que los muertos, los cuales en aquel tiempo salieron de sus sepulcros. Y si con este ejemplo no tiembla tu corazón, mas inmovible eres que la tierra, la cual entónces temió; y más insensible que el pueblo que alderredor estaba, el cual, viendo las señales que en su muerte se hacían, con dolor y espanto hirió sus pechos. ¡Oh hombre! si el Hijo de Dios así se humilla, tú ¿por qué quieres ser allivo? Abate, miserable tu orgullo, y escoge por su ejemplo el postrer lugar;

y áun ten por cierto que no podrás tanto abajarte cuanto requiere tu vileza. Confúndete, vilísima criatura, en no querer remediar á Cristo por tí crucificado.

A la imitacion de esta virtud nos convida el Apóstol, cuando dice (1): Hermanos, esto sentid en vuestros cora-
zones, que véis en Cristo; el cual, siendo verdadero Dios, abalió á sí mismo, tomando forma de siervo, y haciéndose semejante á los hombres se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Y si te parece poco que siendo él Dios é igual al Padre, sirviese por tu causa como siervo á su Padre, mira cuánto pasó más adelante, pues tambien sirvió á su propio siervo. Fué el hombre criado para servir á su Criador, ¿y qué cosa más justa que servir á aquel que te crió, sin el cual fueras nada? ¿y qué cosa más gloriosa que servir á aquel á quien servir es rein-
nar. Mas dijo el hombre soberbio: No quiero servir al Criador. Pues yo, dice el Criador, quiero servir á tí. Tú te asientas á la mesa, yo administraré á ella y te lavaré los piés. Tú descansa, yo tomaré sobre mí todas tus car-
gas y deudas. Usa de mí en todas tus necesidades de la manera que quisieres, ó como de siervo tuyo, ó pegujar tuyo. Si estás fatigado, ó cargado, yo llevaré sobre mí tu carga, para que yo primero cumpla la ley mia. ¡Oh du-
reza de corazon, que no se ablanda con tal ejemplo! ¡oh aborrecible soberbia del hombre, que se desprecia de servir á su Señor!

Pues siendo esto así, con muy justa razon puede este Señor decir á todos los hombres, como perfecto maes-
tro (2): Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon. Todo esto hizo este Señor para curar la ponzoña de nuestra soberbia; y tal es ella, que con esta tan fina

(1) Philip., II, 5.

(2) Matth., XI, 29.

trica de tan saludables materiales compuesta, apénas ha podido en mucho ser curada. Pues ¿qué mayor dureza de corazon que ésta? Ruégoos, hermanos, dice san Bernardo (1), no consintáis que se os haya dado de balde un tan precioso dechado, sino conformáos con él, y reformáos en vuestro espíritu: trabajad por alcanzar la humildad, que es guarda y fundamento de todas las virtudes. Porque ¿qué cosa más aborrecible, que viendo hecho pequeñuelo á Dios del cielo, quiera el hombre engrandecerse sobre la tierra? El se abatió y llegó á hacerse casi nada, siendo el que lo hizo todo de nada; y tú piensas de tí que eres algo siendo nada, intolerable soberbia es, habiéndose así abatido la divina Majestad, quererse el gusanillo podrido engrandecer é hinchar.

Mas aquí es mucho de notar que esta virtud de la humildad tiene grande necesidad de andar acompañada con la fortaleza. Porque la humildad sin ella seria remisa é imperfecta, por cuanto desconfiando el hombre de sus propias fuerzas, y librándolo todo en Dios, no osaria emprender cosas grandes. Pues por esto es necesario que esté acompañada con la fortaleza; porque con la una humillándose el hombre merezca la gracia, y con la otra, esforzándose en Dios, ponga las manos en la obra; para que ni la fortaleza sea presuntuosa, si careciere de humildad, ni la humildad remisa, si careciere de fortaleza.

CAPÍTULO XVII.

UNDÉCIMO FRUTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA.

Despues de la virtud de la humildad convenientemente se sigue la de la obediencia, hija legítima y compañera

(1) Serm., I, in Natali Dom.

fiel de esa misma humildad; como no hay hombre verdaderamente humilde, que no se sujete y obedezca, como dice san Pedro (1) á toda humana criatura por amor de Dios. Y por esta causa el Apóstol en la autoridad arriba alegada juntó estas dos virtudes en uno, cuando dijo que el hijo de Dios se había humillado y hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz (2). Pues de esta virtud teníamos grande necesidad; y ningun ejemplo ni ayuda se nos pudiera dar más eficaz para ella que el misterio de la Cruz. Para cuyo entendimiento es de saber que ninguna lengua criada basta para explicar la obligacion que el hombre tiene á la obediencia, amor y servicio de su Criador. Porque demas de otras muchas riquezas, hay para esto siete títulos muy principales, que brevemente aquí contaremos. El primero es el Monarca y universal Señor y Emperador del mundo. Emperador digo, no por succion, ni por eleccion, ni por herencia, ni por fuerza, sino por naturaleza. Esto es, que así como el ángel naturalmente es superior y mayor que el hombre, y el hombre que un bruto: así Dios por su propia naturaleza es infinitamente mayor que todo lo criado, y Rey y Señor de todo; y así como á Rey se le debe suma obediencia y reverencia.

El segundo título es, ser el principio y fin de todas las cosas, porque de él procedieron como de primer principio, y todas se ordenan á su gloria, como á último fin. Y el hombre particularmente, como tiene todo su sér de él, así la perfeccion y cumplimiento de este sér ha de manar de él, porque en solo él tendrá perfecto descanso como en su propio centro. El tercer título es, ser él universal dador de todos los bienes, así de naturaleza como de gracia, como

(1) I Pet., II, 13.

(2) Philip., II, 8.

de los que comunmente llaman de fortuna: de tal manera que ninguna criatura hay en el mundo que tenga algo que no sea dado por él, como dijo el Apóstol (1), ¿Qué tienes que no hayas recibido? El cuarto título es, ser él un pié-lago y abismo de todas las grandezas y perfecciones, esto es, de bondad, de sabiduría, de omnipotencia, de hermosura, de gloria, de benignidad, de misericordia y de otras infinitas perfecciones.

Por las cuales solas, aunque nada de él hubiéramos recibido ni esperáramos recibir, merecía ser amado y servido con infinito amor y reverencia, si esto nos fuera posible. El quinto título es ser nuestro Redentor. El sexto ser nuestro santificador. Y el séptimo ser nuestro glorificador; los cuales tres títulos se siguen unos de otros. Porque él es el que nos redimió con su sangre, y nos santificó con su gracia, y nos ha de glorificar despues de esta vida con su gloria. Estos tres postreros beneficios, aunque parecen simples en las palabras, son muy compuestos en las obras. Porque el primero, que fué redimirnos, incluye todos los trabajos que el Hijo de Dios por esta causa padeció. Y el segundo, que es santificarnos y conservarnos en esa santidad, comprende infinitas inspiraciones divinas y preservaciones de males que para esto se requieren. Y para el tercero, que es glorificarnos, se requieren innumerables misericordias y gracias que han de preceder este tan grande bien hasta llegarlo á cabo. De manera que estos tres rios tan caudalosos embeben en sí otros muchos arroyos que entran en ellos.

Pues por cada uno de estos siete títulos está el hombre tan sujeto á Dios, que si tuviera más vidas que estrellas hay en el cielo, estaba obligado á ofrecerlas en sacrificio por honra de este Señor. Y si tanto debe por cada uno de

(1) I Cor., iv, 7.

estos títulos, ¿qué deberá por todos ellos juntos? Mas ya que no tiene más que una sola vida, esa con todo lo anejo á ella, que es descanso, hacienda, honra, con todo lo demas, está obligado á emplearlo en su servicio. Hasta aquí ha de llegar la verdadera y perfecta obediencia; y la que hasta aquí no llega, no es perfecta ni digna de lo que merece este Señor. Pues esto era lo que principalmente convenía al hombre saber; lo cual por ninguna otra vía se podía mejor entender que por el misterio de la Cruz. Porque obedeciendo el Hijo de Dios á su eterno Padre en padecer aquella manera de muerte tan ignominiosa, claramente nos enseñó hasta dónde había de llegar la perfecta obediencia. De suerte que aquella Cruz es un púlpito alto ó una cátedra del cielo, donde el Hijo de Dios predica al mundo la obediencia que los hombres deben á su Creador. Donde nos enseña que, no sólo con perfumes olorosos de incienso, y con reverencias y ceremonias exteriores, que es cosa fácil de hacer y cuesta poco, sino con la vida y con todo lo anejo á ella se le ha de servir.

Pues esta virtud y obediencia señaladamente resplandece en el misterio de la Cruz. Y esta es una de las cuatro virtudes con las cuales, como con cuatro piedras preciosas, dice san Bernardo (1) que quiso este Señor adornar y hermopear los cuatro cabos de la Cruz. Entre las cuales la caridad está en lo alto, y la humildad como raíz y fundamento de las otras virtudes, está en lo bajo, y la paciencia á la mano izquierda, y la obediencia á la mano derecha.

Donde se ha de considerar, que como haya muchos grados en esta virtud, aquel es más perfecto que llega á obedecer en cosas arduas, y dificultosas, y repugnantes á nuestra carne. Ca una de las cosas que más acrecienta el

(1) Serm., I, in die S. Paschæ.

mérito y valor de una obra, es la dificultad que nace, no de nuestro mal hábito sino de la condicion de esa misma obra:—Pues cuán dificultosas y trabajosas hayan sido las cosas que este Señor padeció, declaramos ya en el capítulo catorce, dónde se trató de los motivos que tenemos para amar á este Señor, por razon del amor que nos tuvo, y por la grandeza del beneficio que con tantos trabajos y tanta costa suya nos hizo.

Pues aquí tienen los fieles un perfectísimo ejemplo de obediencia, para que se esfuercen los que naturalmente son siervos á obedecer á su Dios en cosas menores por su salud propia, pues el Señor de todo lo criado padeció cosas tanto mayores por la ajena. Y sepa el verdadero obediente, que cuando niega su propia voluntad por la divina, ofrece un altísimo sacrificio á su Criador. Porque como entre todas las potencias de nuestra alma la voluntad sea la más íntima, y la que es como reina y señora de todas, quien esta niega por amor de Dios, ofrece lo mejor y más alto que hay en todo el reino de sí mismo. En lo cual parece imitar aquella tan celebrada obediencia y sacrificio de Abrahan (1), por la cual estuvo aparejado para ofrecer en sacrificio un hijo tan amado como era Isaac; pues vemos que lo que más aman los hombres y más desean cumplir es su propia voluntad. Y así suelen decir, que voluntad es vida; la cual el hombre sacrifica cuando por amor de Dios la niega.

Donde me parece será razon advertir lo que muchas veces en otros escritos tengo avisado, que los que desean agradar á nuestro Señor miren no antepongan las cosas de su devocion á las de obediencia y obligacion. Porque entre los sutilisimos engaños de nuestro adversario, este es uno muy grande y muy comun, con que principalmente

(1) Gen., xxii, 9.

enlaza las personas espirituales, so color de virtud, para que ménos se recaten. Y con esto les hace dejar las cosas que son de precepto, por las que son de consejo, á que ellos á veces están más aficionados, por ser más conformes á su gusto. Porque general cosa es aficionarse más los hombres á las cosas que son de su voluntad propia, que á las de la ajena. Y como esto conoce el demonio, armales con este cebo de virtud, para que dejen las cosas de su obligacion por las de su devocion. Y para que entiendan los hombres lo que en esto va, debe bastar el ejemplo del desventurado rey Saul (1); el cual por preferir el sacrificio á la obediencia de Dios, vino de lance en lance á caer en el profundo de todos los males, y á perder reino, vida, honra y alma, y tras esto á destruir toda su posteridad. Porque de esta manera castiga la divina justicia el pecado de la desobediencia.

CAPÍTULO XVIII.

DUODÉCIMO FRUTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES LA VIRTUD DE LA PACIENCIA.

Cuánto nos sea necesaria la virtud de la paciencia, decláranlo las innumerables ocasiones de impaciencias que á cada momento se ofrecen en esta vida, la cual toda llama el santo Job batalla, ó tentacion (2). Porque, como se escribe en el libro de la Sabiduría (3), *todas las criaturas son lazos para los piés de los hombres ignorantes*, y todas ellas parece que han conjurado contra nosotros. Á lo ménos los hombres, y los demonios, y nuestra carne con toda

(1) I Reg., xv, 22. et xxxi, 6.

(2) Job., vii, 1.

(3) Sap., xiv, 11.

la cuadrilla de sus apetitos y pasiones, siempre nos dan motivos de trabajos y perturbaciones, el remedio de las cuales en gran parte es la paciencia. Por lo cual dijo un sabio que el ojo de la vida era la prudencia, y el báculo la paciencia. Esta paciencia á veces es sufrimiento de injurias, y á veces de trabajos, ó de enfermedades, ó de diversas necesidades; y así para la una como para la otra tenemos tan grandes ejemplos y esfuerzos en el árbol de la santa Cruz, que quien pusiere los ojos en ella, verá que todas sus ramas dan fruto de paciencia, y figurársele ha que para ninguna otra cosa sirve más principalmente este árbol sagrado, que para esta virtud. La cual señaladamente alaba Isaías en nuestro Salvador por estas palabras (1): *Así como la oveja que llevan al matadero, será llevado á la muerte, y como el cordero delante del que le trasquila enmudecerá, y no abrirá su boca.* En las cuales palabras el Profeta con estas dos comparaciones de oveja y de cordero nos representa la grande mansedumbre, paciencia y silencio de este Señor en medio de todas las tempestades y trabajos de su pasión. Porque cierto es cosa admirable ver cuán señor estuvo él de sí mismo en su acusación y condenación, y cuán conforme y sujeta estuvo su alma santísima con la soberana divinidad que en él estaba. En lo cual se ve que no fué él por fuerza llevado á la muerte, sino que voluntariamente se ofreció á ella. Y llevándolo preso y maniatado, y siendo acusado con calumnias mentirosísimas ante jueces injustísimos y enemigos suyos, entre tantos clamores de los que le acusaban y pedían la muerte; y siendo arrebatado y llevado violentamente, y herido, y escarnecido, ¿con cuánta moderación y gravedad se hubo en todas estas tormentas? No se quejó, ni dió voces, ni derramó lágrimas de flaqueza, ni des-

(1) Isai., LIII, 7.

mayó con los trabajos, ni suplicó á los jueces, ni pidió relajacion de sus penas. Ni tampoco se airó, ni indignó contra tantas injurias, é injusticias, ni echó maldiciones á sus acusadores, y jueces, y ministros de aquella crueldad; y finalmente, ninguna palabra salió de aquella sagrada boca áspera ni injuriosa. Ni tampoco para ostentacion de quien él era, habló alguna palabra grande, ni hizo algun milagro, especialmente en casa de Heródes, que mucho lo deseaba. No hizo largos razonamientos en la defensa de su inocencia. No abatió su dignidad, ni quitó á los jueces la suya, conservando siempre una grandísima templanza en caso de tanta dificultad y angustia. Cuando vió que nada había de aprovechar calló; y cuando fué menester responder, siendo preguntado, habló pocas palabras, y con gran modestia, porque su silencio no fuese atribuído á contumacia. Y porque no pudiesen pretender ignorancia del mal que hacían, declaró quién era sin injuria de nadie. Y cuando fué llevado al tormento de la Cruz, no fué por el camino hablando muchas palabras, ni tampoco habló desde la Cruz al pueblo que presente estaba, declarando su inocencia, y culpando á los testigos, y acusadores, y jueces. Esta fué la sabiduría, la templanza, la constancia y la moderacion que tuvo en aquel tan grande ruido, y en aquella confusion y perturbacion de todas las cosas. En lo cual se ve que toda aquella tan grande obra fué regida por consejo divino, y que este Señor tenía mandamiento de su eterno Padre, al cual obedecía con tan grande humildad, sin alguna manera de contradiccion ni repugnancia.

Mas no se puede callar aquí otra maravillosa circunstancia de esta paciencia, que fué el extremado silencio que el Salvador guardó entre tantas acusaciones y falsos testimonios en causa tan grave: del cual dice el Evangelis-

ta (1), que estaba el presidente en gran manera maravillado, tanto que dijo al Salvador: *¿No ves cuántos testimonios dicen contra ti? Á lo cual el Señor no respondió palabra.* Y otra vez preguntándole el presidente de dónde era (2), tampoco respondió. Por lo cual el juez, espantado de tan gran silencio, le dijo: *¡Á mí no me hablas! ¡No sabes que tengo poder para sacrificarle y para soltarle!*

Quiero, pues, yo ahora filosofar sobre este silencio del Salvador. Para lo cual imaginemos ahora que este Señor no era el que era, sino un hombre inocente y sin culpa. Pues este tal, viéndose falsamente acusado, ¿qué hiciera? ¿qué dijera? ¿no respondiera por sí? ¿no negara los falsos testimonios? ¿no afirmara con mil juramentos que era inocente? ¿no tachara los testigos, pues era notoria al mismo juez la envidia y odio de sus acusadores? ¿no pidiera más plazo para su defensa, pues nunca se vió en espacio de medio día ser un hombre acusado y sentenciado? ¿no apelara para el César, como hizo san Pablo? ¿no pidiera justicia al cielo y á la tierra contra tan grande injusticia? Todo esto y mucho más hiciera y hace cualquier hombre falsamente acusado. Y sintiendo esto el juez, que tan fácil era de entender, como hombre de razon tuvo gran motivo para maravillarse de tan extraño silencio. Porque podía él decir entre sí: *¿Qué novedad es esta? ¿qué silencio es este? ¿cuándo, desde que el mundo es mundo, se vió que un hombre acusado falsamente en crimen de muerte, y más tal muerte, cerrase la boca y ninguna palabra hablase en su defensa? Pues ¿qué hombre prudente hubiera, que considerando esto no barruntara que había allí alguna cosa más que humana?*

Y si este silencio fué tan admirable, no ménos lo fué el

(1) Matth., xxvii, 14.

2) Joan., xix, 9 et 10.

que guardó en casa de Heródes (1), donde muchas veces preguntado, ninguna palabra respondió. Porque quien voluntariamente se ofrecía á padecer, no había para qué hablar cosa que impidiese su pasión. Pues tornando á filosofar aquí, como en el silencio pasado si este Señor no fuera el que era, sino, como dijimos, un hombre sin culpa, ¿qué había de hacer siendo presentado y acusado ante su rey natural, sino decir: Señor, yo soy vuestro vasallo y vos mi rey, como tal es razón que me toméis debajo de vuestro amparo y me defendáis de estos enemigos y de sus falsas acusaciones. Los cuales, con odio rabioso y envidia que tienen contra mí por reprender yo sus vicios y maldades, desean beberme la sangre. Ya hicieron todo cuanto pudieron por que Pilátos me condenase; y viendo él mi inocencia, no quiso hacer cosa contra justicia, y lavó sus manos de este negocio. Y por eso me remite á vos, como á natural de vuestro reino: pidoos que me hagáis justicia, y no consintáis que prevalezca la malicia contra la inocencia. ¿Quién puede negar que cualquier otro hombre inocente alegara esto y mucho más para defensa de muerte tan infame? Pues nada de esto hizo ni dijo el Salvador, siendo presentado y acusado en estos dos tribunales; mas ántes guardó una tan grande medida y gravedad y un tan extraño silencio, cual jamás se vió desde que Dios crió el mundo. Por lo cual necesariamente hemos de confesar que alguna cosa había en aquella persona más que humana, pues en ella se hallaba lo que nunca se vió en criatura humana: pues está claro que diferentes efectos han de proceder de diferentes causas; y por consiguiente, hemos de confesar que esta paciencia no era humana, sino divina. Porque verdaderamente, como solemos decir, que si Dios había de nacer, había de

(1) Luc., xxiii, 9.

nacer de virgen; así podemos tambien decir, que si Dios había de padecer, de esta manera había de padecer, y si se había de presentar en juicio, de esta manera se había de haber en él.

Pues esta tan perfecta mansedumbre y paciencia quiere el apóstol san Pedro que tengamos ante los ojos, para que, con la consideracion de cosas tan grandes, tengamos paciencia en las pequeñas. Y así dice él (1): *Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas: el cual, oyendo maldiciones, no maldecía, y padeciendo agravios, no amenazaba; mas ántes se entregaba al que lo juzgaba injustamente, pagando por nuestros pecados en el madero, para que, muriendo á éstos, viviésemos en santidad y justicia.*

§ ÚNICO.

De cómo es medicina universal para todos los trabajos esta paciencia de Cristo.

Con este mismo ejemplo nos esfuerza y consuela el apóstol san Pablo, diciendo (2): Poned los ojos en aquel Señor que tan grandes combates y contradicciones padeció de los hombres malvados; para que no os congojéis y desfallezcáis en vuestros corazones: pues aún no habéis llegado á derramar sangre por resistir á los pecados. Y segun este consejo del Apóstol, el que no quiere desfallecer en la carrera de la virtud, ¿qué otro dechado ha de poner delante de sí? ¿á qué otro báculo se ha de arrimar para no caer, sino al árbol de la santa Cruz? Porque aquí hallará á quien imite, y á quien le esfuerce, y con quien en todos sus trabajos y aflicciones se consuele. Dicen los

(1) I Petr., II, 21 24.

(2) Hebr., XII, 2.

que escriben de la naturaleza de los animales, que llegando el unicornio á algunas aguas emponzoñadas, tocándolas con el cuerno que tiene en la nariz, les quita toda la ponzoña: y así llegan los otros animales seguramente á beber de ellas. Pues lo que obra el cuerno de este animal obra en su manera el árbol de la santa Cruz: el cual hace que las aguas de las tribulaciones y angustias, que sin ella no se podían tragar, con ella las puedan los siervos de Dios dulce y suavemente beber.

Pues los enfermos, los atribulados, los pobres, los afligidos, ¿qué otro consuelo más eficaz tienen para sus angustias, que este árbol sagrado? Porque en este Señor está aparejada una medicina saludable para todas nuestras angustias, y una eficacísima consolacion para todas las tribulaciones de esta vida. Ca este piadoso Señor experimentó en sí frío, calor, cansancio, hambre, sed, pobreza, necesidad, persecuciones, deshonoras, menosprecios, injurias, asechanzas, traicion de su familiar discípulo, desamparo de los suyos, prisiones, calumnias, azotes, escarnios, bofetadas, desnudez, tormentos, cruz, muerte y ajena sepultura. Mas todo esto, ¿con cuánta paciencia, con cuánta igualdad de ánimo, con cuánta modestia y silencio? Pues ¿cuán grande consolacion es la consideracion de esto para los afligidos? ¿cuán grande freno para los ricos y poderosos, y cuán grande doctrina y sabiduría para unos y otros?

CAPÍTULO XIX.

FRUTO DÉCIMOTERCIO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE SON EJEMPLO, Y MOTIVOS GRANDES PARA TODAS LAS VIRTUDES.

No sólo para estas virtudes susodichas, que son tan principales, sino tambien para todas las otras tenemos grandes ejemplos y motivos, así en la vida como en la

muerte de nuestro Salvador; los cuales nos incitan á imitarle, y hacernos semejantes á él. Para lo cual es de saber, que la suma de toda la perfeccion del hombre consiste en esta imitacion y semejanza con Dios, que es la primera regla y medida de toda perfeccion. Y así cuanto una criatura fuere más semejante á él, tanto será más perfecta, y más amada de él; pues la semejanza es causa de amor. A esta imitacion y semejanza nos llama él, cuando tantas veces en las Escrituras sagradas repite estas palabras (1): *Sed santos, así como yo lo soy*. Y el Salvador en el Evangelio dice (2): *Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial lo es*. Y en otro lugar (3): *Sed, dice él, misericordiosos, así como vuestro Padre celestial lo es*. Esto mismo nos enseñan tambien entre otros filósofos, Platon y Plutarco, exhortándonos á esta imitacion y semejanza de Dios.

Mas á estos podríamos preguntar: ¿en qué han los hombres de imitar á Dios? ¿pueden ellos criar otro nuevo mundo y gobernarlo? Responderán que no; mas que imitemos su virtud y santidad. Esa virtud, dirá el hombre rudo, querría yo ver más palpablemente, para poderla imitar; porque en Dios es ella invisible, así como él tambien lo es. Pues porque no tuviesen los hombres excusa para esto, vistiósse este Señor de carne humana, y el invisible se hizo visible; para que así pudiésemos ver é imitar las virtudes admirables que en esta carne mortal nos descubrió.

Vino, pues, este celestial maestro al mundo, y trató y conversó con los hombres con tanta mansedumbre, con tanta benignidad, con tanta humildad, y con tanta santidad; anduvo por la tierra de ciudad en ciudad, y de lu-

(1) Levit., xix, 2, et xx, 7.

(2) Matth., v, 48.

(3) Luc., vi, 36.

gar en lugar, haciendo tantos beneficios á los hombres, predicándoles tan maravillosa doctrina, dándoles tantos ejemplos de virtud, haciendo tantos milagros, ordenándoles tantos sacramentos, obrando tantos misterios, sufriendo los males con tanta paciencia, reprendiendo los vicios con tanta severidad, tratando á los buenos con tanta suavidad y haciendo á los hombres tantas obras de caridad, cuanto nunca se hicieron en el mundo, ni harán jamas. Y no contento con esto, para mayor muestra de su bondad y misericordia, al cabo de la vida, despues de lavados los piés de sus discípulos, y ordenándoles aquel tan admirable Sacramento de su sacralísimo cuerpo y sangre, para sustentacion y reparo de nuestra vida, llegó por nuestro remedio á ponerse en una cruz: en la cual como un mansísimo é inocentísimo cordero se ofreció por nosotros en sacrificio, no sólo para rescate de nuestro cautiverio, sino tambien para confusion de nuestra soberbia, para ejemplo de humildad, para prendas de su amor, para estribo de nuestra confianza, para consuelo de nuestras angustias, para estímulo de todos los honestos trabajos y para despertador de nuestra devocion.

Pues para esta imitacion y semejanza, ¿qué medio más conveniente que hacerse Dios hombre, y conversar tan santamente con los hombres? Y porque el hombre no podía levantarse á imitar las obras de aquella soberana Majestad, convenia que se inclinase la Majestad á hacer tales obras de su humanidad; que el hombre ni las extrañase por ser divinas, ni las tuviese por imposibles, pues eran humanas. Pues esto hizo el Hijo de Dios con la humanidad que recibió: en la cual nos dejó los ejemplos de todas estas virtudes que recontamos, para que ya que no le podíamos imitar en las obras de su sabiduría y omnipotencia, le imitásemos en las de su bondad y justicia. Y los

ejemplos de este Señor son los más eficaces para el hombre que se podían hallar; porque los ejemplos de humildad tanto son de mayor eficacia, cuanto son de persona más alta; y no podía haber persona más alta que el Hijo de Dios. Cuyos ejemplos, demas de ser ejemplos, y tales ejemplos, tambien son beneficios, y misterios, y remedios, y sacramentos, y sacrificios, y medicinas de nuestra enfermedad, y despertadores de nuestra devocion, y estímulos de nuestro amor, y materia de altísima contemplacion.

Pues ¿qué resta aquí sino exclamar con el bienaventurado san Bernardo, diciendo: ¿Qué haré, Señor, ó que diré, pues tuviste por bien hacer un espejo en que yo me mirase de vuestra carne? Y dice muy bien *espejo*; porque éste se hace de vidrio y de plomo: no del uno solo, porque el vidrio es muy claro, y el plomo muy oscuro: y así ni el uno ni el otro era suficiente para hacerse espejo, más juntándose lo uno con lo otro, viene á hacerse un espejo perfecto. Este parece haber sido el consejo divino cuando determinó juntar el resplandor de su divinidad con la oscuridad de nuestra humanidad, para que los que no podíamos tener por espejo y ejemplo de nuestra vida las virtudes de la Divinidad por ser tan altas, tuviésemos la de la sagrada humanidad, por ser más conformes á nuestra naturaleza.

Fué este remedio proporcionado para la cura de nuestra caída, que fué desear el hombre, como tambien deseó el ángel, la semejanza de Dios; la cual prometió la serpiente á la mujer, cuando le dijo (1), que comiendo de aquel árbol serían ella y su marido como Dios. Dijo, pues, Dios, como escribe san Bernardo (2): Esta gente se pierde por imitarme, y ser semejante á mí: pues quiero hacer-

(1) Gen., III, 5.

(2) Serm., I, de Adventu Dom.

me tal, que imitándome ellos, no sea para perderse, sino para salvarse. Deseabas, pues, hombre, ser semejante á Dios porque esta es la mayor gloria que puede haber después de Dios, cata aquí á Dios en tal figura que lo puedas imitar sin peligro, y alcanzar esa semejanza que desees.

§ ÚNICO.

Eficacia del ejemplo que nos da la majestad de Cristo en este soberano misterio.

Este es, pues, uno de los principales frutos del árbol de la Cruz, como lo declara san Leon, papa, por estas palabras (1): Dos maneras de remedio se nos proponen en la pasion del Salvador: en la cual tenemos por una parte sacrificio, y por otra ejemplo; porque por lo uno se nos da la gracia divina, y por lo otro se esfuerza la naturaleza humana. Porque así como Dios es el autor de nuestra justificacion, así el hombre es deudor de su devocion. Y añade el mismo Santo (2): Por esta inefable obra de nuestra reparacion no nos queda lugar ni para soberbia, ni para negligencia; porque nada tenemos de nuestra parte, sino lo que hemos recibido: y juntamente somos amonestados que no seamos negligentes en usar de los dones de gracia que hemos recibido. Porque justamente nos obliga á la guarda de sus mandamientos, quien nos previene y ayuda con sus socorros: y benignamente nos convida á su obediencia, quien nos lleva á su gloria. En las cuales palabras dice este Santo nos convida el Señor benignamente al trabajo de la obediencia, porque interviniendo aquí tales ejemplos, se nos hará dulce padecer por nuestra salud propia, lo que el Señor de la majestad padeció por

(1) Serm., XVI, de Pass. Dom., cap. V.

(2) Eod. serm., cap. VI.

la ajena. Mayormente que no hay obra buena que quiera ejercitar un hombre virtuoso, para lo cual no le sea grande esfuerzo levantar los ojos á Cristo crucificado. Descendamos en particular á declarar esto.

Quiere un devoto penitente tomar una disciplina para satisfacer por sus culpas. Rehusa la carne el golpe del azote. ¿Qué hace éste? Levanta los ojos á aquel Señor que está en la Cruz rasgadas y despedazadas las espaldas con azotes por los hurtos y pecados ajenos; y avergüénzase de no rasgar él las suyas por los hurtos propios. Quiere éste mismo una cuaresma, ó una semana santa, ó cada viérnes del año dormir sobre una tabla, en memoria de lo que este día el Señor del mundo padeció por él. Rehusa esto la carne amiga de blanduras y regalos. Pone entonces el hombre los ojos en aquella dura cama que este Señor tuvo en la Cruz, tan estrecha, que fué menester tener un pié sobre otro. Donde no tuvo otra almohada, sino una corona de espinas que le ceñía la cabeza, ni otra cama, sino aquel duro madero. Quiere otro en penitencia de sus pecados ayunar un día á pan y agua por la misma causa. Para esforzarse á esto pone los ojos en la mesa que aquel Señor tuvo en la Cruz, de que él hace mencion en el Salmo que dice (1): Diéronme hiel por manjar, y vinagre para beber en mi sed. Quiere éste mismo traer un cilicio para mortificar la carne, como lo traía la santa viuda Judit (2), ó una cadena de hierro ceñida, como la traía santa Catalina de Sena, y otros muchos santos. Pone para esto los ojos en las prisiones con que el Rey de la gloria fué atado á la columna, y llevado preso como ladrón por las calles públicas de un pontífice á otro pontífice, y de un tribunal á otro tribunal.

(1) Psal., LXIII, 22.

(2) Judit., IX, 1.

Estas consideraciones sirven para las obras penitenciales, con las cuales queremos satisfacer á la divina Justicia por nuestras culpas, y enflaquecer las malas inclinaciones de nuestra carne, debilitando y enflaqueciendo la misma carne, que es la raíz de ellas.

Mas pasemos ahora á otro linaje de virtudes, que tampoco carecen de dificultad. Ofrécese á uno ocasion de quitar el pan de la boca para socorrer á la necesidad ajena. Para esto pone los ojos en la liberalidad inmensa de aquel Señor que dió á sí mismo por nosotros: el cual, como dice san Bernardo (1), nos dió su carne para comer, y su sangre para beber, y su vida en precio de nuestro rescate, y el agua de su costado para lavatorio de nuestros pecados. Levántanos un falso testimonio con que oscurecen vuestra fama, y os ponen título de malhechor: ¿qué consuelo puede haber mayor para esto, que acordaros de los falsos testimonios y títulos afrentosos con que infamaron á este Señor, llamándole tragador y bebedor de vino, amigo de pecadores y publicanos, samaritano, endemoniado, loco, nigromántico, engañador, malhechor y revolvedor de pueblos? Pues ¿qué corazon habrá tan delicado y tan impaciente por sus infamias, viendo cuánto fueron mayores las que el espejo de la inocencia padeció? Recibió una bofetada un hombre de otro. Pues ¿qué mayor consuelo para esto que considerar cuántas bofetadas y pescozones recibió el día y la noche de su pasion el Hijo de Dios en aquel rostro que desean mirar los ángeles? Hácesele de mal á un hombre dar á torcer su brazo y humillarse á otro hombre. ¿Qué mejor medicina se le puede ofrecer para curar esta hinchazon de soberbia, que despues de haber contemplado al Señor de los ángeles nacido en un establo, acostado en un pesebre, y postrado ante

(1) Supr. Cant. serm. LIV.

los piés de los pescadores lavándolos con tanta humildad, y levantando los ojos á lo alto, ver al Señor de los ángeles puesto entre dos ladrones? Es otro tentado de pasión y odio contra sus enemigos: pues para refrenar esta pasión, ¿qué otro remedio más eficaz que levantar los ojos á aquel Señor, que puesto en la Cruz, azotado, coronado con espinas, escarnecido, menospreciado, como olvidado de todos estos dolores, la primera palabra que habló, ántes que consolase á su afligidísima Madre, y que encomendase su espíritu al Padre, fué pedirle perdon por aquellos que le crucificaban, excusando su pecado, diciendo que *no entendían el mal que hacían* (1)?

Pues quien todas estas cosas diligentemente considerare, verá cuán gran favor y socorro tenemos con la Cruz del Señor para todo lo bueno. Porque no solamente nos esfuerzan los ejemplos que vemos en ella á padecer, y más tales ejemplos como arriba declaramos, sino tambien el espíritu de gracia que se da á los que con ojos humildes y devotos miran á este Señor en la Cruz, y se acogen á sus sacratísimas llagas.

CAPÍTULO XX.

FRUTO DÉCIMOCUARTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES LA PROFESION DE LA ASPEREZA Y POBREZA DE LA VIDA EVANGÉLICA.

La doctrina de este capítulo no es para todos, sino para solos aquellos que anhelan á la aspereza, pobreza y perfeccion de la vida evangélica. Para lo cual aprovecha en tanto grado el misterio de la Cruz, que parece haber sido instituido para sólo esto. Porque para ayudar á un géne-

(1) Luc., xxiii, 34.

ro de vida que todo es cruz, no podía haber otro medio más eficaz y proporcionado que el misterio de la Cruz. Mas este árbol sagrado tiene ramas altas y bajas; porque en él hallarán todos los grandes y pequeños, y todos los fuertes y flacos lo que á cada cual de todos los estados pertenece, puesto caso que mucho más sirve para los perfectos, como árbol de suma perfeccion, y tal es la que en este fruto queremos declarar.

Para lo cual será necesario explicar en qué consiste la perfeccion de la vida cristiana. Para entendimiento de esto conviene declarar la diferencia de las dos principales partes de que el hombre está compuesto, que son cuerpo y alma: entre las cuales hay tan grande distancia, que la una es de la condicion de las bestias, y así comè, y bebe; y duerme, adolece y muere, como ellas; mas la otra, que es el espíritu, es de la condicion de los ángeles, y así, segun su propia naturaleza, ninguna cosa corporal apetece, ni le arma, sino solamente las cosas espirituales, como son las virtudes, la sabiduría, y el conocimiento y amor de su Criador: porque éstas son conformes á su naturaleza, como al cuerpo las suyas; porque cada cosa huelga con su semejante, y con lo que es conforme á su naturaleza. Pues como en el hombre haya estas dos partes tan desiguales, está en su mano escoger con cuál de ellas se quisiere conformar, porque en sí tiene principios para la una y para la otra. Y si escogièrè vivir vida corporal, hacerse ha semejante á las bestias, las cuales en ninguna cosa entienden, sino en buscar lo que conviene para sus cuerpos, ora sea para su mantenimiento, ora para sus gustos y deleites. Mas si escogièrè vivir conforme á la condicion de su espíritu, hacerse ha semejante á los ángeles, que todo su estudio emplean en la contemplacion, amor y servicio de su Criador. De aquí es lo que san Agustin dijo sobre

san Juan (1): Que la vida del hombre estaba en medio de las bestias y de los ángeles. Por lo cual si viviere segun los apetitos de su carne, será semejante á las bestias; y si conforme á las leyes del espíritu, tendrá compañía con los ángeles. Pues viniendo á nuestro propósito, decimos que la perfeccion de la vida cristiana consiste en que, despreciados todos los gustos y halagos de la carne, y todos sus apetitos y deseos desordenados, sigan las leyes y condicion del espíritu, abrazando y procurando aquellas cosas espirituales que dijimos: imitando la pureza de los ángeles, y ejercitando en la tierra lo que ellos hacen en el cielo, que es amar y alabar á su Criador, y pensar en sus grandezas y maravillas. Esta es la manera de vida que vivieron todos los santos, y particularmente aquellos que se apartaron á los desiertos, donde, renunciadas todas las cosas del mundo, y contentándose con raíces de yerbas ó algun otro pobre manjar, y quitados de la compañía de los hombres, gastaban los días y las noches tratando y conversando con Dios.

Mas aquí es de notar que la carne enemiga del espíritu resiste poderosísimamente á esta manera de vida, que la priva de los gustos y contentamientos, de que ella tiene una sed y hambre más que canina. Para lo cual le ayudan tambien todos los sentidos corporales, que naturalmente apetecen todas las cosas que los deleitan; porque el gusto quiere cosas sabrosas, el tacto cosas blandas, los ojos desean ver cosas agradables, las narices oler cosas suaves. Ayúdale tambien la presencia de las cosas que apecece, que suele mover mucho los corazones, y juntamente con esto el beneficio y usufructo que recibe de ellas; y sobre todo esto nuestro comun adversario, que atiza y sopla las brasas de nuestros apetitos y los enciende, con

(1) Trac. XVIII, cap. V. infr. med. et de Civit. Dei., lib. 9, c. XIII.

lo cual hace entender á los hombres que lo supérfluo y demasiado es necesario. Pues con estas armas y favores pelea tan fuertemente la carne contra el espíritu, que casi á todo el mundo lleva tras sí. Mas, por el contrario, el espíritu de los que anhelan á la perfeccion de la vida cristiana, ayudado con los favores y socorros de la gracia, y con la presencia del Espíritu Santo, que en ellos mora, pelean con mejores armas contra la tiranía y malas inclinaciones de la carne, sujetándola y haciéndola servir y obedecer á las leyes del espíritu cuando ella repugna y contradice á lo que él manda. Pero no se contentan con sólo esto, mas áun fuera de esta ocasion y necesidad, le dan trabajosa vida y le hacen muchos malos tratamientos para avasallarla, y sujetarla, y habituarla á obedecer; y para estar ellos más señores de ella al tiempo del menester. Porque así como los que se crían para la guerra se suelen ejercitar en las armas, aprendiendo á jugar de ellas, escaramuzando, justando, torneando, y aprendiendo en tiempo de paz, y sin ver al enemigo, lo que han de hacer en el tiempo de la guerra; así estos esforzados caballeros, por estar más diestros en resistir á la carne cuando contradicen al espíritu, pasan más adelante, y fuera de esta ocasion la traen sopeada y maltratada para criar con este ejercicio aquel santo odio que el Señor nos encomienda contra ella (1): y para no hallarse nuevos y desacostumbrados cuando es necesario resistirle. Y así escribe Teodoreto en la Historia Religiosa de algunos particulares santos, así hombres, como mujeres, que traían en sus cuerpos grandes pesos de hierro, y otras semejantes cargas. Otros hay que traen continuamente cilicios de muchas maneras, otros que toman disciplinas todos los días. De modo que, no sólo cuando la necesidad de la tentacion lo

(1) Joan., xii, 23.

pide, sino fuera de ella tratan sus cuerpos con este rigor; y así no se les hace de mal resistirle cuando la ley de Dios y la razon lo pide. Pues con la continuacion de este ejercicio, y más con los favores de la gracia, viene la carne poco á poco á hacerse á las armas, que es á espiritualizarse, y acomodarse á la voluntad del espíritu, y obedecerle sin tanto trabajo y molestia. A esta manera de perfeccion nos exhorta el Salvador cuando dice (1): *El que quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame*. Esta sentencia, aunque el Señor la propuso á todos, así perfectos como imperfectos, segun refiere san Márcos; pero diferentemente conviene á unos y otros, segun la diferencia de sus estados. La cual sentencia es tan compendiosa, que un religioso varon, el cual entendía siempre en la guarda de ella, solía decir que había de hacer un libro, y que en todas las hojas de él no había de escribir más que esta sola sentencia, entendiendo que ésta lo comprendía todo. El negar á sí mismo dice mucho; porque significa la contradiccion y repugnancia perpetua que hemos de tener con nuestra carne. Porque esta negacion no ha de ser contra los intentos y deseos del espíritu; porque él, segun la naturaleza, no apetece cosas carnales, sino espirituales, que son conformes á su naturaleza. Por lo cual esta negacion de sí mismo se entiende de la una parte de nosotros, que es nuestra carne.

Y esta negacion ha de ser tan general, si tratamos de la perfeccion de la vida evangélica, que sacado aquello que puntualmente es necesario para la vida, sin lo cual ella no podría permanecer, renunciemos todo lo demas. Y así negar á sí mismo es negar á su carne, sus gustos, y placeres, y contentamientos, y propias voluntades, y privarla de todos los deleites desordenados de los sentidos.

(1) Marc., viii, 34.

Todo esto ha de negar á su cuerpo; á todo esto le ha de decir de no; y esto entiendo que es negar á sí mismo (1). Y el llevar la cruz cada día, es tomar con paciencia todos los trabajos de enfermedades, de pobreza, de persecuciones ó tentaciones que por permission divina nos vinieren, resignándonos en las manos de Dios con segura confianza, que todo esto permite él, y ordena para nuestro bien, aunque de presente no lo veamos. El seguir á Cristo también es cruz; porque esto es imitarle, y seguirle por el camino que él fué, que es camino de trabajos, de obediencia y de paciencia.

Pues siendo esta la perfeccion de la vida evangélica, ¿qué cosa nos podía más esforzar y animar á ella, que el árbol de la santa Cruz? ¿qué cosa más eficaz para causar una cruz, que otra cruz, pues es sentencia de filósofos, que un semejante engendra otro semejante? Quién será ó tan descomedido, ó tan ciego, ó tan ingrato, que viendo al Señor de todo lo criado, aquel que es resplandor é imagen del Padre, aquel que con su omnipotencia crió todas las cosas, y las ordenó con su sabiduría, y las gobierna con su providencia; cuyas riquezas, cuya bienaventuranza es tan grande, que ni con todo este mundo criado, ni con otros mil mundos que criase, puede crecer; que con todas estas grandezas por su sola bondad y misericordia, y por hacernos amadores de la virtud y de todos los honestos trabajos, padeciese él tantos tormentos en su muerte, y tantas maneras de fatigas en su vida, hambre, sed, frío, calor, vigiliass, cansancios de caminos, y tan gran pobreza, que se mantenía con las limosnas que le hacían aquellas santas mujeres que le seguían. Pues ¿cómo será tan descomedido el siervo, que quiera ser más rico y más bien tratado que su Señor? ¿cómo no padecerá por sus

(1) Luc., ix, 23.

propias culpas, lo que el Señor padeció por las ajenas? ¿cómo puede regalar la carne mal inclinada, viendo cómo este Señor trató la suya que era inocentísima? ¿cómo pretenderá entrar descansado en la gloria ajena, viendo con cuántos trabajos entró este Señor en la suya propia? Pues según esto, ¿quién no ve cuántos motivos y esfuerzos para el trabajo, y cuántas maneras de consolaciones tengan en este árbol de la Cruz todos los seguidores de la aspereza y pobreza evangélica para todos los trabajos que en ella se les ofrecieren?

CAPÍTULO XXI.

FRUTO DÉCIMOQUINTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES ELLA
SER MATERIA DE ALTÍSIMA MEDITACION Y CONTEMPLACION.

Entre las alabanzas del varon justo se escribe en el primero de los Salmos (1), que *meditará en la ley del Señor día y noche*. Y tras esto añade luego el fruto admirable de este ejercicio, diciendo que el que así lo hiciere será como árbol plantado par de las corrientes de las aguas, que dará su fruto en su tiempo, y nunca perderá las hojas, y que en todas las cosas que pusiere las manos será prosperado. No se podían poner en tan pocas palabras más magníficas promesas. Donde por el nombre de la ley de Dios no sólo entendemos la ley escrita, sino mucho más la ley de gracia, y el fundamento de ella, que es el misterio de la Cruz.

Mas primero que hable de este género de meditacion, brevemente diré qué cosa sea ella. Meditacion es considerar con el entendimiento las cosas que pueden mover á amor y temor de Dios, y aborrecimiento del pecado; apli-

(1) Psal., 1, 2.

cando la voluntad á sentir y gustar las cosas que el entendimiento le representa para aficionarse á ellas si son buenas, ó desaficionarse si son malas. Digo esto, porque considerar las cosas divinas sin esta aplicacion de la voluntad, más es estudiar ó especular, que meditar. Antes en este ejercicio la principal parte es de la voluntad, y la menor del entendimiento; el cual sirve de proponer, y representar á la voluntad, que es potencia ciega, todo aquello que le pueda mover á estos afectos y movimientos que dijimos: de modo que el ardor y sentimiento de la voluntad es como fin de este ejercicio; y la consideracion como medio para venir á él. Mas porque de esta materia se trató en el libro de la Oracion, al presente no diremos más.

Decimos, pues, ahora que aunque haya muchas cosas que poder meditar, porque para esto sirve toda la sagrada Escritura, y toda la fábrica del mundo que es el libro de las criaturas; pero la más excelente materia, la más provechosa, la más dulce y devota, y finalmente la más eficaz para movernos al amor y temor de Dios, y al estudio de todas las virtudes, y aborrecimiento del pecado, es ésta. Lo cual se entenderá claramente por todo lo que hasta aquí hemos escrito, y señaladamente por lo que tratamos en el capítulo XIX, donde declaramos, cómo todas las virtudes resplandecen en el árbol de la Cruz en sumo grado de perfeccion: en las cuales señaladamente pone los ojos el que devotamente la contempla. En esta consideracion hallaban los santos agudísimos estímulos para todas las virtudes: aquí ardentísimos incentivos de amor: aquí profundísimo temor de Dios y aborrecimiento del pecado: aquí encendidísimos deseos de pobreza, de aspereza, de hambre, de sed, de desnudez, y de padecer trabajos, y aún de derramar sangre por aquel Señor que por amor de ellos derramó la suya. Esto les hace despreciar todas las pompas,

y vanidades, y regalos del mundo, y abrazar la cruz de la penitencia y aspereza de la vida. Esta muchas veces las arrebató y suspende en una grande admiracion y espanto de aquella tan inmensa bondad, que el hijo de Dios nos descubrió en el misterio de la Cruz; y juntamente de la alteza del consejo divino, que tan conveniente medio buscó para reparo del mundo caído. En este abismo profundísimo de la divina bondad muchas veces se hallan anegados, y se pierden de vista, levantándose sobre sí mismos, conociendo, amando, gustando y sintiendo cosas sobre toda la virtud y facultad humana.

Aquí halla el piadoso corazón materia de compuncion, acordándose que sus pecados, juntamente con los de todo el mundo, fueron los verdugos que tan cruelmente maltrataron y crucificaron este Señor. Y aquí, por el contrario, halla materia de alegría, viéndose tan amado de él, y redimido por tan caro precio, y enriquecido con tan grandes merecimientos. Aquí también halla motivos de alabanza, dando gracias á este clementísimo Redentor por este tan grande beneficio. Aquí materia de grandísima compasion, viendo lo que aquel delicadísimo é inocentísimo cuerpo padece, y el silencio y mansedumbre con que lo padece. Porque además de los azotes, espinas, y de todos los otros vituperios de la pasión, el linaje de muerte, que fué de cruz, es uno de los más crueles que hay, porque no se acaba en breve como el de un hombre que muere degollado, que es, como algunos le llaman, un viento de acero, sino muy prolijo, y las heridas de los clavos son en piés y manos, donde hay más nervios; que son los instrumentos del sentir, y más particularmente en los empeines de los piés, que por ser muy sensibles se llaman almas de ellos. Pues hincar un clavo grueso por el pié á fuerza de martilladas, y despues pasar el otro con

los mismos golpes, y no cesar de esto hasta afijarlo fuertemente en el madero, y estar la Madre inocentísima presente, para ver y oír los golpes de estas martilladas, ¿qué tan grande dolor sería el dolor de él y ella, mayormente siendo aquel sagrado cuerpo el más delicado y sensible de todos los cuerpos? Pues al tiempo de levantar la Cruz, y dejarla caer de golpe en el hoyo donde había de ser fijada, y despues cargando el peso del cuerpo para bajo, y desgarrando y ensanchándose con esto más las llagas de los piés y manos; y esto, no por breve espacio de tiempo, sino por tres horas continuas que hay desde la hora de sexta, cuando el Señor fué crucificado, hasta la nona, cuando espiró, ¿qué tan grandes dolores padecería? No se puede esto con palabras explicar.

Pues en esta piadosa consideracion se hacen muchas veces los ojos de los devotos fuentes de lágrimas, causadoras de grande compasion y amor. Porque aquí es donde en el alma devota, herida con una dulce saeta de amor y compasion, dice aquellas amorosas palabras de la Esposa de los Cantares (1): *Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas; porque estoy enferma de amor*. Sobre las cuales palabras dice san Bernardo (2): El alma amorosa mira al verdadero rey Salomón con la corona que lo coronó su madre; ve al unigénito Hijo del Padre llevar la Cruz sobre sus hombros: ve herido y escupido al Señor de la majestad: ve al autor de la vida y de la gloria traspasado con clavos, y herido con lanza, y vituperado con tantos oprobios; y finalmente vélo entregar aquella tan amada vida por sus amigos; ve todas estas cosas, y siendo aquí su alma traspasada con herida de amor, dice con la Esposa estas palabras: *Sustentadme con flores, y cercadme de*

(1) Cantic., II, 5.

(2) Trac. de Diligendo Deo, paulo post. init.

manzanas, porque estoy enferma de amor. Hasta aquí son palabras de san Bernardo. Estas flores y esta fruta se coge del árbol de la Cruz: que son las virtudes que por ella nos son dadas, con las cuales el alma religiosa trabaja por transformarse en las virtudes y pasiones de este Señor.

Pues la suavidad y consolacion que las personas espirituales en esta santa meditacion experimentan, ¿quién la podrá explicar? san Buenaventura en el principio de su Estímulo de Amor, hablando de sí mismo, dice así: Entrando una vez por estas llagas los ojos abiertos, la sangre que de ellas corría cegóme la vista, y despues que no pude ver otra cosa sino sangre, tentando llegué á las entrañas de este Señor: en ellas moro, y de sus dulces manjares me sustento, y no querría salir de esta tan deleitable morada, y perder la consolacion que aquí recibo. Mas tengo confianza que, pues sus llagas están siempre abiertas, por ellas tornaré á entrar cuando de ellas saliere. El mismo Santo dice allí que deseaba ser el hierro de la lanza con que el Señor fué herido, por morar siempre en su sagrado pecho; y que deseaba ser la Cruz, para que en él fuese crucificado su Señor; y tambien sepulcro, para ser sepultado con él. Y al cabo dice que es tan grande la suavidad que las almas reciben en la consideracion de este misterio, que no sólo el espíritu, mas áun la misma carne, amiga de cosas carnales, y enemiga de las espirituales, viene á recibir parte de esta consolacion por la redundancia que hay del espíritu en ella. Lo cual dice ser en tanto grado verdad, que ofreciéndose á veces caso de obediencia, ó de alguna obra de caridad forzosa, donde la razon juzga que se debe por entónces dejar el ejercicio de la devocion por el de la obligacion, le pesará á la carne de apartarla de él, por la grande consolacion que en él recibe. Lo cual nos obliga á dar grandes gracias al que con

la hiel y amargura de sus tormentos, tal convite nos apa-
rejó. Y quien quisiere ver cuán gran tesoro sea para las
almas este santo ejercicio, lea una oracion de este mismo
santo doctor, que hallará en las ediciones de nuestro me-
morial de vida cristiana, en el *Vita Christi* que está al prin-
cipio de la sagrada pasion, y ahí verá lo que tengo dicho.

De aquí nace que todos los maestros de la vida espiri-
tual, así en las religiones como fuera de ellas, el primer
ejercicio que enseñan á los que comienzan á mudar la
vida, despues de sus confesiones generales y ejercicios de
compuncion y penitencia, es imponerlos en el estudio de
esta santa meditacion, conforme á lo que san Bernardo (1)
escribe á los religiosos del Monte de Dios, porque aquí
hallarán copiosa materia de lágrimas y compuncion por
sus pecados, considerando que ellos fueron los verdugos
que tan cruelmente maltrataron á su Señor.

Por esta vía, pues, comienzan los principiantes. Mas los
que están ya en esto ejercitados tienen aquí otros motivos
más acomodados á su estado y aprovechamiento: como
son, hacimiento de gracias por este tan grande beneficio,
imitacion de las virtudes de Cristo, que en el misterio de
la sagrada pasion más que en otra parte resplandecen,
acrecentamiento de amor por los grandes motivos que en
ello para esto tienen, y admiracion de aquella inmensa
bondad y caridad de Dios, que por este medio quiso re-
mediar al hombre, y tambien de la sabiduría y consejo
divino, que por tan proporcionado y conveniente medio lo
remedió; porque para todas estas cosas y otras muchas te-
nemos argumentos y motivos grandes en la sagrada pa-
sion. Y no es esto de maravillar, que pues aquel *maná* que
envió Dios en el desierto (2) *tenia todos los sabores que de-*

(1) Ad. Fratr. de Monte Dei, in med.

(2) Sap., xvi, 20.

seaba el que lo comía, ¿qué mucho es tener todas estas virtudes y facultades el Señor figurado por aquel maná? En lo cual se ve que chicos y grandes, altos y bajos, perfectos é imperfectos tiene cada cual su manjar proporcionado en este sagrado árbol.

Los filósofos más sabios entendieron que la felicidad del hombre consistía en la contemplacion de las perfecciones divinas, y éstas rastreaban por el conocimiento y orden de las criaturas. Mas para alcanzar la perfecta inteligencia de este orden, era menester estudio de toda la filosofía, y de muchos años, y con todo esto apénas se conocía del Criador más que su sabiduría y omnipotencia; pues muchos hubo que negaron la providencia y cuidado paternal que tiene de las cosas humanas, que es lo que más nos importaba saber, como arriba declaramos.

Por tanto plugo á la divina bondad en lugar del libro de las criaturas, donde no pueden leer sino los grandes filósofos, darnos en la vida y muerte de su Hijo un libro de sabiduría tan copioso y tan claro, que la vejecica y el rústico labrador sin letras puedan conocer tanta parte de las perfecciones divinas: esto es, de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la justicia, de la providencia y del amor que este Señor tiene á los buenos, y aborrecimiento á los malos, y á su maldad, que es fundamento de toda la filosofía cristiana. Para lo cual ni se requieren letras, ni sutileza de entendimiento, ni muchos años de estudio; mas ántes las personas más simples, y que ménos discursos tienen de entendimiento, son á veces más hábiles para este santo ejercicio; el cual más requiere una piadosa afeccion y sentimiento de la voluntad, que sutiles discursos del entendimiento, que á veces secan la voluntad; porque cuanto más la virtud del alma se reparte y desagua por un camino, tanto ménos caudal le queda para repartir por otro.

Demos, pues, otra y otras muchas veces gracias á aquel soberano Señor, que por este medio nos proveyó de la filosofía de este misterio, en el cual, demas de los otros frutos hasta aquí referidos, hallamos con tanta facilidad, no sólo clarísimos argumentos para conocer aquellas perfecciones divinas que arriba dijimos, sino mucho más grandes motivos y despertadores de compuncion, de agradecimiento, de amor, de admiracion, de devocion y compasion. Porque como en la historia de la sagrada pasion haya tantos pasos tan dolorosos, apénas se hallará corazon tan duro que no se enternezca y compadezca de lo que ve padecer á aquel inocentísimo cordero por nuestra causa. Porque tales y tantas fueron las maneras de tormentos é injurias que él padeció, que no digo yo siendo él quien era, mas si á un público malhechor las viéramos padecer, nos moviéramos á compasion. Y á vueltas de este piadoso efecto y sentimiento, suceden otros no ménos saludables y provechosos, de los cuales es este el fundamento y el despertador.

CAPÍTULO XXII.

FRUTO DÉCIMOSEXTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES TENER POR ELLA QUÉ PRESENTAR Y ALEGAR EN NUESTRAS ORACIONES Y PETICIONES ANTE EL SEÑOR.

La oracion, como dice san Bernardo (1), es hermana y compañera de la meditacion, porque no es razon hallarse la una sin la otra. Cuánto nos sea necesaria esta virtud, y cuán propia sea del cristiano, en otra parte lo escribimos. Pero cuán continuo haya de ser, enséñalo el Salvador, diciendo (2), que *conviene siempre orar sin desfallecer*.

(1) De Sancto Andræa, serm. I. infi. et alibi sæpe.

(2) Luc., xviii, 2.

Y enséñalo el Apóstol (1), cuando *manda orar sin cesar*; y enséñalo tambien David por su ejemplo, cuando dice (2): *Mis ojos traigo siempre puestos en el Señor, porque él librará mis piés de los lazos*. Las cuales palabras no nos piden continuacion puntual, sino moral: que es aconsejarnos que la oracion sea la más continua que nos fuere posible.

A esta continuacion nos obligan dos cosas principales, que son por una parte la grandeza de nuestra necesidad, y por otra la largueza de la divina bondad. La necesidad es ser continuamente fatigados con mil maneras de trabajos, y molestados con continuas perturbaciones y tentaciones. Mas la largueza de la bondad de Dios nos convida á orar; porque nunca levantaremos humildemente los ojos á él, que no recibamos algun aliento y fresco de su gracia; pues nadie le pide mercedes, sin alcanzar socorro de su misericordia.

Mas para que nuestras peticiones sean eficaces, han de ir acompañadas con otras virtudes, y señaladamente con la fe de alcanzar lo que pedimos. Por lo cual dice el Salvador (3): *Cualquiera cosa que pidiereis en la oracion, creed que la recibiréis, y dárseos ha*. Mas esta tal fe y esperanza ¿quién la tendrá tan firme como aquí se nos pide, sintiéndose los hombres, y mayormente los verdaderos humildes, muy vacíos de merecimientos, y muy cargados de pecados, los cuales son como ponzoña que luégo tira al corazon y le hace desmayar? A esto respondemos que aquí no tratamos con el hombre que está envuelto en sus pecados, y quiere perseverar en ellos, sino con el que los tiene aborrecidos y purgados con el sacramento de la Pe-

(1) I Thes., v, 17.

(2) Psal., xxiv, 15.

(3) Marc., xi, 24.

nitencia. Pues este tal, en lugar de los méritos que le faltan, acójase á los de nuestro Salvador : el cual nos hizo en su testamento, confirmado con su muerte y con su sangre, herederos de todos sus merecimientos y trabajos cuanto es de su parte ; pues así como vino del cielo á la tierra por nosotros, así todo cuanto en este mundo padeció desde el pesebre hasta la Cruz, fué para nosotros ; porque desde el instante de su concepcion estuvo tan rico de bienes de gracia y gloria, como lo está ahora en el cielo. Por lo cual, como para sí no tenía necesidad de merecimientos, ni era razon que trabajase y mereciese de balde, aplicó todas estas riquezas de sus merecimientos al remedio del género humano. Aquí se funda la fe y confianza que se quiere para la oracion ; siendo ciertos que todo esto es hacienda nuestra que podemos ofrecer y presentar á nuestro Criador, pidiendo mercedes al Padre eterno por su Hijo, que es nuestro padre, nuestro abogado, nuestro sacerdote y nuestro rey.

Por lo cual, así como el hijo de un padre que hizo grandes servicios á un rey sin haber recibido mercedes por ellos, pide satisfaccion como heredero de todo lo que á su padre se debe ; así el hombre puede pedir mercedes al eterno Padre por los méritos y servicios de Cristo ; pues él *es nuestro Padre*, como le llama Isaías (1), y nuestro *segundo Adán*, *reengendrador de nuestro espíritu*, como lo llama san Pablo (2). Y así como aquel hijo en la peticion que hiciese, referiría todas las jornadas y servicios de su padre, para obligar más al rey, así debe el que ora referir todos los caminos del Hijo de Dios, todos sus cansancios, trabajos, vigiliass, oraciones, persecuciones, hambre, sed, frío, calor, pobreza, calumnias, acusaciones, y finalmente

(1) Isai., LXIII, 16.

(2) I Cor., XV, 45.

todos los tormentos é injurias de su sacratísima Pasion, procediendo desde aquel doloroso sudor de sangre, por todos los otros pasos dolorosos de su Pasion, hasta que espiró en la Cruz. Pues con este tan piadoso discurso no podrá el hombre desmayar, viendo cuán rica ofrenda tiene que ofrecer en su favor, y cuán justos títulos para pedir perdon y misericordia. Y por esta vía hará, como dicen, de un camino dos mandados, juntando el ejercicio de la meditacion con el de la oracion, discurriendo devotamente por todos los pasos de la sagrada Pasion, pidiendo por ellos misericordia al comun Señor.

Por esta vía tambien cumpliremos otra cosa que Dios en la ley mandaba: conviene á saber, que *nunca pareciésemos vacíos delante de él* (1). Porque presentándole todos los méritos y trabajos de su amantísimo Hijo y Padre nuestro, de los cuales él nos hizo herederos, como ya dijimos, no se podrá decir que parecemos delante de él vacíos. Donde conviene avisar que juntamente con los trabajos de este Señor, juntemos todo lo que en este mundo hubiéremos hecho ó padecido por él; porque en compañía de aquellos tan grandes merecimientos, y por virtud de ellos, tendrán precio y valía los nuestros.

En lo cual se ve cuánto mayores ayudas tienen ahora nuestras oraciones que las de los padres de la ley, porque ellos por aplacar y pedir mercedes á Dios, ofrecían sangre de animales, mas nosotros ofrecemos la sangre del Hijo de Dios: de modo que ellos tenían la sombra y la figura, mas nosotros la misma verdad. Pues cuanto va de sangre á sangre, y de sacrificio á sacrificio, tanto va de nuestra ofrenda á la suya. Item, ellos en sus peticiones y necesidades alegaban los méritos de aquellos tres santos patriarcas, Abrahan, Isaac y Jacob, porque éstos alegó Moi-

(1) Exod., xxiii, 15.

ses (1) para aplacar á Dios por el pecado del becerro, mas nosotros tenemos que presentar los méritos del unigénito Hijo de Dios, que son de infinito precio y valor. Pues ¿cuánto es mejor nuestra condicion y suerte que la de aquéllos? Porque aquéllos eran solamente hombres, éste era hombre y Dios: aquéllos, aunque santos, todavía eran pecadores; mas éste fué inocente y sin pecado: aquéllos, si merecían con sus servicios, merecían para sí, y no para otros; mas este Señor, que de nada tenía necesidad, de todo cuanto hizo, padeció y mereció, hizo gracia á su Esposa la Iglesia.

Pues con tales prendas, con tal padrino y tal fiador, vamos muy confiados á presentarnos ante el trono de la divina misericordia. Dijo el patriarca José á sus hermanos (2): *No veréis mi cara si no trajereis á vuestro hermano Benjamin en vuestra compañía.* Trajéronle consigo, y así fueron recibidos de él con grande honra y fiesta por amor del hermano, que él mucho amaba. Hagamos, pues, cuenta que el Padre eterno nos dice que no parezcamos ante él sin su amantísimo Hijo y hermano nuestro: y este-mos confiados que, llevándolo con nosotros, seremos muy bien recibidos de él. Y tengamos este aviso, que nunca jamas abramos la boca para pedirle mercedes, que no se lo presentemos y las pidamos por él, como vemos que lo hace la Iglesia al fin de cada oracion. Porque esto es pedir en nombre de Cristo, así como él mismo nos lo manda. Y pues, como arriba dijimos, nuestra oracion debe ser perpetua, síguese que nunca se nos ha de caer del corazon y de la boca. Y no piense nadie que se importunará ó enfadará el Padre, pidiéndole tantas veces mercedes por su Hijo: ántes si en él pudiera caber alegría nueva, la reci-

(1) Exod., xxxii, 13.

(2) Genes., xliii, 5.

biera todas las veces que le pidiéramos mercedes por él. Mas, aunque no es alegría nueva, no deja de caber en él; pero es, y fué siempre, y será eterna.

CAPÍTULO XXIII.

FRUTO DECIMOSÉPTIMO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES FAVOR
Y SOCORRO EN LAS TENTACIONES.

No pueden faltar tentaciones en esta vida; pues toda ella se llama tentacion. Por lo cual así como se escribe (1), que los hijos de Israel iban armados cuando subían á conquistar la tierra de promision, así lo deben tambien ir los que desean ganar por armas la verdadera tierra de promision, que es la bienaventuranza de la gloria. Mas, las armas de esta milicia no son corporales, sino espirituales; porque para esta pelea más nos sirven los ojos que las manos. Y no es de maravillar que, pues hay serpientes que mirando matan, nosotros tambien mirando matemos las infernales serpientes; mas no á ellas, sino á aquella imágen de serpiente que Moises por mandamiento de Dios puso en el desierto en un lugar alto (2), para que cuando los hijos de Israel fuesen mordidos de las serpientes que en aquel lugar los herían y mataban, levantasen los ojos á mirar la imágen de aquella serpiente pintada, y luego sanarían. Pues cuando fuéremos acometidos de aquella antigua serpiente, pongamos los ojos en esta serpiente pintada, que es Cristo crucificado, pues parece en lo de fuera malhechor, estando tan léjos de serlo; porque esta vista nos defenderá.

(1) Núm., xxxii, 17.

(2) Núm., xxi.

La práctica de esto es, que cuando el hombre se sintiere tocado de algun mal pensamiento, luégo con la mayor prisa que pudiere levante los ojos á considerar aquella tan lastimera figura que el Salvador tenía en la Cruz; haciendo cuenta que lo tiene delante de sí presente, y mirando aquel inocentísimo cuerpo de la manera que allí está, todo ensangrentado, descoyuntado, desfigurado, el rostro escupido y afeado, la cabeza atravesada con espinas, las espaldas rasgadas con azotes, y los ojos oscurecidos con la presencia de la muerte; y despues que lo hubiere mirado en esta figura, acuérdesese que todo esto padece aquel Señor para satisfacer por los pecados, y para desterrarlos del mundo; y considerando esto digale: Señor mío, ¡que padeciéseis vos tan extraños tormentos para pagar por mis pecados, y mostrarme la graveza de ellos, y que con todo eso tenga yo atrevimiento para pecar, y para hacer cosa cuyo remedio tan caro os costó! Nunca, plega á vuestra infinita misericordia, tal permitáis, Señor; sino ántes se abra la tierra y me trague, que yo tal ose cometer. Ayudadme, Señor mío y Redentor mío, y no permitáis que esa sangre preciosa haya sido derramada en balde por mí, y que venga á perderse lo que vos por tan caro precio comprasteis.

Este es, pues, el más comun y más eficaz remedio que tienen los siervos de Dios en sus tentaciones: el cual nos declaró el Salmista cuando dijo (1), *que la piedra era refugio de los erizos*; mas otra traslacion en lugar de erizos pone liebres, las cuales hacen sus madrigueras en las concavidades de los peñascos, adonde se acogen con toda la ligereza posible cuando son acosadas de los galgos. Por la cual astucia cuenta Salomon este animal entre cuatro animales, que dice él ser más sabios que todos los sa-

(1) Psal., ciii, 17.

bios (1). Y así despues de la hormiga, que es uno de los cuatro, porque sabe muy bien proveerse de un tiempo para otro, pone luégo la liebre flaca, la cual hace su madriguera en los agujeros de la piedra. Pues ¿qué piedra es ésta, sino Cristo nuestro Salvador en la Cruz, mas fuerte que todas las piedras para sufrir los tormentos de ella? Y ¿qué agujeros son éstos sino los de sus sacratísimas llagas, adonde corren y se guarecen las liebres, que son las almas temerosas de Dios, cuando se ven acosadas de aquellos perros infernales que las quieren tragar?

Este es remedio general para todos los acometimientos de nuestro adversario. Y no ménos se hallan remedios particulares en este árbol sagrado para todas las otras tentaciones de vicios particulares. Porque si fueres tentado de ambicion y soberbia, levanta los ojos y mira al Criador de los cielos, al Señor de los ángeles, al que es gloria de los bienaventurados, crucificado entre ladrones, diciendo con el Profeta (2): *Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres, y desecho del mundo*. Si te acomete la escasez de la avaricia, y te aprieta las manos para dejar de socorrer á los pobres, mira la largueza de aquel Señor que está derramando cuanta sangre tiene para remedio de todas nuestras necesidades. Si la torpe lujuria quisiere enlazar tu corazon con la representacion de sus falsos y halagüeños deleites, contempla los inmensos dolores que aquel inocentísimo Cordero padece en todos sus miembros, por pagar por los deleites de los suyos. Si quisiere despedazar tu corazon la carcoma y polilla de la envidia, mira la grandeza de la caridad de aquel Señor que ofrece aquella vida que vale más que todas las vidas criadas, por amigos y enemigos. Si el regalo de la gula te convidare con

(1) Prov., xxx, 26.

(2) Psal., xxi, 7.

el gusto del comer y beber, mira el lectuario con que sirvió el mundo al Señor de él en tan grande necesidad, cuál nunca jamas fué dado á un hombre por malo que fuese, que fué hiel y vinagre: la hiel antes de la Cruz, y el vinagre en ella. Si la pasion de la furiosa y mal aconsejada ira te incitare á deseos de venganza, considera con cuánto silencio, con cuánta mansedumbre, con cuán admirable paciencia aquel inocentísimo Cordero sufrió tantas maneras de injurias, sin abrir su boca, sino para rogar á su Padre por aquellos que tan cruelmente le trataban. Si la accidia, que es tristeza y hastío de las virtudes y espirituales ejercicios, te entorpeciere para las cosas de tu salud, mira con cuánta prontitud y devocion se ofreció este Señor á sus enemigos, saliéndolos él mismo á recibir, para tratar de la tuya. ¿Ves luégo cuán eficaces remedios tenemos en el árbol de la Cruz contra todas las tentaciones del enemigo?

CAPÍTULO XXIV.

FRUTO DÉCIMOCTAVO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE FUERON
LAS VICTORIAS Y TRIUNFOS DE LOS SANTOS MÁRTIRES.

Una de las mayores glorias y testimonios que tiene la religion cristiana, es haber sido fundada y testificada con la sangre de tantos mártires; y no hay que dudar sino que todos ellos cobraron grande esfuerzo con el ejemplo y virtud de la santa Cruz. Porque dado caso que todos cuantos santos ha habido en el mundo, como ya dijimos, sean frutos de este árbol, porque por ésto se escribe que el Cordero celestial fué sacrificado, desde el *principio del mundo* (1), porque desde entónces comenzó á obrar el mérito

(1) Apoc., XIII, 8.

de él en todos los justos, mas particularmente los santos mártires fueron la fruta más propia y más sazónada de este árbol; porque no sólo abrazaron la Cruz de Cristo con la mortificación de su carne, sino tambien con la muerte del cuerpo, y con la sangre que derramaron por la gloria del Señor, que por ellos derramó la suya. Ca, es cierto que el mayor esfuerzo que los mártires tuvieron en sus batallas, fué poner los ojos en aquel altísimo Hijo de Dios puesto en la Cruz, padeciendo en su delicadísimo cuerpo y alma los mayores dolores que jamas se padecieron, no por sí, sino por ellos. Porque con esta consideracion, con este ejemplo, y con la fé viva de este misterio, muy alegre y esforzadamente se ofrecían á todos los tormentos que la crueldad ingeniosa de los tiranos, y el furor y rabia de los demonios podían inventar; y con este socorro salían de todo esto vencedores. Y por esta causa quiso este fuerlísimo alferez que interviniesen en su sagrada pasion tantas maneras de escarnios, de vituperios, de azotes, espinas, bofetadas, desnudez y desamparo de sus discípulos, y discursos de unos jueces á otros, y de tribunales á tribunales; porque para todas las conferencias de tormentos que los mártires padecían, hallasen en él ejemplos de paciencia para los suyos. Porque es cierto que así como la mayor gloria que tiene la Iglesia son las victorias de los mártires, que con su sangre la defendieron y fundaron; así uno de los principales respetos que el autor de nuestra salud tuvo en su Pasion, fué dejar á los mártires ejemplos de padecer, y merecerles fortaleza para padecer.

Sabía él tambien que la mayor gloria que los hombres podían dar á Dios, era serle tan leales y fieles, que ántes quisiesen ser despedazados, arrastrados y atormentados con todos los tormentos que en un cuerpo humano se pueden ejecutar, que perder un punto de la obediencia y lealtad

que le debían. Porque en todo el caudal de la naturaleza humana, aunque sea ayudada y fortalecida con todos los socorros de la gracia, no se halla otro mayor sacrificio que la criatura pueda ofrecer á su Criador, que éste. Por lo cual no sin grande causa se ofreció el Salvador á tales tormentos por aliviar con ellos los de estos fuertes guerreros. La figura de esto precedió en aquel madero que convirtió las aguas amargas en dulces (1). Porque pasado el mar Bermejo, anduvo tres días el pueblo de Israel sin hallar agua, sino fué una tan amarga, que no se podía beber. Y fatigados con la sed, dieron voces á Moises, diciendo: ¿Qué beberemos? Entónces hizo Moises oracion á Dios: el cual le mostró un cierto madero, y mandóle que lo echase en las aguas, las cuales á la hora de amargas se hicieron dulces, de que bebió todo el pueblo. ¿Quién no ve aquí representada la virtud del madero de la Santa Cruz? ¿qué proporcion tiene un madero seco para hacer esta mudanza, pues bastaba sola la palabra divina? Pues como todas las obras de Dios procedan de la fuente de su infinita sabiduría, la cual no hace cosa sin sumo consejo, ¿qué otra cosa nos pudo aquí más convenientemente figurar, que la virtud del madero de la Cruz, el cual hizo que las aguas amarguísimas de las tribulaciones de los mártires y de todos los otros santos, que con fuerzas humanas no se podían tragar, se bebiesen con grande suavidad, y lo que naturalmente era aborrecible, el poder de la divina gracia lo hiciese amable? ¿No vemos esto á la clara representado, no sólo en muchos varones, sino tambien en muchas tiernas doncellas, que voluntariamente y con grande alegría se ofrecían á beber las amargas aguas de sus martirios, pareciéndoles muy suaves por la causa que las bebían?

(1) Exod., xv, 25.

§ I.

De las comunes maneras y más principales con que Dios es en los suyos glorificado.

Mas para que más claramente se vea cuánta gloria resultó de aquí á Dios, quiero declarar aquí las principales maneras en que los hombres lo pueden glorificar.

I. La primera y más comun es la que se hace con voces de alabanza, cuando con salmos é himnos alabamos y glorificamos á nuestro Criador, como el santo rey David lo ordenó en su tiempo, y de ahí adelante se continuó. La cual manera de honra pide nuestro Señor en el Salmo cuarenta y nueve, dónde desechando los sacrificios antiguos de animales, pide este sacrificio de alabanza, diciendo: Ofrece á Dios sacrificio de alabanza, y cumple lo que al Altísimo tienes prometido; y llámame en el día de la tribulacion, y librate he, y honrarme has. Y al fin del mismo Salmo declara el fruto de este sacrificio, diciendo: El sacrificio de alabanza me honrará; y ahí está el camino por el cual enseñaré yo al hombre la salud de Dios, que es la salvacion de su alma.

II. Esta es la primera manera de honrar á Dios con palabras santas salidas del corazon. Hay otra manera más excelente, que no es con palabras, sino con obras de virtud y religion. Con las cuales honraba tambien el mismo David á Dios, cuando decía (1); *Confesarme, he, Señor, á tí, y alabarte he con la direccion de mi corazon*, que es con la rectitud y pureza de mi alma en que consiste la buena vida: con la cual más altamente es Dios honrado y glorificado. Y de esta manera mandó el Señor á sus disci-

(1) Psal., cxviii, 7.

pulos que glorificasen al Eterno Padre, diciendo (1): *Resplandezca la luz de nuestra vida delante de los hombres, para que vistas vuestras buenas obras glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos*. Lo mismo aconseja san Pedro apóstol á los fieles de su tiempo (2), encomendándoles mucho esta vida religiosa, para que los que murmuraban de ellos como de malhechores, considerando sus buenas obras glorificasen á Dios. Esta es la segunda manera de honrar á Dios con la buena vida, porque como ésta sea obra de Dios, así como el que alaba la imagen del pintor alaba al maestro que la hizo, así el que trabaja por rectificar su vida, alaba y glorifica al autor principal de ella, que es Dios. Conforme á lo cual el profeta Isaías (3) con mucha razon llama á los buenos, *plantas que Dios plantó para ser por ellas glorificado*.

III. La tercera manera más alta de glorificar á Dios, es ésta misma: cuando levantándose contradicciones y persecuciones contra ella, todavía persevera el hombre fijo y constante en su buen propósito sin volver pié atrás. Porque éste es como espada fina, que aunque el que la dobla junte la punta con la manzana vuelve á estar tan derecha como antes. Es tambien como un oro finísimo, que echado en el fuego, ninguna mudanza hace de lo que ántes era. De esta manera perseveraba el santo Tobías (4) en las obras de misericordia que hacía, puesto caso que muchos le querian apartar de ellas, poniéndole delante los peligros que de aquí se habían de recrecer.

IV. Mas porque entre todos los peligros de la vida, y entre todas las cosas terribles la postrera es la muerte,

(1) Matth., v, 16.

(2) I Petr., II, 12.

(3) Isai., LXI, 3.

(4) Tob., II, 8.

como Aristóteles dijo, de aquí procede otra más alta manera de glorificar á Dios, que es la de aquellos que son tan fieles y leales á su Señor, y perseveran tan constantes en su servicio, que escogen ántes la muerte que hacer cosa que sea contra la lealtad y homenaje que le tienen prometido. En el cual cuento entran los santos mártires que consintieron en perder sus vidas por no perder la fe que debían á su legítimo Rey y Señor. Y que esta sea una muy alta manera de glorificar á Dios, declaró el amado Evangelista, cuando diciendo el Señor á san Pedro, que despues de viejo otro le ceñiría y llevaría dónde él no quisiese, significando por estas palabras que había de morir crucificado, añadió luégo el Evangelista (1): *Esto dijo el Señor, para significar con qué linaje de muerte aquel apóstol había de glorificar á Dios.* En las cuales palabras el Evangelista, no sin grande consideracion, el morir en cruz llamó *glorificar á Dios*. Porque ¿con qué más puede la naturaleza humana glorificar á este Señor, que con mostrar por la obra que le precia, y reverencia, y ama sobre todas las cosas, pues huelga de perder la vida y todos los otros bienes temporales que se poseen con ella por no quebrantar la fe y lealtad que le debe? Pues ¿qué queda al siervo fiel que hacer por la gloria de su Señor, despues que aquí ha llegado? Porque, como dice el Salvador (2), *nadie tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos.* A lo ménos no hay mayor señal de caridad que ésta. Por lo cual con mucha razon el Evangelista el morir por Dios llamó *glorificar á Dios*.

V. No parece que sobre esta había otra más alta manera de glorificar á Dios. Pero como haya muchas maneras de muertes, aquella le glorifica más, en la cual se pa-

(1) Joan., **xxi**, 19.

(2) Joan., **xv**, 13.

decen más crueles linajes de tormentos. Porque esto no es morir una sola muerte, como muere en un instante un hombre degollado, sino muchas muertes, y en mucho espacio de tiempo. Ca los tiranos no pretendían matar, sino quebrantar á fuerza de tormentos la fe de los santos mártires, para que así quedasen los mártires vivos y vencidos, y los tiranos vencedores. Mas ¿qué lengua podrá explicar las invenciones de crueldades y tormentos nunca vistos, con que estos ministros de Satanas pretendían desquiciar de su fe á estos gloriosos caballeros? De los cuales escribe el bienaventurado mártir Cipriano contra un infamador de nuestra Religion, diciendo así (1): A los inocentes, amigos y siervos de Dios echas de sus moradas, despojas de sus patrimonios, fatigas y aprietas con cadenas, encierras en cárceles, atormentas con fuego, con hierro, y con bestias fieras, despedazas sus cuerpos con largos tormentos, multiplicas las llagas de sus entrañas, y no se contenta tu crueldad y fiereza con los tormentos acostumbrados, sino busca la ingeniosa crueldad nuevas maneras de penas. Conforme á esto entre otras invenciones de crueldades escribe Eusebio (2), que en la persecucion de Diocleciano á muchos hincaban cañas agudas entre las uñas de los dedos; á otros echaban plomo derretido por las espaldas; y á las mujeres metían asadores de palo tostado por sus miembros naturales, con que atravesaban sus secretas entrañas. ¿Pero qué haré, que me faltan palabras para recontar tan abominables maldades? Mas no faltaba paciencia á los fortísimos y religiosísimos mártires para sufrir las invenciones de castigos que los prudentísimos y esclarecidos jueces hallaban para poner en admiracion de su astuta sabiduría á los presentes, y espanto á las gentes

(1) Contr. Demetrianum, tom. I.

(2) Eccl., Histor., lib. VIII, cap. VI.

venideras. Mas porque de esta materia tratamos en otro lugar, al presente no haré más que referir un pedazo de una divina carta que el santísimo obispo de la ciudad de Túmis, llamado Fileas, estando en la cárcel cargado de hierro, escribió á los fieles de su Iglesia para animarlos al martirio con ejemplo de los santos mártires que con él padecían.

Mas primero que refiera las palabras de su carta, diré algo de sus virtudes y nobleza. Pues este religioso pastor, como cuenta Eusebio (1), segun la virtud del alma del cielo traía su clara generosidad; y cuanto á la nobleza del mundo, descendía de los antiguos romanos, y en su república había gozado de las principales y más honradas dignidades; lo cual acompañaba con grande sabiduría en todas las artes y ciencias: y sobre todo había bebido la principal filosofía de la religion cristiana, de tal manera, que hacía en ella ventaja á todos los que habían precedido. Y como quiera que en la misma ciudad tenía muchos deudos y amigos nobles, fué presentado muchas veces al juez ántes de su condenacion, procurando y aconsejándole que oyese los importunos ruegos de sus parientes, y tuviese respeto á la viudez de su mujer, y orfandad de sus hijos y no perseverase en la presuncion comenzada.

Pero él, sin moverse desechara sus amonestaciones, como una grande roca despide las ondas de un pequeño arroyo, diciendo que su atencion tenía en el cielo, y á Dios representaba delante de sus ojos, y por tanto que no conocía otros deudos, sino á los santos apóstoles y mártires sus antecesores. Estaba á la sazón presente un varón llamado Filorónomo, capitan del ejército de los romanos, el cual, como viese á Fileas combatido por la astucia del juez y por las lágrimas de sus deudos, que ni le daban ni re-

(1) Euseb., lib. VIII, cap. IV.

cibían de ellos algun daño, á grandes voces dijo: ¿Para qué tentáis en balde la constancia de este varon? ¿cómo pensáis hacer desleal á quien á Dios tiene hecho homenaje? ¿cómo le podréis hacer negar á Dios por consentir á los hombres? ¿no miráis que ni sus orejas oyen vuestras palabras, ni sus ojos ven vuestras lágrimas? ¿cómo puede ser enternecido con lágrimas carnales aquel cuyos ojos están fijos en el cielo? Oyendo el pueblo infiel tales palabras, demandaron al juez que Filorónomo fuese condenado juntamente con Fileas. De lo cual holgando el juez, á ambos condenó que fuesen degollados.

§ II.

Carta del santo obispo Fileas: crueldades de los tiranos, y fortaleza de los mártires.

Pues este tan señalado varon, en la carta que escribió á su amada esposa la Iglesia de Túmis, despues del principio de ella dice así: De tan maravillosas labores nos fueron dechados los santos mártires que juntamente padecieron con nosotros. Los cuales, segun que por las sagradas Escrituras habían sido enseñados, ponían sus corazones y sus ojos en Dios, y por defension de su fe despreciaban sus vidas. Porque continuamente consideraban que nuestro Señor Jesucristo, hecho por nosotros hombre, nos enseñó por su ejemplo, que sin desmayar peleemos hasta la muerte contra el pecado; pues él, compitiéndole naturalmente la igualdad de la majestad de su Padre, se humilló por nosotros, tomando forma de siervo (1), y en figura humana le fué obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. Cuyo ejemplo siguiendo los dichosos mártires, recibieron tantas penas y fatigas por no mancillar la her-

(1) Philip., II, 8.

mosura de su fe, y osadamente se oponían á los porque la perfecta caridad que ardía en su pecho, despedía fuera el temor. Cuya fortaleza y sufrimiento, cuyo esfuerzo y constancia, si quisiese historiar, á mí faltarían fuerzas, y parecería cosa increíble á quien no hubiese visto sus gloriosos triunfos. En público estaban puestos para cada uno que quisiese atormentarlos; y si alguno por su pasatiempo inventaba nuevos linajes de penas, le era lícito y honroso experimentarlos en ellos. Unos azotaban con mimbres, otros con látigos, teniéndolos, á unos colgados de zogas, á otros atadas las manos y enaspados, donde juntamente descoyuntaban sus huesos y arañaban sus miembros. Raer sus carnes con rallos, tormento era viejo y liviano; y si por ventura á algunos se daba, no llegaban, como suelen á los ladrones y matadores de hombres, solamente los lados; mas el vientre, y los muslos, y las canillas de las piernas, y hasta las uñas de los piés: ni la cara y cabeza les quedaba sana. Y sobre toda crueldad añadían, que despues que los cuerpos humanos eran desollados con tanta inhumanidad, los dejaban en la plaza desnudos, no solamente de vestidos, mas de su propio cuerpo. ¡Horrible vista de quien los miraba! Algunos quedaban amarrados á columnas, los brazos torcidos; otros colgados de alto; y así estaban delante del mismo juez todo el día, no solamente el tiempo en que eran examinados, mas mientras que entendían los jueces en otros negocios, por ver si con el dolor prolijo caerían de la firmeza de su propósito. Y cuando ya se hartaban de ver sus cuerpos llagados, llevábanlos por los piés arrastrando á la cárcel, y puestos los piés en el cepo, todo el cuerpo tendían sobre cascotes de barro. De esta manera muchos perseverando constante y fuertemente hasta la muerte, hacían vergüenza á los curiosos inventores de tormentos. Algunos de

ellos en convaleciendo de las heridas, de su voluntad se ofrecían otra vez, y con sus carnes convidaban á los ministros de sus tormentos. Pero ellos afrentados y espantados de ver su fortaleza, daban fin á la lucha, cortándoles las cabezas. Estas son las palabras del sagrado pontífice, y uno de los mártires cuya crónica escribía; porque con ellos fué degollado.

Pues ¿quién no se espantará por una parte de la fortaleza de los santos mártires, y por otra de las invenciones de tormentos que los hombres inspirados por los demonios inventaban contra los santos? Porque á no estar el demonio apoderado de sus almas, no era posible caber en corazón humano tal fiereza y crueldad. Mas es tan poderosa la divina gracia, que áun sobre esta tan extraña fortaleza de los santos tuvo más que añadir, no tanto en la sustancia de la pasión, cuanto en algunas circunstancias de ella. Porque muchos mártires hubo de tan maravillosa fortaleza, que ellos mismos, sin ser acusados, se ofrecían voluntariamente á los tormentos, para esforzar con su ejemplo á otros que padecían. Otros había que perseveraban en ellos con un rostro esforzado y alegre, sin mostrar punto de flaqueza en medio de tan cruellísimos tormentos. Otros, de que áun tengo mayor admiración, hablaban con tanta libertad y osadía á los tiranos, reprendiendo su crueldad, que con ésto los embravecían y provocaban á inventar y multiplicar nuevos linajes de tormentos, así por vengar sus injurias, como por no quedar vencidos de ellos. Con esta libertad, entre otros innumerables, habló san Lorenzo al emperador Decio, tratándole como tirano; y san Vicente mártir á Daciano, desafiándole y diciéndole que comenzase á reventar con todo el furor del enemigo, que en su pecho moraba, y que en esta batalla vería por experiencia, que más había de poder él, siendo atormentado que

el tirano siendo atormentador. Y no salió en vano aquella gloriosa promesa, pues faltando ya las fuerzas á los atormentadores, finalmente dijo el tirano: Vencidos somos. Pues veamos ahora, ¿hasta dónde puede llegar más la naturaleza humana, ayudada con abundante gracia en servicio de su Criador? ¿con qué puede una criatura de carne y de sangre mostrar más la fe, la lealtad, la reverencia, la obediencia y el amor que debe á su Dios, que con esta tan espantosa fortaleza? ¿qué otro sacrificio más agradable? ¿qué otra ofrenda más acepta se le puede ofrecer? ¿con qué obra puede él ser más glorificado, que con tener siervos tan leales, que toda la potencia del mundo armada con tanta fiereza de tormentos no pudiese hacer una pequeña mella en su fe? ¿qué es esto sino imitar la fortaleza del fino diamante, el cual, siendo martillado, ántes se entra él por el martillo que el martillo por él? Pues muchos de los santos mártires no sólo sufrían los golpes de los tormentos con paciencia, mas muchos los procuraban y abrazaban con alegría. Pues ¿qué cosa hay en el mundo con que los hombres puedan más glorificar á su Criador? ¿Calle los cielos y la tierra: calle el resplandor del sol, y de la luna, y de las estrellas; y aún digo más: calle la gloria que dan á Dios los ángeles, y los querubines, y serafines en comparacion de ésta. Porque ¿qué hicieron todos ellos más que convertirse á Dios, y reconocerle por su Criador y dador de todos sus bienes, sin tener carne rebelde que á esto contradijese? Y con sólo esto alcanzaron perpetua corona de gloria. Y aunque en ellos resplandezca más la bondad, la hermosura y omnipotencia del Criador, que tales criaturas pudo formar, mas ésto fué pura gracia y dádiva de Dios sin trabajo y costa de ellos; como quiera que en los mártires juntamente con la gracia intervino tan espantosa fortaleza y paciencia.

§ III.

Prosigue la misma materia con dos cartas del bienaventurado mártir Cipriano.

Pues enamorado el santo mártir Cipriano de la hermosura de las tales almas, con mucha razon exclama en una carta que escribe á unos santos mártires, diciendo así (1): ¿Con qué palabras os alabaré, fortísimos caballeros de Cristo? ¿con qué pregones y voces engrandeceré la fortaleza de vuestro ánimo. Hasta el fin de la gloria sufristeis durísimas cuestiones, y no fuisteis vencidos de los tormentos, sino vencedores de ellos. Vió la muchedumbre de los que presentes estaban esta celestial batalla; vió á los siervos de Cristo estar en ella con voz libre, con alma sincera, con virtud divina, desnudos de las armas seglares, mas armados con las de la fé. Estuvieron los atormentados más fuertes que sus atormentadores, y los miembros despedazados vencieron á los garfios de hierro que rompían sus carnes. Corría de ellos la sangre preciosa que apagaba no ménos las llamas de la persecucion que las del infierno. ¡Oh cuán hermoso espectáculo fué éste para Dios! ¡cuán grande, cuán alto, cuán precioso y agradable, cuán alegre se halló Cristo allí presente! ¡cuán de voluntad peleó con ellos y venció! ¡cuán poderosamente esforzó y animó á los fuertes guerreros, y confesores de su nombre! Porque el que una vez venció la muerte por nosotros, siempre vence en nosotros. Esta es la batalla de nuestra fe, en la cual peleamos, y vencemos, y somos coronados, denunciada por los profetas, y ejercitada en los santos apóstoles y mártires. Hasta aquí son palabras de Cipriano.

Y el mismo Santo en otra epístola escrita á otros santos

(1) Lib. II. Epistol. epist. 6.

que estaban presos para ser martirizados, dice así (1): **Sa-
lúdoos, hermanos muy amados, de cuya presencia quisie-
ra yo gozar, si la distancia del lugar no lo impidiera. Por-
que ¿qué cosa me pudiera suceder más alegre y más
deseada que hallarme con vosotros, y abrazar esas manos
puras é inocentes, que guardando la fe debida al Señor,
desecharon el sacrílego servicio de los ídolos? ¿qué cosa
más alegre ni más alta que besar esas bocas, que con vo-
ces gloriosas confesaron al Señor? ¿qué cosa más dulce
que verme presente á vuestros ojos, los cuales despreciado
el siglo fueron merecedores de ver á Dios? ¡Oh bienaven-
turada la cárcel que fué honrada con vuestra presencia!
¡oh bienaventurada la cárcel que envía los hombres de
Dios á Dios! ¡oh tinieblas más resplandecientes que el sol,
donde están ahora los templos vivos de Dios, y los miem-
bros santificados con la confesion divina! Saludo tambien
á las bienaventuradas mujeres que están en vuestra com-
pañía, esclarecidas con la gloria de su confesion, las cuales
guardando la fe á su Señor, siendo más fuerte de lo que
puede la condicion mujeril, no sólo están vecinas á la co-
rona, mas dan ejemplo de fortaleza á todas las otras. Y
porque nada faltase á la gloria de esa compañía, para que
todos los estados y edades honrasen su Criador, ayuntó la
divina misericordia muchachos de poca edad á la gloria
de vuestra confesion, representándonos lo que hicieron
aquellos tres ilustres mozos (2), Ananías, Azarías y Mi-
sael, á los cuales en el horno de Babilonia tuvo reverencia
el fuego, y dieron refrigerio las llamas. Hasta aquí son
palabras de Cipriano. Pues ¿quién puede leer esto sin lá-
grimas? ¿qué devocion hay tan muerta que no resucite,
y despierte, y se maraville considerando esta tan grande**

(1) Lib. IV. Epistol. epist., 1.

(2) Daniel., III.

fe y lealtad, y reverencia de las criaturas para con su Criador? Esta es, pues, la verdadera gloria y honra que se le puede en este mundo dar, cuando estos valerosos guerreros tan alegre y esforzadamente se dejaron despedazar, por no dar la honra á él debida á su enemigo el demonio.

Mas ¿quién podrá contar la muchedumbre de personas de todos los estados y edades, y condiciones que por esta causa padecieron? Porque como los emperadores romanos eran los autores de esta maldad, y ellos tenían la monarquía del mundo, en todas las ciudades y provincias de él se publicaban sus crueles edictos, y así en todas ellas ardía el furor de los infieles y se derramaba la sangre de los santos. Porque ¿qué ménos se esperaba del demonio, viendo la guerra que le hacía el Evangelio de Cristo, destruyendo sus templos y altares? Un sólo templo de Apolo, que el bienaventurado san Benito consagró á Cristo convirtiendo la gente comarcana á la fe, causó tan grande rabia en el demonio que allí era adorado, que le hizo dar voces al glorioso santo, diciendo: Benedicto, Benedicto, Y como el santo no respondiese, replicaba diciendo: No benedicto, sino maldito, ¿por qué me persigues? Así que este maligno y furioso dragon, revestido en los corazones de los hombres, levantaba esta tan grande tempestad: la cual Dios convertía en mayor confusion de su enemigo, y mayor corona de los mártires y mayor gloria de su santo nombre. Lo cual todo se debe aquel Señor que padeció en la Cruz, cuya virtud y ejemplo fué el mayor esfuerzo y consuelo que los santos mártires tuvieron en sus tormentos, como parece por esta carta del santísimo obispo Filleas que ahora acabamos de referir: dónde dice que el ejemplo de su Señor por ellos crucificado los animaba á sufrir constantemente la cruz de sus martirios.

Concluyendo, pues, esta materia, digo que si el mayor sacrificio que los hombres podían ofrecer á Dios, era éste de sus cuerpos despedazados por su obediencia; si ésta era la mayor fineza y prueba de la virtud y lealtad que á la divina Majestad se debe; si ésta era la obra de mayor merecimiento de cuantas un hombre puede hacer, si por esta obra era Dios más honrado y glorificado, que por todas cuantas de una pura criatura se pueden esperar; si éste era el incienso más suave, y el holocausto y ofrenda más agradable que se le podía ofrecer; y si los mártires que de esta manera honraban á Dios, eran innumerables, como dijimos; ¿qué cosa más digna del Hijo de Dios que haber él sido causa con el ejemplo y mérito de su pasión de esta tan grande y tan universal gloria de su Padre soberano? ¿qué cosa más para desear, que con un sólo día de su Pasión ser causa de tantas y tan gloriosas pasiones, y que un sólo día de tormento fuese causa de tantos gozos eternos, y que un sólo triunfo de la muerte fuese causa de tantos triunfos de hombres y mujeres, y de niños y vírgenes, que tan gloriosamente triunfaron del mundo? ¡Cuán bien empleada muerte causadora de tantas vidas, y cuán dichosa ignominia causadora de tanta gloria, y cuán precioso grano de trigo, que caído en tierra, y muerto, tan maravillosos frutos dió! Y para decir lo que siento, yo confieso que esta lealtad, y fe, y constancia de los mártires, es de tan grande admiración, y tan gloriosa para Dios, que aunque ningún otro fruto acarrearla la venida y Pasión del Salvador, sino éste, era muy bien empleado todo cuanto sobre esta demanda hizo y padeció; de la cual tanta gloria resulta á la majestad de Dios, y tan grande corona á los mismos mártires. Verdad es que el Salmista dice que *los cielos predicán la gloria de Dios*; mas ni los cielos, ni la tierra, ni el mar, ni todo lo que en ellos es,

engrandece tanto esta gloria, como la fe, y lealtad, y fortaleza de los mártires: la cual se entendió más claramente cuando llegamos á tratar de la terribilidad de los tormentos con que los santos mártires fueron atormentados, y de la espantosa fe y constancia que tuvieron en ellos. Pues si sólo este tan maravilloso fruto bastaba para tener por bien empleada la pasion del Salvador, ¿cuánto más juntándose con ella la destruccion de la idolatría, la vocacion de las gentes, la santificacion de tantos millones de almas como por sus merecimientos fueron santificadas, junto con todos estos frutos del árbol de la Cruz, que aquí hemos recibido?

CAPÍTULO XXV.

FRUTO DÉCIMONONO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES HABERSE REDUCIDO POR ELLA EL MUNDO A LA FE Y OBEDIENCIA DE SU LEGÍTIMO REY Y SEÑOR.

Quédanos otro fruto singular del árbol de la Cruz, al cual se ordenaban todos los que hasta aquí hemos referido, que es, haberse por ella reducido el mundo á la fe y obediencia de su legítimo y verdadero Rey y Señor, contra quien estaba levantado y rebelado. Para que mejor se entienda esto, conviene traer á la memoria una cosa de grande consideracion y devocion, que yo en otra parte traté, la cual es, que toda esta tan grande y admirable fábrica del mundo, con esa grandeza y muchedumbre de cielos y estrellas, cuya grandeza deja atónitos á todos los entendimientos, fué criada para sólo el servicio y mantenimiento del hombre. Porque no era razón que fuese criada para los brutos, pues no tenían conocimiento de su Criador; ni tampoco para los ángeles que son espíritus puros, y así ni tienen necesidad de lugar corporal donde

estén, ni de manjares corporales con que se sustenten; y mucho ménos para el Señor de ellos, pues *ab æterno* estuvo por infinitos siglos sin el servicio de este mundo, y sería blasfemia decir que le faltaba entónces alguna gloria de la que tiene ahora. Resta, pues, que para el servicio y mantenimiento del cuerpo humano fué criada esta gran casa real, y para él se gobierna siempre. De modo que el mundo fué criado para el hombre, mas el hombre para Dios, para que por el beneficio y órden de las criaturas, que fueron criadas para su mantenimiento y servicio, conociese á su Criador, y le sirviese y amase como á tal. Donde de camino diré otra cosa, aunque no sirva tanto á este propósito, y es que, pues en tanto estimó Dios el cuerpo del hombre, que para su servicio hizo este tan grande y tan maravilloso teatro, y por él lo gobierna tantos mil años ha, no es mucho que por el bien de su alma, que sin comparacion es más noble que el cuerpo, bajase del cielo á la tierra, y gastase treinta y tres años en su remedio.

Mas tornando al propósito, siendo criado este mundo para servir al hombre, y el hombre para servir al Criador, cumpliendo el hombre con este oficio, todo el mundo estaba bien ordenado; porque permanecía en el estado y órden que Dios lo puso quando lo crió. Mas levantándose el hombre contra Dios, y haciéndose vasallo y siervo del demonio su enemigo, todo el mundo quedaba desordenado; pues las criaturas que habían de servir al amigo é Hijo de Dios, servían á su enemigo; y en tal caso no había para qué haber mundo, pues no servía para el fin que Dios lo había criado. Por esta causa decimos que levantándose y revelando el hombre contra Dios, no sólo él, mas todo el mundo quedó levantado y desordenado. Pongamos ejemplo. Claro está que si el gobernador de una

provincia, puesto por un rey, se levanta contra él, y los súbditos le sirven y obedecen como á verdadero señor, y acompañan en sus armadas, con razon decimos que toda la provincia está levantada, pues obedece y sirve al tirano que se levantó. Cónstanos tambien que el hombre fué constituido por Dios por señor de estas criaturas inferiores, como dice el Salmista (1): *Todas las cosas, Señor, sujetasteis á los piés del hombre, las ovejas, los bueyes y ganados del campo, las aves del aire, y los peces del mar.* Pues siendo este gobernador fiel y leal á Dios, todas las criaturas tambien lo son, porque sirven á quien Dios ordenó que sirviesen; mas, por el contrario, si el hombre rebela, y es traidor y desleal contra el comun Señor, indignísima cosa es que las criaturas de Dios sirvan al traidor y enemigo de Dios; y cuanto es de su parte á todas hace traidoras y contrarias á Dios, pues sirven y militan debajo de la bandera de su capital enemigo. Y demas de esto perseverando el mundo en este estado, no conseguía Dios el fin que pretendía cuando lo crió, que era su gloria por medio del hombre; y era mal empleada y sin propósito, así la creacion del mundo, como la gobernacion de él. Porque ¿para qué fin se habían de mover los cielos con tanto orden y compas, y fructificar la tierra, y correr las aguas, y obedecer los animales de la tierra, los peces del mar y las aves del aire, y servir el sol, la luna, las estrellas, y las lluvias, y el rocío del cielo al hombre, si todo esto era proveer de vituallas y armas al deshonorador y enemigo de Dios, y aliado con el demonio su enemigo? Pues por esta causa no convenía á la gloria de la bondad y sabiduría de Dios, ni criar, ni gobernar al mundo perseverando el hombre en ese estado; pues esto era sustentar su enemigo, y hacer guerra á sí mismo. De donde se

(1) Psal., viii, 8 et 9.

infiere que, reducido el hombre á la obediencia y servicio de su verdadero Rey y Señor, todo el mundo, como dijimos, queda reformado y puesto en el órden que el Criador le señaló. Y añadido á esto, que aunque en el mundo no hubiese más que un hombre bueno, era muy bien empleado que toda la máquina del mundo perseverase en su curso, porque no faltase á un bueno lo necesario para su vida, aunque á cuenta de él gozasen los malos de estos beneficios; porque esto y más se debe á la gloria y dignidad del bueno; pues vemos cuántos bienes hizo Dios á los hijos de Lot y de Esaú (1), aunque eran idólatras, por amor de sus predecesores. Y navegando el Apóstol en un navío de gentiles (2), y levantándose una brava tormenta, donde todos se tenían ya por perdidos, mandóle Dios decir por un ángel, que todos llegarían á salvamento por amor de él. De manera que porque no pereziese un bueno, quiso el Señor que gozasen los malos del beneficio que á él se hacía. Pues reasumiendo ahora lo dicho, como por medio de la redencion de Cristo haya habido, no un sólo bueno, sino muchos millares de buenos en el mundo, como en el tratado pasado declaramos, con razon decimos que su venida fué reparacion del mundo, aunque no todo él sirve fielmente á su Criador; porque bastan los buenos que ha habido y hay en él; pues reducido el hombre á servicio de su Señor, todo el mundo fué reducido en él.

Por lo dicho parece claro no haber sido cosa indigna de aquella inmensa bondad hacer lo que hizo por el reparo de este tan grande y tan hermoso mundo que crió, que es por la salud de todos los siglos, presentes, pasados y venideros; porque á todos cupo parte de este remedio. Lo cual parecerá áun más claro si consideráremos la digni-

(1) Deut., II, 19-22.

(2) Act., XXVII, 23 et 24.

dad del hombre; el cual, aunque segun la condicion del cuerpo sea criatura tan baja, segun la dignidad del fin para que fué su alma criada, no es menor que los ángeles, como adelante veremos.

CAPÍTULO XXVI.

FRUTO VIGÉSIMO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES LA BIEN-AVENTURANZA DE LA GLORIA.

Quédanos ahora por declarar el postrer fruto del árbol de la Cruz, que es la bienaventuranza de la gloria: á la cual, como á último fin, se ordenan todos los frutos de las virtudes que hasta aquí hemos referido. Porque todos ellos son como escalones por los cuales subimos á aquella celestial ciudad de Jerusalem. Conforme á lo cual dice el Salmista (1), hablando de los justos, *que irán caminando de virtud en virtud hasta el Dios de los dioses en Sion.*

Este tan gran bien es fruto del árbol de la Cruz, pues nos consta que así este grande bien como todos los demas que se ordenan á él, nos fueron concedidos por los méritos de Cristo nuestro Salvador, mediante el sacrificio de su pasion. Lo cual testifica el Apóstol en la epístola escrita á los de Efeso, por estas memorables palabras (2): *Bendito sea Dios, y el Padre de nuestro Señor Jesucristo; el cual nos bendijo por Cristo en todo género de bendiciones espirituales para que gozásemos en el cielo con él; así como por él nos escogió ántes de la creacion del mundo, para que fuésemos santos, y libres de toda mácula de pecado en su acatamiento mediante la caridad.* El cual asimismo determinó de adoptarnos por hijos suyos por los méritos de su Hijo, segun el propósito y beneplácito de su voluntad,

(1) Psal., LXXXIII, 8.

(2) Ephes., I, 3-7.

para gloria y alabanza de su gracia, por la cual nos hizo gratos á sí por medio de su amado Hijo; por el cual alcanzamos la redencion y perdon de nuestros pecados. En las cuales palabras se ve cómo todos los bienes nos vinieron por este medianero, que el Padre eterno tuvo por bien de darnos. De modo que por él alcanzamos la redencion, por él la reconciliacion con el Padre, por él la satisfaccion de nuestras deudas, por él el perdon de nuestras culpas. El nos abrió las puertas del cielo, él quitó la espada que defendía la entrada del paraíso, él rompió el proceso de nuestros pecados. Por él fuimos elegidos ántes que criados, para ser puros y limpios en el acatamiento divino; por él adoptados por hijos y legítimos herederos de su reino; y por él fuimos predestinados y escogidos para ser bienaventurados; y por él finalmente se ejecuta esta predestinacion y determinacion de Dios, entregándonos la posesion del reino del cielo. Y esto es lo que el Salvador declaró á Nicodémus cuando le dijo (1): *Así como Moises levantó en alto la serpiente, así conviene que sea levantado el Hijo del hombre*; para que todo aquel que en él creyere, y creyendo le amare, no perezca, sino alcance la vida eterna. Y por el ser levantado en alto, entiende aquí ser puesto en una cruz, y sacrificado en ella; porque por el mérito de este sumo sacrificio se abrieron, como dijimos, las puertas del cielo, y se nos da la vida eterna. Por lo cual no quiso la divina Justicia que se abriesen estas puertas en los tiempos pasados, aún á los fieles escogidos y amigos suyos; así por no estar ofrecido este tan grande sacrificio y satisfaccion de la deuda comun del género humano, como tambien por dar el Padre eterno á entender que por el mérito de su Hijo se nos concedió este tan grande bien. Porque justo era que el que ganó

(1) Joan., III, 14 et 15.

la gloria para todos, gozase primero de las primicias de ella que todos. Por lo cual llama san Juan (1) á este Señor *primogénito de los muertos*, por haber sido el primero que entre todos los mortales gozó del fruto de la resurreccion. Despues de la cual resucitaron muchos de aquellos santos padres que esperaban por este día. Y así dice el mismo Señor en el Salmo hablando con su padre (2): *A mí están esperando los justos, para que me des el merecido galardón*. De donde se seguirá, que donde estuviere la cabeza estarán los miembros, y donde estuviere el cuerpo, ahí se juntarán las águilas (3); y así se cumplirá aquella peticion del Salvador, el cual hablando con su eterno Padre dice por san Juan (4): *Quiero, Padre, que estén conmigo donde yo estuviere los que tú me diste; para que vean la claridad, que es la gloria que me diste*. Pues, que tan grande sea este fruto del árbol de la Cruz, por el cual se nos da la bienaventuranza de la gloria perdurable, ¿quién lo podrá explicar, pues dice el Apóstol (5) *que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni corazón humano pudo comprender la grandeza de los bienes que tiene Dios aparejados para los que le aman?* Solamente se puede decir que éste es un bien universal que comprende todos los bienes que el corazón humano puede desear; y por esta causa no gastaremos ahora palabras en declarar la grandeza de él, mayormente habiendo hecho esto en otra parte. Solamente diré, que la grandeza del beneficio de nuestra redencion no se puede enteramente conocer en esta vida, hasta que lleguemos á la otra; en la cual gozando por infinitos siglos de inmensos bienes, veremos claramen-

(1) Apoc., i, 1.

(2) Psal., cxli, 8.

(3) Matth., xxiv, 28.

(4) Joan., xvii, 24.

(5) 1 Cor., ii, 9.

te lo que debemos á este Señor que con tantos dolores suyos nos compró y mereció este descanso. Para el cual conocimiento nos ayudará la vista de aquellas preciosísimas señales que quedaron en los piés, y manos, y costado del Salvador; para que entendamos que aquellas preciosísimas llagas fueron las puertas reales por donde entramos en el reino de los cielos.

Mas, entre tanto que este dichoso día se dilata, no hemos de cesar de dar gracias al Redentor por este sumo beneficio. Para lo cual debemos considerar tres cosas: conviene á saber, lo qué nos dió, y el medio por dónde lo dió, y la causa por qué lo dió. Lo que nos dió fué este sumo bien que hemos dicho; el cual comprende universalmente todos los bienes. El medio por dónde nos lo dió, fué mereciéndolo y comprándolo por el precio inestimable de su sangre, y de otros inmensos trabajos que en este mundo padeció (1). Mas la causa de lo uno y de lo otro fueron las entrañas de su misericordia, por las cuales tuvo por bien visitarnos viniendo de lo alto; pues como dice san Agustín (2), no lo trajeron del cielo á la tierra nuestros merecimientos, sino nuestros pecados. Lo cual nos representa aquella misteriosa piedra de Daniel (3), *que fué cortada del monte sin manos*; porque no vino del cielo á la tierra por nuestros merecimientos.

§ ÚNICO.

Conclusion de este tratado.

Estos son, cristiano lector, los frutos del árbol de la Cruz, y de aquella hermosa palma adonde la santa Espo-

(1) Luc., i, 77 et 78.

(2) De verb. Apól. Serm. VIII, cap. VII.

(3) Dan., ii, 34.

sa, que al principio propusimos (1), *deseaba subir para coger de ella estos frutos de vida*. Mas allende de estos hay otros innumerables que no se pueden comprender con palabras; porque todos los bienes espirituales, todos los remedios, y socorros, y medicinas que las almas reciben, de este glorioso árbol manan. Por lo cual con mucha razon exclama san Crisóstomo en un sermón que hace de la Cruz, diciendo así (2): La Cruz es esperanza de los cristianos, resurrección de los muertos, guía de los ciegos, báculo de los cojos, consolación de los pobres, freno de los ricos, destrucción de los soberbios, tormento de los malos, triunfo contra los demonios, ayo de los mozos, gobernadora de los que navegan, puerto de los que pelinegran, y muro de los cercados. La Cruz es padre de los huérfanos, defensión de las viudas, consiliario de los justos, descanso de los atribulados, guarda de los pequeñuelos, luz de los que moran en tinieblas, magnificencia de los reyes, escudo de los pobres, sabiduría de los simples, libertad de los siervos, y filosofía de los emperadores. La Cruz es pregon de los profetas, predicación de los apóstoles, gloria de los mártires, abstinencia de los monjes, castidad de las vírgenes, y alegría de los sacerdotes. La Cruz es fundamento de la Iglesia, destrucción de los ídolos, escándalo de los judíos, perdición de los malos, fortaleza de los flacos, medicina de los enfermos, pan de los hambrientos, fuente de los sedientos, y abrigo de los desnudos. Estos títulos tan gloriosos atribuye este Santo al árbol de la Cruz, para representarnos por ellos la eficacia de su virtud. Por lo cual con mucha razon lo compara la Esposa con el árbol llamado nardo, que da de sí bálsamo (3),

(1) Cant., vii, 8.

(2) Hom. de Cruce Dom.

(3) Cant., i, 12.

porque donde nosotros leemos: *Racimo de Chipre es mi amado para mí en las viñas de Engadí*, en lugar de racimo lee san Ambrosio (1) nardo, que es un árbol pequeño, el cual nace en estas viñas, y como dice el mismo Santo sobre este paso, es de esta calidad, que siendo punzado produce de sí gotas de un bálsamo muy oloroso. Lo cual convenientísimamente atribuye este Santo á Cristo puesto en la Cruz; el cual estando allí herido con clavos, azotes y espinas, nos dió el bálsamo suavísimo y olorosísimo de la gracia, y de la redencion y perdon de los pecados, y de todos los otros frutos de vida que aquí hemos referido. Por lo cual el mismo Santo sobre el Salmo treinta y seis declarando aquel paso de san Juan (2): *Lo que fué hecho en él, era vida*, dice que en Cristo hay una cosa que no fué hecha, que es su gloriosa divinidad; y otra que fué hecha, que es su santa humanidad. Pues de ésta dice que lo que fué hecho en él, era vida. Porque la carne que fué hecha en él, es vida; y la muerte que fué hecha en él, es vida; y las heridas que fueron hechas en él, son vida; y los escarnios que fueron hechos en él son vida; y la venta que fué hecha en él, es vida. Porque siendo vendido por Júdas y comprado por los judíos para la muerte, fuimos redimidos para la vida. Esta es, pues, la vida que fué hecha, es la vida que apareció en el mundo, porque él era ante todo principio, nació despues para ser vida de los mortales. Este es aquel grano de que el mismo Señor dijo (3): *Si el grano de trigo que cae en tierra, no muere, él sólo permanece; mas si fuere muerto, dará mucho fruto*: no uno sólo, sino todos éstos que hasta aquí hemos referido, con otros que por lengua humana no

(1) Psalm. cxviii. Oct. 3.

(2) Joan., i, 4.

(3) Ibid., xii, 24 et 25.

pueden ser contados. Y conforme á esto escribe Sozomeno, uno de los tres historiadores de la Tripartita, que un varon noble llamado Probiano tuvo la cruel enfermedad de la gota, á que los médicos no saben dar remedio; é yendo á la iglesia de San Miguel, donde se hacian muchos milagros, fué de ella librado, apareciéndole este glorioso arcángel. Y fué así que siendo primero pagano, se convirtió, pero no del todo. Mas aparecióle el mismo arcángel, y mostróle la señal de la Cruz que ahora está en el altar de la dicha iglesia de San Miguel, afirmándole que, despues que Cristo fué crucificado en ella, todo cuanto Dios ha hecho para salud y remedio del género humano, fué por virtud de esta Cruz digna de ser adorada.

Pues qué resta ahora, sino que considerando por una parte todos estos frutos admirables que se cogen del árbol de la santa Cruz, y por otra la inefable clemencia del Salvador, que por un medio de tanta humildad y de tantos trabajos nos quiso hacer tantos bienes, empleemos toda la vida en darle gracias por la que nos dió, y mucho más por el medio por donde nos lo dió, que fué sujetándose aquella soberana Majestad á tantas y tan grandes injurias, las cuales declara san Agustin por estas palabras: Hízose hombre el Hacedor de los hombres, y vino á mantenerse con leche el que rige las estrellas: para que de esta manera el pan tuviese hambre, y la fuente padeciese sed, y la luz durmiese, y el que era camino se cansase, y la verdad con falsos testigos fuese acusada, y el juez de los vivos y muertos fuese injustamente juzgado, y la inocencia fuese con azotes castigada, y el racimo fuese de espinas coronado, y el que era fundamento del mundo fuese colgado de un madero, y el poder de Dios fuese enflaquecido, y la salud herida y la vida muerte: hasta aquí son pala-

bras de san Agustin. Mas Eusebio Emiseno (1), declara la grandeza de este beneficio, haciendo comparacion de este beneficio de la redencion con el de la creacion, y así dice: Descendió el Hijo de Dios del trono alto del cielo á visitar los que estábamos en la tierra. Recibió nuestros males para hacernos participantes de sus bienes. Por donde podremos entender cuánto amó á su siervo ántes de la culpa, pues así lo glorificó despues de la caída. De modo que más nos restituyó su gracia, que lo que nos había dado la naturaleza, grande señal del amor que tuvo Dios al hombre, fué cuando entre los principios del mundo el siervo recibió la imágen de su Señor; mas mucho mayor cosa fué que en el proceso del mundo el Señor recibiese la imágen del siervo. Grande beneficio fué que el piadoso Criador infundiese de sí el espíritu de vida en el cuerpo de su criatura; pero mayor misericordia fué que en el beneficio de la redencion, no sólo le dió sus cosas, mas tambien se dió á sí. Gran cosa fué haber querido este Señor que yo fuese obra suya; pero mayor fué que el Señor de la majestad se hiciese precio mío; pues tan copiosamente redimió al hombre, que el mismo Dios se dió por él. Mucho fué lo que la malicia del demonio nos quitó, pero mucho más fué lo que la gracia de Cristo nos restituyó. Finalmente, grande fué la largueza del Criador cuando al hombre recién criado del cieno de la tierra, puso en los deleites del paraíso; pero mayor gracia fué sacarlo del profundo del infierno, y traspasarlo al reino del cielo. Lo susodicho es de Eusebio.

Mas porque el conocimiento de este sumo beneficio es un grande incentivo y estímulo del amor de Cristo, en el cual consiste todo nuestro bien, parecióme que despues de haber tratado de los frutos del árbol de la Cruz, sería cosa

(1) Euseb. Emis. hom. vi, de Symb.

conveniente traer aquí algunas de las principales figuras con que el Espíritu Santo desde el principio del mundo, en todos los siglos pasados y en todos los patriarcas y sacrificios, quiso por una manera maravillosa figurarnos y dibujarnos el misterio de Cristo. Porque estas figuras sirven grandemente para declararnos la grandeza de este beneficio y asimismo la grandeza de la caridad con que este Señor nos amó. Alguna de las cuales de tal manera son figuras y tan al propio representan este misterio que más parecen profecías que figuras, ó historias de cosas pasadas, como en el proceso se verá.

TRATADO SEGUNDO DE ESTA TERCERA PARTE.

CAPÍTULO XXVII.

DE LAS FIGURAS QUE EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS REPRESENTARON LA VENIDA Y EL MISTERIO DE CRISTO.

No se contentó el Espíritu Santo con tantas profecías y señales que precedieron el misterio de Cristo; mas quiso tambien representarlo desde el principio del mundo en todos los patriarcas y sacrificios y en todas las cosas del Testamento Viejo: las cuales, como el Apóstol dice (1), *eran figura de los misterios del Nuevo*. Es esta materia muy copiosa por ser muchas las figuras, y tener cada una mucho que ponderar y sentir en ella: tanto que algunas personas devotas meditan la vida y pasion de nuestro Sal-

(1) I Cor., 10 et 11.

vador, procediendo por estas figuras, sacando miel de suavisima devocion encerrada en los panales de estas figuras.

Este ejercicio, segun escribe Filon, nobilísimo filósofo platónico, tenían los fieles que moraban en Alejandría, los cuales vivían vida santísima, de los cuales escribe que entendían las santas Escrituras, no sólo segun lo que suena la letra, sino tambien considerando el sentido espiritual de ella. Porque juzgaban de la ley como de cualquier animal que tiene cuerpo y alma. Y así decían que la letra de la santa Escritura era como el cuerpo que á la vista se representa, mas que este cuerpo tenía su alma, que es el sentido espiritual: el cual hallaban penetrando sutilmente como por una vidriera, los maravillosos secretos de la santa Escritura. Para lo cual es de saber que sola la santa Escritura tiene esta preeminencia entre todas las otras, porque en las otras las palabras declaran la intencion y sentido del que las pronunció ó escribió; mas en las santas Escrituras, no sólo las palabras, mas tambien las mismas cosas explicadas por las palabras, tienen su significacion diferente de lo que las palabras suenan. Porque Dios, en cuyas manos está el proceso y curso de todas las cosas, las ordena y traza de tal manera, que tengan su propia significacion, como se verá por las figuras siguientes. Y esto que así representa, es lo que llamamos sentido espiritual.

Tambien se ha de advertir que en estas figuras de Cristo que pertenecen al sentido espiritual, que llaman alegórico, comunmente se representa el beneficio y remedio que nos vino por él; mas en otras, demas de-esto, se nos declara lo que de nuestra parte debemos hacer para que se nos aplique la virtud de este remedio. Y conviene que el discreto lector ponga los ojos en ambas cosas; porque si se empleare todo en una sola consideracion del re-

medio, hacerse ha flojo y descuidado, librando toda su salud en las espaldas y trabajos de Cristo, y olvidándose de la parte que á él cabe de su trabajo, que es el engaño de los hombres perdidos y desalmados.

Y dado caso que estas figuras no sean pruebas y argumentos eficaces y suficientes para probar el misterio de Cristo, mas todavía sirven grandemente para darnos más claro conocimiento del beneficio inestimable de nuestra redencion; el cual conocimiento cuanto es mayor, tanto nos da mayores motivos para todas las virtudes, y especialmente para dos muy principales, que son esperanza y amor. Porque ¿á quién tengo yo de amar, en quién tengo más de confiar, que en un Señor que tanto bien me hizo, tanto me amó, y tales entrañas de bondad y misericordia me descubrió, como fué morir por mí? Pues para este fin quiso el Espíritu Santo que se representase este sumo beneficio en todas estas figuras, y para esto mismo las referiremos aquí.

Presupuesto este pequeño preámbulo, trataremos aquí, no de todas las figuras de Cristo, porque esto sería cosa infinita, pues todo el Testamento Viejo es figura del Nuevo, sino de algunas más principales; y esto con toda brevedad. Porque escribir cuanto hay que sentir en cada figura, sería cosa muy prolija. Por tanto, no haré aquí más que apuntar brevemente las cosas, dejando la dilatacion y sentimiento de ellas al discreto y piadoso lector. Y aunque algunas de estas figuras estén declaradas en nuestros sermones, con todo eso fué necesario repetir aquí algunas de ellas, porque no quedase esto argumento imperfecto y manco, si en él faltasen las figuras que junto con las profecías sirven á este misterio. Algunas de las cuales de tal manera lo representan, que más parecen profecías claras que figuras.

§ I.

Figura de la formacion de Eva.

Entre las cuales la primera y más antigua es la formacion de la primera mujer: en la cual aquel soberano Señor, á quien todas las cosas están presentes, ántes aún del pecado representó el remedio que le había de venir por Cristo. Porque, como refiere la Escritura (1), queriendo formar esta mujer, echó un sueño en Adán, y sacóle una costilla, en lugar de la cual le puso carne, y de aquella costilla formó la mujer, y trájola á Adán, á la cual él dijo: Este es hueso de mis huesos, y carne de mi carne. Por ésta dejará el hombre padre y madre, y hará vida con su mujer, y serán dos en una carne. Pues ¿qué hombre habrá tan rudo, que no piense haber misterio en esta formacion de la mujer? Porque si Dios crió al hombre de la tierra, ¿por qué no crió á la mujer del mismo elemento? Y ya que esto no quería, ¿á qué propósito la formaba de la costilla del hombre? Y ya que le quitaba la costilla, ¿por qué no le puso otra en lugar de ella, sino hinchó aquel vacío de carne? Pues como Dios sea sabiduría infinita, clara cosa es que nada de esto hizo sin propósito y sin misterio. Aquí, pues, primeramente nos representa la formacion de la Iglesia, sacada del lado de Cristo. Porque estando él durmiendo en la cama de la Cruz el sueño de la muerte, le abrieron el costado con una lanza, del cual manó agua y sangre: la sangre para rescate de nuestro cautiverio, y el agua para purificacion de nuestras almas, la cual se obra mediante la virtud de los sacramentos, que de aquí manaron; los cuales dan á la Iglesia el sér espiritual que tienen, mediante el cual se hace ella Esposa

(1) Genes., II, 21.

amantísima de Cristo; y la causa de este amor es ver á sí mismo en ella, que es ver su mismo espíritu, y su gracia, y ver que manó de su propio costado; porque así como aquel primer hombre amó á su mujer con grande amor, porque entendió por revelacion de Dios que había salido de su sustancia; así Cristo amó la Iglesia con incomparable amor, por ver que tambien ella procedió de él; porque no la ama como cosa extraña y ajena de sí, sino como á cosa que le salió de sus entrañas. Por lo cual entenderemos la grandeza del amor que Cristo tiene á la Iglesia, y á todas las almas que están en gracia. Y por esto el Apóstol declarando esta figura, dijo (1): *Este sacramento es grande, entendido de Cristo, y de la Iglesia, Esposa suya.*

Y no es ménos de considerar que en esta formacion pusieron en la mujer hueso fuerte, y en el hombre la carne flaca, para significar que la fortaleza que tiene la Iglesia le vino de Cristo, y la flaqueza que vemos en Cristo, le vino de la Iglesia, esto es, de nuestra flaca humanidad. Y por esto los mártires iban esforzados á la pasion, por lo que tenían de Cristo, y Cristo temió ántes de la suya, para mostrar la flaqueza que de nuestra parte tenía.

§ II.

De la muerte de Abel.

Tras de esta figura se sigue luégo otra en la muerte del inocente Abel (2): al cual mató su hermano Cain; y la causa de lo matar fué, como dice san Juan (3), *porque sus obras eran malas, y las del hermano buenas*: de modo que envidia fué la causa de este tan cruel maleficio, pues

(1) Ephes., v, 12.

(2) Genes, iv, 8.

(3) 1 Joan., iii, 32.

de esta manera el pueblo de los judíos, hermano de Cristo segun la carne, le procuró la muerte; porque la doctrina y santidad de su vida condenaba la mala vida de sus enemigos. Mas como la sangre del inocente Abel daba voces á Dios pidiendo justicia, así la sangre de Cristo, aunque pide misericordia para los verdaderos penitentes y humildes, tambien pide justicia para los incrédulos y rebeldes. Mas veamos cuál fué la justicia y sentencia de Dios. La sentencia fué decir á Cain: Andarás derramado y como fugitivo sobre la tierra, que abrió su boca y recibió la sangre de tu hermano derramada por tí. Esta sentencia de Dios vemos ejecutada el día de hoy en aquella parte de judíos que permanecen en su incredulidad: los cuales andan derramados por todas las naciones del mundo, ya en tierras de turcos, ya de moros, ya de gentiles, ya de cristianos, sin tener rey, ni sacerdote, ni templo, ni república, ni tierra que sea suya. En lo cual se ve claro el cumplimiento de aquella maldicion que ellos mismos echaron sobre sí al tiempo de la pasion del Salvador, diciendo: La sangre suya sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos. La cual maldicion es un linaje de milagro y profecia que ha corrido y corre por todas las edades y siglos. Porque las otras profecias se cumplieron una vez en su tiempo; mas ésta se cumple siempre.

§ III.

Figura de Noé.

Otra figura fué Noé (1), el cual despues del diluvio plantó una viña, y bebiendo del vino de ella, se embriagó y cayó en tierra de tal manera, que quedó descubierto. Lo cual como viese el menor de sus tres hijos, fuélo á

(1) Genes., ix, 20.

decir á sus hermanos, no sin risa y donaire de ver así caído al viejo. Entónces los dos hijos mayores, tomando una capa sobre sus hombros, y andando hacia atras vueltas las espaldas al padre, dejaron caer la capa sobre el padre desnudo, y así cubrieron honestamente su desnudez. Pues como despertase Noé de aquel sueño, y supiese lo que los tres hijos habían hecho, maldijo al hijo menor que le había escarnecido, y bendijo á los dos que le habían cubierto y honrado. Este santo patriarca, que conservó el mundo con el arca de madera que fabricó (1), nos representa al Hijo de Dios, que con el madero de la santa Cruz salvó y redimió el mundo. De este Noé, cuando nació, dijeron sus padres (2): *Éste nos consolará en los trabajos de la tierra, que fué maldita por el Señor*; lo cual mucho más pertenece á Cristo nuestro Salvador, que es único remedio y consuelo en los trabajos y miserias de este destierro á que fuimos condenados. Pues este espiritual Noé plantó una viña. Esta viña, como dice Isaís (3), fué la casa de Israel; *la cual, habiendo de dar uvas, dió ajenjos*, que es fruta amargosa y desabrida, y así esta viña embriagó al Señor, que la plantó, con el vino de la pasión. El cual, durmiendo en la Cruz el sueño de la muerte, quedó desnudo; porque entónces con su muerte se descubrió la bajeza de la naturaleza humana que por nosotros había tomado. En este tiempo el desventurado Cam, hijo menor, que representa el pueblo de los judíos, escarneció de su padre, como lo hicieron los fariseos y pontífices, los cuales al tiempo que el Salvador estaba desnudo en la Cruz, meneando las cabezas decían (4): *A otros hizo salvos, y*

(1) Genes., vii, 13.

(2) Ibid., v, 29.

(3) Isai., v, 2; xvii, 11.

(4) Matth., xxvii, 42.

¿si no puede salvar. Si es rey de Israel, descienda de la Cruz y creeremos en él. Mas los otros dos hijos de este Patriarca, que son los dos pueblos de judíos y gentiles que recibieron la fe, y conocieron este Señor, cubrieron aquella desnudez de su padre, creyendo y confesando que aquella pasion no era defecto, sino sacramento y remedio del género humano. Maldijo Noé al hijo menor, que representa la persona de los judíos, condenándolo á perpetua servidumbre: lo cual vemos cumplido hasta hoy en esta parte del pueblo que todavía permanece en su incredulidad; la cual anda descarriada por el mundo, viviendo en gran miseria y servidumbre. Mas, por el contrario, bendijo á los otros dos hijos que lo honraron: los cuales representan al pueblo fiel de ambas naciones, que son judíos y gentiles; y la bendicion que les da es hacerlos en esta vida partícipes de su providencia y gracia, y en la otra á perpetua felicidad y gloria.

§ IV.

Del sacrificio de Abrahan.

Otra figura maravillosa fué el sacrificio de Abrahan (1), el cual por mandamiento de Dios iba á un monte á sacrificar su hijo. Mas al tiempo del sacrificio mandóle Dios que tuviese la espada queda; porque ya en esto había demostrado la fineza de su virtud y obediencia. Pues por este precioso sacrificio prometió Dios al santo patriarca debajo de un solemne juramento tantos hijos como las estrellas del cielo, y como las arenas del mar; porque así suele Dios pagar los servicios que se le hacen. ¡Qué retrato es tan hermoso, en que aquel pintor del cielo retrató el misterio de nuestra redencion! Porque aquí primeramente se

(1) Genes., xii, 10.

nos representa, que así como por el mérito de aquel sacrificio tan señalado prometió Dios al patriarca Abraham tan gran número de hijos, así por aquel divinísimo sacrificio de Cristo, ofrecido en el altar de la Cruz por obediencia del Padre eterno, le fueron prometidos innumerables hijos, no segun la carne, sino segun el espíritu, los cuales, participando la virtud de su espíritu, imitarían la pureza de su vida. Y esto es lo que significó el profeta Isaías, cuando dijo (1), *que si este Señor ofreciese su vida por el remedio de los pecados, veria hijos de luenga edad*, esto es, espirituales hijos en todas las edades del mundo, y la voluntad del Señor sería encaminada por su mano. Este es, pues, el día de Cristo, que como él dice en el Evangelio (2), *vió Abraham y se alegró en verlo ; porque conoció el fruto inestimable que de él se había de seguir*.

Ni es ménos dulce cosa considerar aquí de la manera que iban al monte padre é hijo. Porque el padre llevaba el fuego y el cuchillo para sacrificar al hijo, y el hijo la leña en que había de ser sacrificado. Pues ¿qué es esto, sino representarse aquí la imágen y las causas de la passion del Salvador? Cuchillo y fuego, ¿qué son sino justicia y amor? Estas dos virtudes contendian en el pecho del Padre eterno, cada cual en su manera. Porque la justicia decía que castigase al pecador, y el amor que lo perdonase. Pues estas dos virtudes redujo á concordia el Hijo de Dios, ofreciendo su muerte no debida, por la que todo el género humano debía; y de esta manera el pecado quedó castigado, y el pecador perdonado. Donde es cosa muy devota ver aquel humilde mancebo caminar por aquella ladera del monte, llevando sobre sus hombros la leña en que había de ser sacrificado y contemplar en esta figura

(1) Isai., LIII, 10.

(2) Joan., VIII, 56.

con los ojos del alma á nuestro inocentísimo y clementísimo Isaac, caminando al monte Calvario, llevando sobre sus sacratísimos hombros, molidos con tantos azotes, el madero de la cruz en que había de ser crucificado; *en el cual iba el peso de todos nuestros pecados*, como dice san Pedro (1).

§ V.

Figura de Jacob.

Mas así como este santo patriarca Isaac fué figura de Cristo, así tambien lo fué su hijo Jacob, padre de las doce tribus. El cual, vestido de ropas muy ricas y olorosas, y cubierto el cuello y las manos con pieles de cabrito, ofreciendo una sabrosa comida á su padre, y dándole tambien vino con ella, recibió de él una copiosísima bendicion. Porque sintiendo el santo viejo el olor de sus vestiduras (2), y recreado con el olor de ellas, comenzó á pedir á Dios para el hijo bienes del cielo y de la tierra. Las cuales peticiones, no sólo eran peticiones, sino tambien profecías de lo que estaba por venir. Y fué tan larga y tan copiosa esta bendicion, que no sólo comprendió al hijo, sino tambien á todos los que con él estuviesen aliados. Y así al cabo dijo: El que te bendijere, sea bendito: el que te maldijere, sea lleno de maldiciones. Esta es la historia de la bendicion. Mas ¿á qué proposito revelaba el Espíritu Santo estas menudencias á Moises, y quería que fuese parte de la santa Escritura, si no nos quisiera representar aquí el misterio de la bendicion de Cristo, á quien toda la Escritura se ordena? Pues ¿qué comida es ésta tan sabrosa, sino aquel banquete real que el Hijo de Dios ofreció á su eterno Padre en la mesa de la Cruz, lleno de todas las vir-

(1) I Pet., II, 34.

(2) Genes., XXVII, 27.

tudes? Y ¿qué vino es éste tan precioso, sino la caridad de nuestro clementísimo Redentor, por la cual se ofreció á satisfacer por todas las deudas del género humano con el sacrificio de la Cruz? Y ¿qué nos representa el olor suavísimo de las ricas vestiduras de que Jacob iba vestido, sino el agradecimiento que el Padre eterno recibió con el olor suavísimo de las virtudes de aquel Hijo, de quien él dijo (1): *Este es mi Hijo muy amado, en quien yo mucho me agradé?* Ni carecen de misterio las pieles de cabrito con que Jacob iba disfrazado. Porque ellas nos representan la imagen de pecador con que el Hijo de Dios encubrió la persona que era; pareciendo pecador el que era justo, y puro hombre el que era verdadero Dios. Pues por el mérito de esta tan grande humildad, como fué tomar aquel espejo de inocencia imagen de pecador, mereció absolucion y perdon para todos los pecadores, si ellos por su parte se dispusieren para recibirla. Porque este Señor no recibió la bendicion para sí sólo, sino para todos los que obedeciesen á sus santos mandamientos, como dice el Apóstol (2), lo cual nos declara la suma y remate de esta bendicion, que se concluye diciendo: *El que te bendijere será bendito, y el que te maldijere será lleno de maldiciones.* Las cuales palabras cierto es que no convienen á Jacob, á quien se dijeron, sino á sólo el Hijo de Dios, que de él había de nacer; porque quien á este Señor amare será de Dios bendito, y quien no le amare será maldito, como el Apóstol dice.

Tambien la lucha de este patriarca con el ángel es muy principal y muy misteriosa figura de la obra de nuestra redencion. De quien se escribe en el Génesis (3), que

(1) Matth., xvii, 5.

(2) Galat., iii, 8. Hebr., v, 5.

(3) Genes , xxxii, 24 et 25.

pasado el rio Jordan con toda su familia, le apareció un hombre, el cual estuvo luchando con él toda la noche hasta la mañana. Y viendo este hombre que no lo podía vencer, tocóle un nervio del muslo, ó como otros trasladan, tocó en la latitud ó anchura del muslo; el cual luégo se secó, y díjole: Déjame que ya quiere amanecer. Respondió Jacob: No te dejaré sino me das tu bendicion; y luégo allí lo bendijo. Y preguntándole Jacob por su nombre, respondió: ¿Para qué preguntas por mi nombre, que es admirable? Y llamó Jacob á aquel lugar Fanuel, diciendo: Ví al Señor cara á cara, y fué hecha salva mi alma. Pues qué hombre habrá tan rudo, que no vea estar toda esta historia llena de misterios? En la cual no hay palabra que no tenga su significacion, la cual Eusebio Emiseno declara de esta manera (1): ¿Qué misterio dice él es este, que el que es vencido bendiga, y el que pensaba haber vencido quedase cojo? Pues por Jacob entendemos al pueblo de los judíos, que de él descendió; y por el ángel que apareció á Jacob, la persona de nuestro Redentor. Vemos, pues, aquí vencido el ángel que representaba á Cristo, y haber vencido Jacob, que representaba al pueblo de los judíos. Los cuales prevalecieron contra Cristo cuando le crucificaron. Mas con todo eso, siendo este espiritual Jacob el vencedor, pide al vencido que le bendiga, diciendo: No te dajaré sino me das tu bendicion. Pues ¿qué misterio es este, que el vencido en esta lucha sea poderoso para dar la bendicion? Claramente se nos muestra aquí la excelencia de Cristo: el cual, siendo crucificado, redimió á los mismos que lo crucificaban. De modo que bendijo siendo vencido, y libró habiendo padecido, y intervino por nosotros el que parecía reo, y absolviónos el que había sido condenado. Mas ¿qué cosa es, que despues de la

(1) Euseb. Emis homil., VIII, de Pasch.

lucha Jacob recibiendo la bendicion cojea de un pié, quedándole el otro sano? Esto quiere decir que de Jacob, que representa el pueblo de los judíos, una parte había de creer y otra no había de creer. Y lo que dijo el ángel: Déjame. porque ya sube la mañana, nos representa que pudo el Salvador ser vencido de la muerte, mas no detenido de ella. Y por eso, despues de pasada la noche trabajosa de la Pasion, promete que luégo se seguirá la mañana clara de su gloriosa resurreccion.

§ VI.

Figura de José, hijo de Jacob.

Este santo patriarca tuvo doce hijos, y entre ellos uno muy querido, que fué José, en el cual muy al propio nos representó el Espíritu Santo el misterio de Cristo (1). Porque los hermanos de José por la envidia y odio que contra él tenían, por verle más amado de su padre, yéndolos el mozo á visitar al campo, determinaron de matarlo. Y para esto primeramente lo desnudaron de una vestidura que el padre le había hecho de diversos colores; y finalmente lo vendieron á los ismaelitas, que á la sazón pasaban por allí, por veinte dineros que por él les dieron. Y tiñendo esta ropa en la sangre de un cabrito, la enviaron á su padre, para que viese si aquella ropa era de su hijo. Todo esto con lo demas que se siguió, cuadra maravillosamente con el misterio de Cristo nuestro Salvador. Porque á José primeramente vendieron sus hermanos por veinte dineros; y Cristo fué vendido de uno de sus discípulos por treinta dineros. Los hermanos de José le desnudaron de aquella ropa de muchos colores que su padre le había hecho; y los judíos que eran hermanos de Cristo

(1) Gen., xxxvii.

segun la carne, le desnudaron de aquella hermosísima vestidura de su humanidad, que el Padre eterno habia adornado con la hermosura y colores de todas las virtudes. Aquéllos tiñeron esta vestidura de José en la sangre de un cabrito que mataron; y éstos tiñeron la ropa de la humanidad de Cristo con la sangre que él derramó por los pecados del mundo figurados en el cabrito. Estando José en la cárcel, y dos hombres presos con él (1), á uno juzgó á vida y á otro á muerte; y Cristo hizo lo mismo con los dos ladrones que con él estaban crucificados (2). Aquéllos metieron á José en un pozo; y éstos pusieron á Cristo en el sepulcro despues de crucificado. José salió vivo de este pozo; y Cristo resucitó vivo y glorioso del mismo sepulcro; á José compraron los ismaelitas, y lo llevaron á Egipto; y los apóstoles que por Cristo dejaron todas las cosas, le predicaron por todo el mundo. Fué ensalzado José en Egipto (3); y Cristo fué creído y adorado en el mundo. José hizo que hubiese gran abundancia de trigo en Egipto; y Cristo hinchó el mundo en su doctrina, que es verdadero pan y mantenimiento de las almas. Venían los pueblos de todas las partes á comprar pan á Egipto para sustentar sus vidas; y así vinieron diversos pueblos y naciones del mundo á la Iglesia de Cristo á recibir su religion y doctrina. Finalmente, los hermanos de José, que primero lo habian maltratado y vendido (4), *vinieron al cabo á adorarlo* y reverenciarlo; y así han venido muy gran parte del pueblo de los judíos á confesar y adorar á Cristo despues de la conversion del mundo. Finalmente, los hermanos de José, determinaron de vender-

(1) Luc., xxiii, 39-41.

(2) Gen., xl, 3.

(3) Ibid., xli, 40-43.

(4) Ibid., xlii, 6.

lo para estar seguros de su señorío; y eso mismo ordenó la sabiduría divina para hacerlo señor de ellos. Y así también los príncipes de los sacerdotes tomaron por medio condenar á Cristo para asegurar su reino, mas eso mismo tomó Dios por medio para destruirlo; porque por ese pecado fué de ahí á pocos días por los romanos destruído. No faltaba más para el cumplimiento y perfeccion de esta figura, sino la conveniencia del nombre de José con el de Cristo, y tampoco esa faltó; porque el rey Faraon, visto que por su providencia se remedió el mundo para que no pereciesen las gentes de hambre, púsole por nombre en su lengua *Salvador del mundo* (1). Lo cual ya se ve cuán al propio pertenece á Cristo nuestro único Salvador y reparador, el cual mantiene y sustenta las almas de los justos en la vida espiritual con el pan de su doctrina, y muy más particularmente con aquel suavísimo pan que descendió del cielo, el cual se nos administra en el Sacramento del altar.

§ VII.

Figura de Jonas.

Jonas tambien entre los profetas por una nueva manera figuró la muerte y la resurreccion del Salvador, como él mismo lo dijo por estas palabras (2): *Así como estuvo Jonas en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el corazon de la tierra tres días y tres noches.* Pues declarando las particularidades de esta figura, consideramos que Jonas fué por Dios enviado á la gran ciudad de Ninive á predicar que dentro de cuarenta días habia de ser destruída (3); y Cristo fué

(1) Gen., xli, 45.

(2) Matth., xii, 40.

(3) Jon., i, 2, 3, 4.

por el Padre eterno enviado á la gran ciudad de este mundo á predicar día de salud, y tambien de juicio: porque lo uno y lo otro, como dice el Apóstol (1), predica el Evangelio. Jonas pidió á los navegantes que lo echasen en el mar, para que muriendo él, se salvaran ellos; y Cristo voluntariamente se ofreció á la muerte, para que por el mérito de ella escápasemos todos de la muerte, y gozásemos de la vida eterna. Dijo Jonas estando en el vientre de la ballena (2): *Arrojásteme, Señor, en el profundo de mar, las aguas me cercaron por todas partes, y todos tus golfos y olas tuyas pasaron por mí, é yo dije: Desechado estoy de tu presencia*; y sobre Cristo cargaron tan de lleno en lleno todas las ondas y tormentas de la indignacion que Dios tenía concebida por los pecados del mundo, que vino á decir en la cruz aquellas palabras semejantes á las de Jonas (3): *Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me desamparaste?* Echado Jonas en el mar, súbitamente cesó toda la fuerza de aquella brava tormenta; y ofrecido Cristo á la muerte por los pecados del mundo, cesó todo el furor que la divina Justicia tenía concebido contra ellos. Porque esta sola muerte, por razon de la dignidad de la divina persona que la padecía, fué más eficaz para satisfacer á esta deuda, que todas las muertes del mundo. Jonas decía en su oracion (4): *Quítame, Señor, la vida, porque mejor es para mí morir que vivir*. Y esto mismo puede decir el Salvador; porque viviendo no salvó ni una sola gente, mas muriendo redimió el género humano. El pez recibió á Jonas, y no le comió; y teniendo el vientre lleno de manjar, padece hambre, y espantase de ver cómo no pue-

(1) Rom., I, 16.

(2) Jon., II, 4 et 5.

(3) Matth., XXXII, 46.

(4) Jon., IV, 3.

de tocar en la presa que tiene. Pues, ¿quién es éste que en las garganas de la bestia hambrienta puede ser recibido y no comido? ¿quién es éste que entre tan grandes peligros está seguro, y dentro del abismo de las aguas goza de aires de vida, y hace que la cruel muerte, bestia que nunca se harta, tiemble de la presa que tiene? Tiembla, digo, porque aunque lo había visto crucificado, sabía que no era culpado; porque la pena no hace al hombre culpado, sino la causa. Este es, pues, nuestro clementísimo Salvador, á quien pudo matar la muerte, mas no le pudo tener en su reino; ántes muriendo él mató la muerte, que á nadie perdonaba. Y de esta manera, de las mismas entrañas de la muerte salió vencedora la vida.

Tambien es figura de la resurreccion del Salvador aquel hierro que nadó en las aguas del Jordan (1). Porque cortando leña uno de los hijos de los profetas, ribera de este río, desenastóse el hierro, con que la cortaba, del ástil, y cayó en el agua. Entónces dió voces este mozo al profeta Eliseo que presente estaba, alegando que aquel instrumento con que hacía leña, era prestado. Mandó luego Eliseo que arrojase el ástil en el agua, y esto hecho el hierro que estaba sumido en las aguas vino nadando á lo alto, y enastóse en el madero como estaba de ántes. Pues aqui tambien se nos representa el misterio de la santa resurreccion del Salvador. Porque de esta manera, espirando él en la Cruz, se apartó el alma santísima de aquel sagrado cuerpo, y quedando él en el sepulcro, el alma ayuntada al Verbo divino, como hierro fuerte bajó á quebrantar las puertas y fuerzas del infierno, y sacó de allí las almas de los santos Padres que lo estaban esperando. Y acabada esta hazaña tan gloriosa, volvió aquella alma poderosa, como el hierro del Profeta, á enastarse y juntarse con el

(1) IV Reg., v, 5-7.

sagrado cuerpo, que fué el día de su gloriosa y triunfante resurreccion.

§ VIII.

Figura de Sanson.

Entre los jueces tambien Sanson en muchas cosas fué figura de nuestro Redentor; porque Sanson primeramente, contra la forma de la ley, casó con una mujer extranjera, de linaje de los filisteos (1); y Cristo tomó por esposa la Iglesia, recogida del linaje de los gentiles. Sanson mató un leon, y Cristo destruyó el poder del principe de este mundo; que en todo él era adorado; el cual á manera de leon rodea por todas partes buscando á quien trague. Sanson halló en la boca de este leon que mató un panal de miel, del cual él comió con mucho gusto; y Cristo sacó de la boca del enemigo toda aquella gloriosa compañía de los santos Padres que estaban detenidos en su reino; cuya liberacion y descanso fué para él más dulce que el panal de la miel. Sanson levantándose á la media noche tomó las puertas de la ciudad de Gaza, y púsolas en la cumbre de un monte (2); y Cristo levantándose á la media noche del sepulcro, y quebrantando las puertas del infierno, de ahí á los cuarenta días subió en cuerpo y alma gloriosamente á lo más alto del cielo. Finalmente Sanson mató más enemigos muriendo que viviendo; y Cristo nuestro Salvador con su muerte mató nuestra muerte, y destruyó el poder de los príncipes de este mundo que son nuestros verdaderos enemigos.

Tambien Gedeon, que fué otro juez (3), nos figuró la

(1) Judic.. xiv, 10.

(2) Ibid., xvi, 5.

(3) Ibid., vii, 21.

victoria de Cristo; porque así como éste con muy flaco ejército alcanzó victoria del ejército poderosísimo de los madianitas, así Cristo con unos pobres pescadores conquistó el mundo. La cual figura, que es muy misteriosa, declararemos más copiosamente en su lugar.

Pues ya David, de cuyo linaje Cristo descendía, en muchas cosas nos lo representó, y especialmente en aquella gloriosa victoria (1) que alcanzó de un gran gigante armado de todas armas, no llevando él más que un palo en la mano, y cinco piedras, con que lo venció, y de él mismo tomó la espada con que le cortó la cabeza. Pues así Cristo con el báculo de la Cruz, y cinco llagas que en ella recibió, derribó y postró por tierra al príncipe de este mundo, y lo echó fuera de él. Y así como David con la misma espada del enemigo cortó la cabeza al enemigo, así Cristo con la muerte, que nos vino por el pecado, destruyó al mismo pecado. Y demas de esto, así como David (2) despues de muchas persecuciones que padeció por odio y envidia del rey Saul, finalmente vino á reinar con grande prosperidad (3): así Cristo despues de las grandes persecuciones que en la primitiva Iglesia padeció con la muerte de tantos mártires, vino despues á ser adorado, reconocido, y tenido por Dios verdadero, de aquellos por quienes ántes había sido perseguido. De modo que los que primero perseguían á Cristo por amor de sus ídolos, despues vinieron á perseguir á sus ídolos por amor de Cristo. A David se acogieron los hombres que estaban cargados de deudas (4), y vivían con angustia y amargura de corazon; y Cristo (5), llama á todos los que están afligi-

(1) I Reg., xvii, 50.

(2) I Ibid., xviii, 10 et 11.

(3) II Reg., v, 1.

(4) I Reg., xii, 2.

(5) Matth., xi, 28.

dos con la carga de sus deudas y pecados, para dar perdón y refrigerio á sus almas. David tañendo en su vihuela aliviaba el trabajo que padecía Saul cuando lo vejaba el espíritu malo (1); y Cristo estirado en el madero de la Cruz, como las cuerdas de la vihuela, es alivio, consuelo y remedio de todos los que son tentados del enemigo. Lloró David amargamente la muerte de Saul su enemigo (2); y el Salvador sintió tanto el pecado de los que le crucificaban, que la primera palabra que habló en la Cruz fué pedir perdón por ellos (3).

§ IX.

Figura del Cordero Pascual.

Como el fundamento de nuestra salud sea el conocimiento y amor de nuestro Salvador, toda la ley, y los profetas, y todas las Escrituras santas están siempre mirando á él. Por esto no se contentó el autor de ellas, que es el Espíritu Santo, con que muchos de los santos patriarcas lo representasen en sus personas, sino quiso tambien que todos los sacrificios fuesen imagen y figura de aquel sumo sacrificio que se había de ofrecer en la Cruz. Entre los cuales el primero, y más celebrado, y más lleno de misterios es el del Cordero Pascual, cuya historia es la siguiente. Determinando Dios de libertar su pueblo del cautiverio de Egipto (4), despues de haber azotado aquella tierra con muchas plagas, acordó acrecentar la postrera y mayor de todas, matando en una noche todos los primogénitos de los egipcios, con la cual plaga de tal manera fueron ame-

(1) I Reg., xvi, 23.

(2) II Reg., i, 12.

(3) Luc., xxiii, 34.

(4) Exod., vii, viii, ix, x, xi.

drentados, que ellos mismos á gran prisa echaron de su tierra los hijos de Israel. Pues ántes de esta plaga mandó Dios á Moises (1), denunciase al pueblo que á los diez días de la luna de aquel mes, que era por marzo, cada familia trajese á su casa un cordero, y que á los catorce de ella lo sacrificase con las ceremonias siguientes; de las cuales unas pertenecen al sacrificio del cordero, y otras á la manera en que lo habían de comer. Pues cuanto á las primeras, dice que este cordero sea macho, no hembra, y que sea de un año, y que no tuviese defecto, ni mácula alguna; y que cuando lo sacrificasen, no le quebrantasen hueso alguno, y con la sangre de él tiñesen los umbrales de las casas donde lo comiesen. Y que esa noche comiesen las carnes de él asadas con pan cenceño y lechugas amargas. Mandaba otrosi que no comiesen este cordero cocido, ni crudo, sino solamente asado, y que no dejasen en él cosa por comer, ni piés, ni cabeza, ni tripas; ni quedase cosa alguna de él por comer ese día: y si algo quedase, lo quemasen en el fuego.

Cuanto á la manera del comer, dice así: Ceñiréis las renes, y calzaréis los zapatos, y tendréis báculos en las manos, y comerlo habéis aprisa, y la sangre de este cordero tendréis por señal donde estuviereis, y pasaré yo por vuestras puertas de noche haciendo matanza en toda la tierra de Egipto, y viendo esta sangre no tocaré en vuestras casas.

Estas son las ceremonias que tan particularmente, y con tanta providencia ordenó el Espíritu Santo en el sacrificio de este cordero. Pues ¿qué entendimiento habrá tan rudo, que conociendo ser esta traza y órden de aquella infinita sabiduría, ya que no entienda los misterios que aquí están encubiertos, á lo ménos no los huela y bar-

(1) Exod., xii, 29.

runte que los hay? Porque la misma cualidad de las cosas que aquí se mandan, como es, que el cordero sea de un año, y que no le quiebren hueso; que no lo coman cocido, ni crudo, sino asado; y que no dejen cosa por comer de él, y que no quede nada de él para otro día, y que si algo quedare lo quemen con fuego, y que unten los umbrales de las puertas con la sangre de él: todas estas cosas, sino contienen algun misterio, ¿qué parte tienen de religion ó de santidad, y de leyes dignas de la majestad y sabiduría de Dios? Mas la significacion de estas ceremonias ántes de la venida del Salvador estaba cerrada y oscura; despues de la cual está más clara que la luz del día. Porque por este medio nos quiso el Espíritu Santo dibujar, que así como despues del sacrificio de aquel cordero material, el pueblo de Dios fué librado del cautiverio y servidumbre durísima de Faraon, así el género humano había de ser librado del poder del demonio, y de la servidumbre del pecado, por virtud de aquel sumo sacrificio del Cordero místico, que se había de ofrecer por él en el altar de la Cruz. De esta manera se declaran los misterios del Testamento Viejo por el Nuevo. Lo cual nos representan aquellos dos querubines que estaban á los dos lados del arca del Testamento (1), careándose uno á otro, para significar la correspondencia y concordia admirable del un testamento con el otro.

Pues comenzando la declaracion de esta figura, en este cordero primeramente entendemos á aquel Señor á quien todas las santas Escrituras por su grande mansedumbre é inocencia llaman Cordero. Y quiere aquí la ley que este cordero sea macho y no hembra, para enseñarnos que no hubo en él cosa muelle ni flaca, sino virtud y constancia más que varonil. Y mandar que fuese de un año, denota

(1) III Reg., vi, 23.

el cumplimiento de todas las virtudes, que en él fueron perfectas y acabadas. Y mandar que este cordero no tuviese mácula ni defecto alguno, es decirnos que en el verdadero cordero, Cristo, no hubo mácula de pecado, pues él venía á ser comun remedio de los pecados. Mandar tambien que al tiempo del sacrificio no le quebrasen hueso alguno, es representarnos la fortaleza inexpugnable con que este santo Cordero padeció los mayores dolores que se padecieron jamas en cuerpo mortal. Porque la complexion de aquel cuerpo santísimo era la más delicada de todos los cuerpos, como cosa formada por virtud del Espíritu Santo, y la carne era toda virginal, tomada de las entrañas purísimas de nuestra Señora. Y demas de esto los dolores que en su alma padecía por los pecados del mundo, por los cuales ofrecía aquel sumo sacrificio, eran sin comparacion mayores. Mas con todos estos dolores, así del cuerpo como del alma, nunca hubo en él una sombra de flaqueza en medio de la corriente de tantos trabajos. Pues esto quiso el Espíritu Santo que se representase en el sacrificio de aquel cordero, mandando que de tal manera lo matasen, que no le quebrasen hueso alguno.

Mas ¿para qué fin mandaba untar los umbrales de las puertas con la sangre del cordero? La razon de esto dá la ley, diciendo que á la media noche pasaría Dios por toda la tierra de Egipto, matando todos los primogénitos de los egipcios; y cuando llegase á las casas de los hebreos, viendo aquella sangre, pasaría adelante, y no haría algun daño en ellas. Pregunto, pues, ahora, ¿qué necesidad tenía Dios, á quien todas las cosas son manifestas, de aquella señal para saber que moraba en la tal casa hombre de su pueblo? ¿quién no ve aquí representada la virtud y eficacia de la sangre del verdadero cordero Cristo? Porque es mucho de notar aquella palabra que dice: Veré la

sangre, y no tocaré en la casa donde la viere. Pues ¿qué es esto, sino que viendo el Padre eterno la sangre preciosa de su unigénito Hijo, aplaca la ira merecida por nuestros pecados? Porque, como dice el Apóstol (1), *si la sangre de los toros y de los otros animales, y la ceniza de la vaca bermeja sacrificada purifica los hombres de las inmundicias de la ley, y cuánto más poderosa será la sangre de Cristo*, que lleno del Espíritu Santo se ofrece á sí mismo puro y limpio al Padre, *para limpiarnos de todos los pecados?* Entiéndese esto de los verdaderos penitentes.

Ni ménos carece de misterio mandar que no se comiese este cordero crudo ni cocido, sino solamente asado. Ociosa cosa fuera mandar que no se comiese crudo, porque, ¿quién come carne cruda, si no tuviera esto alguna significacion? Por donde dice san Gregorio (2) que las mismas palabras de la ley, pues no han de ser ociosas, nos levantan de la letra al espíritu de ella. Pues crudo comen este cordero los que no miran más en Cristo crucificado de lo que por de fuera parece, y así lo despiden de sí, y le dan de mano. Y cocido en agua fría lo comen los que por sola curiosidad, sin caridad, ni humildad, ni luz de fe quieren penetrar por su sola razon este misterio, como hicieron algunos filósofos y muchos herejes, que quisieron tantear y medir la grandeza de él por la medida de la capacidad y virtud humana, y no por la grandeza de la bondad divina. Mas asado lo comen los que con fuego de caridad y devocion consideran lo que el Hijo de Dios abrasado con ese mismo fuego padeció por nuestra salud. Porque sola la caridad es disposicion conveniente para contemplar lo que se hizo por sola caridad. Demas de esto, mandar que todo el cordero se comiese sin quedar de él alguna cosa,

(1) Hebr., ix, 13 et 14.

(2) Greg. sup. Evang. hom., XXI.

es decirnos que en este cordero místico ninguna cosa hay que desechar, ninguna que no sea de provecho, ni estimable para las almas, la vida, la muerte, la doctrina, los ejemplos, los beneficios, los milagros, y finalmente su gloriosa resurreccion y ascension: todo esto es para nuestro provecho, todo para nuestra edificacion.

Prosigue luégo más en particular (1), declarando la manera en que este cordero se ha de comer. Y, pues, por este cordero entendemos á Cristo sacrificado en la Cruz, no ménos tambien por él entendemos el santísimo Sacramento del altar, donde está el mismo Cristo, y donde se ofrece el mismo sacrificio. Por lo cual todas las ceremonias con que Dios mandaba comer este cordero, sirven para declararnos el aparejo con que nos debemos disponer para recibir este sacramento, en quien está el mismo Cordero. Dice, pues, que lo hemos de comer con pan cenecño, sin mezcla de lavadura: que es con pura conciencia, ajena de toda maldad y malicia. Añade á este pan lechugas amargas, para que si algo estuviere en el alma que no sea puro, lo purifiquemos con amargura y lágrimas de verdadera penitencia. Manda otrosi que lo comamos ceñidas las renes. En lo cual nos encomienda la limpieza de la castidad, que es uno de los principales aparejos para hospedar este Señor; el cual como sea fuente de pureza, no puede morar en casa sucia. Añade luégo que se ha de comer calzados los zapatos, y con báculos en las manos, que es aparejo y hábito de caminantes, para significar que los que han de llegarse dignamente á esta mesa, no se han de tener por moradores y vecinos de este mundo, sino por caminantes; no por ciudadanos, sino por peregrinos, que no tienen aquí ciudad permanente, sino buscan la venidera, y no están aquí como en su propia

(1) Greg. ubi sup.

morada, sino de prestado como en venta. Y así no tratan de echar raíces en esta tierra, de donde esperan presto partir, sino en la otra donde esperan para siempre permanecer. Esto hacen los que cumplen aquel consejo del Apóstol, que dice (1): *Esto es, hermanos, lo que digo: que los que tienen mujeres, las tengan como si no las tuviesen; y los que lloran como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan de este mundo, como si no usasen; pues véis cómo se pasa la figura del mundo.* Todo esto quiere decir que hagamos cuenta que tenemos todas las cosas de este mundo como de prestado hasta ciertos días, y no como cosas de juro y heredad, que permanecen siempre.

Añade más la ley, diciendo que este cordero se coma aprisa, lo cual, quitada aparte la significacion del misterio, más era para prohibirse, que para mandarse; pues comer de esta manera es contra la medida y gravedad de la templanza. Mas tenía atención el autor de su ley al fervor del espíritu y devoción con que se ha de comer este cordero. Porque este divino manjar quiere comerse con hambre, que es con un entrañable deseo de unirse el alma religiosa con su Redentor: el cual á los hambrientos da verdadera hartura (2), é hincha de bienes; mas á los tibios y fastidiosos deja vacíos.

Manda tambien que no quede nada del cordero para otro día, y que si algo quedare, se queme en el fuego. Pues qué es esto, sino darnos á entender que si en el misterio del sacrificio y pasión de Cristo, ó del santísimo Sacramento, hubiere alguna cosa que sobrepuje la capacidad de nuestro entendimiento, la abracemos con el amor

(1) I Cor., VII, 29-31.

(2) D. Thom. Opusc. de Sacr. Al.

de la voluntad, y conozcamos que cuanto la cosa es más incomprensible, tanto es más digna de aquel Señor, que no sólo en sí mismo, sino tambien en sus obras es incomprensible; el cual nos amó tanto, y deseó tanto nuestra salud, que se puso á hacer por ella cosas que exceden toda la facultad de nuestro entendimiento; por las cuales debe ser mucho más amado, que por aquellas que hemos alcanzado y comprendido. A todas estas cosas añado otra digna de mucha consideracion, y es: que para que nada faltase á la representacion de este misterio, quiso la divina sabiduría que no sólo estas ceremonias, sino tambien el tiempo del cumplimiento de ellas representase al verdadero cordero Cristo. Porque al cordero material traían los judios á la ciudad por mandamiento de la ley á los diez días de la luna, y á los catorce lo sacrificaban y comían, que era el día en que ellos salieron del cautiverio de Egipto, en cuya memoria celebraban esta fiesta. Y en ese mismo día que el cordero material entraba en la ciudad, entró el verdadero Cordero en Jerusalem, que fué el domingo de Ramos, y de abí á cinco días, que fué el viérnes de la Cruz, fué sacrificado. De esta manera quiso el Espíritu Santo que en un mismo tiempo se careasen y juntasen en uno la figura y la verdad. Y aquí tuvieron fin los misterios del Testamento Viejo, y comenzaron los del Nuevo; pues no había para qué representarnos con figuras el remedio venidero, pues él era ya venido. Esto baste cuanto á la figura del Cordero.

X.

Figura del sacrificio de la becerra bermeja.

Allende de este sacrificio del cordero, todos los otros sacrificios de la ley eran figura del sumo sacrificio de

Cristo; y esta era la mayor dignidad que ellos tenían. Mas porque tratar de cada uno en particular sería cosa muy prolija, solamente trataré de otro sacrificio semejante al pasado, que debajo de otras palabras y ceremonias significa en sustancia lo mismo que él. Mas parece que no se hartaba el Espíritu Santo de representarnos este misterio por muchas vías: como quien da á comer un mismo manjar guisado de muchas maneras, para que no cause hastío en los que lo comen.

Pues vengamos á la figura. Dijo Dios á Moises (1): Manda á los hijos de Israel que te traigan una vaca bermeja, la cual sea de edad entera, y que ni tenga mácula alguna, ni haya traído yugo sobre sí. Y sacarla há fuera de los reales, y sacrificarla há en presencia de todo el pueblo, Eleazaro, sacerdote; y mojando el dedo en la sangre de ella, rociarla há siete veces hacia las puertas del tabernáculo. Y esto hecho quemarse há la vaca de tal manera que la carne, y la sangre, y la piel, y el estiércol de ella arda y se consuma con la llama. Y esto hecho, el sacerdote que la sacrificó lavará su cuerpo y sus vestiduras, y así entrará en los reales, y tenerse há por inmundo hasta la tarde del día. Asimismo el que quemó la vaca, lavará su cuerpo, y sus vestiduras, y será tenido por inmundo hasta el mismo tiempo. Despues de esto, un hombre limpio recogerá las cenizas de la vaca así quemada, y ponerlas há fuera de los reales en un lugar limpísimo, donde estarán guardadas para purificacion de los hijos de Israel; para que cayendo en algunas de las inmundicias corporales de la ley, siendo rociados con el agua que tocare en esta ceniza, sean purificados y limpios; porque la vaca fué sacrificada por los pecados. Esta es la ley de este sacrificio ordenada por Dios: en la cual cuanto las cosas

(1) Num., XIX.

son más bajas y más indignas de la majestad del legislador, tanto nos dan más claro á entender que todas ellas contienen misterios dignos de él; y así, quitado el velo de la letra, veremos aquí al propio representado el misterio de Cristo. Porque esta vaca, con las condiciones que aquí se le ponen, es figura de la sagrada humanidad (1). La cual es aquí significada por nombre de hembra, para denotar la flaqueza de carne que este Señor por nuestra causa tomó. Manda luégo que sea bermeja, para declarar-nos por éste color encendido el ardor de la caridad que le movió á este Señor á vestirse de nuestra humanidad; porque sola esta, y no nuestros merecimientos, bastó para traerlo del cielo á la tierra. Dice más, que esta vaca ha de ser de edad entera, para significar la excelencia de las virtudes y obras de Cristo, las cuales todas fueron acabadas y perfectas. Añade más, que ni tenga mácula, ni haya traído yugo, para que entendamos la pureza de aquella humanidad santísima, en la cual jamas hubo ni sombra de culpa, ni sujecion ó servidumbre de pecado. Pues esta vaca se sacrifica, no en el templo, como los otros sacrificios, sino fuera de los reales, para que por aquí entendamos que Cristo nuestro Salvador no fué sacrificado dentro de la ciudad de Jerusalem, sino fuera en el campo; porque no venía á padecer por sólo aquel pueblo, sino por todo el universo mundo. Moja el sacerdote el dedo siete veces en la sangre de la vaca sacrificada, rociándola hacia la parte del tabernáculo de Dios: para significar que los que desean alcanzar perdon de sus pecados, y junto con esto la gracia y dones del Espíritu Santo, lo cual todo se comprende en este número de siete, que significa universidad, deben ante todas las cosas presentar al Padre eterno la sangre de su unigénito Hijo derramada y ofrecida por

(1) D. Thom., I. 2. Quæst., 102, art. 5.

nuestro remedio; porque ella es el principal estribo y fundamento de nuestra esperanza. Y junto con ella ofrezcamos nuestros trabajos, lágrimas y penitencia, para que todo unido con aquella sangre preciosa, tenga valor y mérito por ella. Esto nos representa el sacerdote en la misa cuando levanta el cáliz, donde está la sangre de Cristo, no sólo para que sea vista y adorada del pueblo, sino tambien para que sea por él ofrecida ante el acatamiento divino. Manda tambien que se queme toda la vaca con pieles y huesos, y todo cuanto hay en ella: para que por aquí conozcamos aquella perfectísima resignacion y ofrecimiento con que el Hijo de Dios se ofreció á su eterno Padre, sin reservar cosa para sí, que no pusiese en sus manos y ofreciese á su servicio, como él mismo lo declaró, cuando en la oracion del huerto hablando con él dijo (1): *No se haga mi voluntad, sino la tuya*. Y otra vez (2): *Descendí dice él, del cielo, no á hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió*. La ceniza de esta vaca así quemada, se guarda en lugar limpísimo, para que el agua que tocara en ella reciba virtud para purificar las inmundicias corporales de aquella ley. En lo cual se nos declara que los méritos de la pasion de Cristo están depositados en la Iglesia católica, para dar virtud al agua del santo bautismo, y á todos los otros sacramentos, con los cuales se limpian y purifican las verdaderas inmundicias de los pecados. Mas ¿qué quiere decir que los que fueron ministros, así del sacrificio de la vaca como de la quema de ella, con los demas que en esto entendieron, han de lavar sus cuerpos y vestiduras, y quedar sucios hasta la tarde? ¿Por qué razon los ministros de la limpieza habían de quedar súcios y contaminados hasta la tarde

(1) Luc., xii, 42.

(2) Joan., vi, 38.

con cosa tan limpia? Esto dice santo Tomas (1), que nos representa el pecado de los pontífices y sacerdotes, los cuales procuraron la muerte de Cristo, con lo cual á sí causaron la muerte, y á los fieles dieron la vida: ellos cometieron el pecado, y para nosotros negociaron el remedio: ellos fueron para sí ministros de su condenacion, y para nosotros lo fueron de nuestra salud. ¿Mas esto hasta cuándo? Dice la ley que hasta la tarde: cuando entrada la plenitud de las gentes en la Iglesia, éntre tambien el pueblo de Israel con ellas, y así sea purificado y salvo.

§ XI.

Figura de la vara de Moises.

Mas no se contentó aquel pintor soberano con estos dibujos, así de patriarcas como de sacrificios, sino trazó tambien otros muchos en diferentes materias, que nos representasen este misterio de Cristo. Entre los cuales uno es aquella vara de Moises tan celebrada en las santas Escrituras. Porque enviándolo Dios por su embajador al rey Faraon para que diese libertad á su pueblo, y escusándose él, diciendo (2) que no sería creído, dióle ciertas señales para que lo fuese. Entre las cuales la primera fué mandarle que echase una vara que traía en el suelo. La cual como cayó en tierra se convirtió en una tan fiera serpiente, que Moises echó á huir de ella. Mas Dios le revocó y mandó que la tomase por la cola, la cual así tomada, se tornó luego en la figura de vara que ántes tenía. Pues por la vara, que es la señal de jurisdiccion y de imperio, entendemos el cetro real de la gloria de Cristo; mas por la serpiente, que es el animal ponzoñoso, comunmente se

(1) Thom., I, II, q. 102, art. 5.

(2) Exod., III, IV, 2-4.

entiende el pecador y el pecado. Cayendo, pues, esta vara real en tierra, tomó figura de serpiente; porque descendiendo el Hijo de Dios al mundo, y vistiéndose de la naturaleza humana, sujeta á las penalidades que nos vinieron por el pecado, y muriendo en Cruz, tomó imágen de serpiente, que es de pecador y de malhechor. Y el huir Moises de esta serpiente nos representa la ofension y escándalo que los judíos tomaron del abatimiento de la Cruz para no recibir á Cristo. Mas volviendo Moises á tomar la serpiente por la cola, volvió ella á la primera figura que tenía: para significar que adelante en el tiempo venidero los que se escandalizaron de la Cruz de Cristo, reconocerían la vara y el cetro de su dignidad real, y le adorarían como á su legítimo Rey y Señor. Donde tambien es de notar que haciendo Moises esta señal delante de Faraon (1); y haciendo los encantadores otras serpientes semejantes á ésta echando sus varas en tierra, la serpiente de Moises tragó todas estas serpientes. Lo cual nos da á entender como Cristo, tomando imágen de serpiente, esto es, de pecador, tragó todas las serpientes; porque consumió y destruyó todos nuestros pecados. Lo cual significó el Apóstol, cuando dijo (2), que Cristo había destruído el pecado con el pecado: declarándonos que por haber tomado él en sí las penas debidas á nuestros pecados, destruyó los mismos pecados, satisfaciendo y pagando por ellos.

§ XII.

Figura de la serpiente de metal.

Despues de estas figuras es muy celebrada y conocida la de la serpiente de metal, de que el Salvador hace men-

(1) Exod., vii. 9-12.

(2) Rom., viii, 3.

cion en el Evangelio (1): la cual de tal manera representa este misterio, que más parece historia ó profecía que figura. La historia fué, que enviando Dios en el desierto serpientes ponzoñosas contra los hijos de Israel (2), porque murmuraban de sus mayores, y muriendo muchos de ellos, hizo Moises oracion á Dios por el remedio de esta plaga. Pero es mucho para considerar el remedio que le dió. *Mandóle que fundiese una serpiente de metal, y que la pusiese en un lugar alto, donde pudiese ser vista de todos, y denunciase al pueblo que cuando se sintiesen mordidos de aquellas serpientes, levantasen los ojos á mirar aquella imagen de serpiente, y con esto luégo sanarian.* ¡Cuán al propio, y cuán holgadamente viene esto para representar la virtud de la Cruz de Cristo! Porque si esto no quería el Espíritu Santo significarnos, ¿á qué propósito usaba de este remedio tan inopinado? Porque ¿qué proporcion tiene la serpiente pintada para sanar las heridas de las serpientes verdaderas? Y ademas de esto, ¿qué proporcion tiene sólo mirar para sanar? ¿cuánto más fácil y más propio remedio era matar las serpientes, ó mandarles que se fuesen, quien las pudo mandar que viniesen? Mas quiso él en esta manera de remedio ponernos ante los ojos un perfectísimo retrato de la Cruz del Salvador. Porque ¿qué otra cosa es Cristo crucificado entre malhechores, sino serpiente pintada ó pecado pintado, que parece pecador y no lo es? Pues ese Señor, que siendo justo, tomó imagen de pecador, y no siendo deudor de la muerte, voluntariamente la sufrió por nuestro remedio, por el mérito de esta tan grande humildad y caridad nos alcanzó perdon y remedio para todos los pecados.

Mas ¿qué es lo que de parte del pecador se requiere

(1) Joan., III, 14.

(2) Num., XXI, 6-9.

para gozar de este remedio? El medio es levantar los ojos á lo alto, y mirar este Señor puesto en la Cruz, donde tiene imágen de serpiente sin serlo. Mas ¿de qué manera lo hemos de mirar? El mismo misterio lo dice: con ojos agradecidos á tan grande beneficio, con ojos humildes y devotos, con ojos de fe, de amor, de compasion y de compuncion, acordándonos que nuestros pecados fueron los verdugos que pusieron este Señor en la Cruz; donde, como él mismo dice (1), *pagó lo que no debía*. Esto, pues, muy al propio nos representa la figura de esta serpiente.

§ XIII.

Figura de Eliseo.

Y no ménos perfectamente nos representa el misterio el profeta Eliseo cuando resucitó el niño muerto. La historia de este milagro es, que muriéndose á la huéspeda de Eliseo un solo hijuelo que tenía (2), que por oraciones del mismo profeta había alcanzado, corrió luego á gran prisa el santo profeta, creyendo que quien había sido poderoso para darle aquel bien, lo sería tambien para restituírselo despues de muerto. Viendo, pues, el profeta la mujer postrada á sus piés, y compadeciéndose de su dolor, dió el báculo que traía á su criado Giezi, mandándole que corriese á gran prisa, y pusiese aquel báculo sobre la cara del niño muerto. Hecho esto, tornó el criado diciendo que el niño no había resucitado. Entónces el profeta fué á la casa donde estaba el muerto, y, ¿qué hizo? Es cierto, cosa de admiracion. Cerró la puerta donde estaba el niño, é hizo oracion á Dios primeramente; y subiendo luego á la cama del muerto, tendióse sobre él, y puso su boca sobre la

(1) Psal., LXVIII, 5.

(2) IV Reg., IV.

boca de él, y sus ojos sobre los ojos de él, y lo mismo hizo sobre los piés y manos. Y como el muerto era pequeño y el profeta mayor, dice la Escritura que encogió el profeta su cuerpo para compasarse y proporcionarse con el del niño muerto. Y con esto vino á calentarse la carne del niño. ¿Qué más hizo? Descendiendo de la cama donde había subido, dió un paseo por aquella casa de una parte á otra, y volvió á subir sobre la misma cama, y á tenderse sobre el muerto como ántes había hecho. El cual, bostezando siete veces, abrió los ojos, y resucitó. Ciertamente si tuviésemos aquella luz y espíritu que los santos tenían, habíamos de leer esta historia, parte con admiracion de ceremonias tan nuevas, y parte con reverencia de los misterios que aquí están de tal manera encubiertos, que ellos mismos dan testimonio de estar aquí. Porque ¿qué proporcion tienen todas estas cosas para dar vida á un muerto? Pues como sea verdad que á sólo Dios pertenezca resucitar los muertos; así como por su omnipotencia se hizo esta obra, así por su sabiduría se trazó la manera de ella. Y como el Padre eterno traía siempre ante los ojos la obra de la redencion del mundo, que había de ser obrada por su unigénito Hijo, siempre buscaba ocasiones con que la representase. Y esto es lo que aquí se hace. Porque este niño muerto es figura del género humano sentenciado á muerte, y muerto en todo género de pecados. Para cuyo remedio envió Dios á su criado Moises (1) como á otro Giezi, con la vara de su justicia en la mano, poniendo ante los ojos de los hombres la severidad y amenazas de su justicia, para que de tal manera los atemorizase, que se apartasen de pecar. Lo cual les declaró el mismo Moises en el monte Sínai (2), diciéndoles que Dios

(1) Exod., III, IV... etc.

(2) Ibid., XX.

había bajado allí con tan grande estruendo y espanto, para que este miedo los retrajese de pecar. Y demas de esto en la mayor parte de las leyes que les daba, ponía contra los quebrantadores de ellas pena de muerte, para que este miedo hiciese que las guardasen (1). Mas nada de esto bastó para que abriesen los ojos, y conociesen á Dios, y guardasen sus mandamientos. Pues ¿qué remedio? Lo que no pudo acabar el siervo con su temor, acabó el Señor con la grandeza de su amor; lo que no acabó el rigor de la justicia, acabó la blandura de la misericordia; lo que no hicieron los azotes, hicieron los beneficios, y particularmente aquel soberano beneficio, que fué hacerse Dios hombre, hacerse el grande pequeño, hacerse el que era Dios, semejante en todas las cosas á los hombres, quitando aparte el pecado. Lo cual nos representa haberse encogido el profeta sobre el niño muerto, y proporcionándose con su cuerpo, con lo cual dice que la carne del muerto se calentó. Pues ¿qué es calentarse la carne del muerto: sino que considerando los hombres la incomprendible bondad y caridad que el Señor de todo lo criado declaró en esta obra, no pudieron dejar de encenderse en amor de quien así los amó, así lo buscó, así los remedió, y así de muerte á vida los resucitó? Mas ¿qué quiere decir dar luégo un paseo de una parte á otra por la casa del muerto, y tornar otra vez á tenderse sobre él como de primero? En dos cosas tomó el Salvador nuestra semejanza: la una, en hacerse hombre por amor de los hombres, en la obra de la encarnacion; y la otra, en tomar imágen de pecador en la obra de la pasion; y lo uno y lo otro nos representan estas dos veces que el profeta se midió y proporcionó con el niño muerto. Mas el paseo de una parte á otra, entre estas dos cosas, denota aquel pedazo de tiem-

(1) Exod., XIX, XXI, XXII, XXXI. Levit., XX, XXIV.

po que el Salvador despues de su santa encarnacion anduvo en este mundo predicando ántes de la sagrada Pasion. El poner otrosi el profeta su boca, ojos y manos sobre las del niño, con que la carne de él se calentó, nos da á entender que por la participacion y comunicacion de la gracia y méritos de Cristo somos santificados y restituidos de muerte á vida. Mas bostezar el niño siete veces, nos significa la confesion de los pecados, á la cual pertenece resucitar los hombres de muerte á vida, por razon de la virtud que á este sacramento se comunica por el mérito de la Pasion de Cristo. En lo cual todo vemos cuán propia, cuán sabrosa, y cuán suavemente sin torcer escrituras, se aplica toda esta historia al misterio de Cristo que, como dice el Apóstol (1) *es el fin de la ley y de los profetas*. En lo cual todo se ve cuánto pretendía el Padre eterno que trajésemos siempre ante los ojos la presencia de este clementísimo Salvador.

§ XIV.

De otras diversas figuras.

Mas no contento con esto, quiso tambien que todas las alhajas del santuario nos representasen este Señor (2); conviene á saber, el arca de la amistad, el maná que estaba dentro de ella (3), el propiciatorio que estaba sobre ella, el pan de la mesa que llamaban de la proposicion, el altar del incienso, el candelero de oro, y el velo del templo. Porque ¿á quién pertenece más llamarse arca de la amistad de Dios, que á aquella sagrada humanidad, por cuyos merecimientos fuimos reconciliados con él? ¿qué

(1) Rom., III, 21; x, 4.

(2) Exod., xvi, xxv.

(3) D. Thom. 1. 2. q. 202. art. 4. etc.

otro maná hubo más suave, ni que más diferencias de sabores tuviese, que todo el discurso de la vida y muerte del Salvador? ¿qué otro propiciatorio más verdadero, que aquel Señor que por el sacrificio de su pasión aplacó y amansó la ira del padre, y se hace cada día propicio á los pecados de los hombres? ¿qué candelero más resplandeciente que aquel que dió luz al mundo, que moraba en tinieblas y sombra de muerte? ¿qué altar más propio para ofrecer á Dios el incienso de nuestras oraciones, que la sagrada humanidad de este Señor, por la cual pedimos perdón de pecados y remedio para todas nuestras necesidades? ¿qué pan más sustancial para sustentar las almas en la vida espiritual, que aquel mismo Señor, que dice: Yo soy pan vivo que descendí del cielo; y quien comiere de este pan, vivirá para siempre? Y no ménos el velo del templo con que se cubría el santuario, nos representa la sagrada humanidad con que estaba encubierta la gloria de la divinidad. Por donde cuando el Salvador espiró en la Cruz, *se rasgó este velo de alto á bajo* (1), para que lo que acaecía en lo figurado, se representase también en la figura. Esto baste de las figuras que representaron á Cristo.

El fruto que de la inteligencia de ellas se saca, son aquellas dos nobilísimas virtudes, entre las teologales, que son esperanza y caridad. Porque considerando en estas figuras los grandes bienes que este Señor nos hizo de pura gracia, y con tanta costa suya, siendo nosotros tan indignos de ellos, luégo el piadoso corazón se mueve á esperar, en todas sus necesidades y peticiones, remedio de quien tanto lo amó, y tanta bondad y misericordia le descubrió, y tantos beneficios le hizo. Y no ménos se enciende en amor de esta misma incomprensible bondad y caridad, que

(1) Matth. xxvii, 51.

basta para derretir corazones de hierro. Por lo cual dijo el mismo Señor (1) *que venía á poner fuego en la tierra*; porque venía á hacer tan grandes beneficios á los hombres, que bastasen para hacerlos arder en su amor.

Bien creo que muchos se alegrarán con esta doctrina; porque estas tan señaladas virtudes, que son esperanza y amor, traen consigo grande consolacion, y cada uno pensará que las tiene, y dirá que espera en Dios, y lo ama. Mas para conjeturar uno de sí que ama á Dios, es menester que examine si tiene en sí las cosas que andan en compañía de este amor. Entre las cuales la primera es la guarda de los mandamientos divinos, como expresamente lo declaró el Salvador, cuando dijo (2): *El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama*. Y en otro lugar: *Si alguno, dice él (3), me ama, ese guardará mis mandamientos*. Y san Juan en su canónica dice (4): *Si alguno dijere que ama á Dios, y no guarda sus mandamientos, mentiroso es*. Sabida es aquella sentencia de san Gregorio (5): Nunca está el amor de Dios ocioso; porque obra grandes cosas, si es verdadero amor; y si las deja de obrar, no lo es. Y quien quisiere saber cuáles sean las obras y las virtudes que acompañan este amor, san Pablo se lo dirá: el cual atribuye á la caridad, que es lo mismo que este santo amor, las propiedades siguientes. *La caridad, dice él (6), es paciente y benigna, no tiene envidia, no hace cosa mala, no es hinchada, no es ambiciosa, no busca su propio interes, no es indigna, no piensa mal, no huelga con la maldad: más gózase con la verdad, todo*

(1) Luc., xii, 49.

(2) Joan., xiv, 21.

(3) Fod. cap. 23.

(4) I Joan., ii, 4.

(5) Sup. Eva. Hom., 50.

(6) I Cor., xiii, 4-7.

lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo sustenta. Hasta aquí son palabras del Apóstol. Estas, pues, son las propiedades y compañeras de esta virtud. Por lo cual así como conocemos las cosas naturales por las propiedades que tienen, como por el calor conocemos al fuego, y por el frío al agua, así por estas propiedades ha de examinar el hombre si tiene amor de Dios ó no, y no por solas palabras. Por lo cual dice el mismo san Gregorio (1) que la lengua, y el alma, y la vida han de ser preguntadas y examinadas si amamos á Dios ó no. Pues este desengaño se dá aquí á todo fiel cristiano, porque por estas señales podrá conjeturar si ha alcanzado esta virtud. Y con este aviso tan importante daremos fin á este segundo tratado de las figuras de Cristo.

TRATADO TERCERO DE ESTA TERCERA PARTE.

EN EL CUAL, POR VÍA DE DIÁLOGO ENTRE UN DISCÍPULO Y UN MAESTRO, SE RESPONDE CLARÍSIMAMENTE Á TODAS LAS PREGUNTAS QUE ACERCA DEL MISTERIO DE LA ENCARNACION Y PASION DE NUESTRO SALVADOR LA PRUDENCIA HUMANA PUEDE HACER.

DIÁLOGO PRIMERO.

Que trata de la causa de la venida del Hijo de Dios al mundo.

Discípulo. He leído, maestro, con diligencia lo que hasta aquí habéis escrito del misterio de nuestra redencion; y no puedo explicar con palabras la consolacion y edificacion que mi alma con esta nueva luz ha recibido:

(1) Hom., xxx, sup. Ev.

ni puedo acabar de maravillarme de los grandes frutos que ha producido este árbol sagrado; pues no se halla obra virtuosa para lo cual no hallemos esfuerzo y ejemplo en él. Mas todavía para mayor luz y conocimiento de esta tan alta filosofía, deseo haceros algunas preguntas para quedar más resuelto en ella. Con todo esto confieso que con lo referido hasta aquí quedan respondidas algunas que yo pudiera hacer acerca de este misterio. Porque al principio me declarasteis por convenientes ejemplos, por qué la culpa y pena de aquel primer pecado había descendido de padres á hijos, é inficionado á toda la naturaleza humana.

Item señalasteis bastantísimas causas y razones por qué habiendo caído el ángel y el hombre, la divina Providencia dejó al ángel en su obstinacion y determinó remediar al hombre. De manera que acerca de estos dos puntos me doy por respondido con lo dicho. Ahora quiero, como si viniera de nuevo al conocimiento de Dios (1), preguntar por orden las conveniencias de todas las partes y circunstancias de este misterio, proponiendo cada una en particular para mayor distincion y conocimiento de la verdad.

Y así primeramente os pregunto por la causa de la venida del Hijo de Dios al mundo; pues no le faltaban ministros para acabar todo lo que quisiese, sin venir él en persona.

Maestro. Mucho huelgo que tratemos cada parte de este misterio por sí, porque no confundamos unas cosas con otras. Pues para responder á esta pregunta, habéis primeramente de presuponer que aquel soberano Señor y Emperador es la causa eficiente y final de este mundo. El sólo lo hizo, y para sí lo hizo. Porque así como ninguno

(1) Greg., VII. Mor. cap. I et. lib. 17, cap. XV, XVI, et lib. 2, cap. XXII, XXIII.

otro lo pudo hacer, sino él, así para ninguno otro se pudo hacer, sino para él. Esto es, para que todo este mundo fuese un libro de todas las perfecciones divinas, por el cual todas las criaturas intelectuales, que son los hombres y los ángeles, conociesen, y amasen, y glorificasen aquel soberano Señor y Hacedor de todo. De suerte que todo este mundo fuese un templo, un coro y una capilla real, en que todas las criaturas á una voz predicasen la gloria de su Señor. Este es el fin para que fué criado este mundo, segun la fe y segun la misma filosofía natural. Siendo esto así, vino el príncipe de las tinieblas como soberbio enemigo de Dios, y atravesóse de por medio á ocupar este reino, y tiranizar este mundo, y usurpar la gloria de Dios, y hacerse adorar y venerar en todo él como Dios. Y así por todo él extendió sus banderas, sus armas, sus insignias, sus templos, sus sacrificios y sus altares, y casi en todo él se hizo obedecer y adorar. Pues en tal caso, supuesta la Providencia divina, ¿qué era razon que hiciese el verdadero y legitimo Señor del mundo? Parece que estaba en razon hacer lo que hacen los reyes de la tierra cuando algun reino suyo se les levanta, que es enviar sus embajadores, sus capitanes, y criados para reducir el reino á su verdadero señor, mandando hacer justicias y castigos en los amotinadores y desleales. Y cuando el negocio es de tal cualidad que toda esta providencia no basta; va el mismo rey en persona, ó envía su propio hijo con gran poder y autoridad para que dé cabo á este negocio, castigando los rebeldes, y remunerando los leales; para que usando así de rigor como de blandura, segun la cualidad de las personas, restituya el reino á su padre. Este es el modo que se tiene acá en el mundo. Pues de esta manera se hubo en este caso el soberano Emperador. Como vió el mundo que el había criado para sí, ocupado de este tira-

no, envió primero sus embajadores, que fueron patriarcas, y profetas, y ángeles, y ejecutó en el mundo castigos muy rigurosos para reducirlo á su servicio; como fueron diluvios, mortandades, hambres, pestes, cauliverios, fuego del cielo y otros semejantes castigos. Finalmente tanto fué el rigor de la divina justicia en aquellos tiempos, mayormente con su propio pueblo, el cual estaba tanto más obligado al servicio de su Señor, cuanto más había recibido de él, que por Isaias dice (1): *¿Hasta cuando tengo de perseverar en castigaros, pues cada día sois peores, añadiendo unas maldades á otras? Desde la planta del pié hasta la cabeza no hay parte sana en vosotros, no hay cosa que no esté herida y lastimada con mis azotes, sin haber medicina ni emplasto que los cure.* Y por Ezequiel encarece más esta incorregibilidad sobre tantos azotes, diciendo (2): *Mucho hemos trabajado y sudado, y con todo esto no se ha limpiado el orin de la maldad de esta gente, ni por muchas caldas de fuego que le hemos dado.* ¿Mas qué diré? Tan léjos estuvieron los hombres de enmendarse con las amenazas y amonestaciones de los profetas, que no sólo no se enmendaron, mas como furiosos y frenéticos se levantaron contra los mismos profetas que los pretendían curar (3), y los mataron con diversas maneras de muertes, apedreando á unos, y aserrando á otros, y atravesando á otros con barras de hierro. Este fué el fruto que se cogió de esta medicina con que Dios quería curar los males de su pueblo.

Pues ¿qué era razon que hiciese Dios en este caso? ¿había de cesar, había de rendirse, había de quedar vencido, sin salir al cabo con su intento, y que el demonio que-

(1) Isai., I, 5 et 6.

(2) Ezech., xxiv, 12.

(3) Hieron, in præfat. Isaiæ, Hierem. et Amós.

dase vencedor y victorioso, gloriándose que no había sido Dios poderoso para prevalecer contra él, y derribarlo de su silla? No por cierto. Pues ¿qué remedio? Lo que no pudieron los mensajeros podrá el Señor; lo que no pudo el rigor podrá la misericordia; lo que no acabó el temor, acabará el amor, como el mismo Señor lo había prometido, diciendo por un profeta (1), que traería á sí los hombres con prisiones y cadenas de amor. Pues por esta tan justa causa determinó el Soberano Emperador de enviar su Hijo al mundo, para que lo que los primeros embajadores no habían acabado, lo acabase el Señor de ellos. Y por esta determinacion comenzó el Apóstol su Epístola á los hebreos (2), diciendo *que Dios había hablado y tratado con los padres antiguos por boca de sus profetas, de muchas maneras; mas que ahora había determinado hablarles por medio de su Hijo, que era heredero y Señor de todas las cosas, por el cual las había criado.*

Mas veamos de qué manera envió á este nuevo embajador. Enviólo cierto como convenía á la dignidad de tal persona, cual era la del *Hijo de Dios* (3), *lleno de poder y lleno de gracia*; de poder, para vencer los demonios, y de gracia, para aficionar á sí los corazones de los hombres, perdonando lo pasado, y haciéndoles mercedes de nuevo; para que lo que no se había acabado con castigos, se acabase con beneficios, y lo que no se había concluído con azotes, se concluyese con regalos. Por lo cual dice el mismo Hijo por Isaías (4), que *venía á predicar al mundo un año de jubileo, y un día de venganza*. El jubileo para perdon de los culpados; y la venganza para castigo de los

(1) Oseæ., xi, 4.

(2) Hebr., i, 1 et 2.

(3) Joan., i, 14.

(4) Isai., lxi, 2.

demonios. Y en otra parte dice el mismo profeta, que él vendría á vengarnos y á salvarnos (1): *que es á usar de misericordia y de justicia*: la misericordia para con los hombres, y la justicia para con los demonios; la misericordia para los engañados, y la justicia para los engañadores, la misericordia para el reino, y la justicia para el tirano, que se había levantado con él. Esto es lo que claramente dijo el Salvador ántes de su sagrada pasion: Ahora ha de ser juzgado y sentenciado el mundo: ahora el príncipe de este mundo ha de ser echado fuera de él (2). Y llama al demonio príncipe de este mundo, no porque le perteneciese por derecho, sino porque lo había tiranizado usurpando en la tierra lo que no había podido alcanzar en el cielo. Pues éste ha de ser ahora juzgado por el Hijo de Dios, y por él ha de ser desterrado del mundo y despojado de todo lo que tenía en él robado. Porque éste es aquel fuerte armado, de quien el Salvador dice en el Evangelio, que guardaba poderosamente su estancia; mas viniendo otro más esforzado que él, lo desencastilló de esta plaza, y lo saqueó, y despojó de sus armas (3). Pues este fuerte armado, que era el demonio estaba apoderado del mundo, y tan sujetos tenía sus prisioneros por las cadenas de sus aficiones, que no había poder en la tierra que los pudiese libertar, hasta que vino el poder del cielo, que lo venció y le quitó todos estos despojos. Y ésta misma es aquella victoria tan señalada que canta el profeta Isaías, diciendo que *en aquel día visitará el Señor con su espada fuerte y dura á la serpiente Leviatan, y matará á la ballena que está en el mar* (4). Esta es aquella grande

(1) Isai., xxxv.

(2) Joan., xii, 31.

(3) Luc., xi, 21 et 22.

(4) Isai., xxvii, 1.

ballena que tragaba todo el mundo, y aquella serpiente enroscada que trajo con el cabo de la cola la tercera parte de las estrellas del cielo, casi todas las tres partes del mundo (1). Pues contra esta tan grande bestia vino el Hijo de Dios á pelear, y con la espada de su brazo cortó la cabeza de este dragon, y le quitó sus despojos, y derribó por tierra sus templos y sus altares. Por donde los que tienen ojos para saber mirar esta victoria, y tienen experiencia de esta nueva libertad que el Hijo de Dios les alcanzó, librándolos del cautiverio de las pasiones y pecados en que vivían, maravillados de esta nueva victoria, y de ver postrado por tierra el culto y adoracion de este draco, exclaman con el profeta Isaías, el cual debajo del nombre del rey de Babilonia, se espanta de esta victoria, diciendo así (2): *¿Cómo ha cesado el robador del mundo, cómo se ha quitado el tributo de los pecados que nos pedía? Quebrantó Dios el báculo de los malvados y la vara de los que señoreaban, que hería los pueblos con azote incurable, que sujetaba con su furor las gentes y cruelmente los perseguía. Y más abajo: ¿Cómo dice, caíste del cielo, lucero que salías á la mañana? Caíste en tierra, el que herías las gentes, y el que decías en tu corazon: Subiré al cielo, y sobre las estrellas de Dios levantaré mi silla, y asentarme he en el monte del Testamento. Subiré sobre la altura de las nubes, y seré semejante al Altísimo. Mas con todo esto serás derribado en el infierno y en lo profundo del lago.*

Aquí se cumplió aquella profecía de Jeremías, que dice (3): *La perdiz calentó los huevos que no parió. Juntó riquezas, no con juicio: en medio de sus días las dejará. La cual profecía declara san Jerónimo por estas palabras:*

(1) Apoc., xii, 13.

(2) Isai., xiv, 4-6 et 12-15.

(3) Hierem., xvii, 11.

Dicen los escritores de la Historia Natural ser esta la naturaleza de la perdiz, que hurta los huevos de otra perdiz, y se echa sobre ellos, y los saca; mas despues que ellos han crecido, en oyendo la voz de la verdadera madre, dejan esta falsa, y vanse en pos de la verdadera. El cual ejemplo acomoda muy bien este santo varon á la conversion de las gentes: las cuales, habiendo seguido y adorado por Dios al demonio, que había hurtado la gloria al verdadero Dios, en oyendo la predicacion del Evangelio, y lo voz de su legítimo Dios y Señor, desampararon al engañador, y siguieron á su Criador.

Esta, pues, fué la causa de la venida del Hijo de Dios á la tierra: que fué á *quebrantar la cabeza de esta serpiente*, como al principio del mundo lo había prometido (1), echando fuera el tirano, y haciendo que el verdadero y legítimo Señor fuese reconocido y adorado.

D. Muy justa me parece la causa de esa venida; pues el culto de los ídolos era el mayor de todos los males del mundo, del cual redundaba el menosprecio y deshonra del Criador, y la perdicion de infinitas almas; y tal empresa como esa, que contra sí tenía el favor de todas las naciones, y de todos los reyes y monarcas del mundo, no era indigna del Hijo de Dios (2); mas ántes á él pertenecía tan gran hazaña. Porque ¿á quién pertenece más volver por la honra y reino de su padre, que á su hijo, y más tal Hijo?

M. Es así como decís. Mas por ahora basta lo dicho. Porque adelante trataremos más de propósito de la victoria del mundo, y de la idolatría. Ahora ved si tenéis más que preguntar.

D. Eso quedará para el día siguiente; porque es cosa que pide más espacio.

(1) Gen., iii. 15.

(2) D. Gregor. in expos. Psal., iv, poenit. ad., v, 7.

DIÁLOGO II.

En que se pregunta por qué causa vino el Salvador al mundo, tomando en sí la naturaleza humana.

Discípulo. Satisfecho ya de la primera pregunta que es por qué causa determinó el Criador venir por sí á reformar el mundo que el había criado, vengamos al principal punto de este misterio, que es, ¿por qué quiso venir vestido de carne humana? Y por juntar esta pregunta con la pasada, ya que quiso hacerse hombre, ¿por qué pudiendo desde luégo aparecer en el mundo hombre de entera edad, quiso nacer niño como nacen los otros niños?

Maestro. Primeramente quiero advertiros, que aunque toda la divinidad estaba encerrada en ese tan pequeño cuerpecito, no por eso dejaba de estar en todo lo criado (1), como primera causa de que penden todas las otras causas, sin cuya virtud y asistencia todas ellas pararían, como lo harían todas las ruedas de un reloj si les quitaseis el peso que las mueve. Y así como por estar Dios aposentado en el alma del justo, dándole vida espiritual no deja de estar en todo el mundo: así estando encerrado en aquella sagrada humanidad, dándole sér divino, no deja de estar en todas las cosas, dándoles sér natural, mayormente, pues, vemos que nuestra alma intelectiva que es sustancia espiritual, estando encerrada en su cuerpo, discurre y anda por todo el mundo. Pues, ¿cuánto más podrá esto aquel simplicísimo y purísimo espíritu divino? Y por esto dice el profeta de él (2), *que subió sobre los querubines, y voló, y que voló sobre las plumas de los vientos.* Con las cuales palabras nos declaró la presencia y

(1) D. Thom., 1. p. q. 8, art. 1. D. Aug. in Epis. Don. ser. IV, c. 2.

(2) Psal., xvii, 11.

asistencia de Dios, que todas las cosas ve, todas las penetra, por todas anda, á todas sostiene, rige y gobierna con su divina providencia. Porque si la virtud del sol que es criatura de Dios, alumbra y da calor á todo el mundo, ¿cuánto más adelante pasará la virtud y potencia del Criador?

Mas porque esto es cosa clara, responderé á lo que me preguntáis: ¿Por qué causa este Señor, ya que quiso hacerse hombre, comenzó por esa tan pequeña figura, no sólo de hombre, sino tambien de niño, y niño nacido con tanta humildad y pobreza (1)? Para responderos á esto, acordáos de lo que ayer dijimos: que es haber venido este esforzado capitán á quebrantar la cabeza de aquella antigua serpiente, y á pelear con aquel fuerte armado, y saquearlo y echarlo fuera de la estancia y señorío del mundo que había usurpado (2). Pues viniendo á esto, ¿con qué género de armas era razon que pelease con él? Si viniera en su propia figura, y con sus propias armas, ¿qué gloria ganara en vencer este enemigo? No es esa la condicion de Dios. Con mosquitos hace guerra, cuando él quiere á los reyes (3). Por mano de una mujercita cortó la cabeza de Holoférnes, y desbarató todo el campo de los asirios (4); y de esta manera escoge las cosas más flacas del mundo, para hacer guerra á las más fuertes. Y esto es lo que el Apóstol significó, cuando dijo que *lo flaco de Dios era más fuerte que toda la fortaleza del mundo* (5). Pues de esta manera convenía que este Señor viniese, para que fuese más gloriosa esta victoria, peleando con el enemigo, no con potencia, sino con flaqueza; no con el

(1) D. Thom., III, p. q. XIV, art. 1 et 2.

(2) Aug. contr. Pelag. lib. I, c. XXXVII.

(3) Exod., VIII, 17.

(4) Judith., XIII, 10.

(5) I Cor., I, 25.

poder de su divinidad, sino con la humildad de su humanidad; no con la fortaleza de su espíritu, sino con la flaqueza de su cuerpo; no con cuerpo de gigante, sino con cuerpo de niño chiquito, de quien estaba escrito que ántes que supiese hablar *derribaría la fuerza de Damasco*, que es el poder del príncipe de este mundo (1). Pues de esta manera peleó nuestro David con el gigante Goliath, no con armas de Saul doradas, sino con una honda y un cayado, esto es: no con la potencia de su divinidad, sino con la flaqueza de su humanidad. Y cuanto fueron más flacas las armas, tanto fué más ilustre la victoria. Así que por esta causa convenía que viniese en esta figura. Y no sólo por esta causa, sino tambien porque esta misma figura era la más conveniente para esta empresa. Porque si él venía á reconciliar consigo los hombres, y confundir los demonios, en aquella figura convenía que viniese, en la cual de los hombres fuese más amado, y de los demonios ménos conocido (2): para que de esta manera aficionase así los hombres, y por arte venciese los demonios; porque el que por arte había vencido y engañado al hombre, por arte fuese vencido y burlado de Dios. Y para lo uno y para lo otro ninguna figura había más conveniente que ésta.

D. Por cierto, Maestro, eso está hermosamente dicho, y con estas vuestras respuestas grandemente se consuela mi alma; porque es cosa de grande suavidad entender el sumo artificio y consejo de las obras divinas, y ver cuán proporcionados medios toma para los fines que pretende. Mas no debe ser sola esa la causa de haberse vestido él de nuestra humanidad, sino otras muchas, y esas deseo saber. Porque mirando este negocio con ojos de carne, no parece cosa conveniente que aquella altísima, purísima y

(1) Isai., VIII, 4.

(2) D. Bernard. sup. Cant. ser., XLVIII, 10-70.

simplicísima sustancia, que como dice Isaías (1), *tiene de tres dedos colgado el peso de la tierra, y que asentó los montes y los callados por peso y medida*, quisiese vestirse de una ropa tan baja como es la carne humana.

M. ¡Oh cuán gran campo habéis abierto con esa pregunta, para poder un grande ingenio extender todas las velas de su elocuencia en esa material! ¡Oh cuántas riquezas están encerradas debajo de este misterio! Mas ¿quién tendrá aquella pureza de conciencia para osar tratarlas, y aquella luz del Espíritu Santo para entender las maravillas que están encerradas en él? Pero confiado en la bondad de aquel Señor que á tanto se inclinó por nuestro amor, diré alguna cosa, de las muchas que esa vuestra pregunta demanda. Y para proceder con mejor orden, primero os diré que no fué indigna cosa de aquel altísimo Señor hacerse tal hombre cual se hizo; y asentado esto declararé cuán conveniente cosa era que aquella suma bondad se vistiese de esta ropa de nuestra humanidad, y cuánta gloria de aquí se le siguió.

Digo, pues, que la causa porque los infieles tuvieron por cosa indigna de la majestad de Dios hacerse hombre, fué porque consideraban que Cristo era hombre de la manera que los otros hombres, que es, con las propiedades y bajezas comunes de ellos; los cuales, como son concebidos en pecado, nacen con toda aquella perversidad de apetitos y pasiones que arriba contamos tratando del pecado original, por el cual el entendimiento quedó oscurecido, el libre albedrío flaco, la voluntad rebelde, la imaginacion fugitiva é inquieta, el apetito desordenado y co-barde para todo lo bueno, y muy codicioso para todo lo malo; y sobre todo, la carne enferma y mal inclinada. Tal nace el hombre del vientre de su madre; y si los hom-

(3) Isai., XL, 12.

bres niegan haberse hecho Dios tal hombre como éste, tienen razon; porque ninguna cosa había más indigna de Dios, que tomar tal hábito y tal naturaleza como esa.

D. Pues ¿qué tal hombre se hizo?

M. ¡Oh cosa de grande admiracion y suavidad, en que el alma religiosa no se harta de pensar noches y días! ¡Oh sabiduría de Dios que así sabe levantar las cosas bajas, y engrandecer las pequeñas, y honrar las humildes! Porque ya que por su inmensa bondad determinó abajarse á tomar nuestra humanidad, tal hombre se hizo, que no fuese deshonra, sino grandísima gloria hacerse tal; pues estaba en su mano hacerse cual él quisiese, sin costarle más que sólo querer.

Porque primeramente en la naturaleza comun de los hombres había una cosa que Dios hizo, que fué la naturaleza, y otra que el demonio acarreó, que fué el pecado. Mas este Señor tomó en sí lo que Dios hizo, y dejó lo que el demonio había tramado; porque tomó nuestra naturaleza sin pecado (1). Ni tampoco fué concebido, ni nacido por la comun vía de los otros hombres, sino por una manera maravillosa, y digna de tal Majestad: ca fué concebido por virtud del Espíritu Santo, y nacido de madre virgen; porque si Dios había de nacer, había de ser de virgen; y si virgen había de parir, había de ser á Dios. Esta manera de concepcion y nacimiento fué tan nueva, tan gloriosa y tan digna de el Hijo de Dios, que aunque muchos locos emperadores se intitularon é hicieron adorar como dioses, nunca ninguno de ellos alinó á atribuir á sí esta tan grande gloria.

Pues ¿qué diré de las riquezas y gracias que á esta sacralísima humanidad fueron concedidas? La primera y suma gracia fué la union de ella con el Verbo divino, que

(1) D. Thom., III. p. q. 14, art. 4.

es la mayor cosa que toda la omnipotencia de Dios puede dar. Con la cual dignidad aquella santa humanidad fué ensalzada sobre todo lo que Dios tiene criado, y puede criar. Y conforme á esta tan soberana dignidad le fueron concedidas todas las gracias: que fueron la gracia de universal cabeza de todo el género humano, para que por él se pudiese dar gracia á toda la posteridad y linaje de Adán. Y con estas le fueron dadas todas las gracias que llaman grátis datas: que fueron gracia de profecía, de sabiduría, de hacer milagros, de sanar enfermos, de enseñorear espíritus malos, y de todas las riquezas y dones del Espíritu Santo, que en aquella alma santísima se aposentó: como lo significó el profeta Isaias, cuando dijo (1): *Saldrá una vara de la raíz de Jesé, de esta vara nacerá una flor, sobre la cual reposará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de entendimiento: espíritu de consejo y de fortaleza: espíritu de ciencia y de piedad; y henchirá su alma del espíritu de temor del Señor.* Estos y otros innumerables dones del Espíritu Santo fueron infundidos en aquella alma santísima, porque en ella se depositaron todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, como lo requería la dignidad del alma unida personalmente con él. Pues siendo esto así, no era cosa indigna de la majestad de Dios vestirse de tan rica y hermosa ropa. Porque dado caso que la naturaleza humana sea más baja que la angélica, pero fué ella en tanto grado levantada por gracia, que sobrepuja con infinita ventaja á toda la alteza angélica. De un paño bajo se puede hacer una ropa guarnecida con tanta pedrería y con tan ricas labores y bordaduras, que sea muy más preciosa que si toda fuese de tela de oro; porque lo que le falta de la dignidad de la materia, suple la hermosura de la forma y de la hechura. El velo del templo

(1) Isai., xi, 3.



que estaba delante del arca del Testamento, era *de diversos colores, y labrado de aguja por mandado de Dios* (1): el cual representa el velo de la sagrada humanidad; con que estaba cubierta la gloria de la divinidad; y la variedad de sus colores, la muchedumbre y diferencias de sus virtudes, y el ser labrado de aguja nos figura el artificio sublimísimo del Espíritu Santo; que con aquella santa humanidad fué adornada y hermoseada. Por esta causa dice el Salmista (2), que *el Señor se vistió de hermosura; y se ciñó de fortaleza. Y por esto se llama hermoso en su hermosura sobre todos los hijos de los hombres*, que es sobre todos cuantos santos ha habido y habrá jamas (3). Lo cual representa la Esposa en los Cantares, cuando dice (4): *Como el manzano entre los árboles silvestres y montesinos así resplandece mi amado entre los hijos de los hombres*: que es, como dijimos, entre todos los santos. Por la cual causa el mismo Salmista dice (5), que *fué este Señor ungido con la gracia del Espíritu Santo sobre todos los que de ella participaron, que son todos los escogidos. Y finalmente por esta tan señalada ventaja lo llama Daniel el Santo de los santos* (6).

Demás de esto las pasiones naturales que comunmente en los hombres son tan rebeldes y desobedientes á la razón, por causa del pecado en que todos somos concebidos, en él estaban tan obedientes como lo estaban ántes del pecado, por virtud de la justicia original. Porque como él fué concebido por el Espíritu Santo, tomó de Adán sólo la naturaleza, más no la culpa; y por eso no había en él esta

(1) Exod., xxvi, et 36-8.

(2) Psal., xcii.

(3) Ibid., xlii, 3.

(4) Cantic., ii, 3.

(5) Psal., xlii, 3.

(6) Daniel, ix, 24.

mala raíz que hay en nosotros; porque no era justo que tuviese algun rasguño de pecado quien venía á sanar las heridas mortales de nuestros pecados. Finalmente, tan grande fué la perfeccion y hermosura de aquella santa humanidad, y tan léjos están algunos doctores de tener por cosa indigna de la majestad de Dios venir al mundo en esta forma para satisfacer por los pecados, que vienen á decir, que aunque no hubiera pecados ni pecadores que redimir, no dejaría de encarnar (1): alegando que no era razon que aquella tan excelente obra de la sagrada humanidad, que vale más que todo lo criado, estuviera pendiente de una cosa tan accidental y tan ocasionada como era el pecado, alegando tambien para esto, entre otras razones, que al sumo bien convenía esta suma comunicacion, para declararnos por ella la grandeza de su bondad y caridad, y para honra del mundo que él había criado; pues juntándose con el hombre, que es el mundo menor, todo el mundo mayor quedaba honrado, y ayuntado al principio de donde había procedido, como adelante declararemos.

§ I.

Concordancia maravillosa de las obras y testimonios de Cristo con la dignidad de su persona.

Mas no pára aquí la excelencia y gloria de esta sagrada humanidad, porque todo lo demas que en ella sucedió fué conforme á aquella primera y suma dignidad de la union con el Verbo divino. Porque tal es la consecuencia y correspondencia de las obras trazadas por el consejo de Dios. Y así demas de lo dicho, porque ningun linaje de dignidad y gloria faltase en este misterio, ántes que este Señor naciese, luégo al principio del mundo, y por todas

(1) Scotus., III, sent. dist. 7. quæst. 3. cum. quo discipuli.

las edades que despues sucedieron, fué prometido á los patriarcas, denunciado por los profetas, predicado por las sibilas, y figurado en todas las ceremonias, sacrificios y sacramentos de la ley. Y cuando ya hubo de venir al mundo, ¿de qué manera vino? Vino como convenia á tan alta Majestad. Fué denunciado por un ángel (1), concebido por virtud del Espíritu Santo, nacido de madre virgen (2), cantado y celebrado su nacimiento por millares de ángeles, visitado de los pastores, publicado por las estrellas, adorado de los reyes (3), conocido de los justos Simeon, Ana, Zacarías, Elisabet, y sobre todo del niño san Juan (4), que estando encerrado en las entrañas de su madre le adoró y reconoció: que fué la más nueva manera de reverencia que jamas se vió; porque así convenia para la gloria y honra del Señor que de nuevo venia al mundo. Mas despues de ya crecido, juntamente creció con él la gloria. Porque en su bautismo *se abrieron los cielos* (5), *y sobre él descendió el Espíritu Santo en especie visible de paloma* (6), *y sonó aquella voz magnífica del Padre: Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me agradé.* Despues de esto andando por el mundo, y conversando con los hombres, tales obras hacia, cuales convenia á la dignidad de quien él era. Porque bajando Dios en forma humana del cielo á la tierra, ¿qué obras habia de hacer, sino obras de Dios? Pues tales las hizo este Señor, sanando los enfermos, alumbrando los ciegos, limpiando los leprosos, lanzando los demonios, curando los paralíticos, resucitando los muertos, mudando la naturaleza de las cosas, multipli-

(1) Luc., i, 31.

(2) Ibid., ii, 7.

(3) Matth., ii, 16.

(4) Luc., i, 42-48.

(5) Matth., iii, 16.

(6) Luc., iii, 22.

cando los panes, andando sobre las aguas del mar, mandando á los vientos, sosegando las tempestades, revelando los secretos de los corazones, denunciando las cosas venideras, viviendo vida santísima, predicando doctrina maravillosa, perdonando los pecados, alumbrando y santificando los hombres. Y lo que más es, *no sólo hacia estas maravillas por sí, mas otras como estas y aún mayores, hacían los que en él creían*, como él mismo lo dijo (1). Y no sólo obraba esto con la virtud de su palabra, sino con *solo el tocamiento de su vestidura* (2): *la cual daba entera salud á quien quiera que la tocaba* (3). Pues ¿qué cosa más digna de Dios que esta manera de vida? ¿cómo era razon que anduviese Dios entre los hombres, sino obrando estas grandezas?

Siguese despues la muerte: que aunque muerte al parecer deshonorada, no fué ménos gloriosa que la vida. Porque si desde el principio del mundo, en la muerte del justo Abel se comenzó la guerra de los malos contra los buenos (4), y siempre se prosiguió en todas las edades con las muertes de los profetas, ¿qué había de hacer el mundo perverso contra quien tal vida vivia, y tal doctrina predicaba, y tal testimonio daba de sus malas obras, sino perseguir á quien así lo perseguía, y destruir á quien lo destruía, y hacer guerra mortal á quien así se la hacía? ¿qué había de hacer el que era todo carne, sino levantarse contra el que era todo espíritu? ¿qué el frenético, sino indignarse contra el médico? ¿qué el legañoso, sino ofenderse con el resplandor de la luz? ¿qué el ladron, sino encruelecerse contra quien descubría sus hurtos?

(1) Joan., xii, 14.

(2) Matth., ix, 14, 20, 22, 36.

(3) Marc., vi, 56.

(4) Aug. de Civ. Dei, lib. 18, c. LI.

Pues ¿qué diré de la moderacion y gravedad con que se hubo en la muerte? El mismo se vino al lugar de la pasion; él estuvo la víspera de ella predicando y consolando á sus discípulos, lavándoles los piés, y ordenándoles aquel altísimo y divinísimo Sacramento de su cuerpo y de su sangre (1): él salió á recibir á los que le venían á prender, y despues de caídos en tierra, dos veces los tornó á levantar; y reprendió á san Pedro porque había herido á uno de sus enemigos, y con su bendita mano le sanó la herida. Y puesto ya en medio de sus enemigos, ¡qué paciencia mostró en tantos tormentos! ¡qué silencio entre tan falsas acusaciones! ¡qué mansedumbre entre tantas injurias! ¡qué gravedad en sus respuestas! ¡y qué semblante y mesura en presencia de tan injustos jueces y tribunales! Ni son ménos de notar las palabras que habló estando en la Cruz (2), tan dignas de quien él era, haciendo oracion por aquellos mismos que lo crucificaban, y actualmente lo blasfemaban, y ofreciendo el paraíso al buen ladron, y encomendando la piadosa Madre al amado discípulo (3), y el espíritu en las manos de su Padre, acabando la obra de aquella tan grande obediencia. Todas estas cosas manifestamente daban testimonio de su inocencia, y de la dignidad de su persona; mas mucho más lo dió al tiempo de la Pasion el sentimiento del mundo (4), la alteracion de los elementos, el oscurecerse los cielos, el temblar la tierra, el quebrantarse las piedras, el abrirse los sepulcros, el resucitar los muertos, y romperse el velo del templo, que de aquella santa humanidad era figura; y así convenía que se rasgase cuando ella padecía. Por-

(1) Joan., xviii, 36.

(2) Luc., xxiii,

(3) Joan., xix.

(4) Matth., xxvii.

que tal sentimiento era razon que hiciese el mundo cuando moría en Cruz el Criador del mundo. De manera que todas las cosas concuerdan desde el principio hasta el fin, así como convenía á la dignidad de tal Señor: la concepcion, el nacimiento, la vida, la muerte, con todo lo demas. Y no pára aquí su gloria; porque si murió, resucitó luégo al tercero día como Señor y vencedor de la muerte; y resucitó consigo muchos otros muertos, y saqueó al infierno, y *prendió al príncipe de este mundo* (1): y hecho esto, con aquella presa tan gloriosa, por su propia virtud subió en cuerpo y alma por los aires al cielo (2): espantándose los discípulos de tan grande maravilla; y de ahí envió al Espíritu Santo (3); con cuya virtud por medio de unos pobres pescadores reformó al mundo, derribó los altares de los ídolos, venció los emperadores, confortó los mártires, pobló los desiertos de monjes y los poblados de vírgenes, y henchió el mundo de sabiduría, de religion, de conocimiento del verdadero Dios, triunfando de sus enemigos y de toda la potencia del mundo, y, lo que más es, del pecado. Y los que trataron su muerte hubieron el pago que merecian. El que lo vendió, *se ahorcó* (4); el que lo sentenció, se mató; y los que lo entregaron á la muerte, fueron asolados y destruídos, y acabado su reino con la mayor matanza y cautiverio que despues del diluvio nunca se vió; porque tal castigo merecía tal pecado.

Pues volviendo al propósito, ¿quién tendrá por indigna cosa de la majestad de Dios, hacerse hombre, estando todo el proceso de su vida y muerte esclarecido y adornado con tantas maravillas, y con tan grande orden y conse-

(1) Luc., xxiv.

(2) Act., i.

(3) Ibid., ii.

(4) Matth., xxvii, 5.

cuencia de cosas? ¿quién considerará esta traza y este tan admirable concierto y conveniencia de misterios, que no reconozca el maravilloso consejo y sabiduría de Dios? ¿cómo supieron unos pobres y rudos pescadores tejer esta tela, y trazar esta obra con tan grande concierto, si la misma verdad no los guiara? Por donde así como los filósofos viendo en la fábrica de este mundo tan grande orden y razon, entendieron que no se pudo esta obra hacer acaso, sino que tenía un sapientísimo Hacedor y Gobernador que la regía: así tambien visto este maravilloso proceso de la vida de Cristo, y de lo que ántes de ella precedió, y despues se siguió, y entendiendo por aquí la maravillosa conveniencia y correspondencia de todos estos misterios, y mucho más el grande fruto que en todo el mundo de esto se siguió, no pudieron dejar los hombres de recibir y aprobar una obra tan admirable, y conocer que esta traza era digna del consejo de Dios, y no invencion humana, puesto caso que no es esto sólo el fundamento de nuestra fe, porque otros innumerables hay, que confirman y testifican esta verdad celestial. Por lo cual con mucha razon dijo el profeta (1) que *los testimonios y misterios de la fe se habian hecho en gran manera creibles* al mundo, por los grandes argumentos y motivos que el mundo tuvo para creerlos.

D. No puedo, maestro, con palabras declararos la consolacion que mi alma ha recibido con ese tan largo y tan suave discurso. Porque para un hombre cristiano, que tiene dos luces en su entendimiento, una natural de razon, y otra de fe, no hay cosa más dulce que ver la concordia de una luz con la otra. Mas ahora, ya que habéis probado no ser indigna cosa de la alteza de aquel Señor hacerse tal hombre, cual aquí habéis dibujado, enseñad-

(1) Psal., xcii, 3.

me ahora lo que al principio propusisteis, que es, cuán grande gloria fué para ese Señor tomar nuestra carne, y cuán conveniente haya sido eso á la naturaleza divina. Porque ¿qué conveniencia ó qué razon hay para juntarse en una sola persona dos naturalezas tan distantes como son divina y humana?

§ II.

Declárase cuán conveniente haya sido á la naturaleza divina juntarse con la humana, y cuántos frutos se siguieron de esta tan admirable junta.

Maestro. Para responderos á esa pregunta me aprovecharé de una razon del angélico doctor santo Tomas (1), tan eficaz y tan poderosa, que no me parece que habrá entendimiento sano que no quede convencido con ella. Para cuyo entendimiento habéis primero de presuponer como cosa clara, que aquello conviene á cada cosa, que le conviene segun su propia naturaleza. Porque así decimos que estudiar, leer, y filosofar, y ser capaz de doctrina, son cosas que convienen al hombre; porque son conformes á su naturaleza, que es ser criatura racional. Pues ahora veamos cuál es la naturaleza de Dios. Todos confiesan ser él la misma bondad esencial, por la cual crió, rige y gobierna todas las cosas. Esta es la perfeccion de que él más se precia, y la más gloriosa que hay en él, de la manera que arriba declaramos. Pregunto, pues, ahora: ¿cuál es la cosa más propia de la bondad?

Discípulo. Comunmente oigo alegar en las escuelas aquella sentencia de san Dionisio, que el bien es difusivo y comunicativo de sí mismo; como lo vemos en la más excelente de las criaturas corporales, que es el sol, el cual

(1) III p. q., 1, art. 1.

tan liberalmente comunica su resplandor, su calor y su virtud á todas las criaturas corporales.

M. Muy bien habéis respondido. Y el mismo ejemplo tenemos en todos los hombres que son entera y verdaderamente buenos; los cuales querrian, si les fuese posible, infundir aquella bondad que tienen en todos los otros, y hacerlos semejantes á sí. Por lo cual aquel gran sabio decía (1) *que sin envidia comunicaba á todos la sabiduría que él tenía, y á nadie escondía la honestidad y hermosura de ella.* Pues siendo ésta la propiedad natural de la bondad, síguese que cuanto la bondad fuere mayor, tanto será más comunicativa de sí misma: como vemos que, por ser natural cosa al fuego quemar y abrasar, cuanto fuere mayor el fuego, tanto más poderosamente quemará y abrasará.

D. ¿Quién podrá negar eso?

M. Pues tampoco podrá negar lo que de aquí se sigue, y es: que como Dios sea, no solamente bueno, mas sumamente bueno, y la misma bondad, síguese que él sea sumamente comunicativo de sí mismo; y no había otra suma manera de comunicarse al hombre, sino comunicándole su propio sér. Con la cual comunicacion, no sólo se comunicó al hombre, mas tambien á todas las criaturas en su manera; pues en el hombre concurren y se juntan todas ellas, así las espirituales como las corporales, por ser él compuesto de ambas naturalezas. Esta razon es tan poderosa que no veo réplica en ella. Porque si alguno dijere que ya Dios había comunicado al hombre todas las riquezas de este mundo, deputando todas las criaturas de él para que le sirviesen; más todo esto, comparado con Dios, no es más que un punto en medio del mundo, comparado con la circunferencia del más alto cielo. Porque,

(1) Sap. vii, 13.

como el Sabio dice (1), todo este mundo en presencia de Dios es *como una gota del rocío de la mañana, ó como un grano de peso que se carga sobre la balanza del platero*. Mas Isaías pasa adelante, y dice (2) *que todas las naciones del mundo delante de él son como sino fuesen, y como nada son reputadas en su presencia*. Pues segun esto, ¿cómo se podrá llamar suma comunicacion de Dios, darnos las cosas que el Profeta lleno de su espíritu llama nada? Así que esta razon de santo Tomas no tiene contradiccion.

D. Maravillado estoy de ver con cuán breve razon satisfacéis á la pregunta que os puse, con lo cual lo que á primera faz parecía cosa tan extraña de la Majestad de Dios, probáis eficazísimamente que ninguna más le convenía. Mas con todo eso ¿qué responderemos á los que dicen que fuera cosa más decente á la dignidad del Hijo de Dios vestirse de un cuerpo formado de la luz, que es una criatura muy hermosa, que de una carne que descendía de la carne de Adan, y de otros muchos grandes pecadores que se cuentan en la genealogía de este Señor, puesto caso que su carne fuese inocentísima y exenta de todo pecado?

M. Brevemente os responderé á esa pregunta de la manera que responde á ella Eusebio Emiseno, diciendo (3), que no convenía esto para la justicia de nuestra redencion. ¿Por ventura la luz, dice él, había pecado, para purgar en el cuerpo de ella los pecados ajenos? Así que por el cuerpo de esta criatura ni nos podia dar el precio de su muerte, ni el ejemplo de su resurreccion. Y demas de esto, ninguna confianza me diera de poder yo vencer al enemigo, si él no triunfara en mi propio cuerpo. ¿A qué propó-

(1) Sap., xi, 23.

(2) Isai., xl, 17.

(3) Euseb. Emisen. hom. xi, de Pasch.

sito había de tomar cuerpo de luz quien venía á redimir el hombre? Muy ignorante sería el médico si tomase á sus cuestras el hombre sano, y dejase el enfermo, porque en el cuerpo donde está la dolencia, ahí se ha de aplicar la Medicina.

D. Bastantemente queda respondido á esa pregunta. Mas ahora quiero me respondáis á otra, que es, parecer á los ojos de carne cosa indigna de aquella soberana majestad haberse vestido de ella.

M. A eso brevemente os respondo que, dado que el hombre, miradas la bajezas, enfermedades y vilezas de su carne, sea una de las más miserables y apocadas criaturas del mundo, pero mirada la excelencia de su alma, y del fin para que fué criado, no debe nada, como dice santo Tomas (1), al más alto de los serafines; pues no es otro el último fin y bienaventuranza del serafin, que la del hombre, pues ambos fueron criados para una misma gloria. La cual tienen siempre los santos ante los ojos, para no hacer cosa indigna de esta tan grande dignidad. Y así se escribe de uno de aquellos padres antiguos (2), por nombre Isidoro, que estando una vez comiendo, comenzó muy de propósito á llorar. Y preguntado por la causa de sus lágrimas, respondió: Lloro por ver que estoy comiendo manjar de bestias: habiendo de estar segun la dignidad de mi alma en el paraíso gozando de manjar divino. Pues quien considerare esta tan grande dignidad del hombre, verá que no era cosa indigna de aquella inmensa bondad proveer de remedio á tan noble criatura.

D. No puedo dejar de alegrarme con esa respuesta, pues tanto hace en mi favor. Mas porque tan grande cosa como es hacerse Dios hombre ha de traer consigo grandes

(1) IV Contr. Gent., cap. LIV, 55.

(2) In Vitis PP.

frutos y provechosos á la vida humana, eso querría me declaraseis ahora.

M. Eso podréis vos entender, si os acordareis de lo que hasta aquí hemos platicado, junto con todo lo que me decís haber leído en el tratado precedente. Porque primeramente por este medio nos provocó este Señor á le amar, descubriéndonos la inmensidad de su bondad, que es el mayor motivo que hay de amor. Porque así como es propio, segun dijimos, de la suma bondad sumamente comunicarse, así esta suma comunicacion es argumento claro de ser suma bondad la que así se nos comunicó. Item, por aquí tambien nos declaró la grandeza de su caridad, queriendo hacerse nuestro hermano, nuestra carne y nuestra sangre: que es otro grande estímulo y motivo de amor. Por aquí tambien esforzó nuestra esperanza, y nos hizo creible que, pues Dios había descendido á hacerse hombre, que el hombre podría subir por vía de gracia á hacerse semejante á Dios; pues es mucho más aquello que esto, como en el tratado pasado dijimos. Y si os acordáis de aquellos admirables frutos que referimos del árbol de la Cruz, entenderéis que el fundamento de ellos fué hacerse Dios hombre; porque no pudiera morir en cruz; si no lo fuera; y así de todos aquellos frutos suavísimos cariéramos: en los cuales está toda nuestra salud y redencion. Y demas de esto haciéndose este Señor hombre, y conversando entre los hombres con tan grande santidad nos allanó y facilitó el camino de la bienaventuranza con la luz de su doctrina, y nos animó á caminar por él con la virtud de sus ejemplos; porque de lo uno tenía neeesidad nuestra ignorancia, y de lo otro nuestra flaqueza; y ambas cosas eran necesarias para contrastar á la sabiduría carnal y potencia del mundo. Porque como la filosofía del Evangelio por una parte sea un público pregon y conde-

nacion de la codicia desordenada de las honras , riquezas y deleites sensuales , y por otra parte ninguna otra cosa más procure, generalmente hablando, todo el género humano, y todos los grandes y prudentes del siglo; los cuales por mar y por tierra, por hierro y por fuego buscan todas estas cosas, en las cuales tienen puesta su felicidad y último fin, ¿cómo pudiera un hombrecillo flaco oponerse contra este torrente, y desmentir á todo el mundo, si no tuviera por sí los ejemplos y testimonios de Cristo? Porque está luégo á la mano acudir con aquel argumento que hace san Bernardo, tratando de la humildad, y aspereza, y desabrigo con que el Niño Jesus nació, diciendo así (1): Ó este Niño, que esta manera de aspereza escogió, se engaña; ó el mundo yerra, que busca lo contrario. Mas imposible es el engañarse la suma sabiduría: luégo sigue-se que el mundo yerra. Con este argumento burlan los buenos de la potencia y prudencia del mundo. Y este es uno de los frutos que el Hijo de Dios trajo al mundo, como lo dice san Agustin por estas palabras (2): Porque los hombres más confiadamente caminasen á la primera y suma verdad, que es Dios, la misma verdad, vestida de carne humana, estableció y fundó la fe, esto es, la verdad y la doctrina de la fe. Y la necesidad que había del magisterio de tanta autoridad, no sé con qué luz la alcanzó aquel gran filósofo Platon: el cual dice que con esta limitacion debían sus discípulos guardar los preceptos que él les había dado, hasta que viniese algun hombre más sagrado que les enseñase otra más excelente doctrina.

D. Ciertamente, maestro, gran razon tuvo el Salmista para decir (3): *¡Cuán dulces son, Señor, para mi paladar*

(1) De Natali Domin. serm. III, in princip.

(2) De Trint., IV, lib. I, cap. XVIII.

(3) Psalm. cxviii, 103.

vuestras palabras! Son cierto más dulces que la miel en mi boca. Digo esto por la consolacion que he recibido en otros, mayormente considerando en eso, por cuantas vías y maneras aquella infinita bondad ayuda á nuestra flaqueza con el misterio de su encarnacion. Porque quien estaba cercado de tantas enfermedades, y acosado de tan malas inclinaciones por razon de aquel comun pecado, tenía necesidad de una medicina universal que le diese remedio; el cual suficientísimamente se halla en el misterio de la Cruz, con lo que habéis ahora dicho, y con todo lo contenido en el tratado pasado. Mas porque la materia de este misterio es por una parte tan alta, y por otra tan copiosa, otras cosas más tengo que preguntaros, las cuales quedarán para otra sesion.

M. Acertáis en eso; porque la flaqueza de nuestros entendimientos mejor recibe las cosas distintamente y poco á poco declaradas, que tratándolas todas juntas. Acuérdomé haber leído en Quintiliano, que como los vasos estrechos no pueden recibir algun licor si lo echáis de golpe todo junto, mas recíbenlo muy bien si lo echáis poco á poco: así tambien se entiende mejor cualquier dificultosa y alta doctrina, cuando poco á poco por partes se nos enseña.

DIÁLOGO III.

En el cual se pregunta por qué causa nuestro Salvador, ya que tuvo por bien hacerse hombre, quiso que su vida fuese humilde, pobre y trabajosa.

Discípulo. La materia que tratamos es de tanta suavidad por una parte, y de tanta majestad por otra, que siempre tengo de buscar ocasiones para tratar de ella; y

por esto añadiré otra pregunta á la pasada. Porque deseo saber la causa por la cual el altísimo Hijo de Dios, ya que tuvo por bien hacerse hombre para nuestro remedio, quiso en este mundo vivir tan pobre, tan humilde y con tantos trabajos, cuantos en su vida santísima y mucho más en su muerte padeció. Porque el comun juicio del mundo tiene por abatimiento la pobreza, y la vida humilde y trabajosa, y procura por todos los medios posibles, y aún imposibles, huir de ella.

M. Esa pregunta no hubiera lugar si tratáramos este negocio entre hombres sabios y filósofos: muchos de los cuales, sin tener luz de fe, por sola razon natural desecharon de sí todos estos bienes que el mundo adora, teniéndolos por carga, y por materia de cuidados, y por impedimento del estudio de la filosofía que ellos amaban, y por grande estorbo de la verdadera felicidad que ellos pretendían. Lo cual es en tanto grado verdad, que hasta los discípulos de Epicuro, que ponían la felicidad en el deleite, desechaban esta manera de bienes, diciendo que las cargas, y cuidados, é inquietud que consigo traían, les agriaban y perturbaban el gusto y deleites de la vida que ellos deseaban; y los filósofos estóicos por ninguna vía quieren conceder que éstos se llamen bienes, pues no son parte para hacer buenos á sus poseedores (1): ántes á veces les dan ocasion de ser más vanos, más presuntuosos, más regalados, y más inhumanos para con los miserables, porque no saben qué cosa sea miseria, y sobre todo más deshonestos, porque para esto y para otras cosas les dan materia las riquezas.

Mas ya que el mundo es tan ciego, que no sabe cuáles sean los verdaderos bienes, y los judíos esperan un Mesías, el más rico y poderoso del mundo, á los unos y á los

(1) De civit. Dei. lib. IX, cap. IV, tom. V.

otros mostraré clarísimamente la vanidad de este engaño. Y porque en las cosas que se ordenan para algun fin, la razon y órden de ellas se toma del mismo fin, ruégoos me digáis: ¿para qué fin había de venir el Hijo de Dios al mundo?

D. Parece que tan grande cosa como era venir ese Señor al mundo vestido de carne humana, no podía ser sino para grandes cosas: que es para renovar el mundo, y hacer grandes bienes á los hombres.

M. Pregúntoos ahora: como haya dos maneras de bienes, unos del cuerpo y otros del alma, ¿cuáles os parece que son mayores bienes?

D. A eso podría responder cualquier rústico, por bozal que fuese; porque está claro que cuanto es más excelente el alma que el cuerpo, tanto son más excelentes los bienes del alma, que nos disponen para la vida eterna, que los del cuerpo, que se acaban con la vida. Y para darnos estos excelentes bienes era razon que el Hijo de Dios viniese al mundo. Y sin que más me preguntéis, pasaré más adelante, y concluiré de lo dicho, que así como los bienes del alma son más excelentes que los del cuerpo, así los males del alma, que son los pecados, son mayores males que los del cuerpo; y esto en tanto grado, que me acuerdo haber leído en san Agustín (1) que menor mal sería perderse todas las criaturas del mundo, que ofender á Dios con un pecado venial.

M. Muy bien habéis filosofado. Y de aquí podemos inferir que, pues el Señor del mundo venía á reformar el mundo que él había criado, era razon que viniese á dos cosas señaladas: la una á desterrar los pecados, que son los verdaderos males; y la otra á enriquecernos con los verdaderos bienes, que son los del alma. Pues si para esto

(1) August. lib. Cur. Deus hom. cap. IX.

venía, no le convenía otra manera de vida sino esa, que era vida pobre, áspera y humilde.

D. Eso deseo entender.

M. Estad ahora atento, y verlo habéis. Los médicos para curar una dolencia todo su estudio ponen en desterrar las causas de ella, que son los humores venenosos de donde ella nace. Pues este modo de curar guardó aquel grande Médico que vino del cielo; porque luégo en viniendo aplicó el remedio á las principales raíces de todos los pecados. Para cuyo entendimiento es de saber, que el principio y fuente universal de todos los males es el demasiado amor de sí mismo, hijo primogénito del pecado original, y principio de toda corrupcion, y precursor del Antecristo: en cuya venida dice el Apóstol (1) *que serán los hombres grandes amadores de sí mismos*. De este mal amor nacen tres hijos, que son tres malos amores: conviene saber, amor desordenado de honra, de hacienda, y de deleites sensuales. Pues de estos tres ramos que nacen de este pestilencial tronco, nace toda la fruta de muerte, y toda la corrupcion de nuestra vida. Y así podemos decir que como todo el linaje humano despues del diluvio se derivó de Noé por medio de aquellos tres hijos que tuvo, Sem, Cam y Jafet, así tambien toda la universidad de vicios del género humano nace de este padre universal de todos ellos, que es el amor propio, por medio de estos tres hijos que tiene, que son estos tres malos amores que dijimos. Porque el primero de éstos, que es amor desordenado de la honra, viene á ser motivo de muchas maneras de pecados. La razon de esto es, porque los hombres ponen la honra, no en la virtud, que sola merece honra, sino en muchas cosas vanas que el mundo ciego ha hecho bonrosas sin serlo. Y para alcanzar cada cosa de éstas hay

(1) XI Tim., III, 2.

muchos malos medios y caminos; y por todos éstos andan los amadores de esta vanidad por alcanzar lo que tan apasionadamente desean; y así vienen á caer en muchos despeñaderos de pecados, y á dejar de hacer las cosas necesarias á sus almas, cuando les parece no ser tan honrosas. Y esta fué la causa por que los fariseos, aunque veían las maravillosas obras de Cristo, no quisieron seguirle, ni creer en él; porque, como dice san Juan (1), *amaron más la gloria del mundo que la de Dios*. Y el mismo Señor les repitió esta sentencia, diciendo (2): *¿Cómo podéis vosotros creer, pues andáis buscando la honra unos de otros, y no hacéis caso de la honra que viene de Dios?* También hay muchas maneras de haciendas, y muchos malos medios para alcanzarlas; y así hay aquí muchos motivos para muchas maneras de pecados. Por lo cual dijo el Apóstol (3) *que la codicia era raíz de todos los males*. La codicia también desordenada de deleites es como sementera de otros muchos males. Porque los hombres mundanos, desprecia-
dos los verdaderos deleites de la buena conciencia, que es como dice el Sabio (4), *un perpetuo banquete*, ponen sus deleites en comer, y beber, dormir, y en deleites carnales, en vestidos curiosos, en camas regaladas, en edificios suntuosos, en fiestas y juegos, y en otras maneras de pasatiempos que la carne desea, cada uno de los cuales se alcanza muchas veces por muchos malos medios, y así son causa de muchos pecados; y demas de esto hacen los hombres afeminados, apocados, bestiales, viles, y discípulos del infame Epicuro y de Mahoma seguidor de sus deleites; y sobre todo esto hácenlos, como dice el Apóstol (5),

(1) Joan., xii, 43.

(2) Ibid., v, 44.

(3) I Tim., vi, 10.

(4) Prov., xv, 15.

(5) Philip., iii, 18 et 19.

enemigos de la Cruz de Cristo, y amadores más de sus deleites que de Dios, é idólatras y servidores de su vientre. Y no sólo este amor es causa de muchos pecados, sino tambien es cuchillo de todas las virtudes; porque como el amador de deleites sea enemigo de trabajos, y todas las virtudes estén acompañadas con ellos, por el mismo caso que es uno enemigo de trabajo, lo es tambien de toda virtud. Por lo cual dijo Séneca que en el reino del deleite no tenía parte la virtud; y en otro lugar dice el mismo, que muy poco estima la virtud el que tiene demasiado amor á su cuerpo. Y así tambien es comun sentencia de filósofos, que el amor del deleite es yesca y cebo de todos los males; y mucho más lo serán estos tres malos amores que ya dijimos. Y por ellos, cada cual en su manera, tan vehementes, vienen á ser grandes incentivos para pecar; pues vemos que los que están presos de estas aficiones, no hacen caso, ni de paraíso, ni de infierno, ni de juicio, ni de muerte, ni de promesas, ni amenazas, ni beneficios de Dios: ántes rompen por todo esto tan fácilmente como por telas de arañas, por alcanzar lo que desean. Pues siendo estas las tres principales fuentes de todos los males, y las tres primeras llagas de la naturaleza humana, era cosa convenientísima que aquel Señor que vino del cielo para ser médico del mundo, proveyese de emplastos y remedios para ellas. Para lo cual, demas del remedio de la gracia y de los sacramentos que para esto sirven, quiso que su vida fuese pobre, humilde y trabajosa, y la muerte mucho más. Pues si para esto venía, ¿de qué otra manera había de venir? ¿había de venir con fausto y pompa, viniendo á curar nuestra soberbia? ¿había de venir lleno de riquezas, viniendo á desterrar la codicia desordenada de ellas? ¿había de venir lleno de regalos y delicias como otro Salomon, viniendo á condenar la demasía de ellas?

Porque si un contrario se cura con otro contrario, ¿cómo había de venir el médico de estos males, sino con medicinas de virtudes contrarias á ellos?

Pues este ejemplo fué un grande estímulo á todos los santos para el menosprecio del mundo, y para el amor de esta manera de vida que vieron en su Señor. Porque ¿qué hombre será tan ingrato y desconocido, que viendo al Criador de los cielos, al Señor de los ángeles, á la gloria de los bienaventurados en este hábito y figura tan humilde, padeciendo tantas maneras de trabajos, no se esfuerce á imitar algo de lo que ve en él, siquiera por no consentir que una tan costosa medicina haya sido hecha en vano? ¡Oh medicina, dice san Agustin (1), que todas las cosas remedia, que recoge todas las cosas derramadas, que repara todas las flacas y enfermas, que corta todas las superfluas, y corrige todas las depravadas! ¿Qué soberbia se puede sanar, si con esta humildad del Hijo de Dios no se sana? ¿qué avaricia se puede curar, si con la pobreza de este Señor no se cura? Y no ménos enseña él esta celestial filosofía naciendo, que muriendo; pues luégo en ese primer día que entró en el mundo, sin aguardar más tiempo ni sazón, quiso ser aposentado en un establo, y reclinado en un pesebre, y probar luégo por experiencia parte de las injurias y miserias de esta vida. Porque, como apunta san Bernardo (2), el tiempo de su nacimiento era invierno, la noche fría, el lugar desabrigado, la cama dura, los paños pobres, y la compañía no más que José y María. Pues ¿qué pobreza y qué humildad se puede comparar con ésta? ¿adónde había más de descender este Señor, que nacer en establo, y dormir en pesebre, que es partir cama y casa con las bestias? ¡Oh

(1) De Doctr. Christ. lib. I, cap. XIV.

(2) Serm., III, de Natali Dom.

Rey de los ángeles ! ¡oh Señor de los cielos ! ¿Qué lugar ese que habéis escogido ? Si el cielo es vuestra silla , y la tierra el estrado real de vuestros piés ; si estáis asentado sobre los querubines , y desde ahí miráis los abismos , ¿cómo habéis querido ahora poner vuestra silla en ese abismo de tan gran bajeza ? No es otra la causa sino el remedio de nuestra vida , porque desde luégo queréis enseñar por ejemplo lo que despues habéis de predicar por palabra . Y ese pesebre es una cátedra donde callando enseñáis con grande eficacia el menosprecio del mundo y la filosofía del Evangelio .

§ I.

Bienes que el Salvador nos trajo con su humanidad santísima.

Discípulo. Bastantemente quedo satisfecho y concluído , que la más conveniente manera de vida que el Salvador había de seguir era esa que escogió , supuesto que venía á desterrar los pecados del mundo , cortando las raíces de ellos . Porque si venía á pelear con estos tres gigantes tan poderosos , si venía á derribar estos ídolos que adoran las gentes , si venía á hacer guerra al fausto , á la vanidad , á la soberbia , á la avaricia , y á las delicias que tenían tiranizado el mundo , y llevaban en pos de sí los hombres , y los apartaban de Dios , empleando sus vidas en el servicio de estos falsos dioses , ¿con qué otras armas les había de hacer la guerra ? ¿Con qué otro hábito había de venir ?

Mas porque me dijisteis que este Señor venía , no sólo á desterrar los males del mundo , que son los pecados , sino tambien á enriquecernos con verdaderos bienes , deseo saber cómo ese hábito de humildad y pobreza sirve tambien para esto .

Maestro. Eso tambien os mostraré con la misma claridad. Para lo cual conviene presuponer que el mayor bien que la criatura racional puede alcanzar, es hacerse semejante á su Criador; imitando, cuanto le sea posible, aquella suma santidad y pureza de él. Y no piense nadie ser presuncion anhelar á esta semejanza, pues el mismo Señor tantas veces nos provoca á ella, diciendo (1): *Sed santos como yo lo soy.* Y no ménos el Apóstol nos convida á lo mismo cuando dice (2): *El primer hombre fué de la tierra, terreno; mas el segundo fué de el cielo, celestial. Cual fué el terreno, tales son los terrenos; mas cual fué el celestial, tales son los celestiales. Por tanto si hasta ahora hemos traído la imágen del terreno, traigamos ahora la imágen del celestial.*

Esta alteza de vida nos representó el Señor en una singular comparacion, diciendo por el profeta Ezequiel (3). *Tomaré yo, dice el Señor, de la médula de el cedro alto, y de los pimpollos de sus ramas, y plantarlas hé en un monte alto, y ahí nacerán y darán su fruto.* Pues ¿qué cedro, qué médula y qué pimpollos son éstos? El cedro alto es el Padre Todopoderoso; la médula de este cedro es el Hijo, que está en el seno del Padre, y el pimpollo de las ramas altas es el Espíritu Santo, que procede de ambos; y este pimpollo con esta médula fué plantado en el monte alto de la Iglesia; y ahí prendió ese divino espíritu y dió fruto celestial, criándose en la tierra hombres celestiales y divinos, conforme á la naturaleza de la planta que en ella se plantó.

Pues para esto señaladamente vino el Hijo de Dios al mundo, y para esto nos mereció y envió el Espíritu Santo,

(1) Lev., xi, 44. Petr., 1-16.

(2) I Cor., xv, 47-49.

(3) Ezech., xvii, 23.

para que él con la virtud de su Espíritu de tal manera espiritualizase y deificase los hombres, que descarnándolos de toda carne, pudiesen vivir esta vida celestial. Y llámase vida celestial, por la semejanza que en su manera tiene con la vida de aquellos espíritus bienaventurados: los cuales, como están libres y exentos de las cosas de la tierra, se ocupan siempre en apacentar sus ojos en la divina hermosura, gozando de aquella infinita luz y de aquel universal y sumo bien en quien están todos los bienes. Pues esto mismo hacen en su manera los que con el favor de este espíritu celestial han llegado á vivir esta vida, como llegaron todos los santos: los cuales, hecho ya divorcio con el mundo, todo su estudio y cuidado era vacar á Dios, y conversar con Dios, de tal manera que con sólo el cuerpo estaban en el mundo, mas con el espíritu, con el pensamiento y con los deseos conversaban en aquella patria celestial. Pues de esta manera de vida es Dios el autor principal, como él se gloria de ello hablando con el santo Job por estas palabras (1): *¿Por ventura sabes tú el orden que hay en el cielo, y serás poderoso para poner este mismo orden en la tierra?* Sólo Dios es poderoso para hacer esta mudanza, como es imitar los hombres en la tierra la pureza, el orden y los ejercicios del cielo: como muestra el Apóstol que lo hacía, cuando dice (2), *que toda su conversacion y trato era en el cielo*; porque no traía puestos los ojos de su alma en las cosas temporales que se ven, sino en las eternas que no se ven.

Mas para esta tan alta y gloriosa empresa conviene que el hombre dé un general libelo de repudio á todas las aficiones desordenadas y cuidados congojosos del mundo; porque, como dice muy bien san Juan Clímaco, así como

(1) Job., xxxviii, 33.

(2) Philip., iii, 20.

es imposible mirar con un mismo ojo al cielo y á la tierra, que son dos términos contrarios, así lo es tener el corazón plantado en el amor de las cosas de la tierra y en las del cielo; porque para vivir á las unas es necesario morir á las otras. Esta es aquella abnegacion y cruz del Evangelio (1), y aquella mortificacion á que tantas veces nos convida el Apóstol, exhortándonos á morir esta manera de muerte á las cosas del mundo para vivir á las de Dios.

Mas este bocado tan precioso no deja de costar caro; pues para esto es menester, como decimos, despedir de nuestra alma todos estos apetitos de las cosas terrenas, para que, recogidas en uno todas las aficiones y fuerzas de ella, el agua de amor que corría hacia la tierra por todos estos caños, se encamine al cielo, y se emplee en el amor del sumo bien, que es Dios. Y aunque haya muchos grados en la vida evangélica, en los cuales se pueden los hombres salvar más, porque este es el mayor, decimos que este es el que principalmente vino á plantar el Hijo de Dios en la tierra, denominando la causa de su venida del postrer punto y término de ella.

Pues si á esto venía este celestial y nuevo hombre, ¿cómo había de venir á predicar y canonizar esta manera de vida, sino honrándola y ejercitándola en su misma persona? ¿cómo había de aprobar esta medicina, sino usando él primero de ella? ¿cómo había de persuadir que esto era lo mejor, si él para sí tomaba lo contrario? ¿cómo había de acabar con los hombres que se vistiesen de este hábito del hombre nuevo, si él venía vestido del viejo y usado, en el mundo? ¿cómo creyeran al que condenaba el demasiado amor de las riquezas, y honras, y deleites, si él venía

(1) Matth., x, 35; xvi, 24. Luc., ix, 23; xiv, 27; xvii, 33. Marc., c. viii, 34. Joan., xii, 25. Colos., iii, 9.

lleno de esas mismas cosas que condenaba? Tal, pues, había de venir desnudo de todos los bienes del cuerpo, y rico de todos los bienes del alma: por de fuera humilde y dentro glorioso: en los ojos de los hombres despreciado, y en los de Dios precioso. Tal, finalmente, había de venir, cuales él nos deseaba hacer; y tal había de ser la manera de su vida, cual era su doctrina; porque si de otra manera viniera, él mismo fuera contrario á sí, y con las obras deshiciera lo que con la doctrina predicaba.

D. En gran manera se ha recreado mi alma con lo que hasta aquí habéis tratado; y no pienso habrá entendimiento, por ciego que sea, que si considerare esas conveniencias que habéis propuesto, no quede concluído y atado de piés y manos, y que no vea claro que con ningún otro hábito más propio, ni con otra manera de vida había de venir el que venía á reformar el mundo, y hacer que los hombres carnales y terrenos se hiciesen celestiales y divinos, no siendo posible ser lo uno sin dejar de ser lo otro. Pues si ésta es la mayor perfeccion que el hombre puede en esta vida alcanzar, no era razon que el que la venía á enseñar careciese de ella.

§ II.

Declárase cuán conveniente haya sido vivir Cristo esta manera de vida pobre y humilde, por razon del fin para que el hombre fué criado.

Maestro. Es tan rica y tan copiosa esta materia, que por mucho que digamos, siempre es más lo que nos queda por decir que lo dicho. Porque ¿qué lengua podrá agotar lo que la infinita sabiduría de Dios en tan grande negocio trazó y ordenó? Y, pues, vos tanta consolacion habéis recibido con lo que hasta aquí se ha platicado,

quiero pasar adelante, y declararos casi lo dicho, aunque por diferente camino. Para lo cual habéis de saber que así como en todos los géneros de cosas hay unas verdaderas, y otras de tal manera falsas que parecen verdaderas, así tambien acaece en la felicidad del hombre, que hay una verdadera, y otra aparente que parece verdadera y no lo es, y con esta muestra contrahecha tiene engañada la mayor parte del mundo. Esta felicidad es la que consiste en abundancia de riquezas, y honras, y deleites sensuales. La cual felicidad es falsa, engañosa, breve, frágil y sujeta á mil maneras de cuidados y congojas. Otra hay verdadera, que consiste, no en bienes del cuerpo, sino del alma, que son bienes espirituales; y particularmente en la contemplacion y amor del sumo bien, que es Dios, en el cual tiene el hombre verdadero y cumplido descanso. Mas con todo eso, ¿qué hace el demonio? Tómanos con gaita como á negros. Pónenos delante el gusto de esta felicidad exterior y sensible, que parece felicidad, y no lo es, y nosotros, como negros nuevos, y como gente ruda, cegámonos con el resplandor de esta felicidad, ó por mejor decir, como bestias engañámonos con el sabor y apariencia de este cebo exterior, y de esta manera nos prende, y cautiva, y hace esclavos de nuestros apetitos. Pues de este engaño nacen todos los otros engaños y males de esta vida; porque pervertido el fin de la vida, toda ella queda pervertida. Y de esta manera, presuponiendo el hombre que toda su felicidad consiste en este linaje de bienes, entrégase todo á buscarlos y procurarlos con todos los cuidados y pecados que ellos suelen procurar.

Pues como este sea un tan universal y tan grande engaño, convenía que este Señor, que había venido del cielo á ser maestro de la verdad, nos librase de él, y nos enseñase en qué consistia la verdadera felicidad, junto con los

medios por donde se alcanzaba. Él, pues, nos enseñó que en la contemplacion y amor del sumo bien, que es obra del mayor de los dones del Espíritu Santo, que se llama sabiduría, consistía nuestra felicidad; y que los medios principales por donde se alcanzaba, era el menosprecio de todas las cosas del mundo, y la mortificacion de todas las pasiones y regalos de nuestra carne. La cual doctrina, demas de la luz de la fe, se confirma tambien por luz de razon natural. Porque algunos grandes filósofos hubo que alcanzaron esto, y determinaron que en esta manera de sabiduría estaba el sumo bien del hombre; puesto caso que su sabiduría y la nuestra son muy diferentes, porque la nuestra es infundida por el Espíritu Santo, mas la suya es adquirida por estudio humano. De este parecer, entre otros grandes filósofos, fué Platon: el cual concluye en el diálogo llamado Fedon, hablando en persona de Sócrates, que en esta manera de sabiduría consiste nuestra bienaventuranza.

Descubierta esta mina de oro, tras de la cual anduvieron cavando los primeros filósofos sin poder dar en ella, acuden los amigos de Sócrates con grande instancia á preguntarle qué medio había para alcanzar tan grande bien. A esto respondió él que esta manera de sabiduría no se podía alcanzar en esta vida, sino despues de ella. Y entre las causas que para esto da, una de las más principales es que el hombre en esta vida está sujeto á infinitas maneras de necesidades, de enfermedades, de cuidados, de negocios, de trabajos, de peligros, de acaecimientos y desastres, y de otros muchos accidentes que suceden en ella, así en las personas propias, como en las de nuestros deudos, y amigos, y familiares, cuyos trabajos y cuidados no ménos inquietan y perturban á las personas, que los propios. Pues como el alma sea tan amiga y hermana de su cuerpo, em-

barazada y ocupada con estas cargas, y pungida con todas estas espinas, no puede libremente levantarse á la contemplacion de aquella altísima sabiduría (1), *que mora en una luz inaccesible*, y no se deja entender como conviene, sino de almas puras y desocupadas de los demasiados tratos y negocios del mundo. Porque de otra manera, si quisiere levantarse á lo alto, el peso de la carne y las espinas de los cuidados tiran por ella, y le impiden la subida. Y por esto con mucha razon decía este gran filósofo, que no podía el hombre alcanzar esta sabiduría y emplearse todo en el ejercicio de ella, hasta que el alma estuviese apartada de la servidumbre de este cuerpo por medio de la muerte que deshace esa liga y compañía; porque entónces podrá libremente volar á lo alto sin embarazo é impedimento del cuerpo.

Con todo esto viene este filósofo á moderar esta sentencia, diciendo que si alguno hubiere que de tal manera viva en esta vida, como si ya estuviese fuera de ella, y de tal manera despida de sí todos los cuidados y gustos de su cuerpo, como si ya estuviese fuera de él, este tal se podría ya contar por muerto; y cuanto más lo estuviese, tanto más hábil estaría para vacar á la contemplacion de las cosas divinas; que es, como ya dijimos, el oficio propio de aquella sabiduría. Y por este linaje de muerte entiende este filósofo el apartamiento de todos los apetitos de nuestro cuerpo: el cual por ningun vocablo se significa mejor que por este nombre de muerte; porque no es otra cosa muerte, sino apartarse el alma del cuerpo. Y el oficio del verdadero sabio ha de ser apartar el alma, en cuanto le sea posible, del cuidado demasiado, y de todos los apetitos y regalos de su cuerpo, contentándose con aquello que puntualmente es necesario para sustentar la

(1) I Tim., vi, 16.

vida. La cual sentencia, como refiere san Jerónimo en el Epitafio de Nepociano, alabaron grandes filósofos, y levantaron hasta el cielo. Y por cierto con mucha razon; porque, demas de ser ella certísima, es argumento firmísimo con que se prueba y confirma la verdad de la perfeccion evangélica. La cual declaró el profeta con solas dos palabras, cuando dijo (1): *Desocupáos, y ved que yo soy Dios*. Donde toma por medio el apartamiento de las cosas del mundo, para emplear el alma en el conocimiento y contemplacion del sumo bien. El cual apartamiento ha de ser tan general, que merezca este nombre de muerte que los filósofos le pusieron; pues no es otra cosa muerte, como dijimos, sino apartarse el alma del cuerpo.

Pues cuando aquí llegaron estos filósofos, parecíales que habían volado muy alto, y llegado á alcanzar lo que grandes ingenios se desvelaron por saber: que era determinar en qué consistía la felicidad, y por qué medios se alcanzaba. Mas tenemos por qué dar muchas gracias á aquel Maestro que vino del cielo, que esta tan alta filosofía, á que los grandes ingenios con su grande estudio apenas atinaron, mas nunca la ejercitaron, de tal manera enseñó que infinitas personas sin letras, no solamente la alcanzaron, mas tambien la ejercitaron perfectísimamente. Porque esto hicieron luego al principio de la Iglesia todos aquellos santos padres de Egipto que vivían en soledad, los cuales, si decirse puede, estaban más que muertos al mundo, y á su propia carne, pues muchos de ellos la sustentaban con solas legumbres, ó raíces de yerbas silvestres. Lo cual refiere san Jerónimo en una epístola á la virgen Eustoquio (2), donde hablando de la penitencia que él hacía en el desierto, dice así: Del comer y del beber no

(1) Psal., xcvi, 11.

(2) Paulo post. initium.

hablo; pues los monjes, aunque estén enfermos, beben agua; y comer alguna cosa cocida se tiene entre ellos por lujuria. Pues de esta manera, desembarazados estos santos varones de la servidumbre de sus cuerpos, empleaban los días y las noches en el estudio y ejercicio de esta divina filosofía; y esto con increíble suavidad y consolacion de el Espíritu Santo. Porque de otra manera, ¿cómo pudieran hombres de carne y hueso como nosotros, sufrir soledad y vida tan intolerable, siendo el hombre naturalmente animal político y amigo de compañía? De éstos dice san Jerónimo en la sobredicha epístola, que de tal manera vivian en la carne como si estuvieran fuera de ella. En las cuales palabras comprendió todo cuanto de esta muerte filosófica hemos hasta aquí tratado.

Esta manera de muerte, y este linaje de estudio y ejercicio escribe Filon, uno de los elocuentes y graves filósofos del mundo, que ejercitaban los primeros fieles cerca de Alejandría: lo cual referiremos adelante más por entero en su propio lugar. Mas ahora solamente diré lo que hace al propósito de esta muerte, y es, que estos santos varones moraban fuera de poblado en unas caserías humildes que hacían junto al lago llamado Marian. Y de ellos primeramente dice que despedian de sí todas las posesiones y haciendas temporales, y de esta manera desarraigaban de su corazon todo el amor y solicitud de las cosas del mundo. Ninguno, dice él, come ni bebe ántes que el sol se ponga: repartiendo el tiempo de tal manera, que el día se emplee en los estudios de la sagrada sabiduría, y parte de la noche en satisfacer á la necesidad corporal. Algunos hay que vienen á comer despues de tres días: aquellos á quien aflige más el hambre de la palabra divina. Y los que más alcanzan de esta alta sabiduría, y gustan más profundos secretos espirituales de la divina

Escritura, tan aficionados están á aquellos sabrosos manjares, que se olvidan de los corporales hasta el sexto día; y entónces comen, no con deseo ni deleite, sino para sustentacion de su cuerpo. Hasta aquí son palabras de Filon.

D. En gran manera estoy espantado de esto que me habéis referido por dicho de un tan abonado y grave testigo como fué Filon. Porque no podría yo creer que fuese posible pasar los cuerpos humanos tantos días sin refeccion, y que todo ese tiempo se gastase en la contemplacion y estudio de las cosas divinas. Pues segun esto, ¿cuánto es más alta y admirable nuestra filosofia, que la de esos tan grandes filósofos que habéis nombrado, y cuánto más adelante pasaron nuestros filósofos de lo que ellos pudieron imaginar? ¿qué más muerte y qué más apartamiento de cuerpo y alma se puede hallar que esa, donde el cuerpo pasa seis días sin mantenimiento? ¡Cuán grandes serían las alegrías, y consolaciones, y fuerzas del espíritu, que podían soportar tan grande ayuno! Mas ruegos me digáis si hay en estos tiempos presentes algunas reliquias de esos padres antiguos.

M. Artículo es de fe, que el Espíritu Santo ha de morar en la Iglesia hasta el fin del mundo: que es el principal aútor y maestro de esta vida celestial. Y el Salvador despidiéndose de sus discípulos dijo (1): *Mirad que yo estaré con vosotros hasta el fin del siglo.* Pues segun esto, nunca dejará de haber en la Iglesia personas que, despreciadas las cosas del mundo, tengan toda su felicidad, su amor y esperanza en Dios. Verdad es que, como dice Casiano, esas tan grandes abstinencias de semanas enteras sin comer, no se compadecen con los aires y temperamento de estas regiones occidentales. Pero lo demas, que es pobreza, aspereza de vida, continuo estudio de oracion,

(1) Matth., xxviii, 20.

y finalmente aquella manera de muerte de que hasta aquí hemos tratado, en muchas partes de la cristiandad se halla. Porque muchos monasterios, y áun provincias hay en la cristiandad donde se entiende, platica y ejercita mejor esta filosofía, que nunca Platon ni Sócrates la entendieron; y no por filósofos sabios y muy enseñados en las ciencias humanas, como lo fueron ellos, sino por muchas personas, como dijimos, sin letras y sin el estudio de esas ciencias. Los cuales filósofos si ahora resucitasen, y vieses aquella tan alta filosofía que ellos con tanto estudio alcanzaron, entendida y ejercitada en tantas partes por esta gente, no podrían dejar de maravillarse, y de conocer que el dedo de Dios intervenía aquí, y que era verdadera la fe y religion que así había comprendido aquella tan alta y verdadera filosofía.

Pues volviendo al propósito principal, si nos consta, no sólo por luz de fe, sino tambien por clarísima razon y testimonio de grandes filósofos, que la vida del verdaderamente sabio consiste en esta manera de muerte, que es el apartamiento de los bienes del mundo, y de los regalos del cuerpo, para emplear libremente el espíritu en la contemplacion de las cosas divinas, ¿cuál otra había de ser la vida de aquel gran filósofo que vino del cielo á enseñarnos esta celestial filosofía, sino pobre, humilde y trabajosa? Y si hay, como ya platicamos, dos maneras de felicidad, una falsa, que consiste en la abundancia de los bienes del cuerpo, y otra verdadera, que consiste en los bienes del alma, despreciados los del cuerpo, ¿con qué otro hábito había de venir al mundo el que venía á condenar la felicidad falsa, y enseñar la verdadera? En lo cual se ve claro el engaño de los mortales que, pretendiendo alcanzar verdadera felicidad, andan desvelados tras de los bienes corporales: lo cual es tan grande enga-

ño, como el de uno que, queriendo navegar hacia Oriente, tomase la ruta de Occidente; pues buscan la felicidad en lo que es totalmente contrario á la verdadera felicidad. Por donde así como no se compadece la verdad con la mentira, porque la una deshace la otra, así tampoco pueden caber en un sujeto felicidad falsa y verdadera; pues no ménos son contrarias entre sí, que verdad y mentira.

DIÁLOGO IV.

En el cual se trata de las causas y conveniencias de la pasión y muerte del Salvador.

Discípulo. Ya es tiempo, maestro, que comencemos á tratar del más alto artículo que hay en este misterio de nuestra redencion, que es la Cruz y muerte del Hijo de Dios: la cual, como el Apóstol dice, fué escándalo para los judíos, y materia de locura para los gentiles. Porque, como dice san Gregorio (1), pareció á los hombres locura morir por ellos el autor de la vida, y de ahí vino el hombre á tomar escándalo para no creer, de donde había de tomar motivos para más amar. Pues porque Dios nos libre de tan gran peligro, demas de la fe que por la misericordia de Dios tenemos de este misterio, deseo saber las conveniencias y frutos que la razon humana, alumbrada por esta misma fe, halla en él; porque la prudencia mundana espántase mucho de oir muerte en Dios.

Maestro. La causa de ese espanto es ser los hombres tan de carne, y tener tan poca cuenta con el espíritu, que no conocen otros bienes ni males sino los del cuerpo, despreciándose por los unos, y huyendo á velas tendidas de os otros. Y porque entre los males del cuerpo, dice Aristóteles, que el más terrible es la muerte, por eso de tal

(1) Hom., VI, sup. Evangel.

manera la temen y aborrecen, que muchos ni aún pensar en ella osan. Mas para comenzar á responderos á esa pregunta, quiero primero advertiros que cuando confesamos en los artículos de nuestra fe que Dios murió y padeció, no entendemos que Dios segun la naturaleza divina padeciese, sino segun la humana, que por nuestra causa tomó. Porque es tan grande la simplicidad, la pureza, y la inmutabilidad de aquella altísima sustancia, que ningun linaje ni de cualidad, ni de accidente, ni de otra cosa peregrina puede caber en ella. Porque en Dios no hay otra cosa más que Dios. Y conforme á esto dice san Agustin (1) que así como cuando el mártir moría, el cuerpo solo moría, y no el alma: así cuando el Hijo de Dios padecía, la sagrada humanidad padecía, mas la divinidad estaba libre y exenta de toda pasion. Esto nos representó aquel memorable sacrificio de Abraham (2), en el cual le mandaba Dios sacrificar á su hijo Isaac; y al tiempo que el santo patriarca levantaba el brazo para sacrificarlo, fuele á la mano un ángel, y mandóle que no tocase en él, pues ya había mostrado la entereza de su fe y obediencia; mas en esta sazón vió el patriarca un carnero que estaba preso por los cuernos en una zarza, y éste ofreció en sacrificio. De modo que el hijo quedó vivo, mas el carnero solamente fué muerto. Lo cual, como dice san Ambrosio (3), nos declara la condicion del sacrificio de nuestro Redentor: en quien adoramos y confesamos dos naturalezas, divina y humana; de las cuales la humana sola padecía, mas la divina, á manera de Isaac, quedó libre de toda pasion.

D. Muy claro es esto que decís y todo el mundo lo entiende. Pues siendo esto verdad, ¿por qué confesamos

(1) De Temp. ser. CXCI.

(2) Gen., xxii.

(3) De Abraham, lib. I, cap. VIII.

que Dios murió, y padeció, y fué sepultado, pues nade de eso pertenece á la divinidad, sino á sola la humanidad?

M. A eso respondo que fué tan estrecha la liga con que el Hijo de Dios juntó consigo nuestra humanidad, que aunque reconocemos allí dos naturalezas perfectas y distintas, no reconocemos más que una persona que las sostiene á entrambas, que es un solo Cristo, y por ser tan estrecha esta union, vienen á comunicarse las propiedades de la una naturaleza á la otra; y así lo que es propio de Dios, se atribuye á la sagrada humanidad, y lo que es de ella, se atribuye á él: como vemos que se hace en los casamientos, en los cuales por hacerse los casados una misma cosa, todos los títulos y bienes del uno se comunican al otro; de modo que si un rey casare con una mujer de ménos suerte, como lo hizo el rey Asuero con Ester (1), ella tambien será y se llamará reina como él. Lo mismo, pues, confesamos en este espiritual casamiento del Verbo divino con la naturaleza humana; y esto con mayor razon, por ser esta union y liga la más estrecha, más admirable y más divina de cuantas hay en todo lo criado.

Presupuesto este fundamento, comenzaré á responder á la pregunta que me propusisteis, aunque comienzo ya á temer la entrada en este mar tan profundo, donde hay tantas grandezas y maravillas, que ni por lenguas de ángeles podrían ser declaradas. Mas como sea verdad lo que Aristóteles dijo, que lo poco que podemos saber de las cosas altísimas, vale más, y es más suave que lo mucho de las cosas bajas: así, aunque sea poco lo que alcanzáremos de este misterio, en comparacion de lo mucho que hay que contemplar en él, todavía ese poco nos será de inestimable suavidad y provecho.

Digo, pues, que la muerte violenta tiene una condicion

(1) Esther., II, 17.

que en pocas cosas se halla, y es, que puede ser la más vil y deshonrada del mundo, y la más gloriosa y honrosa de cuantas hay en él. Porque ser un hombre ajusticiado por malhechor, es la más amenguada cosa de cuantas hay, pues en ella hay dos tan grandes males, como son culpa y pena; mas si uno fuere violentamente muerto por su patria, por su rey, por la fe, por la castidad, y por cualquiera otra virtud, está claro que cuanto la muerte fuere más cruel, más dolorosa y afrentosa, tanto será más gloriosa y más honrosa. De suerte que para juzgar de la muerte no miramos á la pasión, sino á la causa, y conforme á ella la vituperamos ó engrandecemos. Por donde así como decimos del amor, que es tal cual es la cosa amada, si buena, bueno, si mala, malo: así en su manera decimos que tal es la muerte, cual es la causa de ella; y así se llama buena ó mala, honrosa ó deshonrada, según su causa. ¿Qué honra se hizo en Roma á los Decios porque ofrecieron la vida por la patria? ¿cuán celebrada y predicada es la muerte de M. Atilio Régulo? el cual ni por temor de la muerte dejó de aconsejar lo que convenía al bien de su patria, y por guardar la fe y palabra que tenía dada, volvió á Cartago, donde por el consejo que había dado contra ella, fué atormentado con muchas maneras de tormentos. Pero dejados los ejemplos de los gentiles, ¿quién no ve cuán gloriosa sea la muerte de nuestras vírgenes, Ines, Margarita, Dorotea, Agueda, y otras innumerables, las cuales por la guarda de su castidad despreciaron por una parte todas las amenazas, y por otra las grandes promesas de los tiranos? Mas entre éstos, por ser ejemplo ménos sabido, no callaré la pureza de la vírgen Potamiana, que escribe por una parte Paladio, y por otra Eusebio en el libro VI de la Historia Eclesiástica. La cual, siendo codiciada por su grande hermosura de un se-

flor á quien servía, nunca, ni con promesas ni amenazas pudo ser vencido el propósito de su castidad. Entónces el cruel enamorado entrególa al presidente de Alejandría, mandándole que si no quisiese obedecer á la voluntad de su señor la atormentase cruelmente. Amenazando, pues, el presidente á la vírgen que la mandaría cocer en una tina de pez derretida, sino consentía con la voluntad de su señor, la vírgen alegremente consintió en la muerte, por no consentir en el pecado, rogando al presidente, por la vida del emperador, que no la mandase desnudar, sino que así como estaba vestida, la metiesen en la tina; y así se hizo, donde estuvo un poco de tiempo. Y cuando la pez llegó á la garganta, envió su espíritu purísimo al tálamo del Esposo celestial, triunfando gloriosamente de la carne, y de la potencia del mundo, y del demonio que esto solicitaba. ¿Cuánto más gloriosa fué esta muerte, que la de aquella tan celebrada Lucrecia la cual tuvo en más la honra que la castidad, cometiendo una culpa grande con el adulterio, y otra mayor con el homicidio? Y aunque este ejemplo, con los demas que diremos, bastaba para prueba de lo dicho, no dejaré de traer otro semejante que refiere el mismo Eusebio en el octavo libro de la misma historia, por ser dignísimo de ser de todos leído y sabido. Dice, pues, que en la misma ciudad de Alejandría había una excelente vírgen llamada Dorotea, nacida de muy noble linaje, y acompañada de nobles parientes y abundantes riquezas: pero más resplandecía la gloria de sus virtudes, y cordura, y ejercicio de todas buenas artes, y viveza de ingenio. Y su belleza y hermosura fué tanta, que parecía haberla querido Dios señalar entre todas las mujeres de su tiempo. Pero preciado más la hermosura del alma, que consiste en la virtud y verdadera religion, determinó consagrar á Dios, demas de su espíritu, juntamente lo que

á los hombres tanto agradaba; y así hizo voto de perpetua virginidad. Pero Maximino, que así las cosas divinas como las humanas tentaba ensuciar con su carnalidad y braveza, conociendo la hermosura de la virgen, pero no la virtud y fortaleza de su propósito, determinó en su corazon vencer el propósito de su castidad. Despues, sabiendo que era cristiana, y viendo que por las leyes había de ser ántes castigada que requerida, comenzó á dudar á cuál parte se inclinaría. Pero venció en este conflicto la carnalidad, que más le señoreaba. Y esperando la virgen cuando había de ser presa para el martirio, recibió secretos mensajeros enviados del tirano para tentar su virginidad. A los cuales generosa y sabiamente respondió con estas palabras: Decid al tirano que no ménos quiero guardar para mi Señor limpio el templo de mi cuerpo, que el de mi alma; y por igual deslealtad tengo consentir en su violacion, que en la blasfemia de adorar los ídolos: y no ménos por esta causa, que por la fe, estoy aparejada á morir; y decidle que no conviene á tan cruel bárbaro enviar tan blanda embajada, ni que con deleites se enternezca el corazon á quien tantas ondas de sangre de hombres no han podido ablandar. Oída esta respuesta, crecieron más las llamas de su fuego, y determinó, si no consentía, hacerle fuerza. Lo cual, sabiendo la castísima hembra, dejó su casa, y su familia, y todas sus riquezas, y de noche con algunas fidelísimas criadas, y con su muy amada compañera la castidad salió de su ciudad, y dejó burlado y atónito al tirano. De la misma manera acometió á otras nobles dueñas y doncellas, y con el mismo corazon, por ejemplo de la sobredicha, le menospreciaban y se ofrecían á la muerte ántes que á la servidumbre de la lujuria. Las cuales mandaba atormentar con diversas penas, sufriéndolas ellas muy ufanas, porque esperaban del

Señor doblada corona, una por su fe, y otra por su castidad. Lo susodicho es de Eusebio. Pues ¿quién no ve aquí cuánta sea la gloria de tales muertes? ¿qué palabras, qué ingenio, que elocuencia bastará para engrandecer esta tan admirable virtud y constancia, y más en el linaje flaco de las mujeres? Así que por estos ejemplos se ve claro como calificamos y nombramos las muertes violentas segun las causas de ellas; y así decimos que son honrosas ó deshonoradas.

Pues la gloria de la muerte de los santos mártires, que con tan increíble constancia se entregaron á tantas maneras de tormentos por no perder un punto de la lealtad y fe que debían á su celestial Emperador, ¿qué lengua bastara para engrandecerla? Todo este tan largo discurso sirve para que veáis manifestamente lo que hasta aquí está dicho, que tal es la muerte, cual es la causa.

D. ¿Quién puede dudar de eso? ¿en qué cosa más emplearon todas las fuerzas de su elocuencia Homero, Virgilio, Lucano, y otros muchos poetas é historiadores, que en engrandecer la fortaleza de los que, ó por la patria ó por la virtud, se ofrecían á todos los peligros? Platon quiere que los que murieren por defension de su patria, sean tenidos por héroes: que es, por hombres divinos.

§ I.

Conveniencias y glorias del misterio de la Cruz.

Maestro. Pues siendo eso así, ruégooos me digáis, ¿por qué causa este Señor padeció? Y si vos no lo sabéis, preguntadlo al profeta Isaías (1), y deciros ha que siendo él sólo entre todos los hijos de Adan inocente y libre de pecado, padeció para pagar la deuda de todos nuestros

(1) *Isai.*, LIII, 1. *Psal.*, LXXXIII, 3.

pecados, segun que el Padre eterno lo había determinado. De manera que no padeció solamente por el remedio de su patria, sino por el de todas las naciones del mundo, y de todos los siglos pasados, presentes y venideros. Padeció por la gloria y obediencia de su eterno Padre. Padeció por predicar la verdad de su doctrina, y reprender los vicios de los sacerdotes y pontífices, que traían engañado el pueblo. Padeció por la renovacion y reformation del mundo. Padeció por librarnos de la tiranía y sujecion del demonio y del pecado. Padeció por hacernos puros y limpios en el acatamiento divino, para abrírnos las puertas de su reino, y librarnos de las penas del infierno. Y para comprenderlo todo en pocas palabras, padeció por comunicarnos todos aquellos tan grandes frutos del árbol de la Cruz que leistes en el tratado pasado: lo cual fué proveernos de todas las ayudas y socorros que nos eran necesarios para vivir en este mundo vida santa, y merecer despues la vida eterna. Porque si bien lo consideráis, todos aquellos frutos son ayudas eficacísimas para este propósito. De manera que, resumiendo lo dicho, por el misterio de la Cruz somos reconciliados con el Padre eterno, y hechos, no sólo amigos, sino tambien hijos. Por la Cruz se nos dió clarísimo conocimiento de la bondad, de la caridad, de la misericordia y de la justicia de Dios (1); de la excelencia de la virtud, y de la torpeza del pecado, y de todo lo demas que pertenece á nuestra filosofía. Por la Cruz nos mereció el Hijo de Dios la primera gracia con todas las demas que se requieren para nuestra salvacion. De la virtud de la Cruz manaron los siete sacramentos, que son las medicinas y remedio de todas nuestras necesidades y males, ¿qué más diré? En el misterio de la Cruz hallamos aquellos tan grandes estímulos y motivos que

(1) Chrisost. Hom. de Cruce Domini.

leisteis para amar á Dios, esperar en su misericordia, temer su justicia, y aborrecer el pecado: que son las cuatro cosas más necesarias que hay en la vida cristiana. En la Cruz hallamos aquellos eficacísimos ejemplos para todas las virtudes, especialmente para la humildad, para la obediencia, para la paciencia, para la aspereza de la vida, y para la pobreza evangélica, y para el menosprecio del mundo, y de todos los regalos del cuerpo. La Cruz nos consuela en todas las enfermedades y angustias. La Cruz nos da materia suavísima y copiosísima para meditar y encender nuestro corazon en devocion y amor del Señor que tales cosas por nuestra causa padeció. La Cruz nos da que poder presentar y ofrecer á Dios, para no parecer delante de él vacíos cuando le pedimos mercedes en la oracion. ¿Qué más diré? Yo os confieso que me desconsuelo de decir tan pocas cosas de este misterio, donde hay tanto más que decir. Mas por aquí podréis entender en alguna manera cuántas diferencias de favores y socorros nos vinieron por la Cruz para seguir la virtud. Por donde considerando estas cosas, exclama san Agustín con mucha razon, diciendo: ¡Oh nombre de Cruz, misterio encubierto, y gracia inefable! ¡Oh Cruz que ayuntaste el hombre con Dios, y lo apartaste del señorío del demonio que lo tenía preso! ¡Oh Cruz que cada día representas á los fieles las alabanzas del cordero sin mancha, y deshaces el cruel veneno de la antigua serpiente con el licor de la sangre de Cristo, y apagas el fuego de la espada encendida, que defiende la puerta del paraíso! ¡Oh Cruz que cada día pacificas y concuerdas las cosas de la tierra con las del cielo y representas al eterno Padre la muerte del medianero en favor de los hijos de la Iglesia! Grande y profundo es el misterio de la Cruz, é inefable el vínculo de la caridad con que nos juntó á Dios. Por medio de la Cruz trajo Dios to-

das las cosas así; porque éste es el árbol de la vida, con-
que fué destruído el señorío de la muerte que otro árbol
nos acarreó. Y en otro sermón de la misma Cruz dice
así (1): Esta Cruz nos fué causa de bienes innumerables;
ésta nos libró de los errores, y alumbró á los que estába-
mos en las tinieblas y sombra de la muerte; ésta de ex-
tranjeros nos hizo domésticos, y de apartados vecinos, y
de peregrinos ciudadanos; ésta fué muerte de las enemis-
tades, firmeza de la paz, y tesoro de todos los bienes; por
ésta no andamos descaminados por los desiertos, pues por
ella hallamos el camino de la verdad; ni estamos ya des-
terrados del reino, pues hemos entrado en él por la puerta
real. Ya no tenemos por qué temer las saetas encendidas
del demonio; pues hemos hallado la fuente de vida con
que las apaguemos. Por ella no se pueden ya llamar las
almas viudas, pues les es venido esposo del cielo; y no te-
meremos ya al lobo robador, pues hemos hallado buen
pastor. Por ella no tenemos miedo del tirano, pues segui-
mos al Rey verdadero. Esto es de Agustino.

D. En gran manera se ha alegrado mi alma con ese
tan hermoso catálogo de los frutos de la Cruz, los cuales
todos fueron las causas porque el Salvador en ella pade-
ció. Y, pues, tan gloriosas fueron las causas de la Pasion,
no ménos lo fué la misma Pasion. Y ahora de nuevo co-
mienzo á maravillarme de la sabiduría de Dios, que en
una cosa, al parecer de los ojos de carne, tan abatida,
como es muerte de cruz, encerrase tantas riquezas y te-
soros. Mas querría que satisfacieseis á los que nos oponen
los infieles, que tienen por cosa indigna de aquella sobe-
rana Majestad sujetarse á tantas maneras de escarnios é
injurias, y á un linaje de muerte tan afrentoso.

M. Ya véis cuán grande campo tiene un alma religio-

(1) De Temp. CXXX. de Cruce, et latron. 49, tribui-vero Chrisost.

sa para esparcirse y filosofar en esto que acabamos de decir; lo cual, por no ser prolijo, dejo á la devocion de cada uno. Mas sabed que así esto, como todo lo que leisteis en el tratado pasado, sirve para responder á esa objeccion, y para mostrar clarísimamente que ese linaje de muerte con todas las demas injurias que en ella entrevinieron, no sólo no son indignas de aquella soberana Alteza, mas ántes os digo que entre todas cuantas cosas hasta hoy tiene hechas y hará en todos los siglos, ninguna hay más gloriosa, más honrosa y más digna de esa tan grande Majestad.

D. Espántome de eso que decís, y querría ver como concludis eso, de lo que hasta aquí habéis dicho.

M. Para esto tomo por fundamento lo que al principio del tratado pasado propusimos de la inmensa bondad de Dios, la cual, como allí pudiste ver, es principio universal de todas sus obras, así de naturaleza como de gracia. Lo cual el Espíritu Santo, autor de las santas Escrituras, declaró por una nueva manera en el salmo 135, que comienza: *Confitemini Domino quoniam bonus, quoniam in æternum misericordia ejus*. Porque este salmo tiene veinte y siete versos, en los cuales el profeta va recontando las grandezas de las obras divinas, así de naturaleza como de gracia, y al fin de cada uno de estos versos pone por causa y principio de aquella obra la misericordia de Dios, que es efecto de su bondad, y así repite otras veinte y siete veces estas mismas palabras: *Quoniam in æternum misericordia ejus*. Lo cual dictó así el Espíritu Santo para que entendiésemos que el primer principio de todas las obras de Dios es su bondad y misericordia, la cual llama á sus dos hermanas, sabiduría y omnipotencia, para ejecutar lo que la infinita bondad determina hacer, y así todas las cosas criadas predican esta bondad, y todas las tildes de la santa Escritura, desde el principio hasta el fin,

esto mismo cantan y testifican ; y finalmente esta es la perfeccion de que Dios más se precia, y por la cual quiere ser más glorificado. Porque decir el Salmista que sus misericordias son sobre sus obras, es decir que su bondad, de la cual procede la misericordia, va delante de todas sus obras. Ahora preguntóos dejando aparte la procesion de las personas divinas, ¿cuál es la obra más propia y más natural de esa bondad ?

D. Eso está ya tambien declarado cuando dijimos que la naturaleza del bien era ser difusivo y comunicativo de sí mismo.

§ II.

Tanto se declara más la bondad, cuanto de sí es más comunicativa.

Maestro. Descendamos ahora más en particular á tratar de esa verdad. De abí se sigue que la cosa más propia y más natural de un hombre bueno, es hacer á otros buenos, y hacer bien. Y porque el mayor bien que á un hombre se puede hacer, es hacerlo bueno ; porque todo lo demas es casi nada, síguese que la cosa más propia del bueno es desear hacer á todos buenos como él lo es ; porque esto es ser comunicativo de sí mismo. Y esto procede de tal manera, que cuanto el hombre es más bueno, más encendido tiene este deseo, y cuanto es mayor este deseo, tanto se pone á mayores trabajos, y peligros, y caminos ; aunque sea ir hasta el cabo del mundo por efectuar este deseo, como lo hicieron los Apóstoles, y todos los otros sucesores suyos, que, como consta de las historias eclesiásticas, anduvieron por todas las partes del mundo para este efecto, aunque sabían que les había de costar la vida. ¿Qué caminos no anduvo, qué trabajos no padeció san Pa-

blo por esta causa? ¡cuántas veces fué perseguido, cuántas azotado, cuántas encarcelado? Y con todo eso, estando preso dice que no tenía la lengua presa; porque de allí escribía aquellas sus divinas cartas á todas las iglesias, y allí convertía las almas; porque allí refiere él que convirtió á un criado de Filemon. Y si preguntaren á este Apóstol, que fuerza le movía á padecer tantas muertes, responderá él diciendo que todo esto padecía por los escogidos, para que mediante su doctrina alcanzasen la salud eterna. Pues ¿qué diré de nuestro glorioso padre santo Domingo? De quien se escribe que se derretía como un hacha en el fuego por el sentimiento de las almas que perecían. Ni es aquí de callar el ejemplo del santo diácono Benjamín, que refiere Nicéforo, el cual estando preso por mandado del rey de Persia, fué suelto á petición del embajador de los romanos; pero con condicion que no predicase más á Cristo. Lo cual como él ni aceptase, ni quisiese cumplir, fué cruelísimamente martirizado; porque por su cuerpo le metieron unas varas que á los lados estaban llenas de unos ganchos agudos, y de esta manera el glorioso diácono estuvo penando hasta que envió su espíritu victorioso al cielo. De estos ejemplos pudiera henchir muchos libros; mas éstos bastan para entender cuán propio es de los buenos hacer á otros buenos, y hacer bien aunque les cueste muy caro. De donde se concluye, que cuanto uno fuere más perfecto en bondad, tanto se pondrá á mayores trabajos por esta causa, y asimismo cuanto mayores trabajos por esta causa padeciere, tanto más descubrirá la perfeccion de su bondad, y tanto será digno de mayor gloria, pues ésta se debe á sola la bondad. ¿Creéis esto ser así?

D. ¿Quién podrá negar eso, sino quien totalmente careciere de juicio?

M. Pues con este fundamento tan firme tenemos con-

cluido lo que al principio propuse, que la muerte de la Cruz, no sólo no fué ignominiosa, mas ántes esta fué la mayor gloria de cuantas pueden todos los entendimientos dar al Salvador. Porque si la cosa más gloriosa que hay en Dios es la bondad, en la forma que arriba declaramos, y si lo más propio de la bondad perfecta, es procurar de hacer á todqs verdaderamente buenos, y ofrecerse á padecer por esta causa grandes dificultades y trabajos, habiendo este Señor padecido tantos por esta causa tan gloriosa, cuantos nunca jamas se padecieron ¿qué tan grande alabanza y gloria por esto se le atribuirá? No hay que dudar, sino que cuanto creció la grandeza de la pena, tanto creció la de esta gloria, y tanto más obligó al hombre á su amor con la grandeza de esta deuda.

Lo cual declaró san Bernardo con un devoto discurso, donde dice que este Señor vino á poner fuego en la tierra, y encenderlo con la grandeza de este beneficio, en el cual tanto se abatió y humilló por nuestro amor. Ca se humilló, dice el Santo (1), hasta la carne, hasta la muerte, y hasta la Cruz. Pues ¿quién podrá dignamente pensar cuán grande humildad y mansedumbre fué que el Señor de la majestad se vistiese de carne, y fuese sentenciado á muerte; y deshonorado con la ignominia de la Cruz? Mas dirá alguno; ¿no pudiera el Criador reparar el hombre sin esta dificultad? Sí, pudiera; mas quiso ántes repararlo con esa tan grande injuria suya, para provocarnos más á su amor, para que la dificultad de la redencion obligase á nuevo agradecimiento, á quien la facilidad de la creacion había hecho ménos devoto. Porque decía el hombre ingrato: Bien veo que de gracia fuí criado; pero sin molestia y trabajo del Criador. Porque no le costó más que decir y hacer todo lo que está hecho. De esta manera

(1) Sup. Cant. serm. XI, prop. fin.

la malicia humana apocaba el beneficio de la creacion, y hacia materia de ingratitud lo que habia de ser causa de mayor amor. Mas tapó Dios la boca de los que esto decían, pues más claro que la luz se ve, cuán grandes gastos y expensas hizo el Señor por nuestro remedio. De señor se hizo siervo, de rico pobre, de Verbo carne, de hijo de Dios hijo de hombre. Por tanto acuérdate, hombre ingrato, que aunque Dios te hizo de nada, no te redimió de nada. En seis días crió todas las cosas, y á tí tambien entre ellas; mas por espacio de treinta años obró tu salud en medio de la tierra. Hasta aquí son palabras de san Bernardo. Por las cuales se ve claro cuán grandes estímulos tenga el corazon humano en este misterio para el amor de su Redentor, y para toda virtud. Mas no es sola esta la ayuda que recibimos para este efecto. Acordáos de todos aquellos diez y siete frutos que en el tratado pasado leísteis del árbol de la Cruz, los cuales son ayudas eficacísimas para hacernos buenos y santos; porque entendido esto queda luego probado cuán gloriosa y cuán digna cosa era de aquella infinita bondad, haber hecho una cosa tan poderosa para hacernos tan grande bien.

D. Ahora entiendo el consejo y órden con que habéis tratado esta materia, declarando tan de propósito los frutos del árbol de la Cruz. Porque probado y fundado eso, estaba claro que no habia cosa más gloriosa ni más digna de aquella suma bondad que hacer cosa tan poderosa para hacernos buenos.

M. Así es la verdad; porque ese es el fundamento principal de esta divina filosofía. Sino decidme: ¿si os dijese que aquel famoso Apéles hizo una imágen perfectísima, ó Demóstenes una oracion elegantísima, ó Hipócrates una medicina eficacísima para la cura de alguna enfermedad, creeríaislo?

D. No hay que dudar en eso. Porque estos tres hombres que habéis nombrado, fueron eminentísimos cada cual en esas facultades, y por eso ninguna cosa se puede con más justa razon creer de ellos.

M. Pues si cada obra de esas es tan creible en ese género de personas, por ser tan eminentes en esas facultades, ¡cuánto es más eminente la bondad en aquella altísima y nobilísima sustancia! ¿Hay entendimiento criado que esto pueda comprender? Pues, segun esto, ¿cuánto más propio será de tal bondad haber hecho una obra tan poderosa para hacernos buenos, y ordenado una medicina tan eficaz para curar las enfermedades de nuestra alma, que son los principales impedimentos de esa bondad? Lo cual es en tanto grado verdad, que más gloriosa cosa es en Dios haber confeccionado esta medicina con el licor de su sangre, que haber criado cielos y tierra. Porque en la obra de la creacion principalmente descubrió la grandeza de su sabiduría y omnipotencia, y así ganó gloria de sabio y poderoso, mas aquí ganó gloria de bueno, que como está probado, es la perfeccion de que él más se precia. Por lo cual esta obra, entre las personas divinas, se atribuye al Espíritu Santo, á quien se apropia la bondad, por ser esta obra de suma bondad.

D. La virtud de la medicina no se conoce tanto por las palabras con que se alaba, quanto por los efectos que obra. Declaradme, pues, qué obró en el mundo esa medicina.

M. Decís muy bien. Pues para eso ved la mudanza que el mundo hizo despues que vino esta medicina del cielo, como arriba tocamos, y adelante más copiosamente declararemos, y por aquí veréis la virtud y eficacia de ella; pues ántes de la ignominia de la Cruz era Dios conocido en un rincconcillo de Judea, donde áun era mal ser-

vido; mas despues de ella fué predicado y conocido por todo el mundo. De suerte que lo que no acabó este Señor con los hombres con toda la sabiduría de este mundo, y con la hermosura del sol, de la luna, y de las estrellas, y de todas las cosas criadas, acabó con los azotes, con las espinas, con las bofetadas y con la ignominia de la Cruz. Lo cual en una palabra declaró el Salvador, cuando hablando con los judíos dijo (1): *Cuando levantareis al Hijo del hombre, entiéndese en la Cruz, entónces conoceréis quien yo soy*. De modo que lo que segun el juicio de la prudencia humana parecía escándalo y estorbo para no ser este Señor creído, eso tomó la infinita sabiduría y poder de Dios por medio para ser adorado.

Poco es lo que tengo dicho: otra cosa os añadiré, que no podrá dejar de causar admiracion en vos y en quien quiera que atentamente la considerare. Acordáos de las grandezas y maravillas que obró Dios cuando sacó su pueblo de la tierra de Egipto (2). Mató todos los primogénitos de aquel reino; abrió los mares por do pasasen; ahogó los carros y ejército de Faraon; envióle maná del cielo; dióle agua de la piedra; guiólo día y noche con una columna de nube por el desierto, detuvo las corrientes del Jordan; puso por tierra los muros de Jericó; llovió piedra del cielo sobre sus enemigos, y lo que sobrepuja toda admiracion, detuvo el sol por espacio de tres horas en medio del cielo, para que pudiesen seguir el alcance de ellos. Finalmente tales fueron las maravillas, que el mismo Señor dijo á Moises, que había de hacer tales señales, cuales nunca jamas habían sido vistas en el mundo. Lo cual todo servía para que este pueblo conociese la grandeza de su Dios, y como á tal le sirviesen, reverenciasen, amasen y

(1) Joan., viii, 28.

(2) Exod., vii.

obedeciesen. Mas ruegoos me digáis, ¿cómo respondió el pueblo á esas maravillas é intento de Dios?

D. Eso mejor sabréis vos que yo, pues estáis más ejercitado en la leccion de las Escrituras santas.

M. Pues lo que en ellas está escrito es, *que este pueblo sirvió á Dios en tiempo de Josué (1), y de aquellos hombres ancianos que habían visto con sus ojos las grandes obras y milagros que Dios había hecho por ellos.* Pero muertos éstos, que fué en breve tiempo, luégo desampararon á su libertador y Señor (2), y se entregaron al culto de los ídolos, en tanto grado, que *les sacrificaban sus mismos hijos*; y con esto se entregaban á todas las abominaciones de vicios que andan en compañía de la idolatría. A la cual eran tan inclinados, que ni todas estas maravillas pasadas, ni todos los beneficios divinos y azotes presentes eran bastantes para revocarlos de este tan grave pecado. La cual inclinacion compara Dios *con el apetito sensual del onagro (3), que es asno salvaje*, diciendo que así como este animal en sintiendo el olor de la hembra corre tan ciego y tan desatinado para ella, que los cazadores al tiempo del celo sin trabajo lo han á las manos; así este pueblo con la misma ceguedad y desatino corría á este tan gran pecado. Y dado caso que algunas veces, por los grandes azotes de Dios (4), se apartaba de él, luégo viéndose por Dios restituído se tornaba á él (5). Lo cual continuó de tal manera que cansada ya y como vencida la paciencia divina, abrió mano de él y entregó las diez tribus al rey de los asirios en perpetua cautividad (6); y la otra tribu

(1) Judic., II, 7.

(2) Psal., CV., 37.

(3) Jerem., II, 24.

(4) Judic. á cap. III, et deinceps.

(5) III Reg. á cap. XI, 3.

(6) IV Reg., XVII.

de Judá que quedaba fué tambien llevada cautiva á Babilonia, donde padeci6 setenta años de cautiverio, sin quedar en Jerusalem templo, ni altar, ni sacerdote que sacrificase á Dios (1). Este, pues, fué el fruto que sacó Dios de aquellas tan grandes maravillas, con que tan abiertamente descubrió la omnipotencia y gloria de su divinidad. Mas ¿con qué palabras declararé ahora lo que queda por decir, que ciertamente basta para dejar at6nitos no solamente los hombres, mas tambien los ángeles? Este Señor tan grande, que con tantas maravillas declaró la omnipotencia de su divinidad, y pretendió sustentar aquel pueblo en su servicio, no acabó más que lo dicho. Y este mismo, siendo preso por malhechor, siendo azotado, escupido, abofeteado, escarnecido con vestiduras, ya de loco, ya de rey fingido, coronado con espinas, tenido en ménos que Barrabas, sentenciado á muerte, y muerte de cruz, desnudo entre dos ladrones en presencia del mundo, acabó tanto con el mismo mundo, que en todas las naciones de él millares de gentes lo adorasen y reconociesen por verdadero Dios, criador de los cielos, y del sol, y de la luna, y de las estrellas, y de los tiempos, y de todas las cosas; y esto acoceando y pisando sus ídolos; y con tan grande fe, que todos los tormentos que la fiereza de los tiranos podía inventar, no eran bastantes para apartarlos un punto de esta confesion. Pues ¿qué cosa de mayor admiracion y espanto se puede imaginar que esta? ¡Que no bastasen tantas maravillas, y beneficios, y castigos de Dios para apartar aquel pueblo del culto de los ídolos, y que bastasen tantas maneras de vituperios y deshonras para que todas las gentes arrastrasen y quemasen los dioses que ántes adoraban, y que en lugar de ellos adorasen un hombre ajusticiado por malhechor! Esto bastaba para creer

(1) IV Reg.. xxv.

que esta obra era de Dios; mas acrecienta esta misma fe, considerando que el mismo Salvador profetizó que esto había de ser, cuando dijo al pueblo (1): *Si yo fuere levantado de la tierra*, conviene á saber, puesto en una cruz, *todas las cosas traeré á mí*. Pues esta fué la mayor maravilla de cuantas Dios ha obrado: que fué tomar por medio la cosa más escandalosa y aborrecible al mundo, para convertir al mundo y traerlo á sí.

D. No sé qué gracias os dé, maestro, por este tan gran tesoro que me habéis descubierto, y por la luz con que habéis esclarecido ese tan profundo misterio: por la cual veo la grandeza del poder que está debajo de eso que parece flaqueza.

M. Muy bien habéis entendido la filosofía de este misterio; la cual declara san Agustín por estas palabras (2): Ciertamente es grande espectáculo ver al Hijo de Dios llevar su cruz acuestas. Si esto miran los ojos de los infieles, parece grande vituperio; mas si lo contemplan los de los fieles, es grande misterio. Para aquellos ojos es indicio de grande ignominia, mas para éstos es obra de grande fortaleza. Aquellos ojos ven á este rey en lugar de cetro llevar el madero de su tormento; mas éstos lo ven llevar el madero en que había de ser fijado, el cual despues había de fijar en las frentes de los emperadores del mundo. En aquel madero había de ser despreciado en los ojos de los malos; mas en el mismo madero había de ser glorificado en los corazones de los santos. Esto es de san Agustín. De manera que mirando á este Señor con ojos de fe, hallaremos que cuanto está allí más despreciado, tanto es más glorioso; cuanto más abatido, tanto más poderoso; cuanto más desnudo, tanto más rico; cuanto más vituperado de

(1) Joan., xii, 32.

(2) Evang. Joan. de cap. xix, tract. 117.

los malos, tanto más alabado y glorificado de los buenos; y finalmente, cuanto más afeado en lo exterior de su cuerpo, tanto más hermoso en lo interior de su alma; y por consiguiente tanto más amado de las almas que con estos ojos lo saben mirar. Esta es aquella maravilla que canta el Salmista cuando dice (1): *La piedra que desecharon los que edificaban, fué despues asentada en la cabecera de la esquina*, que es en lo más alto del edificio (2). *El Señor fué el autor de esta obra, la cual es materia de grande admiracion á nuestros ojos*. Porque ¿qué cosa ha habido en el mundo de mayor admiracion que un hombre ajusticiado en compañía de dos ladrones, ser adorado por Dios y verdadero Señor de todas las gentes? ¡Oh poder admirable! ¡oh poder encubierto! ¡qué un hombre colgado de un madero destruya la muerte que mataba al género humano! ¡un hombre condenado con los malhechores salve los hombres condenados con los demonios! ¡un hombre enclavado y fijado en un palo traiga todas las cosas á su servicio! ¡un alma ofrecida voluntariamente á los tormentos, saque innumerables almas de los infiernos, y con la muerte de un solo cuerpo mate la muerte de todas las almas y de todos los cuerpos!

Mas para mayor declaracion de lo dicho, añadiré otra consideracion que sirve mucho para este propósito. Acordáos de lo que leisteis en el tratado pasado, donde está declarado que Dios generalmente en sus obras pretende gloria suya y provecho del hombre. Por donde así como por el sello real conocemos que la escritura donde se halla es del Rey, así cuando viéremos en una obra gloria de Dios y provecho del hombre, podemos luego concluir ser aquella obra de Dios. Pues segun esto ruégooos me digáis en

(1) Psal., cxvii, 22 et 23.

(2) I Cor., i, 23.

qué otra obra se hallarán más perfectamente estas dos cosas juntas, que en la Cruz de Cristo. Porque el provecho que de aquí recibió el hombre, ciegos lo ven, y todo cuanto hasta aquí hemos tratado, lo declara. Pues no ménos por aquí se descubre la gloria de Dios. Porque si bien os acordáis de lo dicho, por aquí más que por otra obra declaró Dios la grandeza de su poder, por lo que ahora acabamos de decir: que es conquistar el mundo con la ignominia y flaqueza de la Cruz. Por aquí la grandeza de su bondad, poniéndose á tantos trabajos por hacernos santos y buenos. Por aquí la grandeza de su misericordia, tomando sobre sí todas las miserias y deudas de nuestra naturaleza. Por aquí la grandeza de su justicia, pues no consintió que quedase la culpa sin justa venganza. Y no ménos se declara aquí el consejo de la sabiduría divina en esta obra, la cual, como el Apóstol dice (1), *los gentiles tenían por locura*. Porque propio es del sabio, determinando el fin, escoger medios proporcionados para conseguirlo. Pues como el fin del hombre sea su salvacion, y el medio para ella sean las virtudes, y la amistad y gracia con Dios, ved vos si para esto se pudiera inventar otro medio más poderoso que el misterio de la Cruz. En el cual hallo una cosa que verdaderamente me es causa de grande admiracion y consolacion; y es que si atentamente considerareis aquellos diez y ocho frutos que referimos del árbol de la Cruz, donde entran las principales virtudes de la vida cristiana, hallaréis que tan perfectamente sirve este misterio para cada una de ellas, como sí para sola ella, y no para las otras fuera deputado. Porque si tratáis de la satisfaccion por los pecados del mundo, si de las cosas que pueden inclinar nuestro corazon al amor de Dios, ó á la virtud de la esperanza, de la humildad, de la obediencia,

(1) I Cor., 1.

de la paciencia, de la aspereza de la vida, de la pobreza evangélica, y de todas las otras virtudes, hallaréis ser verdad lo que digo, que tan propia y tan perfectamente sirve este misterio para cada una de estas cosas, como si para sólo aquella se ordenara. En lo cual maravillosamente resplandece el consejo de la sabiduría divina, la cual supo inventar una medicina tan universal y tan eficaz para todas las dolencias y necesidades de nuestras almas. Todo esto sirve para que claramente veáis cuán enteramente concurren con esta obra de nuestra redencion aquellas dos cosas que dijimos, que son gloria de Dios, y provecho del hombre. Y juntamente veréis lo que poco ántes decíamos, que no solamente hay aquí provecho del hombre sin injuria de Dios, mas ántes con grandísima gloria suya, como está declarado. ¡Paréceos, pues, que es digna de ser recibida y adorada una obra, en la cual concurren por un cabo tan gran provecho del hombre, y por otro tan grande gloria de Dios!

D. Concluído y como atado de piés y manos quedo con esa respuesta, y confieso que no hay cosa debajo del cielo que con más justa razon deba ser creída. Mas ¿qué me decís, maestro, al comun espanto que los hombres inconsiderados tienen, cuando oyen decir que Dios se hizo hombre, y murió en cruz? Porque esta consideracion á los infieles es ocasion de su incredulidad, y á los fieles de grande admiracion y espanto.

M. Si leisteis con diligencia un capítulo del primer libro de esta escritura, donde tratamos de las maravillas de las obras de naturaleza, y cuán admirable é incomprendible era Dios en muchas de ellas, os tendréis por respondido á esa pregunta. Porque veríais cuán admirable é incomprendible es Dios en la obra de la creacion, en la grandeza inestimable de los cielos, en la ligereza de sus

movimientos, en el orden tan infalible que guardan en ellos, y demas de esto en la virtud de todas las simientes de que nacen todas las cosas, en la fabrica de todos los cuerpos de los animales, y en las habilidades que tienen para mantenerse, curarse, defenderse y criar sus hijos: veríais cuán admirable es Dios en todas sus obras. Y no lo es ménos en las cosas pequeñas, que en las grandes, como es la hormiga, la araña, el mosquito, la abeja, el gusano que hila la seda, porque ninguno hay tan despreciado, como Aristóteles dice, que no ponga admiracion á quien quiera que los supiere mirar. Pues si tan admirable es Dios en todas las obras de naturaleza, que es en las obras de su sabiduría y omnipotencia, ¿cómo no ha de ser mucho más admirable en las obras de su bondad, que en él es más gloriosa, y de que él más se precia, y quiere de nosotros sea más conocida, por ser causa de mayor amor y reverencia de su santo nombre? Si pasman los grandes ingenios, y se agotan todos los entendimientos cuando miran la grandeza del poder y saber divino, que en estas obras resplandece, ¿cómo no han de pasmar en las *obras de la divina bondad y misericordia*, que dice el mismo Salmista *ser sobre todas sus obras* (1)? Y ¿qué obras podía hacer causadoras de tan grande espanto, sino padeciendo lo que padeció, y haciendo los extremos que hizo, si así se pueden llamar, para reparar el mundo, y hacer á los hombres buenos y bienaventurados? Y para mayor inteligencia de esto, deciros hé una cosa, que no menos os ha de satisfacer que las pasadas.

Para lo cual presupongo que los reyes de la tierra descubren con muy diferentes obras la grandeza de su poder y de su bondad. Pongamos ejemplo en san Luis, rey de Francia. Este santo rey mostró su poder con aquella gran-

(1) Psal., cXLIV, 19.

de flota que juntó para ir á conquistar la Tierra Santa; mas su bondad y santidad nos descubría cuando, segun se escribe en su vida, á imitacion de Cristo, todos los sábados en un lugar secretísimo lavaba los piés de los pobres y los limpiaba y besaba, y lo mismo hacía á las manos; y asimismo cuando en ciertos días daba de comer á doscientos pobres ántes que él comiese, y él mismo les servía á la mesa, y les administraba los manjares. Porque por estas obras se declaraba cuán bueno era el rey que por imitacion del Rey soberano, que vino á este mundo, no á ser servido, sino á servir, así se abajaba y se humillaba. La misma bondad mostró Elena, madre del emperador Constantino, cuando estando en Jerusalem sirvió por su propia persona á un colegio de vírgenes dedicadas á Dios, que allí moraban, como escribe Rufino. Y el mismo tambien cuenta de Placilla, mujer del emperador Teodosio, mucho más que esto; porque levantada á la silla del imperio, creció mucho más en el amor del Señor que así la había engrandecido, y así como vistió la ropa imperial, comenzó á tener gran cuidado de los enfermos y necesitados, no ayudándose para esto de sus criados y ministros: sino ella misma por sí viniendo á las casas de los enfermos les proveía de lo necesario, y discurriendo por los hospitales servía con sus propias manos á los dolientes, limpiábales las uñas, probaba el caldo de lo que se guisaba, ofrecíales las cucharas para comer, partíales el pan, poníales los manjares en la mesa, lavaba las tazas, y finalmente hacía todos los oficios que suelen hacer los siervos. Y á los que en esto le iban á la mano, respondía que hacer grandes mercedes era obra de emperadores; mas que ella ofrecía todo esto á Dios por la conservacion del imperio que él le había dado; y al emperador decía: Conviene, señor, que siempre miréis lo que pocos días há

fuisteis, y lo que ahora sois. Porque si esto pensareis, no seréis ingrato al bienhechor, y así gobernaréis legítimamente los estados que de él recibisteis. Todo esto escribe Rufino. Pues ¿quién no ve aquí cuánto se declara la bondad y santidad de esta nobilísima señora con estas obras de tan grande humildad y caridad? Por donde entendemos que la majestad y magnificencia de los emperadores se muestra con dar grandes dádivas y hacer grandes cosas; mas la bondad, con el oficio de estas obras tan humildes y santas.

D. Muy bien estoy en lo que me decís; mas ¿á qué propósito viene eso?

M. Ahora lo oiréis. Habéis de saber que como haya en nuestro Señor infinitas perfecciones, todas ellas finalmente se reducen á dos órdenes. Ca unas pertenecen á la majestad, y otras á la bondad, aunque las que pertenecen á la majestad tambien sean obras de la bondad, y cada cual de estas perfecciones tiene sus obras proporcionadas con que se declara. Porque las perfecciones que pertenecen á la majestad, como es la sabiduría y la omnipotencia, etc., decláranse haciendo obras grandes; mas las que pertenecen á la bondad, por el contrario, haciendo obras humildes: las unas haciendo obras de grande magnificencia; las otras de grande piedad: las unas subiendo á cosas muy altas, y las otras descendiendo y condescendiendo á las necesidades humanas. Y así las unas se pierden de vista por muy altas, las otras por humildes y bajas: así como aquéllas cuanto son más altas, más descubren la grandeza de la majestad, así éstas cuanto más humildes, más descubren la grandeza de la bondad, como nos declaran los ejemplos susodichos. Y, pues, la gloria de la bondad, como tantas veces hemos repetido, es la mayor, y de la que nuestro buen Dios más se precia, y de que en el cielo es

más alabado de aquellos espíritus bienaventurados, sigue-se que cuanto este Señor más se humilló, más se humanó y más condescendió á nuestra miseria y pobreza para remediarla, tanto más descubrió la gloria y las riquezas de su inmensa bondad. Y como nos dejan espantados y atónitos las obras de su sabiduría y omnipotencia, así y mucho más era razon que nos dejasen las de su bondad; y cuánto más suspensos dejan nuestros entendimientos las unas y las otras obras, tanto son ellas más dignas y más propias de Dios, que en todas sus obras es admirable. Pues ¿de qué manera nos podían dejar atónitos las obras de aquella inmensa bondad, sino viendo al Criador por amor de sus criaturas preso, abofeteado, escupido, azotado, escarnecido, coronado con espinas, tenido en ménos que Barrabas, y finalmente sentenciado á muerte de cruz, y puesto entre dos ladrones?

D. ¡Oh cuánta verdad decís en eso, maestro! Porque verdaderamente eso es lo que hace pasmar todos los corazones con la consideracion de aquella suma bondad, como pasan considerando las obras de la omnipotencia y sabiduría divina; y aún digo más, que no veo cómo nos pudieran así espantar las obras de esta bondad, sino padeciendo lo que padeció. Porque criar todas las criaturas del mundo, y proveerlas copiosamente de todo lo necesario para su vida, obra es de bondad, mas ésta no nos espanta, porque no cuesta más al dador que sólo querer; y esto solo no nos espanta, sino es cuando el beneficio que se hace cuesta caro al bienhechor, como lo fué el de nuestra redencion. Y no ménos me satisface esa distincion que hicisteis, reduciendo todas las perfecciones divinas á esas dos tan principales, que para mí fué cosa notable, porque sola ella basta para deshacer todos los nublados y tinieblas de los infieles, para que claramente vean como en

esas cosas que á los ojos de los infieles parecen bajezas, está encerrada inmensa gloria y hermosura. Mas con todo esto quiero representar en mí la persona de los hombres mundanos, y preguntar qué es la causa porque siendo esta filosofía de la Cruz tan conforme y tan proporcionada con la divina bondad, como habéis declarado, los hombres rudos y dados á deleites, la extrañan y preguntan á las veces: ¿Qué necesidad tenía Dios de ponerse á tantos trabajos, pues á ménos costa pudiera remediar al hombre si quisiera?

M. A eso ya está respondido en todo lo que hasta aquí hemos tratado en este misterio; y por eso no repetiré nada de lo dicho acerca de este punto. Mas con todo eso quiero que entendáis que esa pregunta propiamente es de hombre que no ha echado mano al arado, ó por mejor decir, que no ha embrazado el escudo y tomado las armas para pelear con el demonio y con las malas inclinaciones de su carne; que es el mayor y más familiar enemigo que tenemos, con ser por otra parte el mayor amigo, y por eso el más dificultoso de vencer. Un hombre rústico que nunca jamas vió el mar ni entró en navío, la primera vez que entra en él, maravillase de ver tanta jarcia, y tantas maneras de cuerdas de que está el mástil rodeado, y pregunta al marinero: ¿Para qué es esto? ¿y para qué lo otro? Mas el marinero responderle há: bien parece, hermano, que nunca navegasteis, porque si así fuera, vierais claro que ninguna cosa hay en todas éstas que no sea necesaria para la navegacion. Pues de esta manera el hombre carnal ó infiel que nunca navegó por el camino de la virtud, cuando oye decir que el Hijo de Dios se hizo hombre, y padeció tantos trabajos por el remedio del hombre, dice entre sí esas cosas que vos representasteis. Mas el que anda por el estrecho camino de la virtud, y no contento con la

vida comun, trabaja por caminar á la perfeccion, apénas da paso en este camino, que no sea poniendo los ojos en Cristo crucificado. Si ha de ayunar, si ha de maltratar su carne, si ha de mortificar sus apetitos y malos deseos, si ha de negar su propia voluntad, si ha de ser fácil en perdonar las injurias, si ha de tener paciencia en los trabajos, si ha de resistir varonil y prestamente á las blandas y halagüeñas sugestiones del enemigo, y si ha de desechár de sí los halagos y blanduras de la carne, y abrazar la cruz de la penitencia y de la virtud, ¿qué otro remedio y esfuerzo tiene para todo esto, sino levantar los ojos á Cristo crucificado, y cobrar aliento con lo que ve padecer á su Criador por él? Porque aquí halla ejemplo, aquí esfuerzo, aquí consuelo para todos estos trabajos, considerando cuánto mayores fueron los que el Señor de todo lo criado padeció, no por sí sino por él. De modo que apénas da paso en este camino, sin tener delante este dechado. Y que el estudio de la virtud sea uno de los mayores motivos que hay para conocer la sinceridad y excelencia de nuestra religion, declarólo el Señor en aquellas palabras con que confirmaba la verdad de su doctrina, diciendo que *si alguno se ocupase en hacer la voluntad de Dios (1) y guardar sus mandamientos, conocería claramente la verdad y excelencia de su doctrina*. En las cuales palabras dió á entender que la pureza de la vida era uno de los principales medios para conocer la pureza y verdad de nuestra filosofia. Porque á los que esta pureza conservan, se comunican más copiosamente los rayos de la divina luz, con los cuales ven más claro la verdad y conveniencia de nuestros misterios. Y junto con ésta ven como todos ellos á una, sirven y ayudan maravillosamente á los ejercicios y obras de la buena vida. Y con este socorro vienen á tener

(1) Joan., vii, 17.

tal gusto en ella, que dicen con el profeta (1): *En el camino de vuestros mandamientos, Señor, me deleité, como en todas las riquezas del mundo*; y en otro lugar dice (2), *que amó los mandamientos de este Señor más que el oro y que las piedras preciosas*.

D. Por el gusto y consolacion que he recibido en todas estas pláticas pasadas, y en las respuestas tan cabales que habéis dado á mis preguntas, entiendo lo que en esta vuestra escritura he leído; y es, que como hay música y consonancia de voces para los oídos del cuerpo, así tambien la hay para los oídos del alma: la cual he visto por la suavísima y admirable consonancia que tienen todas las cosas del misterio de nuestra redencion, con la verdad y con la grandeza de la divina bondad. Y esa correspondencia de unas cosas con otras es una dulcísima armonía y consonancia para nuestro entendimiento, cuya perfeccion es el conocimiento de la verdad; y así naturalmente huelga con ella como los oídos con la música, y todos los otros sentidos y fuerzas de nuestra alma con sus propias perfecciones. Y como esta concordia sea tan grande argumento de la verdad, como los filósofos enseñan, no sé qué podrán responder los infieles que no quisieron recibir la fe de este misterio, en el cual hay tan maravillosa concordia y correspondencia de todas las cosas. Porque cuando aquel soberano juez entre en juicio con ellos, y les pregunte por qué no creyeron una verdad confirmada con tantos milagros, y con tantas profecías y testimonios de las escrituras divinas, en la cual se proponía una obra tan propia de la bondad de Dios, cuyo principal oficio es hacer bien, y hacer buenos: ¿qué podrán responder á esto, sino, como dice muy bien un doctor, Señor, no pensé que

(1) Psal., cxviii, 14.

(2) Ib., xviii, 11.

eráis tan bueno, que quisiéis ponerlos á tantos trabajos por hacer á los hombres buenos. Esto parece que responderán los infieles midiendo la bondad de Dios por la suya, no creyendo que haría Dios lo que ellos, si fueran dioses, no hicieran. La cual respuesta como blasfema será para mayor castigo y condenacion suya.

CONCLUSION DE TODO ESTE TRATADO.

Maestro. Resulta, pues, de todo lo que hasta aqui hemos dicho, que la pasion de Cristo, que es el más arduo misterio de nuestra fe, el cual los judíos tuvieron por escándalo, y los gentiles por locura, como dice el Apóstol (1), es la obra de mayor sabiduría y providencia de cuantas Dios tiene hechas en este mundo; y que ninguna cosa había más conveniente para la gloria de Dios, esto es, para la gloria de su bondad, de su caridad, de su misericordia, de su justicia y de su sabiduría que ésta. Y asimismo que ninguna medicina había más proporcionada para remedio de nuestra miseria, conviene saber, para satisfacer por nuestras deudas, para darnos conocimiento de Dios, y para darnos grandísimos ejemplos y motivos para todas las virtudes, y especialmente para la caridad, para la humildad, para el temor de Dios, para la esperanza, para la obediencia, para la mansedumbre, para la paciencia y para el aborrecimiento del pecado, que ella misma. Mas ¿qué son menester muchas palabras para declarar la admirable conveniencia de este remedio? Porque ¿qué persona podía haber en el cielo ni en la tierra más conveniente para esto que la misma persona del Hijo de Dios? Porque así como ninguno había en todo el mundo, mayor ni mejor que él, así ninguno pudo ni enseñar con

(1) I Cor., 1, 23.

más autoridad, ni impetrar con más eficacia, ni satisfacer con más justicia, ni merecer con mayor gracia, ni obligar con mayores beneficios, ni dar mejores ejemplos de los que él nos dió. ¿Qué otro segundo Adán, qué otro padre, qué otro pastor, qué otro salvador, qué otro abogado, qué otro rey, qué otro sacerdote, qué otro medianero se nos pudiera dar mejor que él? Esto es cosa tan notoria, que quien quiera que no estuviese desamparado de Dios, claramente la verá. Pero lo que aquí suspende más los entendimientos humanos, es ver que este remedio, como ya está declarado, vino tan proporcionado para cada una de estas cosas que pertenecen á la gloria de Dios, ó al remedio del hombre, como si para sola ésta, y no para las otras se ordenara. Lo cual cierto es de grandísima admiracion, y que singularmente declara la alteza de la sabiduría y consejo de Dios en la traza de esta obra.

D. No puedo, maestro, dejar de daros muchas gracias por esta vuestra doctrina, cuantas no podré con palabras explicar. Porque ahora me parece que vengo de nuevo á la fe, y que se me han abierto los ojos para ver la hermosura de este misterio, y creerlo con mayor claridad que hasta aquí lo creí. Y no es esto de maravillar; porque así como dos candelas juntas alumbran más que una sola, así la luz de la fe junto con la razon con que Dios nos crió, alumbra más nuestros entendimientos, y nos confirma más en esa misma fe: la cual, teniendo de sí la certidumbre y la firmeza, toma de la luz de la razon la claridad que en esta presente vida le falta.

M. Mucho me alegro de ver que esta nuestra plática no ha sido infructuosa; pues de ella se saca un tan grande provecho, como es acrecentamiento de la fe. Porque como ella sea el fundamento y raíz de todas las virtudes, claro está que cultivada esta raíz por una parte con la

doctrina, y por otra con la gracia del Espíritu Santo, el beneficio de ella redundará en el fruto de las virtudes que de ella proceden. Mas quiéroos advertir una cosa importantísima á este negocio, y es que no atribuyáis esa nueva luz y firmeza de la fe á las consideraciones y razones que aquí hemos alegado, ni á otras por muy más excelentes que sean. Porque la virtud de la fe de los cristianos no se funda en razones humanas, que al fin son humanas, sino en la luz que el Espíritu Santo infunde en el entendimiento del bautizado. La cual le hace creer con mayor certidumbre y firmeza los misterios de nuestra fe, que todas las razones y demostraciones del mundo. Porque mucho más puede la virtud de Dios que toda otra cosa criada. Y demas de esto, *la fe*, como dice el Apóstol en la epístola á los de Efeso (1), *es don de Dios*, sin el cual, no digo yo razones humanas, mas ni obras divinas, cuales son los milagros, bastan para causar esta manera de fe en nuestros entendimientos. Porque ¿qué mayores milagros que los que vieron los fariseos y pontífices, y esos procuraron la muerte del Salvador? ¿qué mayor milagro que la resurreccion de Lázaro (2)? Y no por eso creyeron algunos de los que presentes se hallaron. Y sobre todo esto, ¿qué mayor milagro que la resurreccion del mismo Salvador al tercero día (3)? ¿cuándo se vió ó leyó desde el principio del mundo, que un hombre muerto resucitase á sí mismo? Y con todo esto los fariseos y pontífices, sabiendo esta tan nueva maravilla, y tan claro testimonio por relacion de los guardas que ellos mismos habían puesto en el sepulcro (4), no solamente no creyeron, mas ántes die-

(1) Ephes., II, 8.

(2) Joan., XI.

(3) Ib., XX.

(4) Matth., XXVIII, 11-13.

ron mucho dinero á los guardas para que dijese que durmiendo ellos vinieron los discípulos, y hurtaron el cuerpo. De modo que no contentos con su propia ceguera, cerraron la puerta de la luz al pueblo, para llevarlo tras sí á las tinieblas del infierno. Por los cuales ejemplos manifiestamente veréis que, sin particular asistencia de Dios, ni aún los milagros, que como dice santo Tomas (1) son bastante prueba de los misterios de la fe, bastan para causarla en nuestros entendimientos. Por tanto si vos ahora sentís en vuestra alma esa nueva firmeza y claridad de la fe, dad muchas gracias á aquel Padre de las luces, de quien proceden todos estos beneficios, y todos estos dones celestiales: para que, creciendo el agradecimiento, crezca juntamente con él la gracia del beneficio.

§ I.

Del fruto que se ha de sacar de todo lo que hasta aquí se ha dicho.

Mas no me contento con este aviso que os he dado: quiero añadir á éste otro muy principal, el cual sirve para sacar el fruto y la médula de todo cuanto hasta aquí hemos tratado. Porque, si bien miráis, la mayor parte de lo dicho sirve para informar y perfeccionar nuestro entendimiento con la luz y conocimiento de la verdad. Mas la perfeccion de la vida cristiana no consiste en sola la luz del entendimiento; sino mucho más en el ardor de la caridad, que está en la voluntad. Porque muchos filósofos hubo que conocieron mucho de Dios, como dice el Apóstol (2): mas *porque no le glorificaron ni amaron con la*

(1) III dist. 21. q. 2, art. 3. in. corp. et. sud. 2. Thes. 3. lect. 1. et 2. 2. quæst. 128, art. 1.

(2) Rom., 1, 21.

voluntad, se envanecieron en sus pensamientos, y quedaron sus corazones oscurecidos, porque no usaron bien del conocimiento que el Criador por medio de las criaturas les había dado. Pues por esto comencemos ahora á servirnos del conocimiento que por todo lo dicho hasta aquí hemos alcanzado, para despertar en nuestra voluntad el amor de Dios con todos los otros afectos y movimientos que la grandeza de este misterio nos pide. Para lo cual quiero traerlos á la memoria lo que san Agustin en el libro de sus confesiones dice de sí (1): Recibí el agua del santo bautismo, y luego se quitaron de mi alma todos los cuidados de la vida pasada. Y no me podía hartar en aquellos primeros días de considerar con una maravillosa dulcedumbre la alteza que el consejo divino escogió para la salud del género humano. De manera que considerando este santo varon con la mucha lumbré que había recibido, y tambien con la grandeza de su ingenio, cuán proporcionado y conveniente medio había sido la encarnacion y pasion del Hijo de Dios, así para la gloria y honra de Dios, como para el remedio de todas las necesidades humanas, no se hartaba su alma de considerar aquella suavísima armonía y consonancia, y aquella maravillosa proporcion que tenía esta medicina, inventada por Dios para la cura de nuestra dolencia. ¡Oh! ¡quién tuviera el espíritu, la luz y el entendimiento de este santo varon! ¡cuántas consolaciones recibiría en la contemplacion de este misterio!

Mas porque en nuestro grado no del todo carezcamos de alguna parte de esta consolacion, daros hé aquí una breve forma de pensar este beneficio. Para lo cual primeramente habéis de despedir de vuestra alma la indignidad que por de fuera se ofrece á los ojos de carne en hacerse Dios hombre, y morir en cruz. Para lo cual basta lo di-

(1) Lib., IX, cap. VI.

cho en los diálogos pasados : en los cuales manifestamente probamos, que hacerse Dios tal hombre cual se hizo, no sólo no era indigna cosa de su grandeza, sino grandísima gloria. Y lo mismo declaramos de la sagrada Pasion, considerando la causa por que el Salvador padeció, y la manera en que padeció; las cuales dos cosas hacen su sagrada Pasion tanto más gloriosa, cuanto fué más ignominiosa y dolorosa.

Presupuestos estos dos preámbulos, presuponed tambien el tercero, que dijimos ser el fundamento de todo este misterio de nuestra redencion: conviene á saber, que no mira nuestro Señor Dios en las cosas que hace de su poder absoluto, sino lo que conviene á la perfeccion de ellas: segun lo cual dijimos que no había otro medio más conveniente para nuestro remedio, que la encarnacion y pasion de su unigénito Hijo.

Presupuestos, pues, estos fundamentos, considerad el estado miserable en que el hombre estaba por el pecado, y hallaréis que estaba en desgracia y enemistad de Dios, que es el mayor mal de los males. Estaba ciego para conocer á su Criador, estaba más frio que la nieve para amarle, estaba impotente para servirlo, estaba desterrado del paraíso, estaba cautivo y sujeto al demonio, estaba preso con las cadenas de sus aficiones, estaba enfermo é inhábil para todas las verdaderas y cristianas virtudes, y no sólo enfermo sino muerto para ellas; estando vivo, y más que vivo para todos sus apetitos.

Despues de esta consideracion traed á la memoria aquellos admirables frutos del árbol de la santa Cruz que ya leisteis; y hallaréis por cierto, que con ellos de tal manera curó el Salvador con su pasion cada uno de todos estos males con una tan eficaz y tan proporcionada medicina, como si para solo él, y no para los otros se ordenara, como ya

declaramos. Lo cual cierto es cosa de grande admiracion. Los médicos tienen deputadas diversas medicinas para diversas enfermedades; mas este Médico que nos vino del cielo, con sola esta medicina cura perfectísimamente todas las enfermedades de nuestras almas. Pues con esta consideracion sentiréis algo de lo que san Agustin sentía maravillándose de esta tan nueva invencion que la sabiduría de Dios inventó enviando su Hijo al mundo para remedio de nuestros males: la cual fué de tanta eficacia, que de los hombres hizo ángeles, y de esclavos del demonio y de sus apetitos hijos de Dios.

Despues de esta consideracion de la sabiduría divina, levantáos á considerar la grandeza de la bondad, y caridad, y misericordia que en esta obra Dios nos mostró. Para lo cual habéis de subir ahora conmigo á una atalaya muy alta: quiero decir, habéis de levantar ahora con toda humildad y reverencia los ojos de vuestra alma, y subir sobre las nubes, y sobre los cielos, y pasar de vuelo sobre todos los coros de querubines y serafines; y encima de todos, en un lugar tan alto que casi lo perdáis de vista, contemplar allí en el trono de la Majestad aquella altísima sustancia, aquella luz tan resplandeciente que reverbera los ojos de quien la mira; aquel *Señor que mora en una luz inaccesible* (1), *la cual ningun hombre de carne mortal vió, ni puede ver*; Aquel en quien están las hermosuras y perfecciones de todas las criaturas corporales y espirituales con infinita ventaja; Aquel que con una simple muestra de su voluntad crió los cielos y la tierra con todo lo que en ellos tiene sér; Aquel cuyo saber es infinito, poder infinito, hermosura infinita, majestad y grandeza infinita; Aquel que solo es inefable, incomprensible, inaccesible; que todo lo mueve sin moverse, todo lo rige sin distraer-

(1) I Tim., vi, 6.

se, todo lo obra sin cansarse (1); Aquel á quien alaban las estrellas de la mañana, á quien cantan loores los hijos de Dios, de cuya presencia *tiemblan las columnas del cielo* (2); Aquel que, como dice Isaías (3), *tiene de tres dedos colgado el peso de la tierra*, y ante cuyo acatamiento como él mismo dice, todas las gentes son como si no fuesen; Aquel, finalmente, cuya felicidad y bienaventuranza es tan grande, que ni con todo este mundo criado, ni con mil mundos que criase, puede crecer ni ser mayor, ni porque todos los hombres se salven y le alaben es más glorioso, ni porque todos se condenen lo es ménos. Y despues que de esta manera os viereis encumbrado, y apacentado los ojos de vuestra alma en esta altísima sustancia, derribáos de ahí abajo como con alas de águila, y descended al portalico de Belen; y caminando de ahí al cenáculo del monte Sion, á la casa de los pontífices, al pretorio de Pilato, al monte Calvario, y al santo sepulcro, entenderéis cuánta razon hay para quedar atónito con lo que en cada lugar de estos veréis. Veréis á este tan gran Señor que habéis contemplado, tener por casa un establo, y por cama un pesebre, envuelto en pobres pañales, mamando leche á los pechos de una mujer. De ahí caminad al cenáculo, y veréis el Criador del mundo quitado el manto, y ceñida una toballa, á manera de siervo, postrado á los piés de unos pobres pescadores, y de su mismo traidor, lavándolos con grandísima humildad y devocion. Partíos luógo de ahí con el mismo Señor, y contemplad tan ignominiosa prision; la cual él mismo encareció diciendo (4): *Como si fuera un ladron, así vinisteis con espadas y lanzas á prenderme.*

(1) Job., xxxviii, 7.

(2) Ib., xxvi, 11.

(3) Isai., xl, 12.

(4) Matth, xxvi, 55.

Caminad luego con él á todos los tribunales en que fué presentado, y ved las maneras de injurias que recibió en casa de Anas, y Caifas, y Heródes, y en el pretorio de Pilato; y considerad tambien aquella nueva invencion de escarnio que intervino en la coronacion de espinas (1); y procurad cuanto sea posible hallaros presente en cada uno de estos lugares; y considerad las nuevas maneras de vituperios que en ellos recibió, porque yo os confieso que me tiemblan las carnes en pensar de referirlos; y mirad lo que sintierais si por una parte con los ojos del espíritu contemplareis la alteza de este Señor que aquí os representamos, y con ojos de carne viereis las bajezas é injurias que en todos estos lugares padece. Y pensad que no tiene corazon de carne, sino de piedra mármol, el que, viendo estas tan grandes injurias y vituperios, no queda como alienado y fuera de sí, viendo juntas en uno la mayor alteza del cielo con la mayor bajeza de la tierra. Pues ¿qué cosa de mayor espanto y admiracion?

Y si espantado de cosa tan grande os pusiereis á inquirir la causa de ella, hallaréis que no fué otra sino la inmensa bondad, caridad y misericordia de Dios; el cual pudiendo por otros muchos medios salvar y reformar el mundo, quiso usar de éste, porque era, como está ya declarado, el más conveniente para la gloria de Dios y para la santificacion de los hombres. De manera que fué tan grande el deseo que tuvo de hacernos santos y bienaventurados, esto es, de hacernos grandes amadores y siervos de Dios; de hacernos humildes y mansos; de hacernos menospreciadores de los regalos de la carne, y vanidades del mundo, y amadores de la Cruz, y finalmente de hacernos extremados en toda virtud, que conociendo cuánto era más eficaz este medio que todos los otros para alcan-

(1) Matth., xxvii, 29; Joan., xix, 2.

zar estas virtudes, no dudó ponerse á todos estos encuentros por esta causa.

Para declarar más este tan grande deseo del Salvador, me pareció poner aquí un ejemplo con que esto en alguna manera se entienda; puesto caso que no pueda haber ejemplo que represente siquiera la sombra de este deseo. Escriben los historiadores de los gentiles, que Agripina, madre de Neron, tuvo tan gran deseo de ver á su hijo emperador, que despues de haber muerto por esta causa al emperador Claudio, su marido, con veneno que le dió, trató de hacer emperador á este hijo. Y diciéndole un astrólogo que verdaderamente vendría á ser emperador, pero que mataria á su madre, respondió ella: Máteme con tal que sea emperador. Podemos, pues, en alguna manera acomodar este ejemplo al Salvador: el cual deseó tanto hacernos, no emperadores de la tierra, sino del cielo é hijos de Dios; deseó tanto hacer que los hombres fuesen espirituales y divinos; deseó tanto hermosear nuestras almas con las gracias y dones del Espíritu Santo, para que con ellas resplandeciese en el hombre la imágen de Dios; y sobre todo esto deseó tanto esforzar á los santos mártires, para que con la victoria de sus batallas y triunfos glorificasen á Dios, que entendiendo que ningun medio había más proporcionado y más eficaz para todo esto, no dudó ponerse á todas estas maneras de injurias, escarnios y vituperios, hasta ser azotado, y crucificado, y tenido en ménos que Barrabas. Pues ¿qué espíritu no desfallece aquí con la consideracion de cosas tan extrañas? ¡Dios escupido, como blasfemo! ¡Dios azotado, como ladron! ¡Dios crucificado entre malhechores! ¡Dios abofeteado, coronado de espinas, vestido ya de blanco, ya de colorado, por escarnio! ¡oh bondad! ¡oh piedad! ¡oh caridad! ¡oh misericordia, digna de tal Señor! ¿Quién pudiera hacer esto

sino Dios? ¿qué bondad pudiera llegar aquí sino la de Dios? ¿qué hacéis, ángeles del cielo? ¿qué hacéis todas las criaturas, viendo lo que sufre vuestro Hacedor? Tierra, ¿cómo no tiembblas de espanto? Piedras, ¿cómo no os partís de dolor? Cielos ¿cómo dáis luz á la tierra, donde es crucificado vuestro Criador? Señor, oí tus palabras, y temí: consideré tus obras, y quedé espantado, viéndote, no ya en medio de dos animales, sino crucificado entre dos ladrones. Pues aquí es donde las almas religiosas desfallecen, aquí desmayan, aquí enmudecen, no sólo con la boca, sino con los sentidos interiores, los cuales, suspensos y arrebatados con la admiracion de tan grande bondad y dignacion de Dios, le alaban y glorifican con un santo silencio; con el cual callando predicán ser esta misericordia de Dios inefable, incomprensible, y que sobrepuja todo género de conocimiento y alabanza. Mas ¿qué maravilla es quedar todos los entendimientos suspensos y atónitos, considerando esta tan grande bondad? Porque si la grandeza de la providencia y sabiduría de Dios, que resplandece en algunas criaturas, suspende tanto los entendimientos humanos, que los deja como atónitos y pasmados, ¿cuánto más razon es que obre esto mismo la grandeza de la bondad de Dios que resplandece en esta obra, pues esta bondad es la perfeccion de que él más se gloria y más se precia? Y ¿qué medio había para quedar los hombres de esta manera suspensos y como alienados, sino quando considerasen cómo aquella incomprensible Majestad y grandeza se sujetó á los mayores dolores y vituperios que nunca jamas se padecieron, por dejarnos por esta vía mayores ejemplos y estímulos para toda virtud y santidad? Pues ¿qué tan grande fué el deseo que este Señor tuvo de hacernos santos, quien á tanto se puso por esta causa?

Pues el corazon devoto que esto considera, ¿cómo no

trabajaré por abrazar toda virtud y santidad, siquiera por dar este contentamiento á quien tanto lo deseó y por tan caro precio lo compró? Y ¿quién no trabajará por amar á quien tan grande amor nos descubrió? ¿quién no procurará de imitar las virtudes que este Señor tan estampadas en su vida y muerte nos dejó?

Pues concluyendo esta parte, digo que la piadosa consideracion de este misterio causa estos cinco efectos que brevemente aquí os propondré. Porque lo primero, suspende y arrebatá las almas en una reverencial y profunda admiracion de esta tan gran bondad del Redentor. Lo segundo, enciéndelas en un grande amor de esa misma bondad y ardentísima caridad. Lo tercero, causa en ellas un entrañable agradecimiento de este sumo beneficio. Lo cuarto, despierta en ellas un grandísimo deseo de imitar algo de las grandes virtudes y maravillosos ejemplos que este Señor aquí nos representó. Y sobre todo esto causa en ellas un gran deseo de padecer trabajos é injurias por amor de quien tantos por nuestra causa padeció. Estos son los principales frutos que de la consideracion de este misterio hemos de sacar, á los cuales, como dije, se ordena cuanto en esta materia hemos platicado.

D. Ahora habéis acabado, maestro, de echar el sello á todo este tan largo tratado. Ahora entiendo el fruto que se coge de esta palma tan gloriosa de la Cruz, que al principio propusisteis: que todo viene á parar en amor del crucificado, y en la imitacion de sus virtudes, y señaladamente de sus trabajos. Y por aquí tambien entiendo cuán mal saben filosofar en este misterio los hombres desalmados y herejes; pues de tal manera pervierten los intentos y consejos de Dios, que con lo que él nos dió tan grandes motivos para todas las virtudes, sacan ellos argumentos para perseverar con fiadamente en sus pecados;

y lo que la sabiduría divina ordenó para hacernos amadores de los honestos trabajos, ordenan ellos á costa del Crucificado para dormir confiadamente en sus vicios. Pues ¿quién no vé aquí ser esta obra del enemigo de nuestra salud? Porque así como la bondad de Dios tiene por oficio sacar de los males bienes, así la malicia de este adversario lo tiene para sacar de los bienes males; pues de este tan grande misterio que Dios obró en la tierra para hacernos buenos, saca él argumentos y motivos para hacernos malos.

SUMA DE TODA ESTA TERCERA PARTE.

Juntemos el fin de este libro y tercera parte con el principio, y concluyamos lo que al principio propusimos. La suma, pues, de todo lo dicho consiste en tres puntos principales. El primero es que el hombre tenía necesidad de remedio por haber quedado por el pecado extragado, y mal inclinado, é inhábil para agradar á Dios. Esto se ve por todas las dolencias y manqueras del hombre; las cuales en parte explicamos tratando del pecado original, donde declaramos gran parte de las dolencias y siniestros de la naturaleza humana, y el cisma y rebelion de la parte sensual de nuestra alma contra la espiritual y más noble. Y quien esto quisiere entender más á la clara, considere al hombre *in puris naturalibus*, sin ley y sin remedio de este pecado. Porque quien quiere ver qué tal es un caballo que ha de comprar, quítale todos los jaeces, y míralo en cerro para ver lo que es. Y de esta manera se ha de considerar la naturaleza humana sin las medicinas de la ley y de la gracia. Esto se entenderá por el primer capítulo de la epístola de los romanos (1), donde el Apóstol

(1) Rom., I, 23-32.

refiere las idolatrías, y abominaciones, y pecados nefandos de los gentiles. Lo cual todo declaramos en el segundo libro de esta escritura, describiendo la primera de las cuatro hazañas que obró Cristo en el mundo, que fué destruir la idolatría, donde los hombres adoraban piedras, y palos, y dragones, y serpientes, y aves, y animales brutos. Y juntamente declaramos sus sacrificios; de los cuales unos eran cruelísimos, matando sus propios hijos, y otros deshonestísimos, como los del dios Baco y de la diosa Flora, con los vicios y abominaciones de los gentiles, en los cuales imitaban en esto á sus dioses adúlteros y homicidas. Mas ¿qué diré, que de las doce tribus que habían recibido la ley de Dios con tantas promesas y amenazas que espantan á quien las lee, las once se pervirtieron, y así fueron desamparadas de Dios, y llevadas cautivas á tierras extrañas; y una que quedaba tambien lo fué, y así padeció la pena de sus pecados con el cautiverio de Babilonia? En la cual reinaba tanto la malicia, y estaba tan desterrada la virtud, que dijo Dios por Jeremías (1): *Rodead todos los caminos de Jerusalem; y si hallareis un hombre fiel, y que haga lo que debe, yo habré misericordia de él.* Pues ¿qué mayor argumento de la carestía de la virtud y religion que éste? Mas otro hay no menor, que es el de la mala vida de muchos cristianos, que aún despues de la ley y de la gracia, teniendo fe verdadera, viven tan rotamente como si no la tuviesen; pues no ménos se derraman por todos los vicios y codicias creyendo lo que creen, que si nada creyesen. Pues ¿quién podrá dudar que tal criatura como ésta tenía necesidad de medicina, y remedio, y gracia, con otros socorros sobrenaturales, que sanasen la naturaleza tan enferma? Este es, pues, el primer punto y fundamento de esta materia. El segun-

(1) Hierem., v, 1.

do es, que era cosa convenientísima á la inmensa bondad de Dios, aunque no lo debiese, socorrer á esta tan grande necesidad, y proveer al hombre miserable de remedio, para que, pues él había incurrido en todos estos males por culpa ajena, fuese tambien reparado por justicia ajena; y así como tuvo un padre que lo destruyó, tuviese otro que lo remediase. Y demas de esto no era razon que el demonio saliese con su intento, y se gloriase que había sido poderoso para impedir el consejo y voluntad de Dios. Este es el segundo punto. El tercero es, que aunque la divina bondad y providencia podía remediar al hombre por otros muchos modos si quisiera, pero ninguno se podía hallar más eficaz, más excelente y más conveniente, así para la gloria de Dios, como para remedio del hombre, que el misterio de la encarnacion y pasion del Hijo de Dios. Lo cual se entiende por los grandes frutos que referimos del árbol de la santa Cruz, y por otros muchos que no se pueden explicar.

Mas á las dos principales objeciones que se proponen en esta materia, que es vestirse el Criador de tan baja ropa, como fué nuestra humanidad, y morir en cruz, está respondido. Porque á la primera decimos que ya que Dios tuvo por bien vestirse de esta ropa, y juntar consigo nuestra humanidad, él la hermoseó, y enriqueció, y adornó con tantas gracias, y riquezas, y dones sobrenaturales, que no fuese ignominia suya, sino suma gloria, vestirse de ella; pues en su mano estaba hacerla tal cual él quisiese hacerla. A la segunda objecion de la muerte de cruz decimos que en todas las pasiones y muertes no miramos la pena, sino la causa: de modo que cuando la causa es justa, y en favor del bien comun, no sólo no es ignominiosa la pena, mas ántes cuanto tiene más de pena y de ignominia, tanto tiene más de verdadera gloria. Esta es la

suma de todo este soberano misterio, la cual puede el prudente lector tener como recogida en la uña, despues de leída con atencion esta escritura y héchose familiar á ella. Y de aquí cogerá frutos de inestimable provecho y suavidad.

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO TERCERO.

	<u>PÁG.</u>
PARTE TERCERA DE LA INTRODUCCION DEL SÍMBOLO DE LA FE.—	
PRÓLOGO en el cual se declaran los grandes frutos y provechos que alcanzan los que devotamente consideran el misterio de nuestra redencion.	5
§ I.—De otras comparaciones y figuras del sacrosanto árbol de la Cruz.	9
§ II.—Sabiduría y gloria que está encerrada en esta humilde figura.	14
TRATADO PRIMERO , en el cual procediendo por luz natural, se declaran las conveniencias del misterio de nuestra redencion y se señalan veinte singulares frutos del árbol de la santa Cruz.— CAPÍTULO PRIMERO. —De la manera de proceder en esta tercera parte.	19
CAP. II. —Cuán conforme sea á la luz de la razon lo que la religion cristiana enseña del pecado original.	21
§ I.—Creacion del hombre en toda su natural perfeccion, de donde se prueba el vicio y corrupcion de su naturaleza. . . .	22
§ II.—Persuade lo mismo la rebeldia del cuerpo con el ejército de sus pasiones.	26
§ III.—Estrago de las potencias, y olvido del último fin que convence esta verdad.	27
§ IV.—Pasma de los que no supieron la causa de estos desórdenes, y conclusion de este discurso.	30
CAP. III. —De como plugo á la inmensa bondad de Dios enviar remedio al hombre, dejando al demonio en su obstinacion. .	33
§ ÚNICO.—Conveniencias admirables de la redencion del género humano.	35
CAP. IV. —Cómo ni el hombre, ni el ángel, ni otra pura criatura podían en rigor de justicia satisfacer por la comun deuda del género humano.	37
§ ÚNICO.—Declárase más esta imposibilidad de satisfacer por los pecadores el hombre.	41
CAP. V. —Cómo sólo el Hijo de Dios en rigor de justicia podía descargar la comun deuda del linaje humano, y cuán conveniente haya sido este medio para este descargo.	45
§ ÚNICO.—De cómo se hermanaron en esta obra de la divina bondad misericordia y justicia.	49
CAP. VI. —Cuán proporcionada haya sido la manera de la sa-	

tisfaccion de nuestro Salvador, y cuán conforme á las leyes de justicia.	52
§ I.—Virtudes que resplandecieron en esta superabundante satisfaccion.	57
§ II.—Satisfizo Cristo á su eterno Padre con dos gustosísimos convites proporcionados á su grandeza.	60
CAP. VII.—Del grande beneficio que el mundo recibió por esta satisfaccion de Cristo nuestro Redentor.	63
CAP. VIII.—Segundo fruto del árbol de la Cruz, que es la dignidad y gloria que nos vino por ella.	67
CAP. IX.—Tercer fruto del árbol de la Cruz, que fué alcanzar por medio de ella un sumo sacerdote que interceda por todas nuestras necesidades ante el acatamiento del eterno Padre.	70
CAP. X.—Cuarto fruto del árbol de la Cruz, que es el conocimiento de Dios y de todo lo demas que pertenece á nuestra salvacion.	73
CAP. XI.—Quinto fruto del árbol de la Cruz, que es la divina gracia que por ella se nos da.	79
CAP. XII.—Sexto fruto del árbol de la Cruz, que son los Sacramentos de la ley de gracia.	83
CAP. XIII.—Séptimo fruto del árbol de la Cruz, que es aborrecimiento del pecado, y amor de la virtud.	86
§ ÚNICO.—Estimacion que se debe tener de la virtud y justicia, viendo lo que Dios hizo por ella.	92
CAP. XIV.—Octavo fruto del árbol de la Cruz, que es la caridad.	94
§ I.—Descubrió nos Dios sus amabilísimas condiciones, para enamorarnos de sí en este soberano misterio.	96
§ II.—Soberanos beneficios y riquezas inestimables que se nos comunican por este misterio.	100
§ III.—Trabajos que costó al Hijo de Dios la riqueza que se nos da tan de balde.	101
§ IV.—Sube de punto la consideracion de este inestimable beneficio.	103
§ V.—Conjeturas por donde se rastrea algo la grandeza del amor que resplandece en este soberano misterio.	108
§ VI.—Prosigue la misma materia con la consideracion de la obediencia de Cristo, y superabundantísima satisfaccion.	110
§ VII.—Concluye la materia de este capitulo, arguyendo á nuestra ingratitud.	113
CAP. XV.—Nono fruto del árbol de la Cruz, que es la esperanza.	116
§ I.—Perversidad de los que perseveran en sus pecados, confiados en la grandeza de este beneficio.	120
§ II.—Cómo es grande error presumir de la misericordia con olvido de la justicia.	123
CAP. XVI.—Décimo fruto del árbol de la Cruz, que es la virtud de la humildad.	126
CAP. XVII.—Undécimo fruto del árbol de la Cruz, que es la virtud de la obediencia.	131
CAP. XVIII.—Duodécimo fruto del árbol de la Cruz, que es la virtud de la paciencia.	136
§ ÚNICO.—De cómo es medicina universal para todos los trabajos esta paciencia de Cristo.	141

CAP. XIX.— Fruto décimotercio del árbol de la Cruz, que son ejemplo y motivos grandes para todas las virtudes.	142
§ ÚNICO.— Eficacia del ejemplo que nos da la majestad de Cristo en este soberano misterio.	146
CAP. XX.— Fruto décimocuarto del árbol de la Cruz, que es la profesion de la aspereza y pobreza de la vida evangélica. .	149
CAP. XXI.— Fruto décimoquinto del árbol de la Cruz, que es ella ser materia de altísima meditacion y contemplacion. . .	155
CAP. XXII.— Fruto décimosexto del árbol de la Cruz, que es tener por ella qué presentar y alegar en nuestras oraciones y peticiones ante el Señor.	162
CAP. XXIII.— Fruto decimoséptimo del árbol de la Cruz, que es favor y socorro en las tentaciones.	167
CAP. XXIV.— Fruto décimoctavo del árbol de la Cruz, que fueron las victorias y triunfos de los santos mártires.	170
§ I.— De las comunes maneras y más principales con que Dios es en los suyos glorificado.	173
§ II.— Carta del santo obispo Fileas: crueldades de los tiranos, y fortaleza de los mártires.	178
§ III.— Prosigue la misma materia con dos cartas del bienaventurado mártir Cipriano.	182
CAP. XXV.— Fruto décimonono del árbol de la Cruz, que es haberse reducido por ella el mundo á la fe y obediencia de su legítimo rey y Señor.	186
CAP. XXVI.— Fruto vigésimo del árbol de la Cruz, que es la bienaventuranza de la gloria.	190
§ ÚNICO.— Conclusion de este tratado.	193
TRATADO SEGUNDO DE ESTA TERCERA PARTE.—CAP. XXVII.— De las figuras que en los tiempos antiguos representaron la venida y el misterio de Cristo.	198
§ I.— Figura de la formacion de Eva.	201
§ II.— De la muerte de Abel.	202
§ III.— Figura de Noé.	203
§ IV.— Del sacrificio de Abraham.	205
§ V.— Figura de Jacob.	207
§ VI.— Figura de José, hijo de Jacob.	210
§ VII.— Figura de Jonas.	212
§ VIII.— Figura de Sanson.	215
§ IX.— Figura del Cordero Pascual.	217
§ X.— Figura del sacrificio de la becerria bermeja.	224
§ XI.— Figura de la vara de Moises.	228
§ XII.— Figura de la serpiente de metal.	229
§ XIII.— Figura de Eliseo.	231
§ XIV.— De otras diversas figuras.	234
TRATADO TERCERO DE ESTA TERCERA PARTE. En el cual, por vía de diálogo entre un discípulo y un maestro, se responde clarísimamente á todas las preguntas que acerca del misterio de la encarnacion y pasion de nuestro Salvador la prudencia humana puede hacer.—DIÁLOGO PRIMERO. Que trata de la causa de la venida del Hijo de Dios al mundo.	237
DIÁLOGO II.— En que se pregunta por qué causa vino el Salvador al mundo, tomando en sí la naturaleza humana.	245
§ I.— Concordancia maravillosa de las obras y testimonios de Cristo con la dignidad de su persona.	252

	Pág.
§ II.— Declárase cuán conveniente haya sido á la naturaleza divina juntarse con la humana, y cuántos frutos se siguieron de esta tan admirable junta.	238
DIÁLOGO III.— En el cual se pregunta por qué causa nuestro Salvador, ya que tuvo por bien hacerse hombre, quiso que su vida fuese humilde, pobre y trabajosa.	264
§ I.— Bienes que el Salvador nos trajo con su humanidad santísima.	271
§ II.— Declárase cuán conveniente haya sido vivir Cristo esta manera de vida pobre y humilde, por razon del fin para que el hombre fué criado.	273
DIÁLOGO IV.— En el cual se trata de las causas y conveniencias de la pasion y muerte del Salvador.	283
§ I.— Conveniencias y glorias del misterio de la Cruz.	289
§ II.— Tanto se declara más la bondad, quanto de sí es más comunicativa.	294
CONCLUSION DE TODO ESTE TRATADO.	313
§ I.— Del fruto que se ha de sacar de todo lo que hasta aquí se ha dicho.	316
Suma de toda esta tercera parte.	325

